BIBLIOTECA CLÁSICA GREDOS, 296

AVIENO

FENÓMENOS

•

DESCRIPCIÓN DEL ORBE TERRESTRE

•

COSTAS MARINAS

INTRODUCCIÓN DE

JOSÉ CALDERÓN FELICES E
ISABEL MORENO FERRERO

TRADUCCIÓN Y NOTAS DE

JOSÉ CALDERÓN FELICES



EDITORIAL GREDOS

Asesores para la sección latina: José Javier Iso y José Luis Moralejo.

Según las normas de la B. C. G., la traducción de este volumen ha sido revisada por Isabel Moreno Ferrero.

Sánchez Pacheco, 85, Madrid, 2001.
www.editorialgredos.com

Depósito Legal: M. 53350-2001.
ISBN 84-249-2314-6.
Impreso en España. Printed in Spain.
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12. Polígono Industrial. Leganés (Madrid), 2001.
Encuadernación Ramos.

INTRODUCCIÓN GENERAL

1. El fabulista Aviano, el historiador Festo y R. Festo Avieno. Su vida

Rufo Festo Avieno parece ser el nombre, con alguna variante, como Postumio Rufio F. Avienio[1], de un autor poco conocido, sobre el que nos han llegado algunas noticias y

[1] Así —siguiendo las inscripciones de *Bulla Regia* (cf. *infra*, n. 21), Atenas y Roma (cada una con uno o dos datos: *Postumius* sólo en la *B. Regia; Rufius*, en ésta y la ateniense, etc...), pero no sin dudas—, J. Matthews, «Continuity in a Roman Family: the *Rufii Festi* of *Volsinii*», *Historia* 16 (1967), 485-490; también, con más seguridad, A. Cameron, «Macrobius, Avienus and Avianus», *Classical Quaterly*, n. s., 17 (1967), 385-399. Para una síntesis con todas las variantes y un detallado análisis de cada una, cf. J. Soubiran, *Aviénus, Les Phénomènes d'Aratos*, París, 1981, págs.16-19; él, no muy convencido, prefiere la fórmula tradicional. Más recientemente, de nuevo, Cameron («Avienus or Avienius?», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphie* 108 [1995], 252-62) ha insistido en la cuestión: como indica la expresión *Postumius Rufius Festus qui et Avienius*, ésta no sería un *cognomen*, sino un *signum*. Evidentemente, el problema, entre otros, es que el genitivo de ambas formas sería el mismo; pero no hay soporte para *-nus* en ninguna inscripción o manuscrito; y el perdido manuscrito para la *editio princeps* de Valla, daba, también *Avienius* (pág. 393).

datos derivados de sus obras, y de algunas inscripciones y alusiones literarias, ni demasiado extensas, ni del todo claras. Lo cierto es que, como ocurre con otros personajes de la literatura, la coincidencia de diferentes nombres atestiguados con distintos datos, pero sin seguridad en las relaciones y en unas fechas relativamente próximas, ha suscitado numerosos problemas de identificación, no perfectamente resueltos, por lo demás, en el caso de Avieno.

De hecho, se ha planteado su posible relación con otro autor, casi homónimo y de parecida época, Aviano (ss. IV-V), responsable de una colección de cuarenta y dos fábulas conocidas como *fábulas esópicas,* seleccionadas a partir de autores griegos, sobre todo Babrio[2]. Compuestas en dísticos elegíacos, para diferenciarse claramente de Fedro —que había utilizado el senario yámbico—, fueron dedicadas a un tal Teodosio, que parece enmascarar al autor de las *Saturnales,* Macrobio[3]. Con todo, a pesar de los intentos a favor de tal identificación[4], hay un fuerte argumento en contra en la diferencia de los respectivos estilos: la variedad léxica y la inflexión estilística de Avieno, frente a la pobreza del fabulista, y su métrica, mucho más simple.

Esto, la diferencia de estilo, es también una de las principales objeciones para su posible identidad con Festo, autor de un muy breve resumen histórico, el *Breviario de las hazañas realizadas por el pueblo romano*[5], que abarcaba desde la fundación de Roma (754/3 a. C.) hasta el emperador Valente (364-378 d. C.). Escrito por encargo suyo (en el 370 d. C.), a una edad avanzada[6], como obra de iniciación al Emperador en la historia de Roma y, al tiempo, fórmula imperialista de propaganda para justificar y enaltecer su política oriental, el estilo es tan seco y poco elaborado —un tratado de historia de lectura áspera y pocas pretensiones—, que la comparación con el poeta en ese terreno es difícil. Hay, con todo, importantes coincidencias cronológicas, políticas y religiosas —ambos son paganos—, salvo que el historiador se ligue, como algunos han hecho, con el Festo de Tridento citado por Amiano[7] (XXIX 2, 22), que, después de actuar con habilidad profesional como abogado en Roma y labrarse una posición que le permitió desempeñar cargos de responsabilidad —gobernador en Siria en el 365 ó 368; y procónsul en Asia entre 372-378, donde se casó con una dama acomodada—, habría sido nombrado por Valente *magister memoriae,* entre 365-372; a la muerte de éste, privado de su cargo y acusado ante Teodosio, desaparece de la esce-

[2] En el primer artículo de CAMERON hay un apéndice dedicado a éste y su relación con el poeta («Macrobius...», págs. 398-399).

[3] Alternativamente, hoy se tiende a identificar con el fabulista al *«Avienus»* citado en las *Saturnales* por Macrobio (un hombre joven en la fecha del poema, diciembre del 384, y de personalidad bastante alejada de la de nuestro autor); a despecho del anacronismo, sería una devolución del favor, como CAMERON apunta (cf. *supra,* n. 1).

[4] Por ej., por parte de CAMERON o MATTHEWS (cf. *supra,* n. 1).

[5] Sobre él, en detalle, cf. las Introducciones de las ediciones de M. P. ARNAUD-LINDET, *Abrégé des hauts faits du peuple romain,* Budé, París, 1994, págs. I-XX; y J. W. EADIE, *The Breviarium of Festus, a critical edition with historical commentary,* Londres, 1967, págs. 4-9.

[6] Según su confesión personal (30, 1).

[7] Otra «inquietante posibilidad» (así MATTEWS, «Continuity in a Roman Family...», pág. 490) —«remota» para Cameron, sería la relación con un tal *«Abienus»,* dada también por AMIANO (XXVIII 1, 48-50); éste, acusado de adulterio con una dama de condición, habría sido ejecutado. La cuestión es lo poco que encaja tal detalle con el tono de los poemas —habría sido un extraño fin para el brillante apologista del Júpiter estoico y la moral pagana—, y el absoluto silencio de Amiano sobre sus cargos políticos o su misma obra poética. En cualquier caso, añadimos, tal vez ese silencio, intencionado en tal caso, del antioquense podría encubrir la categoría, y el censurable desliz, de tal personalidad.

na pública; debió de morir en torno al 380. El problema de la relación entre ambos, pese a la coincidencia de ejercer los dos el mismo cargo junto a Valente —secretarios particulares[8]—, radica, no obstante, en la contradicción entre las ideas religiosas de cada uno: el tridentino, siniestra personalidad, de humilde linaje, es cristiano —según puede deducirse de su persecución a filósofos y ciudadanos sospechosos de ejercer la magia[9]—. Ello parece separarlos definitivamente[10]. Por otra parte, el Festo epitomador se califica de

[8] Dado el *Incipit* del texto histórico, escrito cuando su autor desempeñaba este cargo, ésta parece ser la fecha. EADIE *(The Breviarium of Festus,* pág. 6) subrayaba lo extraño de tal coincidencia: dos personajes con el mismo *cognomen,* en un espacio semejante y próximo de años, y desempeñando, bajo el mismo emperador, el mismo cargo; pero, como ARNAUD-LINDET advierte *(Abrégé...,* págs. IX y XII), sólo es un manuscrito, el *Bambergensis,* el que da tal dato: podría muy bien haber sido una *contaminatio* a partir del mismo cargo desempeñado por Eutropio.

[9] Al filósofo Ceranio —EUNAPIO se lamentaba amargamente por su ejecución (fines del 371, o 372) y de la de Máximo *(Vidas de los Sofistas,* VII 6, 6-13); de ello, por lo demás, se deduce la fecha de su llegada a esta provincia—; a una mujer acusada de curar unas fiebres con una fórmula *lenis* («suave»); a alguien que vendía horóscopos, y a otro que utilizaba determinados signos para curar su estómago.

[10] Así, W. Den BOER *(Some Minor Roman Historians,* Leiden, 1972, pág. 181), quien refuta con habilidad los argumentos de A. GARRONI («L'iscrizione di R. Festo Avieno e l'autore del *Breviarium Historiae Romanae», Bullettino della Commisione Arqueologica Comunale in Roma* 43 [1915], pág. 133), sobre las «tres fases» de su vida que éste atribuía al historiador: pagana, cuando escribió el *Breviario;* cristiana, con su conversión y persecución de filósofos y astrólogos; y nuevamente pagano, al fin de su vida; el testimonio de Eunapio, según el cual, Festo «nunca» adoró a los dioses, parece bastante contundente. Es, en definitiva, el argumento más decisivo para Den Boer, que puede, incluso, explicar o admitir la coincidencia de dos personajes de igual nombre desempeñando el mismo cargo en unos pocos años (págs. 182-183; cf., también, *supra,* n. 8). ARNAUD-LINDET *(Abrégé...,* pág. XI) añadía el de la edad: el de Tren-

alguien «sin talento»[11], mientras que el poeta Avieno, de firme presencia en su obra, parece muy seguro de sus propios méritos, y la comparación entre una obra poética y ambiciosa —si bien tampoco brillante— y un simple resumen histórico de cortos vuelos resulta siempre compleja, cuando no imposible; a pesar de todo, hay algunas coincidencias en ambas producciones en términos poco usuales, que sería lo único probatorio[12]. Pero, en el estado actual de la cuestión, termina Soubiran, «la identificación entre el poeta de la *Descriptio* y el autor del *Breviario* no puede ser refutada, ni demostrada»[13]. En cuanto a la opinión de Th. Mommsen y O. Seeck que convertían al historiador en el hijo de Avieno y el autor de la inscripción que recogeremos luego, si bien la cronología podría ser aceptable[14], el inconveniente parece proceder de la afirmación del verso que lo convierte en creador de «muchos poemas»; que sepamos, Festo, autor de un pobre resumen histórico, no escribió tales creaciones poéticas. Ello encajaría más con el propio poeta, Avieno.

Así las cosas, la biografía de éste parece ceñirse a otra personalidad y otros datos. Dado que Lactancio en sus *Instituciones* (I 21, 38 y V 5, 4), fechadas entre el 305 y 313 d. C., cita a Cicerón y Germánico como traductores de Arato, y no a él, se deduce que su versión de los *Fenómenos* aún

to parece contemporaneo de Valente y el historiador, anciano, pertenece a la generación precedente.

[11] Son, casi, sus palabras finales (30, 1).

[12] Sobre ellos, cf. la explicación y el comentario de SOUBIRAN, *Les Phénomènes...,* pág. 25, n. 4-5.

[13] *Ibid.,* pág. 26.

[14] Festo, el historiador, habría podido nacer en torno al 310; y el poeta, el padre, haber escrito sus obras entre el 330 y 350.

no había sido publicada. Gracias, sobre todo[15], a la mención de Jerónimo, que es el primero en dar noticia de la traducción de los *Aratea*[16] en su *Comentario a la Epístola de Tito* (I 12), fechable en torno al 386, se le ha situado a mediados del s. IV. De ser nuestro autor el responsable de los hexámetros de la inscripción que recogemos más abajo, según sus datos, procedería de una familia notable: la *gens Musonia,* de Volsinio (actual Bolsena), en Etruria; hijo de Cesio Avieno y descendiente del filósofo estoico Gayo Musonio Rufo[17] —maestro de Epicteto y Plinio el Joven—, habría vivido en Roma, con varios hijos, y sería un personaje importante en el ambiente político-cultural de su momento, a juzgar por los cargos públicos que habría desempeñado, es-

[15] Más compleja es la referencia de SERVIO (X 272) como luego veremos (cf. *infra,* n. 24 y 26). La obra a la que podría hacer referencia esta cita debería ser anterior al 350; de juventud, quizá.

[16] En la cita hay un problema al que no todos han prestado atención; tras la mención de las traducciones de Cicerón y a Germánico se añade «y, recientemente, la de Avieno». El adverbio, *nuper,* no deja de plantear problemas por su posible vaguedad —tanto SOUBIRAN *(Les Phénomènes...,* pág. 8), como CAMERON («Macrobius...», pág. 393) lo recogen; para éste podría alargarse a un período de veinte años, a partir del 387 en que se fecha el texto de Jerónimo—. En la Introducción de J. MANGAS y D. PLÁCIDO *(Avieno, Testimonia Hispaniae Antiquae* I, Ed. Historia 2000, Madrid, 1994, pág. 15) se asegura, simplemente, que tal término no permite más que la precisión genérica de «recientemente, hace poco». Un caso especialmente conflictivo, donde se utiliza a propósito de la derrota de Carras de Craso — unos doscientos años antes (53 a. C.-*ca.* 150 d. C.) de la fecha de escritura, probablemente, del texto—, es el del *Epítome de Tito Livio* de FLORO; para una breve discusión de este tipo de problema y la bibliografía y otras citas sobre el término, cf. la Introducción del *Epítome* floriano de G. HINOJO e I. MORENO, ed. Gredos, Madrid, 2000, págs. 27-28.

[17] De época de Nerón, 54- 68 d. C., y los Flavios, 69-96 d. C.

pecialmente los dos proconsulados[18] a los que hace también orgullosa referencia; uno parece presentar pocos problemas: habría sido en Acaya (Grecia), en el 372 d. C., de acuerdo con una inscripción honorífica griega de una estatua, de Atenas[19], y durante su estancia allí habría tenido lugar una visita a Delfos (vv. 603-604) a la que él mismo se refiere en su *Descripción del Orbe Terrestre.* El otro es más problemático. Se supuso, a partir de una observación en las *Costas Marinas* («Nosotros en estos parajes excepto las ceremonias en honor de Hércules, no vimos nada digno de admiración» [vv. 273-274]), que habría sido desempeñado en la Bética, aquí en *Hispania;* pero ahora parece descartado, ya que en ese siglo IV los únicos proconsulados eran los de Asia, Acaya y África, y, además, tal referencia, pese a la opinión de Shulten, no indica cargo alguno ni lo presupone siquiera. Parece, más bien, haber sido en África (366-367 d. C.), donde apuntan, no sólo los argumentos filológicos al respecto de P. Monceaux[20], sino otra inscripción descubierta más recientemente en *Bulla Regia*[21]. Y debió de ser muy estimado, según el poema que en dos dísticos elegíacos le

[18] Otra inscripción, ésta de Lucania *(C.I.L.* X 212), de la misma época aproximadamente, sobre un *Rullus Festus, vir clarissimus, corrector* de Lucania y los Abruzzos, podría referirse a él. Tal vez ejerció tal cargo antes de estos proconsulados (sobre ello, cf. SOUBIRAN, *Les Phénomènes...,* pág. 20).

[19] *C.I.G.* III 1, 635.

[20] «Note sur un proconsul d'Afrique, le poète Aviénus», *Rev. Arch.,* 3.ª s., 9 (1887), 194 ss. Sobre ello, cf. también SOUBIRAN, *Les Phénomènes...,* pág. 16.

[21] *ABIENII. eximiae integritatis viro ac mire bonitas exemplo Postumio Rufio Festo ampl[issimo] proco[n]s[uli] c.v. vice sacra [iudicanti].* Sobre ella, cf. CAMERON, primero al serle comentada por R. P. DUNCAN JONES («Macrobius...», pág. 392), y luego, analizada ya en su más reciente contribución («Avienus or –ius?», pág. 253).

dedicó un hijo suyo, Plácido, con profundo afecto filial, añadiéndolo al epitafio votivo, en hexámetros, que el propio Avieno había redactado y dedicado a Norcia, diosa etrusca de la Fortuna, en una placa de mármol que se conserva hoy en los Museos Vaticanos[22]:

R(UFO). FESTO. V(ARÓN) N(OBILÍSIMO). DEDICA A LA [DIOSA NORC(IA)

Festo, descendiente de Musonio e hijo de Avieno,
del que recibieron nombre las aguas Cesias,
de cuna Volsiniense, Norcia, te venero,
habitante de Roma, que por dos veces he desempeñado el [cargo de procónsul
creador de muchos poemas, de vida intachable, de per- [fecta salud,
feliz por mi matrimonio con Plácida, y por el abun- [dante número
de hijos gozoso: ¡larga vida para ellos!
Todo lo demás se desarrollará según la ley fijada de los hados.

A SU VENERABLE PADRE SU HIJO PLÁCIDO

Irás a las moradas ansiadas: ya Júpiter te abre
la gloria, Festo, a ti, para que entres radiante.
Y ya entras. Te tiende sus diestras el coro de los dioses
y, mira, ya te aplaude a ti todo el cielo[23].

[22] Cf. *C.I.L.*, VI 537.

[23] Sobre su descendencia —entre los que se contaría el cónsul del 472, R. Postumio Festo, y el del 481, Rufo Plácido, con el nombre de su esposa e hijo—, rectificando alguno de los sugeridos por Soubiran (por ej., *Gennadius Avienus,* que él considera, más bien, ligado al fabulista, como el interlocutor de Macrobio y los cónsules del 450, 501 y 502), cf. CAMERON, «Avienus or –ius?», pág. 262. Otra posibilidad sería *R. Aggerius Festus,* conocido a partir de un asiento en el anfiteatro Flavio.

Quizá, el rasgo más llamativo de su personalidad, según se desprende también de sus propios versos, sea el sentimiento nostálgico, asociado a cierta intención moralizante, por el ya remoto pasado romano, en especial el de tiempos de Augusto. Perteneciente a un círculo de aristócratas, la vieja clase senatorial romana, y literatos, que añoraba las viejas costumbres, tradiciones y religión, se mantiene en una especie de torre de marfil, o campana de cristal, aislado de la realidad, circunstancias y problemas de la época que le tocó vivir. Silencia, por ejemplo, la presencia del cristianismo, que ya había triunfado como religión oficial del Imperio (desde el 313 d. C.). Pero tal silencio cae también sobre la situación general de la sociedad del momento, como reacción inconsciente, o premeditada, ante un final no muy lejano. Se refugia muy a gusto en ese pasado, al que rinde tributo, revolviendo y revisando, paladeando «viejos papeles», con el argumento, incluso, de que son de «gran autoridad», como si fuera una lista bibliográfica al estilo actual, útil o necesaria para reforzar sus tesis.

El gusto por la literatura clásica, en la que se había educado y en la que destacaba una corriente con rasgos propios temáticos y estilísticos, como era la poesía didáctica, que cuadraba con su carácter, le inclinó a la redacción de tratados de tipo científico, o para-científico, de tal manera que pudiera lograr una labor de propaganda de los antiguos valores, una especie de vuelta a los orígenes, procurando, además, que la información transmitida fuera fácilmente memorizable, a base de combinar el ritmo del verso y el juego de las figuras literarias —ejercicio de honda raigambre, también, en la tradición retórica clásica—. No sólo se trataba de posibilitar el recuerdo de la información transmitida, sino también de disfrutar del recitado de las obras en grupo, compuestas, como todas las obras literarias de la Antigüedad, más pensando en su lectura

en público que en privado y por una sola persona. La tradición didáctica de la poesía griega y latina tenía, de hecho, una larga andadura que Avieno, avizorando el fin del Imperio, pretendió continuar como si en su presente no estuviera pasando nada. Asimismo, de sus obras puede deducirse más que una predilección, una delectación en la mitología, no sólo como simple elemento narrativo de apoyo, de modo que la exposición resultara más asequible, agradable y fácil de recordar al lector —fines de la poesía didáctica—, sino también como medio estilístico y un elemento valioso en sí mismo por formar parte de la tradición clásica.

2. Otras obras y orden de composición de los *Fenómenos*, la *Descripción* y las *Costas*

También en el género de la poesía didáctica habría que incluir los pocos poemas menores que han quedado[24], de los innumerables que, como puro ejercicio de pluma, debió de componer: esa breve «Dedicatoria a la diosa Norcia» y la «Epístola a Flaviano Mirmeico» —treinta y un hexámetros, a alguien, residente en África pero, por lo demás, desconocido[25], demandándole granadas *(Punica mala)* para combatir, con ellas, la falta de apetito de su estómago enfermo—; y las dos obras perdidas, según anotó Servio (hacia el s. IV d. C.) en

[24] Todos estos textos, así como los que le han sido atribuidos (pág. 173), y las referencias sobre Avieno de Servio y Jerónimo (pág. 175), fueron recogidos por A. Holder, en su edición: *Rufi Festi Avieni carmina, Ad Aeni Pontem* (Innsbruck, 1887), y, más recientemente, por Soubiran *(Les Phénomènes...)*, que dedica un detallado y amplio comentario al de Servio (X 272; cf. Append. II, págs. 297-304).

[25] Pese a la aducida, pero no admitida, relación con el importante Nicómaco Flaviano

su *Comentario sobre Virgilio,* precisando que las había escrito, las dos, en yambos: una recopilación de «leyendas» virgilianas (X 272)[26]; y una «versificación de la obra histórica de Tito Livio», ardua empresa de cuya existencia parece dudarse, y cuya referencia podría deberse a un error en la transmisión manuscrita (X 388)[27]. En cambio, se le han atribuido en falso otros dos poemas: «Sobre la vida en el campo» y «Sobre el canto de las Sirenas»[28]. Todas estas breves composiciones son imposibles de fechar.

El orden de composición de las tres principales que nos han llegado tal vez fuera el de la traducción que vamos a seguir, que, a su vez, continúa el de la *editio princeps* (1488) a la que se atuvo Holder. Aquélla se iniciaba con el poema de dedicatoria a Flaviano Mirmeico —posiblemente porque se trataba de una copia para su uso—; siguen, luego, los *Fenómenos,* después la *Descripción del Orbe Terrestre* y, por último, las *Costas Marinas.* Tal vez fuera, decimos, la secuencia en que Avieno las escribió, porque en las *Costas*

[26] La referencia se aduce a propósito de los «cometas, que en latín se llaman «estrellas cabelludas», cuyo número, según los estoicos es mayor de treinta y dos, y de cuyos nombres y efectos trató Avieno...». Por el tema, además de por la referencia, pocas veces se ha dudado de la autoría, pero Cameron («Macrobius...», pág. 394), apuntó su pertenencia a Avianus —otro entusiasta virgiliano—, autor, él mismo, de *fabulas.* De hecho, el término sobre la obra que habría escrito sobre Livio, a propósito de Anchemolo, hijo del rey Reto, cuya familia, «según Avieno, es griega», es justamente ese mismo: *fabula.*

[27] Para la discusión y posibilidades, cf., como resumen, Soubiran *(Les Phénomènes...,* pág. 36); y, más recientemente, Cameron, «Avienus or –ius?», pág. 255 ss.

[28] Cf. G. Thilo y Hermann Hagen, *Servii Grammatici qui feruntur in Vergilii Carmina Commentarii,* v. II, Leipzig, 1993-94 (reprod. Hildesheim, 1961), donde también se trata de Avieno y sus características; y para el análisis lingüístico, negando, radicalmente, su pertenencia a Avieno, cf. Soubiran, *Les Phénomènes...*, págs. 37-38.

(vv. 71 ss.) se da por escrita ya la *Descripción,* mientras que los *Fenómenos* contaban en latín con una larga tradición, desde Cicerón y hasta Germánico, con huellas sutiles en otros muchos autores. Sin duda, o sólo quizá, Avieno tendría que haber empezado por una tarea para la que ya contaba con una gran documentación, como podría demostrar, además, el estilo. Debió de resultarle mucho más sencillo pasar después a unas obras de tipo geográfico, para las que ya no tenía el soporte anterior, basándose en su dominio del griego y contando con sus solas fuerzas[29]. Con todo, no faltan tesis que modifican tal supuesto; la secuencia, manteniendo la prioridad —obligatoria ante la propia referencia interna—, de la *Descripción* y *Costas,* podría ser otra: *Descripción, Costas* y *Fenómenos;* o, *Descripción, Fenómenos* y *Costas*[30]. Las razones del cambio de la *editio princeps,* muy bien analizadas y resumidas por J. Soubiran[31], habrían sido de distinta índole: temáticas, puesto que al cielo *(Fenómenos)* le seguiría la tierra *(Descripción; Costas);* métricas, puesto que al hexámetro de las dos primeras, en línea con la gran tradición de la poesía didáctica, habría seguido el trímetro de *Costas,* más familiar y menos ambicioso; y filosóficas, ya que el pagano Avieno fijaba con su amplio prólogo de los *Fenómenos* sus presupuestos religiosos y estoicos, ensalzando al Júpiter principio de todo. Ninguna de las otras dos posee equivalente; semejante página, y tal

[29] Cf. F. Marx, «*Rufius Festus Avienus*», *RE* II, cols. 2386-2391.

[30] Tal orden no le parece a Soubiran *(Les Phénomènes...,* pág. 33) indefendible, sobre todo, si es S. Petronio Probo el que está detrás de la dedicatoria de las *Costas,* puesto que la *Ora* no puede ser retrasada más que hasta el 350-355. Si la identificación no es tal, el indicio desaparece. Para la cuestión, con más amplitud, cf. *Costas,* aptdo. 1.

[31] *Ibid.,* pág. 34.

obra, debieron de parecer, sin duda, ideales, para abrir la recopilación.

3. Filosofía y religión

De hecho, una característica de Avieno, coincidente, por lo demás, con la literatura pagana de la época, es ese sentimiento religioso ante la situación del Imperio y la necesidad de defensa de la religión tradicional romana frente a las nuevas creencias, el cristianismo. Ante ella mantiene la actitud distanciada de alguien que está por encima de las contingencias de su momento; el talante elegante de un senador que, ante unas perspectivas de ruina general, guarda silencio sobre una novedad que suponía un ataque a la esencia romana y se recrea en los viejos dioses y leyendas mitológicas[32]. Su profesión de fe en los dioses tradicionales es sentida y sincera, pero su gesto, siempre correcto, parece resaltar en el afecto demostrado a Probo, que se había convertido al cristianismo y se carteaba con Agustín de Hipona —si la identificación del Probo de la dedicatoria de la *Ora* con Sexto Claudio Petronio es correcta[33]—. Emerge de sus obras, que no son tratados religiosos, ni mitológicos, una fe segura en Júpiter y su providencia. En esa postura subyace una influencia platónica y estoica —como puede apreciarse en el proemio de los *Fenómenos* (vv. 1-76), influido por el filósofo Cleantes (331-251 a. C.)—; pero su panteísmo no olvida el epicureísmo[34]. Y el sincretis-

[32] Cf. *Des.,* v. 723: la isla de Leuce como refugio de las almas.

[33] Cf. *supra,* n. 30. Para el *Claudius,* cf. también Cameron, «Polyonomy in the Late Roman Aristocracy: The Case of Petronius Probus», *Journal of Roman Studies* 75 (1985), 164-82.

[34] Cf. *Costas* 651 ss.

mo, más que identificación, entre los dioses griegos y romanos es espontáneo, natural, casi automático, porque su familiaridad con las dos culturas es patente —al margen de que el substrato indoeuropeo de ambas facilitaba la integración de dioses y creencias, algo que se producía también en otros campos de la cultura—. De esta manera, se corresponden espontáneamente Zeus y Júpiter[35]; Hermes-Mercurio *(Fen.* 619, etc.); Afrodita-Venus *(Des.* 1016); Hefesto-Vulcano *(Des.* 700); Diana-Ártemis *(Des.* 992); o Deméter-Ceres *(Des.* 701); pero el caso más notable es el de Dioniso-Baco (Lieo; *Des.* 1120-1131), hasta resultar incluso sorprendente su importancia en relación con la India *(Des.* 1359 ss.). También se hace eco de la divinidad de los vientos: Bóreas[36], cuyo prestigio recoge como epónimo al hacer referencia asimismo al pueblo de los hiperbóreos *(Costas,* 664); o Céfiro, al que se dedican cabos o promontorios[37].

Evidentemente, tras su gusto por los desarrollos mitológicos subyacen las *Metamorfosis* de Ovidio: Faetonte y las Faetóntides[38]; Harmonía y Cadmo *(Des.* 541 ss.); Medea *(Des.* 1216 ss.); Mirra *(Des.* 1112 ss.); Dafne *(Des.* 1077); o Pegaso *(Des.* 1026-1043). Por otro lado, recoge morosamente el mito de las Edades de la Humanidad y lo desarrolla al tratar de la constelación de la Virgen en los *Fenómenos* (286 ss.), tomándolo de los *Fenómenos* de Arato (97-146)[39] —para él

[35] Cf. el templo a Júpiter Sinopeo *(Des.* 376 ss.).

[36] «...el (río) Iliso, de cuyas aguas se llevó Bóreas a Oritía» *(Des.* 585).

[37] Cf. *Costas,* 226, 238, 564; y, también, D. Liuzzi, *La rosa dei venti nella antichità greco-romana,* Leche, 1996.

[38] *Des.* 426; *Fen.* 785, 793.

[39] El fondo del mito arranca de los *Trabajos y días* de Hesíodo (109-201 y 256-257). Para un análisis detallado del tema, como síntesis, cf. P. Archanbault, «The Ages of Man and the Ages of the World. A Study of two Traditions», *Revue des Études Augustiniennes* 12 (1966), 193-200, en concreto, para la tradición pagana; L. Havas, «La conception organique de l'Histoire sous l'Empire romain et ses origines», *Acta Classica Universitatis Scientiarum Debreceniensis* 19 (1993), 239-259; y M. Ruch, «Le thème de la croissance organique dans le pensèe historique des Romains, de Caton à Florus», *Aufstieg und Niedergang der Römische Welt* I 2, Berlín-NuevaYork, 1972, págs. 827-841.

la Edad de Oro encarna una etapa de desarrollo general de la civilización, de manera que la Justicia (= Virgen) vivía en la Tierra, frente a las otras edades[40]—; pero, en la forma literaria interfieren Virgilio[41], omnipresente en Avieno, y el propio Ovidio[42].

4. Estilo

El rasgo estilístico de tipo general más notable que salta a la vista en la obra de Avieno es la influencia de escritores anteriores. Son muchos los poetas y los prosistas que se han detectado en sus versiones. En primer lugar, hay que tener presente a los traductores de Arato, Cicerón y Germánico, punto de apoyo en la interpretación del poeta de Solos —en la forma y fondo de su versificación—, y fuente de inspiración de características lingüísticas. También, Plauto, Catulo, Lucrecio, Propercio, Ovidio y, sobre todo, Virgilio, que viene a ser la trama voluntaria de todas sus traducciones —un aire virgiliano orea las tres composiciones porque era el modelo básico[43]—. Desde el punto de vista léxico sobresale su gran riqueza de vocabulario, sobre todo a base de adjetivos des-

[40] «Fue la edad de la raza cruel...» *(Fen.* 1173-4a).

[41] Cf. *Bucólicas,* IV 4-45; *Geórgicas* I 125-149, II 536-540, etc.

[42] Cf. *Met.* I 89-150 (y, para el mito en él, *supra,* n. 39).

[43] Por ejemplo, en la descripción de las señales de viento y lluvia *(Fen.* 1670-1724), a la par que traduce a Arato, se está inspirando en *Geórgicas* (I 356 ss.).

criptivos, para cada elemento de la naturaleza, fenómenos o puntos geográficos. Dos ejemplos bastarán[44]: para el campo semántico de «brillar» emplea *ardere, coruscare, fulgere, lucere, micare, nitere, renidere,* o *rutilare;* y para referirse al mar, *mare, gurges, salum/sal, fluctus, pelagus, pontus, aequor/aequora, vadum/vada, fretum/freta, aestus, procella/procellosus* y *profundum*. En ocasiones concentra esa riqueza sinonímica en unos pocos versos; valga como ejemplo este único: *surgunt* Oceano. *Iam* gurges *et ultima Cygni /et caput acris Equi premit* aequore, *iam procul ista* / marmoris *occidui penitus petiere* profundum / *hausta* salo. *Caput Andromedae* freta *vasta receptant (Fen.* 1153 ss.). Otras, repite una misma idea, a base siempre de sinónimos, lo que da un cierto barroquismo al conjunto y provoca algún cansancio, a la par que dificulta enormemente la traducción.

Otra característica notoria es el gusto por los arcaísmos[45], morfológicos y léxicos, como no podía ser menos dado su carácter y el de la propia obra; también aquí carga en exceso la mano frente a su modelo, Virgilio, mucho más comedido. Pero también presenta algunos neologismos. En cambio, los rasgos peculiares sintácticos apenas se cuentan[46].

[44] Para un estudio exhaustivo, cf. el de C. IHLEMANN, *De Rufi Festi Avieni in vertendis Arateis arte et ratione,* Gotinga, 1909, págs. 56 ss.

[45] Esta cuestión ha alcanzado un relieve especial en las *Costas,* sobre todo porque la cuestión estilística se liga a la percepción tan notable que el lector tiene de la distancia entre la realidad histórica y el texto de Avieno. Para un análisis detenido de ello —remitiendo tal gusto por ellos y la pátina general del relato al interés del renacimiento teodosiano por la *imitatio* de poetas clásicos y la búsqueda del interés del lector mediante estos giros que llamasen su atención—, cf. F. J. GONZÁLEZ PONCE, «Sobre el valor histórico atribuible al contenido de la *Ora Maritima*, las citas de los iberos y otros pueblos como paradigma», *Faventia* 15 (1993), 49-55, especialmente para este aspecto; intentar ver el poema como un documento verídico, supone pasar por alto los supuestos literarios de los que este barniz arcaizante es, quizá, lo más notorio (pág. 60).

Las figuras retóricas típicas de la poesía tradicional —aliteraciones, anáforas, pleonasmos, hipálages, hipérboles, perífrasis, antítesis, metáforas, etc.—, son omnipresentes. Por otra parte, la fusión de trazos clásicos y elementos innovadores da a su obra un carácter peculiar: una lengua ajustada a las normas, que, si bien ofrece detalles lingüísticos de fines del s. IV, da la impresión de ser correcta en cualquier época. Dicha corrección se percibe en la versificación, con una métrica basada en el hexámetro añejo, tradicional, de perfecto equilibrio entre dáctilos y espondeos; se aprecia también en la proporción normal de cesuras, en alguna tendencia a los versos espondaicos y en su interés por el purismo. También aquí la huella de Virgilio es notoria: toma de él hemistiquios enteros. Avieno, anclado en la época augústea, parece impasible ante su tiempo.

5. AVIENO Y LA TRADICIÓN LITERARIA ESPAÑOLA

Aunque el primero en escribir tratados de astronomía en castellano fue Alfonso X el Sabio, bien personalmente o compuestos por encargo suyo, y a partir de fuentes hebreas o árabes, no griegas ni latinas, y dado que está sin estudiar todavía qué autores clásicos se enseñaban en la España de su época,

[46] En general, cf. H. KUEHNE, *De arte grammatica Rufi Festi Avieni,* Diss., Münster (Essen), 1905. R. CALDINI MONTANARI («Allusione e realtá nel cielo dei poeti», *Prometeus* 19 [1993], 183-210), concentrado en el uso de un giro concreto en las *ecphrasis* de las constelaciones, advierte la recuperación de tal cliché por Avieno y Manilio, frente al olvido que de él habían hecho Cicerón o Germánico.

en hebreo —que son los que más interés tenían en inutilizar el latín y fomentar el romance— y en árabe[47], habría que comenzar por el Renacimiento cualquier investigación para seguir la pista de Arato y Avieno en España. Pero es curioso que, a pesar de la importancia especial que, sobre todo, las *Costas Marinas* tienen para España, nuestra tradición humanística no sea, por lo que hoy sabemos, especialmente rica con respecto a ediciones, traducciones y comentarios sobre su autor.

A título de breve información podríamos reseñar algunos autores del siglo XVI que, muy probablemente, hayan tenido noticia de sus *Aratea* y hayan plasmado su influencia, en mayor o menor grado, en sus obras: Pérez de Moya, en su *Fragmentos de Astronomía* (1568); Vicente de Tornamira, en *Teoría de planetas* (1580); Pedro de la Hera, en *Repertorio de las esferas del cielo* (1584); García de Céspedes, en *Estaciones de los planetas;* y alguno más. En el XVIII hay autores de la categoría de Jorge Juan, cuyas *Observaciones astronómicas y físicas* (1748), seguramente, le deben mucho. Queda pendiente, pues, conocer, además de otros detalles al respecto, qué enlace podría haber entre estos dos siglos.

En cuanto a ediciones y traducciones, la primera realizada aquí es la de Pedro Melián, en 1634 (Madrid), atribuyéndole las fábulas y epigramas de Aviano. Para la *Descripción* y las *Costas* siguió la edición de Pedro Piteo (París, 1550), sin que se sepa la fuente para los *Fenómenos*. Lamentablemente, no existe ningún análisis o comentario actual sobre las posibles aportaciones de este autor.

[47] ROSHDI RASHED y R. MORELON, *Histoire des sciences arabes I: Astronomie theorique et appliqué,* París, 1997.

Luego, Miguel Cortés y López incluyó en su *Diccionario Geográfico-Histórico de la España Antigua* (t. I, Madrid, 1835), las *Rufi Festi Avieni Orae Maritimae,* con correcciones al texto anterior, comentario y traducción.

Nicolás Antonio redactó unos comentarios sobre la *Descripción* y las *Costas* en un códice titulado *Commentaria cum nonnullis animadversionibus in 164 priores versus «descriptionis orbis terrae» Rufi Festi Avieni,* sin fecha y, que sepamos, sin publicar, aunque lo citó y comentó Menéndez Pelayo en su *Bibliografía Hispano-Latina Clásica*[48]. En esta obra, tantas veces citada, se recogen también las traducciones parciales de las *Costas:* la de Álvaro Carrillo Laso (Córdoba, 1624), de los pasajes que tratan de la antigua metalurgia hispana; y la de Rodrigo Caro (Sevilla, 1643), de los que se refieren a Andalucía. Ya en 1797 Juan Francisco Masdeu tradujo y comentó la parte que describe el litoral de Valencia y Cataluña; y en 1895 Joaquín Costa publicó en Madrid un estudio, hoy totalmente desconocido, titulado *Litoral ibérico del Mediterráneo en el siglo VI-V antes de J. C.*

Para acabar, una rarísima excepción en el páramo cultural español actual fue Rafael Alberti, quien, en 1953, le hizo un sentido homenaje[49], aunque inconsciente quizá —porque más bien se lo hacía a Cádiz—, con la publicación de su *Ora Maritima,* un conjunto de doce poemas combinado con citas históricas de autores griegos y romanos relativos al pasado histórico de aquella ciudad y su área, que empieza con una mención de la de Avieno y finaliza con esta melancólica cita: «... guarda en tu corazón las cosas narradas, pues se apoyan en testimonios tomados de lejos...»; palabras que, como puede comprobarse, corresponden a los versos 77-79

[48] Santander, 1950, t. I, *s. v.* «Avieno», págs. 254-270.

[49] Debió de leerlo en la edición de SCHULTEN.

de las *Costas Marinas*. Quizá movido por su devoción a este poeta latino, confundido casi con la misma ciudad de Cádiz, llegó, incluso, a darle el nombre de *Ora Maritima* a su propia residencia.

Pero la lírica española refleja, también, el topos literario del cielo constelado, la bóveda celeste fulgente en la noche azabache, etc., de lejano origen en Virgilio y Horacio; es un paradigma o modelo de un estado anímico que busca en la infinitud, en el silencio del parpadeo de los astros un estar sin estar, un bálsamo contra la inquietud, el desasosiego, la impaciencia, el dolor, en suma. Valgan, como muestra, dos referencias: las odas de Fray Luis[50], *Noche serena* —«Quando contemplo el cielo, /de innumerables luzes // adornado, /.../ ¡Ay, levantad los ojos/ a aquesta celestial esfera!/ ...»— y la dedicada *A Felipe Ruiz*. Y las palabras de Pablo Neruda: «Eres como la noche, callada y constelada» (Poema 15)[51]; «Escribir, por ejemplo: la noche está estrellada, / y tiritan, azules, los astros, a lo lejos» (Poema 20).

A buen seguro que hay muchas más, como la iniciativa de una *Ora Maritima* fotográfica, que recoge vistas aéreas y generales de las principales ciudades costeras del Mediterráneo, realizada por diferentes arqueólogos, especialistas en cada zona o país, y coordinada por Marc Mayer e Isabel Roda. La obra parte de Barcelona y acaba en Tarragona, tras haber bordeado todo el Mediterráneo. Es, justamente, el mismo planteamiento, modernizado, que rigió la idea del propio Avieno[52].

---

50 *Poesía completa*, ed. J. M. BLECUA, Madrid, 1990.

51 *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, Buenos Aires, 1944.

52 *Ciudades antiguas del Mediterráneo. La costa del Mediterráneo «Ora Maritima»*, Barcelona, 1998.

6. NUESTRA TRADUCCIÓN

En primer lugar, aunque ello sea un tópico en la traducción de las obras en verso, hay que hacer notar que ofrecemos una versión en prosa de una producción poética, lo cual impide, por principio, recoger los efectos métricos y muchos otros estilísticos ligados a ello. Hemos procurado, eso sí, mantener el tono virgiliano de Avieno, con su gusto especial por los arcaísmos, referencias nostálgicas y veladuras melancólicas, unido todo a un cierto barroquismo verbal, como si la cultura latina de su momento estuviera viviendo un renacimiento o, mejor aún, todavía perdurara estilísticamente la edad de oro del clasicismo: Virgilio, Horacio, Ovidio,... Además, todo ello se amarchama con una búsqueda de pátina científica, tanto astronómica como geográfica, que se deriva de la terminología propia de la temática tratada (conceptos astronómicos y geográficos a veces difíciles de entender todavía hoy). El texto del que hemos partido es en cada obra, creemos, el más adecuado por diferentes razones; para los *Fenómenos* seguimos la edición de J. Soubiran (Budé), cuya reconstrucción del texto nos ha parecido la más actual y aceptable; para la *Descripción*, la de P. van de Woestijne *(La «Descriptio orbis Terrae» d'Aviénus*, Brujas, 1961); y para la *Ora*, y la *Epístola a Flaviano Mirmeico* que abre el conjunto, la tradicional de Holder, salvo en algunos pasajes en los que hemos preferido las lecturas de la *editio princeps*, reproducida en la obra de P. Villalba i Varneda *(Ruf Fest Aviè, Periple*, Barcelona, 1986), que recogemos en la Introducción correspondiente.

Con el fin de no alargar en exceso las referencias a pie de página, que, dado el carácter del texto, serían innumerables y

difíciles de resumir, hemos preferido acompañar cada una de las tres obras de una breve introducción sobre el tema, sus características principales y su evolución hasta Avieno desde sus orígenes. Era necesario situar al poeta en la rica tradición que le había precedido, apuntar su aportación y dejar constancia, siquiera sucinta, de algunos de los conocimientos científicos que ya la Antigüedad atesoraba, procurando ofrecer al lector no especialista algunos datos necesarios para su mejor comprensión. Confiamos en que, pese a su brevedad, sirva para facilitar la inteligibilidad de una obra tan compleja y técnica como la de Avieno, especialmente los *Fenómenos*. En cualquier caso, hemos intentado reducir las citas al máximo, razón por la cual, genéricamente, recomendamos a los lectores menos versados en mitología clásica la consulta de las obras de P. Grimal, *Diccionario de la mitología griega y romana* (trad. española, Barcelona, 1965), y A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica* (Madrid, 1988), y la más amplia y especializada de W. H. Roscher, *Ausführliches Lexikon der griechischen und römischen Mythologie* (Leipzig, 1884-1937); y remitimos, genéricamente, nuestra información a los demás estudios citados en la bibliografía general —limitada, por lo demás, a los estudios más representativos del tema—, donde los interesados en alguna cuestión particular encontrarán respuesta adecuada; evidentemente, aunque hay un apartado concreto en cada una de las tres obras para los estudios más específicos, con el fin de evitar repeticiones en la *Descripción* y las *Costas* se han ido suprimiendo los incluidos en cada uno de los precedentes, aunque hayan sido también utilizados para los textos siguientes.

Para buscar la máxima precisión, sobre todo de términos técnicos, y poder aquilatar su expresión y sus significados, nos han sido especialmente valiosas, además de otras obras ya citadas en la bibliografía, las de André Le Boeuffle *(Les noms latins d'astres et des constellations,* París, 1977; y *Astronomie. Astrologie. Lexique latin,* París, 1978); y de los numerosos comentaristas de las *Costas* que hemos podido consultar queremos mencionar, en especial, a Pere Villalba, *Ruf Fest Avié. Periple. Ora Maritima* (Barcelona, 1986[53]).

En cuanto a los nombres propios y algunos comunes, hemos seguido las normas de M. Fernández Galiano *(La transcripción castellana de los nombres propios griegos,* Madrid, 1961) y el *Diccionario de la Real Academia;* sin embargo, en lo referente a los vientos y algunos otros conceptos geográficos (ecuador, trópico, etc.), nos ha parecido más conveniente consignarlos de esta forma, para no resaltarlos excesivamente.

Sintiéndonos deudores de la escuela de traductores española, desde los dos Luises, el de Granada y el de León, hasta los maestros actuales, Sebastián Mariner, en especial, Emilio García Gómez, y Valentín García Yebra, cerramos este capítulo agradeciendo a los editores su confianza y paciencia.

7. La tradición manuscrita y la *editio princeps*

Los dos manuscritos básicos para los textos de Avieno son el *Vindobonensis Palatinus* 107, de la Biblioteca palatina de Viena *(V),* fechado en el s. x —que contiene también extractos de Lucrecio y las *Sátiras* de Juvenal—, que incluye sólo la parte dedicada a los *Aratea,* y, por lo que a Avieno respecta, es la única huella de un antiguo manuscrito más amplio y, evidentemente, perdido. Y el *Ambrosianus* D 52 *(A),* copia italiana de la segunda mitad del s. xv, con los

[53] Utilizada también en fragmentos (la *Ora* está completa) en la edición de Mangas y Plácido, *T.H.A.*, págs. 33-169 (con un amplio comentario de diferentes autores).

Fenómenos enteros y casi toda la *Descripción*[54] de Avieno, con los *Aratea* de Cicerón y Germánico.

Por su parte, la *editio princeps,* que apareció en 1488, en Venecia (el 25 de octubre), a cargo de G. Valla y V. Pisani[55], no basada en ninguno de esos dos manuscritos, sino en la copia perdida, incorporaba los treinta y un hexámetros de la dedicatoria a Flaviano Mirmeico, los *Aratea,* la *Descriptio Orbis Terrae* y una parte de la *Ora maritima* (hasta el v. 713, que es el último de los conservados), más los *Aratea* de Cicerón y los de Germánico, y otra obra de tema científico, no de esta materia, el *Liber Medicinalis* de Q. Sereno. El texto resultante no fue impecable.

8. Bibliografía General

A) *Principales ediciones:*

Una breve selección[56] de otras ediciones y traducciones de toda la obra, en orden cronológico, podría ser ésta:

P. Pithou, *Epigrammata et poematia vetera,* París, 1590.

P. Melián, *Rufi Festi Avieni Hispani Opera quae extant omnia,* Madrid, 1634.

N. E. Lemaire, en *Poetae Latini minores,* t. V, París, 1825.

[54] Del v. 1 al 1381; faltan los vv. 1382-3 (cf. J. Soubiran, «Sur les deux manuscrits d'Avienus», *Revue de Philologie* 49 [1975], 217); según tal estudio, *A* sería una copia directa de *V,* pero un *V* más amplio que el que nos ha llegado. Un resumen de todo ello en su edición (págs. 76-79).

[55] Para los detalles, cf. Holder, págs. V-X, y Soubiran, *Les Phénomènes...,* págs. 79-84.

[56] Para una lista general y completa de éstas, cf. Holder, págs. XVIII-XXVIII; y para las parciales de los textos, las recogidas en los apartados correspondientes de cada uno.

E. Despois-Éd. Saviot, *Rufus Festus Avienus, Description de la Terre, Les régions maritimes, Phénomènes et Pronostics d'Aratus et pieces diverses,* París, 1843.

A. Holder, *Rufi Festi Avieni Carmina,* Ad Aeni Pontem (Innsbruck), 1887 (reproducción en Hildesheim, 1965).

J. Mangas y D. Plácido (eds.), *Avieno, Ora Maritima, Descriptio Orbis Terrae, Phaenomena, Testimonia Hispaniae Antiqua* I (*T.H.A.*), edición y trad. de P. Villalba i Varneda, Madrid, 1994.

B) *Selección de monografías y estudios generales*

A. Cameron, «Macrobius, Avienus and Avianus», *Classical Quaterly,* n. s., 17 (1967), 385-399.

—, «Avienus or Avienius»? *Zeitscrhift für Papyrologie und Epigraphie* 108 (1995), 252-62.

A. Garroni, «L'iscrizione di R. Festo Avieno e l'autore del *Breviarium Historiae Romanae», Bullettino della Commisione Arqueologica Comunale in Roma* 43 (1916), 125-135.

C. Ihlemann, *De Rufi Festi Avieni in vertendis Arateis arte et ratione,* Gotinga, 1909.

H. Kuehne, *De arte grammatica Rufi Festi Avieni,* Diss., Münster (Essen), 1905.

F. Marx, «Avienus», *RE,* II,2, 2386-91.

J. Matthews, «Continuity in Roman Family: the *R. Festi* of *Volsinii», Historia* 16 (1967), 484-509.

G. Thilo, H. Hagen, *Servii Grammatici qui feruntur in Vergilii Carmina Commentarii,* v. II, Leipzig, 1893-94 (repr. Hildesheim, 1961).

M. Wacht, *Concordantia in R. Festum Avienum,* Hildesheim, 1995.

9. Abreviaturas

C.I.L. = *Corpus Inscriptionum Latinarum.*
Costas = *Costas Marinas.*

Descripción; Des. = *Descripción del Orbe Terrestre.*
Dictionnaire des antiquités... = CH. DAREMBERG-E. SAGLIO, *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines,* París, 1896 (reproducción, Graz, 1969).
Fen. = *Fenómenos.*
RE = JAKOBY-WISSOWA, *Real-Encyiclopädie der classischen Altertumswissenschanft,* Stuttgart, 1894-1980.
T.H.A. = *Testimonia Hispaniae Antiquae.*

EPÍSTOLA A FLAVIANO MIRMEICO

Rufo Festo Avieno saluda a Flaviano Mirmeico

Por donde el cartaginés arriba a las costas ausonias bajo [el impulso del austro
si por azar tu querido predio ya te envió en nave libia
unas granadas, transportadas por el mar Tirreno,
por favor, suelta alguna para solaz de nuestro paladar.
Así, tu propia nave surque todas las llanuras marinas a plena [vela,
a la par que arrastre una prolongada estela de surco espu- [meante,
e ilesa rebase los acantilados del faro de Rómulo,
o bien sea aquel otro famoso bajel que enviara la excelsa [Corinto,
allí por donde otea el oleaje Adriático al levantarse el noto,
o bien aquel otro que colmó de sus riquezas la opima Iberia,
el que hizo a la mar el animoso navegante desde puerto líbico.
Pero tal vez preguntes de qué granadas se trata, cuáles pido.
te ruego me envíes aquellas cuyos granos se apelmazan y
espesan en apretada preñez, y, aposentados en campamento,
como escuadrones que forman cuadro en ordenada fila.
Llevan un manto múltiple a base de telillas entre ellos,
con que sujetan el ígneo enjambre y los ligeros lazos de sus [granos.

Entonces, para que los granos no se derritan aplastados [por el peso,
se repartieron en casillas y equilibran sus pesos proporcio-[nados.
A pedírtelas, amigo, me fuerzan las molestias derivadas
de lejanos males y el que estando profundamente bilioso
se llena mi boca de hiel, sin permitirme paladear ninguna [dulzura.
Por tanto, quizá, calmando con su jugo mis dolencias,
pueda retornar a mis acostumbrados yantares al cabo de unos [meses.
No me parece que mis predios sean tan yermos,
que no pueda florecer esta clase de árbol en algún huerto:
sí que nace, y bien cargados sus brazos de abundante fruta,
pero la acritud de su jugo provoca un sabor desagradable en [la boca.
En cambio, aquél que se alza a la vera de las costas libias,
madura en mejor tierra y, de un cielo templado
absorbiendo los nutrientes, se llena de un zumo como néctar.

FENÓMENOS

INTRODUCCIÓN

1. Fuentes: la obra de Arato. Correspondencias entre su obra y la de Avieno

Los *Fenómenos,* que en griego viene a querer decir algo así como «Apariencias, figuras o meteoros que se muestran en el firmamento», o *Aratea* —nombre que remonta a la tradición astronómica anterior a Avieno—, es una traducción ampliada y comentada, casi una paráfrasis, en 1.878 hexámetros dactílicos, de la obra del mismo título de Arato, de cuya vida no quedan demasiados datos seguros: nació en Solos (Cilicia)[1] hacia principios del s. III a. C.; residió en Atenas y Pela (Macedonia), y estudió filosofía estoica, de donde se derivan las simpatías por el estoicismo en su obra[2]. Tomó parte activa en los círculos literarios de su época y puede definirse como un poeta

[1] Cf. *Descripción* 170, 1028.

[2] Cf. el «Himno a Zeus» del Proemio. Sobre ello, cf. H. Zehnacker, «D'Aratos à Aviénus: astronomie et ideologie», *Illinois Clas. Studies* 14 (1989), 317-29: a diferencia de Germánico, más ligado en su traducción de Arato a los problemas y motivos dinásticos, Avieno, modifica el proemio para ofrecer este homenaje a Zeus-Helios. Cf., también, n. 1.

helenístico, partidario de Calímaco (hacia 300-245 a. C.)[3]. Redactó los *Fenómenos,* 732 hexámetros sobre astronomía —descripción de las estrellas fijas, con leyendas básicas referidas a las principales constelaciones, más un repertorio de amaneceres y ocasos de dichas estrellas—, y otros 422 sobre metereología, llamados *Pronósticos* (una recopilación de los signos meteorológicos y su impacto en la vida agrícola)[4], inadecuadamente separados de los anteriores con frecuencia[5]. Una obra que pertenece en plena época alejandrina a la más pura línea de la poesía didáctica, de larga tradición en Grecia, empezando por los presocráticos. En esencia se remonta a los *Trabajos y días* de Hesíodo (hacia el 700 a. C.), aunque sin compartir su pesimismo social, que sustituye por un cierto romanticismo, característico de la poesía alejandrina. Con todo, su intención fue tomar como base para la parte astronómica a Eudoxo de Cnido (s. IV a. C.), para divulgarlo y hacerlo asequible a la mayor franja posible de público, en tanto que para la metereológica tomó como modelo un tratado anterior, hoy no localizado, del tipo *Sobre las señales,* atribuido a Teofrasto (371-287 a. C.). El éxito de los *Fenómenos* fue enorme ya desde el mismo momento de su publicación —lo elogiaron hasta sus coetáneos[6]—, y generó después multitud de comentarios y estudios, entre los que destacó el de Hiparco (s. II a. C.). La clave de tal éxito radicaba en

[3] Utilizó el acróstico de una palabra clave en la estilística de éste, *leptḗ,* «finura», deletreado en las iniciales de los vv. 783-787.

[4] Redactó muchas otras, entre ellas un tratado sobre la armonía de las esferas *(Canon)* y otro sobre los astros *(Astrikā),* que no nos han llegado.

[5] El total, los 1.154 versos, forma realmente una unidad, como el análisis de su estructura permite advertir.

[6] Como CALÍMACO *(Epigrama* 29).

el tema —la astronomía interesaba mucho al gran público por lo que tenía de atractivo en su posible aplicación al destino de las personas, en especial la astrología, aunque de esto no trate la obra de Arato—; y en el estilo con que lo trató: claro, para hacer la obra lo más asequible posible a la mayoría —frente a muchos tratados en prosa sobre astronomía anteriores, aptos sólo para minorías—, y con una cierta dosis de elegancia que lo hacía atractivo para la elite aristocrática. Indicio de su popularidad es que fuera profusamente traducido al latín y comentado: por Cicerón (s. I a. C.) en una obra, *Aratea,* que le llevó toda su vida y de la que se conserva menos de la mitad (unos 580 vv.: 73 + 480 + 27[7]); por Germánico, hermano del emperador Claudio, con otra versión, de igual titulo, de la que quedan unos pocos versos (725 + 25 + 28 + 165 = 953), y en la que llegó, incluso, a corregirle, basándose en Hiparco y los globos celestes[8]; y por Avieno, cuya obra, esta que vamos a traducir, perduró entera. Pero podría decirse que prácticamente toda la literatura astronómica romana tiene influencia, directa o indirecta, de él: que fuera el único autor pagano citado por Pablo de Tarso en un discurso a los atenienses[9] prueba que se hallaba en la mente y la memoria de todos. En época medieval, se estudió como libro de texto; fue conocido por los astrónomos modernos a

[7] Estos últimos son los *Pronósticos.* El mejor estudio sobre ello es el de J. SOUBIRAN, *Cicero, Aratea,* París, 1972.

[8] Los tres últimos son los fragmentos; la mejor edición es la de A. LE BOEUFFLE, *Germanicus, Les Phénomènes d'Aratos,* París, 1975.

[9] Cf. *Hechos de los Apóstoles,* 17, 28. Ya lo había anotado JERÓNIMO *(S. Hieronymi tomus septimus, Patrologia Latina,* t. XXVI, París, 1845, pág. 607).

partir del Renacimiento, y muestra del interés actual por él es la auténtica floración de traducciones y comentarios [10]. Sin embargo, Arato no fue en sentido estricto un científico, sino más bien un divulgador de la ciencia astronómica, que él mismo no entendía ni en profundidad ni en su totalidad. Quizá en esto, paradójicamente, radicó su éxito en el mundo romano y en el actual [11].

Pero, la adaptación de Avieno no es una simple traducción de la suya, sino una versión personal, dirigida al lucimiento propio, por las importantes notas que, más allá del puro interés estilístico, añade al original arateo, y que responden al convencimiento firme de la relevancia de tal contenido y la necesidad de redondear las exégesis de Cicerón y Germánico, ofreciendo así un manual astronómico, no por sencillo y asequible, menos suelto en la interpretación —como se advierte por la morosidad de la traducción—, y más redondo en el resultado. Para captar adecuadamente tal planteamiento y el carácter de sus explanaciones recogeremos a continuación la relación de correspondencias entre ambas obras ofreciendo, además, una panorámica más evidente de su estructura respectiva:

[10] Entre otros, cf. J. ALMIRALL I SARDÀ, «Lectura dels Fenòmens d'Arat», *Ítaca. Quaderns Catalans de Cultura Clàssica* 6-7-8 (1990-92), 9-62; y *Arat, Fenòmens*, Barcelona, 1996; D. KIDD, *Aratus, Phaenomena*, Cambridge, 1997; G. R. MAIR, *Aratus*, Londres, 1921[1]; J. MARTIN, *Aratos, Phénomènes*, t. I-II, París, 1998; *Scholia in Aratum vetera*, Stuttgart, 1974; y «Les *Phénomènes* d'Aratos», en *L'Astronomie dans l'Antiquité Classique*, París, 1979, págs. 91-104; y cf., también, *infra*.

[11] Un interesante resumen de su vida puede verse en la Introducción de *Arato, Fenómenos; Gémino, Introducción a los Fenómenos*, de E. CALDERÓN, Gredos, Madrid, 1993, págs. 9-14.

	AVIENO	ARATO
Proemio o preludio	1-76[12]	1-18
I. CONSTELACIONES BOREALES		
Cielo, eje, polos	77-99	19-26a
Osas *(Ursa Maior* y *Minor)*	99-137	26b-44
Dragón *(Draco)*	138-168	45-62
Arrodillado *(Hercules)*	169-193	63-70
Corona *(Corona Borealis)*	194-203	71-74a
Ofiuco o Serpentario *(Ophiuchus)*	204-253	74b-83
Pinzas: Balanza *(Libra)* o Escorpión *(Scorpio)*	250-253	84-85; 89
Boyero *(Bootes)*	254-272	90-96
Virgen *(Virgo)*	273-366	97-146
Gemelos *(Gemini)*	367-378	147a
Cáncer o Cangrejo *(Cancer)*	379-390	147b
Leo o León *(Leo)*	391-404	148a-155
Auriga o Cochero *(Auriga)*	405-420	156-166
Cabra y Cabritos *(Capella)*	414-420	157b-159+ 162b-166
Tauro o Toro *(Taurus)*	421-439	167-178
Cefeo *(Cepheus)*	440-446	179-187
Casiopea *(Cassiopeia)*	447-458	188-196
Andrómeda *(Andromeda)*	459-469	197-204
Pegaso o Caballo *(Pegasus)*	470-507	205-224
Aries o Carnero *(Aries)*	508-526	225-232

[12] D. WEBER *(Aviens Phaenomena, eine Arat-Bearbeitung aus der Lateinische Spätantike. Untersuchungen zu ausgewählten Partien*, Viena, 1986) resume su estructura así (pág. 58): vv. 1-4, recorrido celestial de Avieno (4 versos); 5-45, Zeus, creador y sustentador del mundo (41 versos); 46-66, Zeus como orientador de los primitivos tratadistas astronómicos (9+9+3); 67-76, adición de Avieno (4+2+4). En general, cf. su amplio comentario sobre él (págs. 1-59), el más detallado y extenso sobre la cuestión.

	AVIENO	ARATO
Triángulo *(Triangulum)*	527-538	233-238
Peces *(Pisces)*	539-559	239-247
Perseo *(Perseus)*	560-567	248-253
Pléyades *(Pleiades)*	568-617	254-267
Lira *(Lyra)*	618-635	268-274
Cisne o Ave *(Cygnus)*	636-644	275-281
Acuario *(Aquarius)*	645-649	282-299
Capricornio *(Capricornus)*	650-668	282-99
Sagitario o Arquero *(Sagittarius)*	669-688	300-310
Flecha *(Sagitta)*	689-693	311-312a
Águila *(Aquila)*	694-699	312b-315
Delfín *(Delphinus)*	700-710	326-318
Excursus de transición	711-717	319-321
II. CONSTELACIONES AUSTRALES		
Orión *(Orion)*	718-723	322-325
Can Mayor *(Canis Maior)*	724-746	326-337
Liebre *(Lepus)*	749-755	338-341
Navío *(Argo Navis)*	756-768	342-352
Ballena o Monstruo Marino *(Cetus)*	769-779	353-358
El Río *(Eridanus)*	780-806	359-366
Estrellas Anónimas	807-822	367-385
Pez Austral o del Sur *(Piscis Austrinus)*	823-826	386-388
Acuario *(Aquarius + Urna + Aqua)*	827-844	389-401
Altar *(Ara o Ara Centauri)*	845-873	402-430
Centauro *(Centaurus)* + Fiera o Bestia *(= Lupus)*	874-890	431-442
Hidra o Serpiente de Mar *(Hydra)*	891-901	443-447
Copa (*Crater*)	899	448a
Cuervo *(Corvus)*	900-901	448b-449

	AVIENO	ARATO
Can Menor o Proción *(Procyon)*	902-903	450
Excursus de conclusión sobre las constelaciones	904-907	451-453
III. PLANETAS	908-927	454-461
IV. CÍRCULOS DE LA ESFERA CELESTE		
Excursus de introducción	930-936	462-468
1. Vía Láctea	937-949	469-479
2. Trópico de Cáncer	950-976	480-500
3. Trópico de Capricornio	977-991	501-510
4. Ecuador	992-1013	511-524
5. Zodíaco o eclíptica	1014-1059	525-558
V. SINCRONISMOS DE SALIDAS Y PUESTAS (Salidas y puestas de las constelaciones en correlación con los signos del zodíaco).		
Introducción	1060-1076	559-568
1. Salida de Cáncer	1077-1102	569-589
2. Salida de Leo	1103-1112	590-595
3. Salida de la Virgen	1113-1127	596-606
4. Salida de las Pinzas	1128-1166	607-633
5. Salida de Escorpión	1167-1124	634-668
6. Salida de Sagitario	1125-1241	669-682
7. Salida de Capricornio	1242-1260	683-692
8. Salida de Acuario	1261-1269	693-698
9. Salida de los Peces	1269-1283	699-708a
10. Salida de Aries	1284-1291	708b-711
11. Salida de Tauro	1292-1307	712-723
12. Salida de los Gemelos	1308-1325	724-732
VI. FASES DE LA LUNA	1326-1351	733-739
Trayectoria del sol + calendario	1352-1383	740-757

	AVIENO	ARATO
VII. PRONÓSTICOS METEOROLÓGICOS		
1. Introducción	1384-1445	758-777
2. Previsiones que pueden obtenerse de la luna	1446-1542	778-818
3. Previsiones deducibles del sol	1543-1650	819-891
4. Previsiones que pueden sacarse del Pesebre	1651-1669	892-908
5. Previsiones obtenibles del mundo terrestre:		
a) Señales de viento	1670-1695	909-932
b) Señales de lluvia	1697-1724	933-987
c) Señales de buen tiempo	1725-1748	988-1012
d) Señales de tormenta	1749-1812	1013-1043
e) Señales de sequía	1813-1834a	1044-1063
f) Señales de destemplanza	1834b-1863	1064-1093
g) Últimas observaciones y conclusión	1864-1878	1094-1154

De esta confrontación o comparación salta a la vista, también que la amplificación de Avieno no se debe, sólo, a sus propias características como escritor, sino a todo el peso de la larga tradición de los escritos griegos y latinos sobre astronomía, a la que nos vamos a referir brevemente.

2. ANTECEDENTES DE LOS *FENÓMENOS:* TRADICIÓN ASTRONÓMICA LATINA.

La literatura astronómica romana no se apoya sólo en Arato, sino en toda la cultura griega, desde los primeros es-

critos cosmológicos de los presocráticos, englobados o fagocitados por la filosofía [13]. Platón (428-347 a. C.) había expuesto en su *Timeo* la cosmogonía del mundo, obra del «Demiurgo», o «Arquitecto Divino», presentando la figura más perfecta, la esfera [14]. Lugar destacado a fines de este s. IV a. C. ocuparon las obras de Aristóteles (324-322 a. C.), *Acerca del cielo* y *Metereológicos* [15] —las más influyentes desde el punto de vista astronómico y meteorológico, si bien no las únicas en sentido estricto—; los dos escritos sobre geometría esférica de Autólico de Pítane, con un tercero, perdido, en que criticaba la teoría de las esferas homocéntricas; y los *Fenómenos* y *Enoptron* de Eudoxo de Cnido. En el s. III a. C., Aristarco de Samos había planteado el sistema heliocéntrico en *Sobre los tamaños y distancias del sol y la luna;* y Eratóstenes (273-192 a. C.), al margen de sus obras de análisis literario, histórico y matemático, en general, destacaba por su *Geografía* y los *Catasterismos* [16]. En el s. II a. C. Apolonio de Perge, en Panfilia, planteó la teoría de los epiciclos —movimientos circulares complementarios en torno a un centro situado en la esfera principal—; e Hiparco de Nicea (Bitinia, 194-120) con su *Comentario sobre Arato y Eudoxo* hizo aportaciones de primer orden en trigonometría; descubrió más tarde la precesión de los equinoccios, bosquejó la teoría sobre los movimientos de la luna, y trabajó sobre los eclipses y la posición y movimiento de los astros; su labor tuvo también una vertiente práctica con la construcción de astrolabios, redactando, además, un catálo-

[13] Cf. G. S. KIRK y J. E. RAVEN, *Los filósofos presocráticos,* Madrid, 1970.

[14] *Timeo* 63a, y *Fedón* 97 d-e (hacia el 380 a. C.).

[15] Cf. *Descripción,* n. 10.

[16] Sobre él, cf. *Descripción,* aptdo. 2 y G. AUJAC, «Eratosthène, premier éditeur de textes scientifiques?», *Pallas* 24 (1977), 3-24.

go de estrellas. Una figura menor, Hipsicles, realizó, no obstante, la división de la eclíptica en 360° en su obra *Sobre la salida de los astros*. Pesaron también en la tradición latina las *Esféricas* de Teodosio de Bitinia y, ya en el s. I a. C., Gémino con su *Introducción a los Fenómenos*. En el I d. C. tiene su valor el *Sobre el mundo* del Pseudo-Aristóteles, y este breve resumen de obras básicas podría cerrarse con la gran figura de Ptolomeo de Ptolemaida (s. II d. C.), famoso matemático, astrónomo y geógrafo, con su *Sintaxis Matemática (=Almagesto)*, el *Tetrabiblos* (un añadido astrológico a la anterior) y la *Iniciación geográfica*.

Frente a todos estos antecedentes, casi todos de alto nivel científico —teniendo en cuenta los instrumentos de observación de la época—, el carácter divulgador de la obra de Arato, en la línea de la tradición alejandrina, explica, en parte, su éxito, como se ha visto. Pero es probable que su popularidad en el mundo latino se debiera también al propio talante romano, eminentemente práctico, que rehuía la abstracción puramente científica y se inclinaba hacia la simplificación y la aplicación de aquellas grandes y originales teorías griegas a la vida corriente, bajo la forma del calendario o la construcción de esferas celestes y terrestres, planisferios, etc. Tal carácter puede apreciarse en el que pasa por ser el primer astrónomo romano, Gayo Sulpicio Galo, cónsul en el 166 a. C., que explicó —ya que, probablemente, «no predijo»— a Paulo Emilio el eclipse de luna que tuvo lugar antes de la batalla de Pidna (168) y escribió un libro sobre éstos, en general[17]. Plutarco lo presenta mostrando un gran entusiasmo por la maravillosa esfera de Arquímedes, aquel artilugio que simulaba los movimientos rotatorios del sol, de la luna y de las cinco estrellas errantes, llevado a Roma por

[17] Cf. PLINIO, *Hist. Nat.* II 53.

Marco Claudio Marcelo[18], como preciado botín de guerra, después de la toma de Siracusa (211 a. C.). Buen ejemplo de aficionado, más que a la astronomía a la astrología, fue P. Nigidio Fígulo (muerto en el 45), amigo de Cicerón, y partidario de Pompeyo, ferviente seguidor de doctrinas místicas neopitagóricas, precursor del ocultismo romano —sospechoso de ejercer la magia, sería desterrado por Julio César (46)—, y autor de numerosas obras sobre filología, teología, naturaleza (música de las esferas) y astrología, que redactó un tratado, *Sobre la esfera,* del que apenas quedan fragmentos y testimonios en noticias desperdigadas.

Pero, en rigor, el primero que merece el título de iniciador de la literatura astronómica latina es Cicerón (102-43 a. C.), no sólo por su versión de los *Aratea,* sino por su gran interés a lo largo de toda su vida por la astronomía, patente en sus *República* y *Sobre la naturaleza de los dioses,* y su traducción del *Timeo* de Platón. También Lucrecio (98/94-55 a. C.) reflexionó sobre el tema[19]; y Marco Vitrubio Polión consideró obligado incluir la astronomía en su tratado sobre la arquitectura y aporta datos de primer orden e interés arqueológico sobre el cómputo del tiempo y la construcción de relojes[20]. Cierran el siglo I el *parápegma* (calendario conservado en los *Fastos*) de P. Ovidio Nasón (43 a. C.-17 d. C. aprox.), del que se citan también unos *Fenómenos,* no conservados, quizá traducidos, así mismo, de Arato; y las referencias astronómicas de M. Terencio Varrón (116-27 a. C.). En el s. I d. C., además de a Germánico, habría que citar

[18] Sobre la anécdota y este famoso personaje, cónsul en el 214 a. C., cf. PLUTARCO, *Vida de Marcelo,* 19; y CICERÓN, *República* I 14.

[19] En el libro V de su *Sobre la naturaleza de las cosas.*

[20] En el libro IX de su *Sobre la arquitectura;* cf. la edición de J. L. OLIVER DOMINGO, *M. L. Vitruvio Polión, Los diez libros de Arquitectura,* introd. de D. RODRÍGUEZ RUIZ, Madrid, 1995.

al estoico Marco Manilio, cuyo famoso tratado de astronomía general[21] incluía también el cómputo del tiempo y la astrología; a Higino[22], liberto de Augusto; y a. C. Plinio Segundo, el Viejo (23/24-79 d. C.), que dedicó el libro II de su *Historia Natural* a la astronomía y el XVIII a los *parapegmas*. Clausuran el siglo Lucano (39-65 d. C.), con los apuntes astronómicos de su *Farsalia;* Columela, que dedicó a este asunto el libro XI de su tratado *Sobre agricultura;* y Lucio Anneo Séneca (muerto en el 65 d. C), el exponente más claro en la búsqueda de la verdad científica y la fe en el progreso de la ciencia, con sus *Cuestiones Naturales*[23]. Lucio Apuleyo *(ca.* 125-180 d. C.) se haría eco de la astronomía en *Sobre el mundo* (libros I-II); y en el s. III tenemos unos *Escolios a Germánico,* y a Censorino, que hace mención del cálculo del tiempo en su *Sobre el natalicio*. Ya en el s. IV d. C., cuando Avieno redacta sus *Fenómenos* y Lucio Ampelio presenta comentarios generales al respecto en el *Libro Memorial* (libros I-III), la siempre problemática *Historia Augusta* apunta en su Vida del emperador Gordiano I *(Gord.* 3, 2) que «había escrito sobre las mismas materias que Cicerón, entre ellas la obra de Arato». Las últimas aportaciones a la ciencia de los astros, aunque sencillas, son las de Marciano Capela y Ambrosio Teodosio Macrobio

[21] Para sus *Astronomica,* cf. las ediciones de D. Liuzzi, Lecce, 1991-1997; y G. P. Goold, Leipzig, 1985.

[22] Cf. A. Le Boeuffle, *Hygin, L'Astronomie,* París, 1983.

[23] En especial el libro VII; cf., a título de ejemplo: «Vendrá un día en que la dedicación de los hombres de un largo período sacará a la luz del día lo que actualmente se ignora. Una sola generación no basta para investigar tantos fenómenos, aunque se dedique exclusivamente al cielo» (VII 25; trad. C. Codoñer, *Séneca, Cuestiones Naturales,* Madrid, vols. I-II, 1979; cf. también, «La physique de Sénèque: Ordonnance et structure des *Naturales Quaestiones*», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt,* II 36, 3, Berlín-N.York (1989), 1779-1822.

(360-425): hay datos generales en *El sueño de Escipión* y sobre el cálculo del tiempo en sus *Saturnalia*. El último autor con referencias a la astronomía fue Calcidio con su *Comentario sobre el Timeo*. Después, habrá que esperar al s. VIII con el *Aratus latinus*, pero esa ya es otra época.

Esta breve síntesis de obras diversas, directa o indirectamente de contenido astronómico, revela el interés de la sociedad romana por ella, y, también, por la astrología y la meteorología. Aunque no destacan por la altura o competencia científica griega, hay que resaltar el acervo cultural que supone esa laboriosidad, sin pretensiones pero digna, que en algunos casos alcanza gran originalidad en la exposición y estilo —dentro siempre de la sobriedad tan cara al talante romano—, y notable éxito en la vulgarización. Mantiene todavía hoy un fuerte magnetismo y, sin duda, supuso un paso, si bien modesto, en el progreso de la ciencia, al margen de que no haya sido reconocido como tal; el puro desconocimiento, la excesiva simplificación y la habitual subordinación a los tópicos generados por la validez única de lo actual, son, sin duda, los responsables de tal marginación u olvido.

3. Conceptos astronómicos básicos

De hecho, la astronomía greco-latina llegó a un alto grado de conocimiento global del firmamento y desarrolló un *corpus* de doctrina astronómica importante, si bien no compartido en su totalidad por los distintos autores, ni expresado siempre con claridad meridiana. La primera noción destacable —familiar desde el *Timeo* platónico y demostrada por Aristóteles—, sería que la tierra era una esfera que ocu-

paba el centro del universo y se encontraba inmóvil; la atmósfera o espacio exterior estaba envuelta y acotada por otra esfera en la que se encontraban incrustadas las estrellas fijas; ésta, gigantesca y ficticia, de radio infinito con centro en el observador, estaba atravesada por un eje —el eje del mundo o línea de los polos—, que se engarzaba en ella por los polos celestes, de manera que uno era visible y el opuesto no. Esta esfera celeste que giraba en torno a dicho eje, con una rotación en el sentido de las agujas del reloj —empleando en ello veinticuatro horas[24]—, está rodeada por unos círculos indeterminados e imaginarios:

— El ecuador celeste, que está en el mismo plano que el terrestre y es perpendicular al eje del mundo, y al que se le da el valor de veinticuatro horas[25].

— Los dos trópicos (Cáncer y Capricornio)[26].

— Otros dos menores, el árctico (o norte) y antárctico (o sur), que son visibles e invisibles en cada caso.

— La eclíptica, que representa la trayectoria aparente del sol y tiene un ángulo de oblicuidad con respecto al ecuador variable —entre 23 1/2° y 24°, hoy—. El plano de ésta secciona al del ecuador en dos puntos, llamados equinoccios: uno, el punto vernal o Primer Punto de Aries, que corresponde al equinoccio de primavera, cuando el sol pasa del sur al norte del ecuador celeste —el 21 de marzo, o cerca; es primavera y verano en el hemisferio norte—. Tal punto, que vendría a equivaler al meridiano terrestre, es la referencia de los astrónomos para situar la posición de cualquier estrella, midiendo la ascensión recta (AR) sobre la coordenada celeste —que corresponde a la longitud terrestre y

[24] Cf. *Fen.* 77-99 a.

[25] Cf. *Fen.* 992-1013.

[26] Cf. *Fen.* 950-976, 977-991.

se llama declinación—; para ello se asigna al punto vernal una declinación cero y se mide en dirección este, en horas, minutos y segundos. Por otro lado, este punto experimenta anualmente un desplazamiento de retrogradación, fenómeno descubierto por Hiparco[27], conocido como «precesión de los equinoccios» (50" por año=0,0014°). El otro punto es el equinoccio otoñal o autumnal, llamado Primer Punto de Libra, que se da seis meses después —el 23 de septiembre—. En estos dos momentos el día y la noche tienen la misma duración en todo el mundo: es el *aequaenoctium,* el equinoccio.

En relación con estos círculos, habría que añadir la órbita de la luna, muy estudiada por los antiguos, que llegaron a determinar correctamente sus fases, por razones de cálculo temporal, y sus eclipses[28] —como los del sol—, que cruza o intersecciona con la eclíptica en dos puntos, los nodos. En cambio, a la Vía Láctea —una cinta luminosa que atraviesa el cielo, formada por billones de estrellas y gas, y visible las noches sin luna—, considerada también un anillo equivalente a los demás[29], no pudo dársele una explicación exacta. Estudiaron, también, los meridianos celestes, las órbitas máximas que cruzan los polos celestes y el cénit —punto de la esfera celeste emplazado exactamente encima del observador; *nadir* es el punto contrario—, uniendo los dos polos en el horizonte del observador[30]; los coluros —«líneas truncadas», según Gémino (v. 49)—, círculos horarios, llama-

[27] Cf. M. Manitius, *Hipparchi in Arati et Eudoxi Phaenomena commentariorum libri tres,* Leipzig, 1894.

[28] Cf. *Fen.* 1352-1362 y para el tema del cálculo y el cómputo, el Aptdo. 5.

[29] Cf. *Fen.* 936 b-949.

[30] Son conceptos recogidos por Higino, Manilio, M. Capela y Macrobio, pero no por la literatura aratea.

dos meridianos de ángulo horario, que polo a polo seccionan la eclíptica por los puntos equinocciales —coluros de los equinoccios—, o por los del solsticio —coluros de los solsticios—; y el zodíaco —*zôon,* «ser vivo»—, una franja a unos 8º a cada lado de la eclíptica, por la que parecen desplazarse el sol, la luna y los doce signos más antiguos del total de las constelaciones ahora conocidas (88): cada uno abarca 30º de longitud, pero hoy no ocupan el mismo emplazamiento que entonces, por la precesión: se han desplazado 30º al este[31].

También los planetas —*planḗtēs,* «astros errantes»— llamaron poderosamente su atención por el movimiento peculiar, que parecía ir contra, o al revés, que el resto de la esfera celeste, acelerando y decelerando, sin que llegaran a dilucidarlo en profundidad por la complejidad que representaban —en realidad son simples cuerpos celestes opacos, sin luz, que giran en torno al mismo u otra estrella—. A los únicos cinco que conocieron (Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno), les asignaron un orden en virtud de la duración de sus revoluciones[32], estudiando, de modo erróneo, sus volúmenes y temperaturas; hasta hicieron intervenir la escala musical (Pitágoras) para calcular la separación de sus órbitas, sosteniendo que la rotación del total de estos cuerpos celestes producía la conocida música que el ser humano no podía percibir. Los griegos pretendieron explicarlo mediante sistemas geométricos de epiciclos y excéntricas; los romanos, que encontraron excesivamente abstracto este enfoque, se decantaron por un método radiosolar: son los rayos del sol los que atraen o repelen a los planetas[33]. En el

[31] Cf. *Fen.* 1014-1059.

[32] Cf. VITRUBIO, IX I 8,10.

[33] Cf. *Fen.* 908-929; Avieno no da el nombre de ninguno de los cinco.

conjunto de «astros errantes» fueron los cometas —*komḗtēs,* «que lleva largos cabellos»— los que en más alto grado atrajeron su interés por el tipo de fenómeno que representaban, aunque no son más que hielo y polvo que orbitan en torno al sol[34].

5. REPRESENTACIONES ICONOGRÁFICAS

Una de las partes de la matemática que tuvo más aceptación en la Antigüedad, sobre todo en Roma, fue la mecánica[35], que estudiaba la capacidad de movimiento de la materia. De ello se derivaba la construcción de todo tipo de maquinarias aplicables a distintos sectores o aspectos de la vida: sistemas de resortes para autómatas y artilugios generadores de movimiento, puesta a punto de equilibrios y centros de gravedad, máquinas bélicas, etc.; pero, sobre todo, de globos o esferas que perseguían la reproducción asequible de la cinética observable en la maquinaria celeste, de modo que quedaran materializados los conceptos y descripciones del firmamento. Estos artilugios —una reproducción del firmamento a escala pequeña—, como los globos terrestres, fueron corrientes no sólo entre los autores de obras de tipo astronómico —que componían sus textos más bajo la observación de dichas esferas, que a partir de la observación directa

[34] Cf. F. HULTSCH, «Astronomie», *RE* II 2, cols. 1828-1862; TH. H. MARTÍN, «Astronomia», *Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines,* París, 1896, págs. 476-504; J. SOUBIRAN, «L'astronomie à Rome», en *L'Astronomie dans l'Antiquité Classique,* París, 1979, págs. 167-183.

[35] En Grecia había destacado la *Mecánica* de Aristóteles (cf. *passim).*

del cielo[36]—, sino también en los simples centros de enseñanza.

Había distintos modelos. La más sencilla era la que reproducía los círculos celestes básicos mediante varillas o líneas metálicas o de cualquier otro material: el ecuador, los trópicos y los círculos árticos, de manera que podían situarse los puntos equinocciales y los solsticiales sin problema alguno. Una versión un poco más compleja era la que incorporaba en su centro geométrico una esfera pequeña para representar la tierra, engarzada en un eje en el que se acoplaban los círculos básicos, como la anterior —por ello se la llamaba «armilar», del latín *armilla,* «anilla», «brazalete»—. Todavía hoy pueden verse reproducciones de este tipo, de gran valor, en el Museo de la Ciencia de Florencia. La que representaba las constelaciones, una especie de Atlas del cielo, tenía un sistema que la permitía girar sobre un eje, que, siendo inclinable, permitía cambiar la latitud y conocer qué estrellas salen y se ponen, y la ascensión de los signos del zodiaco[37]. Sin embargo, la reproducción más compleja del firmamento era el sistema planetario, que representaba la esfera de las estrellas fijas y los cinco planetas, para lo cual se servía de sistemas técnicos especiales; aparecían representadas las órbitas del sol y la luna, cuyas fases se indicaban, al igual que los eclipses. Este artilugio tan complejo, que fue el que utilizó Sulpicio Galo, era, como es lógico, más raro.

Pero la uranografía era mucho más rica y no se limitaba a las esferas. Fue muy frecuente la reproducción de figuras celestes de conjunto o signos sueltos del zodíaco, en relieves, en mosaicos de casas particulares y centros públicos; en figuras escultóricas, como el famoso Atlas Farnesio, que representaba la esfera de Hiparco; o en soportes portátiles sobre diversos materiales: medallones de cristal, bronce, cobre, gemas, etc. Con todo, quizá fueran las pintadas las más conocidas: los manuscritos y códices de Arato, Cicerón, Higino, Germánico, etc., se ilustraron y miniaron con figuras de constelaciones y vientos; acabado ya el Imperio, troceados y distribuidos, sirvieron de modelo para reproducciones posteriores[38]. Un caso especialmente valioso en la tradición cultural española es la bóveda celeste pintada por Fernando Gallego (s. XV) para el Aula de astronomía de las Escuelas Menores, en la biblioteca de la Universidad de Salamanca, a partir de aquellas ilustraciones derivadas de un Higino despiezado[39]. Ello da una idea de la atracción que los estudios astronómicos, bajo muy diversas maneras, ejercieron sobre las sociedades, antigua y presente —todavía pueden verse esferas armilares, de mayor o menor tamaño, en algunas ciudades, configurando centros de plazas y cruces de caminos, y hay innumerables reproducciones del firmamento en toda clase de soporte—. Hoy la situación de una estrella puede establecerse con total exactitud, si bien mediante difíciles cálculos matemáticos, que no están al alcance de todo el mundo. En cambio, la antigüedad greco-latina contó con el inconveniente de un instrumental de observación limitado y deficiente; por ello, la descripción laboriosa de los fenóme-

[36] Cf. *infra.*

[37] Eudoxo e Hiparco utilizaron este tipo de esfera para componer sus obras; pero, como decíamos (cf. *supra),* la influencia de estos globos fue general en toda la literatura astronómica antigua.

[38] Así ocurrió, por ejemplo, con manuscritos de Higino, cuyas ilustraciones fueron copiadas en la Edad Media y el Renacimiento, no sólo para su estudio sino también para servir de elementos ornamentales o motivos estéticos en arquitectura —el hábito llega al mismo siglo XIX, en que todavía se editaron atlas y libros inspirados en sus imágenes—.

[39] F. RICO, «El cielo de un humanista», *Figuras con paisaje,* Barcelona, 1994, págs. 99-106.

nos astronómicos, legada por su literatura no corresponde al cien por cien con la realidad actual. Hay que reinterpretarla y reconstruirla mediante nuevos métodos, posibles, a su vez, gracias al interés y tesón de los que pusieron las bases para la ciencia actual, que ha culminado con la exploración del espacio. En justa reciprocidad, ésta, en ocasiones, le rinde homenaje: el satélite que exploró el espacio sideral llevaba el nombre de Hiparco[40].

6. Cómputo del tiempo y el calendario

Este interés de la Antigüedad por la astronomía no fue puramente literario y científico; en parte, tuvo su origen en la necesidad de computar el tiempo para la organización de la vida en general, especialmente entre los romanos, quizá por ese carácter práctico suyo y ante la complejidad que comportaba su administración estatal.

Frente al sistema de la «nictimeria» astronómica de distribuir el conjunto de un día y su noche en veinticuatro horas iguales, los romanos asignaron doce horas al día y otras tantas a la noche, pero variables, según la estación del año y la latitud de la ciudad, pueblo o punto de residencia. Tan sólo en los equinoccios los días y las noches tenían igual duración. De ahí el afán de los geógrafos por consignar, según la latitud, la duración del día y la noche en los solsticios, y en los equinoccios la correlación entre longitud y sombra

[40] G. Thiele, *Antike Himmelsbilder*, Berlín, 1898; F. Boll, *Sphaera*, Leipzig, 1903 (reprod. Hildesheim, 1967); J. Soubiran, «Astronomie ancienne et technique moderne», *Pallas* 26 (1979), 3-10; M. P. Lerner, *Le monde des spheres: I, Genèse et triomphe d'una representation cosmique*, París, 1996; II, *La fin du cosmos classique*, París, 1977.

del *gnômōn* («aguja de cuadrante solar»). Se había alcanzado, así, una gran precisión en la cuantificación del día y la noche en los puntos en que los círculos celestes pasaban perpendiculares al horizonte, por debajo del ecuador; en consignar la duración de seis meses para los días y las noches en los puntos del polo en que los círculos eran paralelos al horizonte, y la desigualdad paulatina del día y la noche por la oblicuidad de los círculos[41].

El primer instrumento para medir el tiempo es el reloj de sol, que se basaba en la longitud del *gnômōn* y su sombra, pero graduados mediante cálculos geométricos complicados que determinaban y conformaban la estructura del reloj[42]. Hubo muchos modelos, tanto fijos —orientados hacia los distintos puntos cardinales, como el llamado «plintio» o «artesonado» del circo Flaminio—, como portátiles o de viaje, cuadrantes excavados en bloques cuadrados o cubos, cóncavos o hemisféricos, de disco sobre una superficie plana, etc. Los de agua, que servían para el cálculo de las horas nocturnas o días sin sol, disponían de un complejo sistema basado en la graduación en función de la altura y el caudal de agua[43]. Más complicados eran los llamados «anafóricos» («que concierne a la salida de los astros» en griego), artilugios mecánicos que, mediante un ingenio motriz, llevaban carillón y un disco para señalar la salida del sol y las estrellas. En suma, el cómputo del tiempo resultaba vital, por ejemplo, para la navegación, que no pudo resolver el problema del cálculo de la longitud, en tanto que los ma-

[41] Cf. Manilio, *Astrología* III 203-482.

[42] Cf. la descripción de Vitrubio (IX 7), que utiliza para él el término, muy poco utilizado en el léxico griego, *análēmma*.

[43] Vitrubio (IX 8) informa en detalle de ello y de lo siguiente.

nuales sencillos astronómicos, como el de Arato, permitían guiarse por las constelaciones, y ya desde el s. IV a. C. podía calcularse la latitud.

Más difícil resultó la determinación del calendario (las *calendae,* el primer día de cada mes, coincidían siempre con la luna nueva[44]). En un principio las sociedades primitivas, y durante los primeros siglos la república romana, seguían el calendario lunar, basado en la revolución sinódica de la luna: diez meses de veintiocho días, más uno que se intercalaba cada dos años. Pero este calendario era de una irregularidad tal que ya en el s. I a. C. se llegó a un punto de confusión insostenible. Con su decisión habitual, contando con el apoyo del astrónomo alejandrino Sosígenes, Julio César[45] suprimió este cómputo (46-45 a. C.), estableciendo el regulado por el sol, hoy el oficial en Occidente: 365 días y 1/4, que es lo que emplea la tierra en girar en torno al sol; 12 meses y un día suplementario, inserto en febrero, cada cuatro años, antes del día quinto de las calendas de marzo, un doble «día sexto», el *bis sextum.* Su reorganización fue decisiva para la vida civil, cuya actividad económica precisaba una regulación estable, y, sobre todo, para el campo, donde las faenas agrícolas dependían exclusivamente de la experiencia de los campesinos en interpretar y observar el cielo atmosférico. Así se correlacionó el año con los sincronismos de salidas y puestas de los astros mediante los llamados *parápegmas* («tabla astronómica» o «tablero cronológico»), una especie de efeméride astronómica; quedan ejemplares grabados en piedra y numerosos testimonios literarios, como los ya citados *Fastos* de Ovidio —que, por otra

[44] Los *idus* (el día 15 o 13) coincidían con la luna llena.

[45] Cf. SUETONIO, *J. César* 40.

parte, patentizan la preocupación por la relación entre calendario, tiempo meteorológico y vida agrícola—; o los testimonios de Plinio y Columela[46]. Ciertamente, el romano era, en esencia, un campesino y que la vida agrícola necesita una guía en que apoyarse lo revela la existencia todavía hoy de calendarios meteorológico-astronómicos, en los que se incluyen noticias religiosas y literarias, que en un principio tuvieron su origen en un intento didáctico exactamente igual al que operaba en la literatura aratea —como el «Calendario Zaragozano. El firmamento para toda España»[47]—. A esto habría que añadir toda la literatura —tradición que arrancaba de Hesíodo y tenía en Aristóteles un teorizador, con Teofrasto y el Pseudo Aristóteles como continuadores—, que se etiquetaba como «Pronósticos», en la que se iba compilando todo dato meteorológico importante no sólo para la vida agrícola, sino para la económica, en general, y, en especial, la marina.

[46] Cf., respect., *Hist. Nat.* XVIII; y *Agricultura* XI.

[47] O, *El Calendario religioso, astronómico y literario, arreglado al meridiano de Barcelona, según el horario de España,* editado por Fray Ramón, ermitaño de los Pirineos; *La guia pràctica de l'agricultor, calendari agrícola y ramader. Calendari dels pagesos;* etc. Las publicaciones de este tipo son también muy abundantes; cf., a título selectivo, las de N. FAGES DE ROMÀ, *Aforismos rurales, conformes con las reglas dadas por los más clásicos agrónomos antiguos y modernos, nacionales y extranjeros,* Figueres, 1849; M. SARALEGUI Y MEDINA, *Refranero español náutico y Meteorológico,* Barcelona, 1917; J. SERRA FÁBREGAS, *Refranero apícola,* Barcelona, 1955; J. L. FUENTES YAGUE, *Apuntes de metereología agrícola,* Madrid, 1978; y A. ALLUÉ MORER, *Los pronósticos del tiempo en el refranero castellano. Observaciones del tiempo empírico y pronósticos meteorológicos inspirados en el refranero castellano, en las cabañuelas, en las experiencias personales y en todas las demás cosas del campo en general,* Valladolid, 1974.

7. Factores meteorológicos: Vientos

Se entiende por factores meteorológicos las distintas condiciones atmosféricas (viento, lluvia, bonanza, tempestad, nieve, pedrisco, etc.) que inciden y condicionan las diferentes actividades humanas en ciudades, campo y mar, junto con su conocimiento y estudio con antelación a fin de prevenir consecuencias nocivas para la vida y producción agrícolas, el transporte marino y la vida ciudadana. Se trataba de comprender del mejor modo posible cualquier señal, sobre todo de futura tormenta, que diera la naturaleza. Avieno confirma que tales advertencias podían captarse a partir de la observación de los astros —de la luna *(Fen.* 1446-1542); o del sol (1543-1650); de la constelación del Pesebre (1651-1669)—; o del estudio del mundo terrestre: del viento (1670-1695); de la lluvia (1697-1724); del buen tiempo (1725-1748); de tormenta (1749-1812); de sequía (1813-1834a); de destemplanza (1834b-1863), etc. Estos datos, obtenidos de la observación directa, recogidos parcial y puntualmente ya en los primeros escritores griegos (Homero; Hesíodo, en *Trabajos y días,* etc...), se fueron compilando lentamente, hasta tipificar el género de la literatura meteorológica, no tan importante ni con la envergadura de la astronómica, pero sí de un peso considerable. Tratados como los *Diosemeia* de Arato[48], los *Pronósticos* de Avieno[49], el citado *Sobre las señales,* atribuido a Teofrasto, los *Meteorológicos* de Aristóteles, o el anónimo *Sobre los vientos* del Pseudo Aristóteles, sentaron, de alguna manera,

[48] Cf. vv. 733-1154.

[49] *Fen.* 1384-1878.

las bases de la ciencia meteorológica moderna. También entre los romanos este tipo de literatura y las referencias e interés por el tiempo, los vientos u otros fenómenos, son, asimismo, abundantes, como veremos; una de las más relevantes, hoy perdida, la *Ora maritima* de Varrón, trataba de los vientos[50].

Ciertamente, de todas las señales que brindaba el cielo atmosférico y el mundo terrestre, éstos eran los más importantes por su incidencia en la agricultura y la marina, ejes fundamentales de la economía antigua. Por ello hubo un gran esfuerzo para determinar, razonar y explicar el número ideal y exacto de la rosa de los vientos —estrella de 32 rumbos en que se divide la vuelta o rueda del horizonte (360º)—, en general, y la náutica en particular. Es ésta una cuestión compleja y prolija en la que no podemos entrar en detalle; diremos como resumen que, desde Homero, que conoció cuatro vientos, hasta Aristóteles[51], que explica una rosa más compleja, de once, lo más notable en este campo, la obra que más llama la atención, no es una producción literaria, sino la torre octogonal que representa el reloj de Andrónico de Cirrestres, llamada «Torre de los Vientos»; construida en Atenas en el s. I a. C., en época de Sila, con los grabados en bajorrelieve de los ocho vientos básicos —bóreas (viento del Norte), esquirón (Noroeste), céfiro (Oeste), lips (Sudoeste), noto (Sur), euro (Sudeste), apeliotes (Este) y *kaikías* (Nordeste)— es el mejor exponente de tal interés.

En Roma, Vitrubio razonaría los pros y contras de la rosa de cuatro, ocho, doce y veinticuatro vientos (I 6 ss.). Manilio (IV 589-94) daba los nombres de los cuatro vientos principales, anotando la existencia de otros ocho, sin nom-

[50] Cf. Servio, *Comentario a la Eneida* V 19.

[51] Cf. *Meteorológicos* VI.

brarlos; y Plinio repasaba detenidamente la cuestión: la rosa de los vientos, su calendario, y su régimen[52]; Aulo Gelio, Suetonio, Apuleyo y Ampelio se harían eco, igualmente, de esta vertiente meteorológica; pero quizá fue Séneca el que más, y más inteligentemente, iba a extenderse sobre ellos[53], buscando siempre la adaptación de la terminología técnica a partir de la tradición retórica, sin transcribir sin más los términos griegos[54]. Todo el debate sobre este factor demuestra la tendencia a la especificación y diferenciación; pero ello llevaba a una amplificación del número y nombres de vientos tal, que chocaba con la práctica real. Era inviable la aplicación de todos. Avieno, que sin duda conoció todas estas referencias, en sus tres obras sólo recoge nueve: bóreas y septentrión para el N; austro y noto para el S; céfiro y favonio para el O; y euro para el E; además, el cauro (o coro) para el NO, y el aquilón para el NE; de ellos presenta como divinidades mitológicas al Bóreas y al Céfiro[55].

Entender la relación entre los vientos y la navegación antigua con el cómputo del tiempo y la observación de la bóveda celeste, facilita la comprensión de la *Descripción* y las *Costas,* y muchos otros tratados geográficos y periplos anteriores a Avieno, por diversas razones: la eficacia, seguridad y rapidez en las comunicaciones redundaba en proporción directa en el conocimiento geográfico, en las relaciones comerciales y en el desarrollo cultural, porque permitía una descripción más exacta de todas las tierras y pueblos que iban siendo explorados. Ciertamente, para la navegación antigua el primer problema era la orientación, sobre todo en

[52] *Hist. Nat.* 46-7 y 48, respectivamente.

[53] *Cuestiones Nat.* V 16-17.

[54] Cf. Codoñer, «La physique de Sénèque;...», págs. 1780 ss.

[55] Cf., respect., *Descripción,* 585 y *Costas* 226, 238 y 564; y el aptdo. 3 de la Introd. general.

mar abierta y con nublado, dado que todavía no existía la brújula. Era, por tanto, básica la observación meticulosa de la línea costera, para retener su perfil, sus marcas y referencias marinas principales, y, además, poder abastecerse de todo lo necesario cuando fuera preciso: velámenes, aguaje, avituallamiento, cordaje, etc. Esta navegación de cabotaje —sin perder de vista los cabos—, encauza un tráfico comercial de tipo local, servido por cargueros —las *naves onerariae* romanas—, o por navíos de viajeros, que comunicaban los principales puertos entre sí. La carrera de la costa —la más antigua— supone pues, un primer estadio relevante en la navegación, y sigue siéndolo después, una vez impuesta la de altura, porque se procuraba en la medida de lo posible no perder de vista nunca alguna señal de ella[56]. Este conjunto de datos visuales costeros, completado con observaciones e informaciones variadas (geográficas, etnográficas, económicas, etc.), y transmitidas oralmente de piloto a piloto, para ser después anotadas con cuidado, como una especie de cuadernos de bitácora, acabaron generando el tipo literario de los *periplos* («navegaciones en torno»), y obras más complejas y de mayores pretensiones, siempre en verso para facilitar su memorización, como las que tradujo Avieno.

Impuesta ya la navegación de altura, el sistema de orientación más seguro e imprescindible era el curso del sol, el movimiento de las constelaciones y el reconocimiento general de las estrellas, arte en el que los fenicios eran muy hábiles y del que Homero da varios ejemplos[57]. De esta manera podían calcular la latitud. Era necesario tener en cuenta

[56] Estrabón (III 143) consigna la derrota directa de *Hispania* a Italia y el *Itinerario de Antonino,* las principales líneas de su época.

[57] *Odisea* III 169, V 272.

también los vientos y el tiempo atmosférico, que determinaba el calendario marino. La experiencia personal de cada piloto atesoraba un conjunto de reglas sobre el tiempo, que en situaciones límite eran la única pauta posible. Son los pilares de la metereología práctica primitiva[58]. En la práctica, como se ha visto, la utilización de una rosa náutica con demasiados vientos, que se identificaban con los puntos de orientación, cardinales y secundarios, no era viable por su complejidad; y la realidad impuso la de ocho vientos[59]. Si los vientos eran favorables, se prefería la vela cuadrada para aprovechar al máximo el impulso de popa y alcanzar la mayor velocidad[60]. Pero si era contrario, bien de frente, bien de costado, disponían de técnicas para aprovechar de todas maneras su fuerza motriz: navegación de frente zigzagueando, o en bolina, con el consiguiente retraso[61]. Lógicamente si éste persistía o era demasiado violento no había más remedio que dejarse derivar —Coleo de Samos (s. VIII a. C.), llegó a Tarteso cuando su destino era Egipto[62]; pero, quizá, el caso más ilustrativo sea el viaje de Pablo de Tarso desde el puerto de Cesarea, en Judea, hasta Roma[63]—.

Por otra parte, la navegación de altura planteaba una dificultad que nunca fue superada en la Antigüedad: el cálculo de la longitud, pues los relojes de agua o arena no eran suficientemente precisos —por ello el desarrollo de su técnica de fabricación era constante—; un problema que sólo se

[58] Se descubren los etesios; se divinizan vientos y montañas, que se transforman en héroes (Eolo y Atlas son considerados astrónomos); etc.

[59] Cf. Plinio, *Hist. Nat.* II 119.

[60] Cf. *Costas,* introd., aptdo. 3.

[61] Cf. Plinio, *Hist. Nat.* II 128, y Aristóteles, *Mecánica* 851b.

[62] La ruta normal suponía recalar en Rodas y Chipre (cf. Heródoto, IV 152, trad. C. Schrader, Madrid, Gredos, 1979, pág. 425, n. 516).

[63] Cf. *Hechos...* XXVII 1, 44, y XXVIII 1, 13.

solucionará en el s. XVIII con el famoso reloj marino de Harrison. Se daba, por tanto, una relación necesaria con la bóveda celeste para orientarse por la noche, si era posible, y se recurría a la trayectoria del sol durante el día; por esta razón, los resúmenes astronómicos, como los *Fenómenos* de Arato, fueron tan populares: el desplazamiento de las constelaciones y la posición de las estrellas indicaba la ruta a seguir. Numerosos textos atestiguan la navegación nocturna, entre ellos el de Avieno, que se refiere tanto a las distancias que se recorrían de día y noche *(Costas* 234-235), como a lo contrario, a las encalmadas causadas por la ausencia total de viento.

En suma, pues: dominio de la esfera celeste, que marcaba la orientación, advertía del peligro de tempestades y galernas, y posibilitaba el conocimiento de la latitud, conocida ya desde el s. IV a. C.; el cómputo del tiempo, que habría facilitado el cálculo de la longitud —algo imposible, al no poder medir el tiempo—; y la identificación de los vientos, esencial para la navegación y la agricultura. Como complemento, además, era necesario un calendario-catálogo[64], que, por un lado, señalara las constelaciones que con su salida señalaban galerna en la mar, y, por otro, las fechas de clausura y apertura de la navegación[65]. A divulgar tales datos, despertando el interés de sus lectores, sirvió, sin duda, la obra de Avieno.

[64] Salirse de las fechas marcadas —octubre-marzo, aproximadamente, según ciudades—, acarreaba que las aseguradoras de portes marítimos no aceptaran responsabilidades. La cuestión está apenas estudiada.

[65] H. Gundel, «Winde», *RE* VIII, A2, cols. 2211-2387; y «Das Proömium der Meteorologie», *Hermes* 47 (1912), 514-535; W. Kroll, «Schiffahrt», *RE* II A 1, cols. 408-419; W. Capelle, «Meteorologie», *RE* Suppl. VI, cols. 315-358; y «Zur Geschichte der meteorologische Litteratur», *Hermes* 48 (1913), 342-343.

8. Ediciones

Los *Fenómenos* volvieron a ser editados por Aldo Manucio en 1499, también en Venecia, con el título de *Astronomici veteres;* en 1540 lo hizo J. Périon, en París, y poco más tarde, en 1559, G. Morel, también en París; en 1600, en Leiden, por Hugo Grotius, bajo el epígrafe de *Syntagma Arateorum;* y en 1801 por I. Th. Buhle, en Leipzig. En 1882 por A. Breysig, en Leipzig (sólo los *Aratea* de Avieno); en 1981 (París) apareció la edición de Jean Soubiran, *Aviénus, Les Phénomènes d'Aratos,* para «Les Belles Lettres», de necesaria consulta para muchos aspectos[66], y a la que nos hemos atenido en nuestra traducción, como ya hemos indicado[67]. El comentario más reciente es el de Dorotea Weber *(infra).*

9. Selección bibliográfica

AA.VV., *L'astronomie dans l'Antiquité Classique,* París, 1979.

J. Amades, *Astronomia i meteorologia populars,* Tarragona, 1993 (publicado por primera vez como artículo en 1933).

G. Aujac *et alii, Autolycos de Pitane: la sphère en mouvement. Levers et couchers héliaques (Testimonia),* París, 1979.

F. Boll, *Sphaera,* Leipzig, 1903 (= Hildesheim, 1967).

[66] Para un análisis detenido de esta cuestión, todas las ediciones de la obra, manuscritos y *excerpta*, cf. las páginas 75-89 de esta obra.

[67] Cf. Introd. General, aptdo. 6.

J. Calderón Felices, *Apolodoro, Biblioteca Mitológica,* Madrid, 1987.

R. Caldini Montanari, «Allusione e realtá nel cielo dei poeti», *Prometeus* 19 (1993), 183-210.

W. Capelle, «Metereologie», *RE,* Suppl. VI, cols. 315-358.

— «Zur Geschichte der metereologische Litteratur», *Hermes* 48 (1913), págs. 342-343.

P. Charnet, *et alii, Le ciel. Mythes et histoire des constellations. Les Catastérismes d'Eratosthène,* París, 1998.

Fr. Cumont, «Zodiacus», en *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines,* ed. Ch. Daremberg-E. Saglio, París 1896 (reproducción, Graz, 1969), págs. 1046-1062.

P. Font Quer, *Plantas medicinales* (el *Dioscórides* renovado), Barcelona, 1961.

H. Gundel, «Winde», *RE* VIII, A2, cols. 2211-2387.

— «Das proömium der Metereologie», *Hermes* 47 (1912), 514-535.

F. Hultsch, «Astronomie», *RE* II 2, cols. 1828-1862.

C. Ihlemann, *De Rufi Festi Avieni in vertendis Arateis arte et ratione,* Gotinga, 1909.

W. Kroll, «Schiffahrt», *RE* II A 1, cols. 408-419.

J. P. Lachièze Rey y Luminet, *Figures du ciel, de l'harmonie des sphères à la conquête spatiale,* París, 1999.

M. P. Lerner, *Le monde des sphères:* I, *Genèse et triomphe d'une représentation cosmique,* París, 1996; II, *La fin du cosmos classique,* París, 1997.

D. Liuzzi, *La rosa dei venti nella antichità greco-romana,* Lecce, 1996.

Th. H. Martin, «Astronomia», en *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines,* ed. Ch. Daremberg-E. Saglio, París 1896, págs. 476-504.

I. Ridpath, *Astronomía,* Madrid, 1999.

E. Riess, «Astrologie», *RE* II 2, cols. 1802-1828.

J. Soubiran, «Astronomie ancienne et technique moderne», *Pallas* 26 (1979), págs. 3-10.

G. Thiele, *Antike Himmelsbilder,* Berlin, 1898.

D. Weber, *Aviens Phaenomena, eine Arat-Bearbeitung aus der lateinische Spätantike. Untersuchungen zu ausgewählten Partien,* Wien, 1986.

H. Zehnacker, «D'Aratos à Aviénus: astronomie et ideologie», *Illinois Classical Studies* 14 (1989), 317-329.

LOS FENÓMENOS DE ARATO

Proemio

Júpiter[1] es el que me indica el tono de este poema: bajo el amparo de Júpiter abandono las tierras, la inspiración de Júpiter me abre las alturas del espacio, vamos a las estrellas con el consejo de Júpiter, bajo el auspicio de Júpiter se halla el cielo y por mandato de Júpiter desvelo el espacio sideral a los mortales.

Allí está la residencia, allí está la morada[2] del Padre primigenio. Él es el principio del movimiento generador[3], él es la energía del rayo fulgurante[4], la vida de los ele-

[1] Comienzo ritual con un himno a Júpiter (= el Sol), que condensa todo un programa de doctrina estoica: la providencia divina vela por el hombre y su mundo. Avieno, más que traducir aquí los dieciocho versos del «himno» de Arato, los parafrasea, amplificándolos a setenta y seis; cf. también la invocación ritual de la *Descripción del Orbe Terrestre* (vv. 5 ss.).

[2] En Homero aparece ya el cielo como mansión divina *(Il.* XV 192), pero el estoicismo va más allá: propugna una identificación Júpiter = cielo y éter.

[3] Concepto metafísico del «primer motor» (cf. Aristóteles, *Física* VII y VIII), de tan gran desarrollo posterior.

[4] El rayo no es ya un simple instrumento de Júpiter, es él mismo: nueva identificación dios = universo (cf. Séneca, *Cuestiones naturales* II 45).

mentos[5], el calor del universo, el fuego del éter, el vigor de los astros, la esencia eterna de la luz, el número de la armonía excelsa[6]. Él es el aire ligero y la pesada amalgama de la materia, la savia de los cuerpos procedente de las alturas del cielo, el nutrimento de todas las cosas, flor y llama del alma[7], el que horadando canales que corren por diferentes lados en el sólido núcleo del magma originario, se esforzó en colmar las arterias con su amor a raudales[8], para darle la consistencia de un código propio. Fue él quien infundió el calor, a fin de que el cosmos fuera capaz de cohesionar los átomos disgregados. Con justicia una escondida voz lo ensalza primero, luego y después; ya que fuertemente cohesionado consigo mismo por doquier y sosteniéndose en sí mismo por ambos lados[9], es uno sin alteración, promotor de toda actividad, creador del amor que le es propio y, de cierto, el padre sacrosanto del universo[10]. Él hizo añicos con su luz la profundidad del vacío; él fue el primero que disipó las ataduras de las tinieblas y, siendo él el propio padre de la realidad, dio cohesión a

[5] Los elementos origen de todo, básicos en la física antigua, eran cuatro: la tierra, el agua, el fuego y el aire; de ellos el fuego (bajo la forma del rayo, calor, estrellas, luz) era primordial en la cosmología estoica (cf. CICERÓN, *Sobre la naturaleza de los dioses* II 23-28, 30-31).

[6] Referencia a la teoría pitagórica y platónica sobre el «número» en el cosmos y la armonía de las esferas (cf. PLATÓN, *Timeo).*

[7] El alma es el pneuma-espíritu estoico, concepto diferente de la primitiva concepción cosmológica de los cuatro elementos vistos.

[8] EMPÉDOCLES (s. V a. C.) formuló que todos los elementos que componen el universo tienden a unirse mediante el Amor *(Philótēs)* y a separarse o disgregarse por la Discordia *(Neîkos).*

[9] Se refiere a la esfericidad del universo, que se repliega y se apoya uniformemente sobre sí mismo o bien a los dos hemisferios que descansan uno sobre otro.

[10] Júpiter es el «Demiurgo», el dios creador que ordena el Caos primitivo del cosmos: otra idea estoica de origen platónico.

las partículas en suspenso; él situó los átomos dispersos en sus emplazamientos precisos; él otorgó figura a los elementos disgregados; él imprimió color a la materia e, imbricado en los dos sexos[11] y dado que, de igual modo, posee una doble duración[12], al observarlo a un tiempo todo, provee a los seres de sexo alternativamente. Él es el artífice de la naturaleza y es el que la nutre; rey del mundo, potestad excelsa del éter y del Érebo[13], inclinación indolente del nodo[14], distinción legítima de dioses incompatibles[15], cuya obra postrera es la tierra; suyas son las ígneas luces establecidas espaciosamente: el Sol y su Hermana, a fin de que aquel difunda el fulgor resplandeciente que se derrama por el día y ella desgarre los celajes tenebrosos de la noche mediante su antorcha llameante. Y, como Padre, no falta ni por un momento a las creaturas que ha engendrado: ese hermoso ciclo del año, según el cual la tierra se adormece bajo el hielo espeso, la primavera sonríe por las besanas apacibles, el estío polvoriento abrasa de sed los labrantíos y regresa la pesada granazón del otoño fecun-

[11] Júpiter como «Demiurgo», es a la vez macho y hembra, esto es, reproducción sexuada del universo (cf. el «Himno órfico a Zeus», en APULEYO, *Sobre el mundo* 37, 372).

[12] Igualmente como «Demiurgo», Júpiter es el tiempo mismo: pasado y futuro, representado en «Jano Bifronte», de doble faz.

[13] Personificación o deificación de las Tinieblas Infernales.

[14] Cada uno de los dos puntos opuestos en que la órbita de un astro corta la eclíptica; aquí podría referirse a la oblicuidad de ésta, siendo el nodo la intersección del ecuador y la eclíptica; o a la precesión de los equinoccios, al desplazamiento anual del nodo o, en fin, a la inclinación del eje del mundo.

[15] Quizá aluda al reparto primitivo del universo: el cielo para Zeus, el mar para Posidón, el mundo subterráneo para Hades.

do[16]. Bajo su guía nos desplazamos por el oleaje del encrespado abismo marino, siguiendo sus enseñanzas roturamos el suelo con los pesados arados. Él determinó la magnitud de las constelaciones, él infundió hermosura a la creación; en medio de las tinieblas él se desliza por las entrañas del espacio y, todopoderoso para engendrar, vivifica los miembros eternos.

Por último, para que los corazones no se hundieran en una decadencia prolongada, para que la conciencia, perdido el recuerdo del nacimiento del mundo, no generara insensiblemente ideas despreciables, sin arrobarse jamás a los orígenes de la fuente eterna, de la cual, como un torrente de rápido curso, al que la naturaleza, acuciante, urge, deslizándose sin cesar, brotan las almas prestas a precipitarse hacia nuestros cuerpos y se entrelazan en serie por el espacio[17]; él fue el que, por vez primera, orientó la vara del anciano de Cnido[18] hacia los astros y enseñó a un mortal hablar de la bóveda celeste de los dioses: ¿por qué el Caparazón[19] obliga a dar la vuelta a los fuegos de Hiperión[20] ante el regreso del

[16] Las Estaciones, divinidades identificadas con las «Horas», hijas de Zeus y Temis, se llamaban Eunomía («Buen gobierno»), Dice («Justicia») e Irene («Paz»).

[17] Avieno añade un desarrollo sobre el concepto del alma platónico y estoico que no figura en Arato (cf. PLATÓN, *República,* X 13-16: mito de ultratumba del armenio Er sobre el destino del alma; CICERÓN, *República* VI 3: «Sueño de Escipión»; VIRGILIO, *Eneida* VI 713-751: discurso de Anquises).

[18] Después de estos versos, inspirados en la idea del progreso de la humanidad mediante el cultivo de la inteligencia (cf. LUCRECIO, V 925-1457; y MANILIO, I 25-117), Avieno cita a Eudoxo.

[19] En su recorrido por el zodíaco o eclíptica el sol llega a Cáncer en el solsticio de verano, entonces deja de ascender hacia el norte y comienza a bajar, empleando el verano (cf. GERMÁNICO, *Aratea* 5-8; MANILIO, I 99-103).

[20] Hiperión, hijo de Urano («el Cielo») y Gea («la Tierra»), que acabará identificándose con el Sol.

otoño?, ¿por qué bajo el helado Capricornio el solsticio de invierno desata el melancólico yugo del año cuajado de escarcha?, ¿por qué Libra y el rápido Aries, ya en el ecuador de la masa celeste[21], igualan la extensión de la luz del día y por qué la duración de la húmeda noche?, ¿en qué sector el polo más elevado, merced a su alto eje, no toca las aguas azulinas de Tetis[22]?, ¿qué polo queda oculto inclinándose en el eje umbroso, y por qué unos astros[23] errantes se desplazan por trayectorias a la deriva? Cuestiones estas que, una vez más, el mismo Júpiter otorgó al talento y al estro del poeta de Solos[24] propagarlas mejor, de modo que la Musa, habitante del monte Tauro[25], se precipitara sobre los campos cecropios y aonios[26].

También a mí ahora una inspiración semejante me incita a difundir en verso las estaciones en que conviene roturar las tierras con los recios azadones, cuándo largar el velamen de lino al mar, donde las velas vuelan, y cuándo podar la

[21] O esfera celeste.

[22] Nereida utilizada aquí, por metonimia, como deificación del mar, igual que su hermana Anfitrite (cf. v. 1399).

[23] Fue Eudoxo el que demostró la rotación del cielo en torno a un eje oblicuo; los astros errantes son los planetas, diferenciados así de los astros fijos.

[24] Arato de Solos, que compuso sus *Fenómenos* bajo la inspiración de Júpiter (cf. *Des.*, 1040).

[25] La mención del macizo de los montes Tauros (cf. *Des.* 839 ss.), en Cilicia (sudeste de Asia Menor; capital, Tarso), con el puerto de Solos, es un homenaje a Arato. De las Musas, que nacen en Pieria (Tracia, de ahí «Piérides») y residían en el Helicón, Urania (= «La Celeste») es la que presidía la Astronomía (cf. *Des.* 5 ss.).

[26] Campos cecropios o atenienses porque Cécrope, uno de los primeros hombres, «autóctono» o nacido directamente de la tierra del Ática (que por ello pasó a llamarse Cecropea), fundó Atenas y la estirpe ateniense, siendo su primer rey. Los aonios o beocios aluden a Hesíodo.

cabellera de Lieo[27], coronado de pámpanos. ¡Oh, divinidades del santuario del Parnaso[28], a quienes ya conozco!, ¡oh, Camenas[29], de quienes siempre me cuidé a lo largo de tantas ocupaciones! Me agrada alzar ya la mirada a lo alto del cielo y abrir a mis ojos una senda por entre las estrellas. Un dios más importante, más grande de lo acostumbrado, guía mi inteligencia; la extensa Cirra[30] se me franquea y el Helicón[31] me inspira desde todas sus cavernas.

Cielo, ejes, polos

A todos los astros, cuyas llamas radiantes esmaltan el espacio, los guía la Noche y, como si se hallaran fijos, son arrastrados por la rotación del firmamento. Pero, no obstante, no debe considerarse que todos se regulan según el sistema de las constelaciones: un grupo se encuentra privado de catalogación y de renombre. En todos brilla el fuego y a todos les refulge su ígnea cabellera con resplandeciente centelleo, pero como no todos están encuadrados de acuerdo con figuras de luz precisa, sucede entonces que sobra una multitud de estrellas fuera de las constelaciones[32]. Y hete aquí que la maquinaria del cosmos,

[27] Sobrenombre de Dioniso (cf. *Des.* 757).

[28] Cf. *Des.* 599.

[29] Ninfas de las fuentes, netamente romanas. Se asimilaron más tarde a las Musas (cf. *Des.* 6-10).

[30] Cirra o Crisa (= «Áurea»): ciudad de Fócide (Grecia central), que era el puerto de Delfos, donde había un oráculo de Apolo que inspiraba la creación poética; de ahí esta cita (cf. *Des.* 7).

[31] Monte de Beocia consagrado a Apolo, en donde habitaban de ordinario las Musas (llamadas por ello «Heliconias»); alude, como antes, a la inspiración poética (cf. *Des.* 8).

[32] Avieno (no Arato) hace hincapié en que hay un número infinito de estrellas y que las agrupadas bajo las formas de las constelaciones conocidas son sólo las más importantes o brillantes, para volver sobre esto en vv. 807-822 («Estrellas anónimas»).

dotada de movimiento, va rotando sobre sí misma y la inercia de su propio peso arrastra al firmamento. Pero el eje no va incluido en la rotación de la esfera celeste, como un punzón en el que girara un disco movedizo: permanece quieto siempre y, sutil, horada en lontananza las entrañas augustas del cielo y sostiene la mole de la tierra por su centro. No lo inmutan ni la duración del día, ni la carrera de la bóveda celeste hacia el ocaso, ni lo remueve de su emplazamiento esfuerzo alguno, pues, una vez encajado, quedó fijo y permitió que toda la creación se desplace en torno suyo. Asimismo, en cada extremo del eje se halla un polo diferente: uno se alza a lo alto por encima del océano; el otro, sumergido bajo las olas, penetra hasta el Érebo y permanece como cómplice del siniestro Dite[33]. Aquí el noto es soberano, allá todo se encuentra helado por los terribles aquilones[34] y el torneado eje rechina[35] en su revolución doble. Uno es fácilmente visible, el otro en cambio se encuentra oculto y se hunde en las hondonadas de la sima infernal.

Osas

Pero en el sector en que la punta más elevada del eje abandona el oleaje de la borrascosa Tetis[36], repleto de cetáceos, fíjate cómo el firmamento alza las Osas sagradas. Tal es la denominación que dio el astrónomo de Cnido[37] a este asterismo; mas en expresión auso-

[33] Dis o Dite es el «Padre de las Riquezas», dios romano del mundo subterráneo.

[34] El noto es el viento del Sur, equivalente al latino austro, viento del Mediodía; el aquilón es el viento del norte y equivale al bóreas griego.

[35] La armonía de la fábrica del mundo, de la máquina del universo, es musical: la música de las esferas, nueva idea pitagórica.

[36] Hija de Urano y Gea, es una de las Titánides y personifica la fecundidad femenina del mar.

[37] No fue Eudoxo el que dio tal nombre a esta constelación; aparece ya en HOMERO, que sólo conocía la Mayor (*Il.* XVIII 487).

nia[38] acostumbramos a llamar a estos mismos animales Osas y Carros[39]: pues los relatos míticos dan en ver unas osas y, por su aspecto, unos carros. El Padre todopoderoso a estas Osas[40], habituadas antaño a la dureza de las cacerías en el valle boscoso del Liceo[41], las trasladó al espacio y así las consagró en compensación por haberle arrebatado la flor de la virtud a la madre[42]. O también, según nos enseña otra leyenda, en el paraje en que Creta[43] es batida por las olas, retumbando a lo largo y ancho bajo los cauros[44] malsanos, el mismo Júpiter, guardando buena memoria de los favores recibidos y para corresponderlas con una merced afectuosa, por haber salvado y vigilado su vida cuando, siendo aún un niño, se mantuvo escondido largo tiempo entre los toscos Curetes[45] y las carracas de los peñascos dicteos[46], después de salir vencedor, les concedió ascender al firmamento flameante; son constelaciones[47] que desconocen el mar salado

[38] En palabras o lengua ausonia, esto es, en latín. Ausonia era el nombre primitivo de Italia, y sus habitantes, los ausonios.

[39] Los Carros, en plural, se refieren a las dos Osas; el Carro, en singular, sólo a la Mayor.

[40] Mito etiológico de Calisto (= «Hermosísima»), ninfa del grupo de Ártemis (cf. el santuario de Diana en *Des*. 992), de la que se enamoró Zeus.

[41] Monte de Arcadia, en el Peloponeso, consagrado a Pan, dios de los pastores y rebaños.

[42] Calisto.

[43] Cf. *Des*. 130 y 673 ss.

[44] Cauro o coro, viento latino del noroeste.

[45] Pueblo legendario de Etolia, de donde fueron expulsados; o bien habrían sido unos genios que acompañaron la infancia de Zeus en Creta, más tarde identificados con los sacerdotes de Cibeles (Coribantes).

[46] Del monte Dicte, al este de Creta, que a veces se confundía con el Ida, también en Creta.

[47] El cuerpo de la Osa Mayor está formado por un trapecio integrado por las estrellas *Alpha Ursae Maioris* (magnitud 1,81), *Beta* (2,37),

e ignoran el ocaso nocturno y cobijan a los furiosos aquilones. Por otro lado, no presentan enfrentadas las cabezas o el pecho en un movimiento opuesto, sino que las figuras de estas Osas Licaonias[48] pueden contemplarse en lo alto vueltas; sus plantas se hallan equilibradas con referencia al polo[49], echadas sobre su espina y los lomos fulgentes de llamas. Así, las nodrizas de Júpiter, Hélice y Cinosura[50], vueltas por la cabeza y los hombros cerca del eje torneado del polo, ofrecen sin cesar señales de advertencia sobre las tormentas a punto de llegar. Pues es Hélice la que guía en alta mar a los griegos, en tanto que la pequeña Cinosura orienta a los tirios. Ninguna estrella encendería jamás su antorcha primero, ni ninguna otra iniciaría antes su salida flameante, cuando el hijo de Titán[51], sumergido ya su disco [***][52] y tiñe el dorso marino de Tarteso[53] de un rubor tembloroso, antes que la Cretense Mayor[54] saque sus llamas al despuntar la noche y muestre su rostro sagrado al firmamento. La otra puede tenderse con su pequeña lanza por el

Gamma (2,44) y *Delta* (3,3); más luego, en línea, *Epsilon,* la más brillante (1,79), *Zeta* (2,06) y la azulada *Eta* (1,87). En total siete estrellas principales. La Menor contiene también otras tantas principales: cuatro forman el cuadrilátero del cuerpo: *Beta Ursae Minoris,* anaranjada (2.ª mag.), *Gamma* (3.ª mag.), *Zeta* (4.ª mag.) y *Eta* (5.ª mag.); y otras tres en línea: la amarilla *Epsilon* (4.ª mag.), *Delta* (4.ª mag.) y *Alpha Polaris*, una variable (mags, 1,99-2,1), que es la más próxima al polo norte celeste.

[48] O Arcadias, por Licaón, rey de Arcadia.

[49] Debido a la precesión de los equinoccios, el polo celeste se hallaba entre las dos Osas, no en la cola de la Menor.

[50] Ninfas del monte Ida, en Creta, que criaron a Zeus.

[51] El Sol o Helio, hijo del titán Hiperión y la titánide Tía.

[52] *Falta aquí un verso en la tradición manuscrita.*

[53] Es decir, el poniente, occidente o el crepúsculo. Para Tarteso, la capital del enigmático imperio tartésico, cf. *Costas* 269-274, y *Des*. 480 y 613.

[54] La Osa Mayor.

espacio[55], pero, con todo, es más segura para cuantos surcan la traidora planicie marina[56]. Pues cuando efectúa una vuelta completa en el eje del polo, no se muestra perezosa haciendo grandes giros ni, como si se hubiera removido por un momento, se aparta de su trayectoria, ni reprime su lentitud deslizándose indolentemente: en fin, bajo tu guía, Cinosura, las quillas de Sidón[57] surcan las aguas encrespadas con rumbo más certero.

Dragón

Acto seguido, entre ambas Osas de ilustre nombre, como ríos que se deslizan tortuosos, el Dragón[58], cubierto de escamas, con una multitud de estrellas a su zaga se enrosca y rodea a las dos Osas con los curvos anillos de sus espirales. Y, como tales amplios anillos despliegan unos miembros que se extienden muy a lo largo, también a él lo encuadran por los Carros que compone el coro Licaonio[59]. Hacia la zona en que se halla la cabeza de Hélice, se desenrolla el último tramo de este monstruo y apenas se aquieta[60] la cola en ese sector del cielo. La otra Osa[61] mete el extremo de su cabeza en el

[55] La lanza del carro se refiere a la primitiva imagen del «Carro» asociada a las Osas.

[56] El miedo al mar era una constante en la literatura latina.

[57] Ciudad fenicia (cf. *Des.* 167 y 1071).

[58] El Dragón que guarda las manzanas de oro. Es un asterismo circumpolar compuesto por quince estrellas. Forman la cabeza: *Gamma Draconis* (2.ª mag.), anaranjada; *Beta* (3.ª), una doble amarilla; *My* (4.ª); *Xi* (4.ª), etc.; en la cola: *Lambda* (3.ª), considerada también la polar en la Antigüedad.

[59] El coro Licaonio o «danza de las Osas» alude metafóricamente al «Baile» celeste que implica el movimiento de las constelaciones en el espacio.

[60] Es decir, se acaba.

[61] La Osa Menor.

ámbito del pliegue de una espiral y, como cercada por el sinuoso Dragón, se recuesta, situando su lomo contra el lomo de la primera Osa. La Serpiente se enrosca frente a su hocico y, después de deslizarse rodeando ampliamente a la Osa hasta el final, regresa de nuevo a las cercanías de la constelación más grande[62]. La estrella que engalana su cabeza con llamas especiales, no brilla sola[63], ni solos están tampoco los incendios que enrojecen su cresta, antes bien un doble resplandor enciende las dos sienes peludas[64] y los dos ojos[65] echan ascuas bajo fulgores idénticos. Asimismo, un fuego exclusivo arde en la barbilla[66] y la propia silueta de la cabeza, inclinándose por un instante como si hiciera señal de asentimiento, se dobla y parece contemplar la cola de Hélice, hacia cuyo extremo, a muy poca distancia, se acercan por el espacio las fauces sibilantes del Dragón, que se lanza hacia ella. Más aún, incluso por encima de estas fauces, colindantes con la punta de la cola, en la dirección vertical de una raya trazada gradualmente, se presenta una estrella cuyo fuego relumbra en la sien derecha y cuyas luminarias se inflaman retando a las llamas próximas. Pero puede observarse cómo se inclinan la cabeza y la coronilla de este asterismo, en posición muy oblicua, en esa zona del firmamento sagrado en la que el Océano paternal, que renueva la fulgente aurora, abraza

[62] La Osa Mayor.

[63] Porque no es una sola estrella sino varias las que realzan la cabeza.

[64] En las sienes se sitúan *Gamma* y *Xi Draconis*.

[65] En los ojos *Beta* y *Ny Draconis*.

[66] En la barbilla *My Draconis*.

ocasos y ortos, regulados por el salado mar, y funde la doble separación que implican los dos límites alternos[67].

Arrodillado

Después, si desde el Dragón cubierto de escarcha dirigieras la luz de tu mirada hacia la bóveda celeste, para bajar luego los ojos hacia la zona del universo colindante, hacia el sector en que el círculo más elevado se desarrolla sobre un globo[68], aparecerá al punto una figura parecida a alguien que estuviera realizando un esfuerzo[69], de la cual antaño dijo Arato[70] que carecía de nombre y también que quedó oculto el motivo de este esfuerzo. En cambio sí que lo supo Paníasis[71], cuya larga vida le valió desentrañar los principios ocultos tras serios estudios. Así, recuerda este autor que, bajo la férrea ley de un tirano sin control, el hijo de Anfitrión[72], en plena flor de la juventud, había llegado a los parajes de las Hespérides[73],

[67] Los dos «límites alternos» o sucesivos, son la salida y puesta de los astros, que vienen a ser como dos mojones o puntos de referencia sobre la línea del horizonte marino y que un astro atraviesa alternativamente.

[68] Avieno dice estrictamente «se hincha», «resalta», porque está considerando el trazado de este círculo (el trópico de Cáncer) sobre un globo celeste.

[69] Después de ser relacionada esta figura con distintos personajes mitológicos, quedó identificada con Hércules (const. *Hercules*), en el momento de acabar con el dragón que custodiaba el jardín de las Hespérides.

[70] Cf. ARATO, *Fen.* 63 ss.

[71] Paníasis de Halicarnaso (capital de Caria, en Asia Menor), hacia la primer mitad del s. V a. C.; tío del historiador Heródoto, escribió una epopeya llamada *Heraclea.*

[72] El tirano es Euristeo; Anfitrión es el padre mortal de Hércules (el real, Zeus).

[73] Las Hespérides o «Las Occidentales» son las ninfas del ocaso, hijas de la Noche.

donde se esconden los secretos del mediodía y que había tomado con sus manos las manzanas de oro, vigiladas sin cesar por una guardiana ignorante de la suavidad del sueño, y después que esa guardiana, la serpiente propiedad de la madrastra de odio insaciable[74], hubo sucumbido bajo los golpes del vencedor Hércules, aflojando los pliegues de sus espirales y la fortaleza de sus tenazas; así dicen que Hércules sostuvo el peso de su corpulencia apoyándose en la rodilla izquierda[75]; de este modo cayó desmadejado, vencido por el esfuerzo, según se contaba. Pero cuando el Tirintio[76] fue situado en el espacio y, ya en las alturas, se apoyó en el trono de su padre, entonces Júpiter, compadecido por la amargura de sus trabajos, le devolvió ese aspecto y permitió que fuera contemplado en tal postura en el firmamento. Y he ahí que la propia mano[77] del dios se alza dispuesta a descargar un fuerte golpe y, además, con la pisada del pie derecho aplasta las sienes inclinadas del moteado Dragón.

Corona Boreal

A continuación, allí donde se extienden las anchas espaldas de la constelación que se dobla sobre la corva y en la que sus altos hombros yacen vueltos[78],

[74] Es la diosa Hera (Juno), que había puesto como custodia de esas manzanas de oro a un dragón monstruoso: Ladón.

[75] Delinean la pierna arrodillada *Sigma, Tau, Phi, Chi Herculis* (todas de 4.ª mag.).

[76] Heracles (Hércules), porque su abuelo Alceo había sido rey de Tirinto (en la Argólida).

[77] En la mano derecha se halla *Gamma Herculis* (4.ª mag.) y en el pie derecho *Iota Her.* (4.ª).

[78] La figura de Hércules aparecía vuelta de espaldas en los globos celestes. Por otra parte, al contemplar la esfera celeste representada en un globo, el punto de vista del observador varía del interior, desde donde se contempla en realidad la bóveda celeste, al exterior.

contempla cómo tremola la luz de Cnoso[79] en llamaradas rutilantes. Resplandece ésta en recuerdo de un antiguo amor de Baco y testimonia ésta asimismo el aderezo honorífico de la cabeza de Ariadna[80]. Por tres veces la iluminan tres luminarias[81]. Parte de la Corona se aproxima por debajo a la Serpiente[82] en la zona en que el Dragón[83], inclinando hacia la Osa sus fauces silbantes, y rechina bajo los vendavales del aquilón; la otra parte rota tras la espalda del Arrodillado y, como si estuviera pegada a éste, se revela a su vez mensajera de esa silueta agotada.

Ofiuco

Bajo la punta de la cabeza de tal silueta, es decir, de la cabeza de la constelación Arrodillado, reconocerás al resplandeciente Ofiuco. La constelación de la divinidad de Trica[84] se halla en pie, para el cual también los altares del santuario de Epidauro queman espeso incienso. Luego que los husos de las Parcas hubieron recorrido su trayecto de principio a fin, su última hora había sumergido a Hipólito[85] en la Éstige y ya a través

[79] Es decir, el resplandor de la constelación *Corona Borealis,* porque Cnoso era la capital de Creta y residencia de Minos, cuya hija Ariadna había apoyado a Teseo.

[80] Se trata de la corona forjada por Vulcano, que Afrodita y las Horas —o bien Teseo— regalaron a Ariadna.

[81] No son exactamente nueve estrellas, sino ocho las que dibujan la Corona: destaca *Alpha Coronae Borealis* (mag. 0,1).

[82] Se refiere a la Serpiente de Ofiuco (const. *Ophiucus).*

[83] En rigor el Dragón está separado de la Corona por las piernas del Arrodillado (Hércules).

[84] Se identifica Ofiuco (Serpentario) con Asclepio (Esculapio), héroe y dios de la Medicina.

[85] Hijo de Teseo y la amazona Antíope (Melanipe o Hipólita), que murió joven a consecuencia de una trama urdida por Afrodita.

de las hondas tinieblas del Cocito y las negruzcas lagunas de Dite, el conocido barquero Caronte transportaba los hados del hijo de Teseo. Pero, compadecido Asclepio del amargo castigo que suponía una muerte antes de tiempo y de las duras órdenes de Neptuno, hace salir de las lejanas honduras del Érebo los miembros ya rígidos y, revitalizadas de nuevo sus entrañas por el calor del espíritu, como dios de la medicina, las hace volver a las orillas del mundo de los vivos. Pero el todopoderoso no toleró que a alguien engendrado por el linaje de Deucalión[86] le estuviera permitido vencer las últimas disposiciones del destino y que el cupo de lana de las Hermanas[87] se desarrollara en vano. Entonces, arrojando inmediatamente los rayos de tres puntas desde lo alto del cielo y blandiendo sobre su cabeza los fuegos de la llama espacial, arroja, tras conducirlo a la muerte, al descubridor de esta medicina insolente al mundo de las sombras; pero en compensación, para consolar a su hijo Febo[88] y compadecido del arduo destino de su nieto, ya fallecido, le ordena alzarse entre las constelaciones en un movimiento nocturno. Así pues, ahí está Ofiuco[89], con sus ardientes venas que se destacan; ahí se hallan sus miembros yertos, erguido en la gallarda postura del Serpentario, ahí está: sus hombros tremolantes despiden tales bocanadas de fuego que, cuando la luna resplandece con el disco lleno y mediante su impresionante salida regula los períodos del mes, la luz que desprenden sus hombros serenos no se oscurece ni se marchita en absoluto. Por el contrario, en las manos no enrojece una llama semejante (pues estas extremidades difusas refulgen

[86] Porque se trataba de un mortal.

[87] Divinidades del destino, se llamaban Parcas en Roma (con tres estatuas en el Foro: las «Tres Hadas») y Moiras en Grecia.

[88] Febo era el padre de Asclepio.

[89] La descripción estelar de Ofiuco se halla hiperbolizada.

con una luz débil); pero con todo se las puede contemplar enseguida, porque en sus extremidades brilla un fuego moderado. Aquella figura se alza con las dos manos entrelazadas por la Serpiente; Serpiente que se escurre después, flexible, de entre ambas manos y ciñe sus espiras en torno a la cintura de Ofiuco, al que, firmemente plantado sobre los dos pies, sostiene el Escorpión, que extiende las entrañas de su cuerpo a las dos bandas, con los ojos machacados y el moteado pecho comprimido. En los aires contiguos se desenrosca la Serpiente, en dos partes desiguales y desplegando volutas de distinto tamaño. Pues en el sector en que la mano derecha se aferra a la sinuosa Serpiente, ésta despliega el dorso muy cerca de su dueño[90]; en el otro sector, por el contrario, se extiende muchísimo, deslizando a la izquierda su muy pesada corpulencia, y por la barbilla luciente, en la que se engarza una luz ígnea[91], se inclina resbaladiza hasta las proximidades de la Corona de Ariadna. Tras la espiral contemplarás los brazos antaño temidos por el feroz Orión: en efecto, ésa es la circumscripción asignada a las curvas Pinzas[92], allá reptaron los cuernos en hoz del monstruo de Quíos[93], demasiado carentes de luminarias estelares; pues su fuego es apagado, sus llamas se marchitan consumiéndose en hebras mortecinas.

[90] La Serpiente se divide por una parte en *Caput Serpentis,* la cabeza, formada por el triángulo estelar *Iota,* la amarilla *Gamma* (4.ª mag.), y *Beta Serpentis* (3.ª), orientada hacia la Corona; por otra, *Cauda Serpentis,* delineada por estrellas muy débiles.

[91] La estrella más brillante de la cabeza es la ya vista *Beta Serpentis.*

[92] Se refiere a la constelación Libra o a Escorpión.

[93] El monstruo o figura de Quíos es la const. del Escorpión (cf. vv. 1166 ss.).

Boyero

¿Qué estrellas hacen resplandecer a Calisto[94], cómo inclina hacia adelante su figura de fiera, sobre qué eje hace girar al firmamento alzando la antorcha de llamas siempre sin ocaso? [***][95] el Guardián de la Osa o Bootes, tal como lo cantaron los antiguos, que atestigua las célebres falsedades del tirano Arcadio[96]. Pero, aunque pareciendo acosar y amenazar, presione de cerca enhiesto los lomos de Hélice, sin embargo, en ningún momento le está permitido abalanzarse a la carrera contra el Carro de su madre, recamada de estrellas, porque se halla en él la contaminación de un antiguo delito y es mantenido a raya por su culpabilidad en pasadas fechorías. No por eso deja de reverberar en todos sus miembros una luz de la mayor intensidad: arde una lengua de fuego sobre su cabeza, brilla su mano derecha, que arde intensamente, los hombros despiden llamas, el pecho despide también llamas; pero por debajo, entre las dos piernas, allí donde éstas se prolongan juntas hasta los pies lucientes, una antorcha de luz más intensa parpadea en los aires y la constelación hierve, más ardiente por este rutilante astro. Tal es la ubicación sagrada atribuida a Arturo; allí, donde un cinto de oro ciñe la parte superior de la clámide, se levanta esta estrella embriagada de un rubor flameante[97].

[94] Citada aquí porque la ninfa Calisto y Zeus son los padres de Árcade (epónimo de Arcadia).

[95] Texto ilegible en la tradición manuscrita.

[96] Licaón, que era célebre por su impiedad; puesto a prueba por Zeus, descuartizó a su propio nieto, Árcade.

[97] La posición de la figura aquí descrita se inspira de nuevo en un globo celeste. ARATO *(Fen.* 94-95) situaba a Arcturo bajo la cintura de Boyero.

La Virgen

En el área en que se extienden las puntas de los pies de Boyero y en la que el círculo portador de los astros se prolonga ampliamente[98] a través de la inmensidad del espacio, describiendo una órbita oblicua con un coro de estrellas ardientes en torno, observa los sagrados miembros de la Virgen[99], situada por debajo. ¿Cómo podré invocar tu recuerdo, cómo? Ya sea tu progenitor el supremo Júpiter y hayas sido enviada a la tierra por tu madre Temis[100], o bien seas prestigioso linaje de Astreo[101], tu padre, del cual son descendencia los astros de oro y el cual, en premio por sus costumbres sin tacha, pudo dar su nombre a todos los astros; o más bien eres Isis[102], la diosa de las costas Pelusíacas, digna del firmamento, compañera y desvelo de Anubis[103] el ladrador, o quizá seas tú la divina Ceres[104] —ya que presentas una espiga ardiente y esta Espiga[105], en tu mano tendida, es co-

[98] El zodíaco, que se representaba en los globos celestes no como una línea, a la manera del resto de los círculos, sino como una franja ancha donde se insertaban las figuras de los astros (doce secciones de 30º. Cf. vv. 1014 ss.).

[99] El desarrollo que aquí se hace de esta constelación, particularmente extenso, amplifica mucho a ARATO (cf. *Fen.* 96 ss).

[100] La titánide Temis («La Ley»), hija de Urano y Gea, diosa de las leyes eternas.

[101] Astreo, según un mito etimológico, es el padre de las constelaciones y de los cuatro vientos/puntos cardinales.

[102] Isis, diosa egipcia del cielo, fundadora de las leyes y el derecho, era protectora de la navegación.

[103] Anubis, dios también egipcio, con cabeza de chacal o perro, y cuerpo de hombre.

[104] Ceres, diosa romana de la tierra, hija de Crono y Rea (cf. *Des.* 701 y 919; *Costas* 241 ss., nota 74).

[105] Se trata de *Alpha Virginis,* llamada *Spica,* la Espiga, ya identificada en la carta celeste babilónica (de mag. 1,2; a 220 años luz del sol).

mo si se abrasara bajo el calor de Sirio[106]—, o la que, aun dotada de rápidas alas[107], no caminas con bastante seguridad y, despojada de la parte más alta de la cabeza, haces girar tu esfera a ritmo lento, a fin de que la suerte escurridiza desgrane el tiempo y el destino caprichoso se inmiscuya en cualquier instante de la vida: te lo suplico, desvía tus ojos hacia la tierra desde las lejanas alturas del espacio y te lo pido, digna de veneración, presta oídos favorables a mis piadosas súplicas.

Tú, cuando la vida de los primeros hombres se desarrollaba pura, sin necesidad de ninguna ley, y aquella edad de oro[108] custodiaba la inocencia de las costumbres por propia iniciativa y no había vía libre ni propensión al delito, entonces te desenvolvías a gusto y libremente en medio de las reuniones desordenadas de los pueblos y, manteniendo sus corazones al margen de toda culpa, garantizabas un tono general de castas costumbres. Ninguna linde se había puesto a la tierra, ningún hito delimitaba cultivos, ni todavía ningún sistema había indicado cómo parcelar la tierra entre dueños; las cosas pertenecían al que en la práctica se servía de ellas, los derechos en los campos eran comunes: se prefería que la totalidad pareciese pertenecer en conjunto a todos. Por último, en aquella época en que la diosa venía a visitar con frecuencia las deleitosas ciudades y entraba sin distinción en las casas de los hombres honrados, el mundo del mar espaciosamente agitado, esas aguas saladas en constante movimiento por el oleaje y las olas encrespadas de la azulada mar, en cuyas profundidades abismales, blancas de espuma,

[106] La estrella principal de la const. del Can Mayor (cf. vv. 724-746).

[107] Interpretación de la Virgen como la diosa Fortuna.

[108] El mito de las edades de la Humanidad —véase Introducción— tiene una larga tradición en la literatura grecolatina (cf. en especial HESÍODO, *Trabajos* 109-201).

el anciano Nereo[109] cría los delfines verdes y los sopladores jadeantes, permanecía todo plenamente desconocido y aislado por sus propios confines. No había ninguna confianza en las olas; no se procuraba ningún intercambio comercial sobre el encrespado oleaje; un marino no se veía obligado a introducir su nave en puertos de tierras lejanas, para transportar como un exiliado, a través de inhóspitas llanuras marinas, riquezas foráneas, procedentes de todas las costas y a menudo quedarse pendiente de un hilo sobre las profundidades enfurecidas. Antes bien, la Justicia de oro concedía que todos los bienes se produjeran en todas las tierras y no había diferenciado los reinos por sus condiciones atmosféricas.

Pero después, al sobrevenir la edad de plata, los tiempos se degradaron y la diosa ya inclinaba muy raramente su noble rostro sobre la tierra; por último, apenas se acercaba a las cumbres de las montañas, y cuando, al remitir el día, Febo, ante la inminencia de la noche, apresuraba por occidente su carro, inclinado hacia las llanuras marinas, entonces la diosa se presentaba con claridad a la vista de todos los que acudían corriendo, no para revitalizar con su figura la alegría ya agostada de los hombres, sino para echarles en cara grandes reproches con voz resonante: «Basta ya, raza miserable —decía rompiendo a llorar—. La causa de mis quejas es vuestra maldad. En tiempos pasados, teniéndome a mí como juez, vuestros padres vivieron siglos de oro, pero vuestro espíritu ha degenerado, vuestra malicia no descansa, os resulta ya habitual el pasar la vida innovando constantemente; con vuestros afanes forjáis todo tipo de mal. Además, para colmo, nacerá después una edad más miserable

[109] Nereo es uno de los «Ancianos del Mar» o el «Viejo del Mar», hijo de Ponto («El Mar») y Gea («La Tierra).

todavía, —¡qué vergüenza y dolor!— y Belona[110] recorrerá las ciudades con las mejillas desgarradas para que las luchas cruentas turben en las almas malignas. Y después de hacerles un cúmulo de reproches con la voz enronquecida, en medio del abatimiento de la gente, se desplazaba al punto hacia la bóveda celeste, en alada carrera, y rehuyendo, llena de aborrecimiento, los ojos de los que la seguían, abandonaba las reuniones de los hombres.

También, a su vez, pasó esta generación de mortales y vino en su lugar la vergonzosa índole de los siglos de bronce. Al instante la falsedad, la locura exacerbada, la pasión sangrienta por la espada, la mórbida sensualidad, la malhadada voracidad de riquezas hicieron su aparición; un terror vil y el rostro del lívido pánico lo inundan todo. Tifis[111], sin control, remueve las más remotas aguas del abismo recóndito; entonces el color de la púrpura de los descendientes de Agenor[112] empieza a deslumbrar falsamente y los vellones nuevos se empapan del tinte asirio, hasta que la lana resplandece embriagada por esta ponzoña extranjera. Así se inflamó presto el justo aborrecimiento de la Virgen sin mácula contra los hombres; la diosa penetra con alas veloces en el cielo y, después de elevarse por los aires, toma a su gusto un amplio lugar junto a las estrellas titilantes de Boyero, desde donde, en lo alto del espacio, apenas pueda contemplar de lejos la tierra. En el extremo de sus hombros una estrella concentra su antorcha[113] y cual enrojecen las llamas de los

[110] Diosa romana de la guerra (cf. *Des.* 1362).

[111] Piloto de la nave Argo (cf. APOLODORO, *Bibl.* I IX 16).

[112] Descendiente de Zeus, hijo de Posidón y Libia, era rey de Fenicia. En Tiro y Sidón se comercializaba la púrpura, por tanto se refiere a los fenicios.

[113] Menos brillante que la Espiga es *Epsilon Virginis,* llamada *Vindemiatrix* o «Anunciadora de la vendimia» (mag. 3,0).

fuegos[114] que, situados a lo lejos bajo la cola de la Osa Mayor, giran en torno al polo del olimpo invernal[115], tal brilla esta luz en dos sentidos: no sólo por su magnitud, sino también por su resplandor. Ciertamente son muchísimas las luminarias de la resplandeciente Osa que arden en lontananza y no cuesta ningún esfuerzo el contemplarlas: todas estas estrellas parpadean, por así decir, localizables a primera vista. Uno de los fuegos sobresale frente a la cara, en la zona en que se hallan las patas delanteras de la bestia; otra estrella se abrasa del mismo modo en la parte que corresponde a las patas de la grupa, más luego una tercera se presenta como rival en las rodillas, hacia donde se consumen los límites de la rutilante cola. Sin embargo estas estrellas no poseen ni figuras ni nombres concretos: van rotando entremezcladas todas a la vez como una masa informe.

Gemelos

Aquélla, la Osa, engastada en lo alto del firmamento, retrocede ignorante en todo momento del mar salado, rico en peces; pero, situados bajo su cabeza, te es posible observar a los Gemelos[116]: a los Gemelos, estirpe espartana y descendencia ilustre del Tonante[117]; divinidades que después fueron restituidas a su propio cielo. Pues, habiéndose enfurecido Marte en Afidna, la implacable guerra cecropia les arrebató Cástor a los lacedemonios. Y su hermano[118], detestando la luz de la vida y

[114] Astros próximos al Carro de la Osa Mayor, que posteriormente fueron incluidos en esa constelación.

[115] El firmamento septentrional.

[116] Los Gemelos (en lat. *Gemini)*, Dioscuros o Tindáridas, son Cástor (hijo de Tindáreo y Leda) y Pólux (o Polideuces, hijo de Zeus y Leda).

[117] Zeus o Júpiter; en rigor sólo era hijo suyo Pólux.

[118] Pólux.

los hados de sobreviviente, suplica con lágrimas la misma suerte. Al punto Júpiter ensalza a los dos hermanos concediéndoles una periodicidad de vida alterna[119] y recibiéndolos en lo alto del cielo les ordena que ardan los dos con los fuegos de una antorcha eterna.

Cáncer

Cáncer[120] rota bajo el vientre de Hélice, con esas estrellas que Juno asignó a Cáncer para pregonar por siempre su cólera de madrastra. Pues éste, cuando el hijo de Alceo llevando una antorcha abrasó a la hidra de la laguna Lernea, se atrevió a arrastrarse para acometer al propio vencedor. En la zona del compacto dorso, constituido por la curvatura del caparazón cóncavo, brilla en los aires un fulgor doble, al que dieron el nombre de Asnos[121], nacidos en tierras de la Tesprótida y estrellas que son propiedad tuya, Leneo; los delimita un aire muy condensado, tal cual con la forma de un pesebre normal y corriente[122]. Las llamas que relumbran en las pinzas son desiguales, porque tres estrellas se abrasan en la pinza derecha de Cáncer, mientras la izquierda da escaso pábulo a dos llamas.

[119] La expresión es ambigua, porque recoge varias tradiciones; Zeus les concedió que cada uno permaneciese entre los dioses en días alternos: es decir, que cada uno estuviera un día en el cielo y otro en la tierra; o un día en la tierra y otro en el infierno, entre los muertos; un día vivos los dos, otro muertos ambos; al final les concedió la inmortalidad a los dos.

[120] Cuando el hijo de Alceo, Heracles, luchó contra la hidra del pantano de Lerna, un cangrejo le mordió el talón; el héroe lo aplastó y Hera, en compensación, lo transformó en la constelación de Cáncer; abarca dos cúmulos: M-44 (el Pesebre o los Asnos) y M-67.

[121] A su vez el cúmulo estelar de los Asnos o del Pesebre se relaciona con Baco (o Leneo = «El de los lagares», cf. *Des.* 757).

[122] El cúmulo M-44 *Cancri* (cf. *supra,* n. 120).

Leo

En el área en que brillan las plantas de las patas posteriores de la Osa, el universo arrastra las fauces enormes del flamígero León[123]. Después los miembros, que se extienden inmensos y ocupan un vasto sector del cielo, se abrasan uno por uno en medio de afiladas llamas y las entrañas del León arden inextinguibles. Aquí se calcina la trayectoria del Sol Hiperionio y bajo su guía regresan los días del azulado calor[124]. Entonces Ceres, una vez recolectada, se amontona en gavillas de paja bien atadas y ordenadas; se siegan las rubias cabelleras de todos los trigales y las mieses acarreadas en una amplia era maduran al sol. También entonces los aquilones tracios recobran del polo sus vigorosas rachas, entonces estos vendavales cíclicos[125] del cielo remueven el piélago sombrío. En esta estación del año los largos remos descansan y es el propio mar el que lleva las quillas.

Auriga

Hay que poner la misma atención para ver al Auriga[126], pues ya la interesante narración sobre el ganado cretense colmó tus oídos: en efecto, se dice que amamantó con su leche a Júpiter, como si fuera su cría; la Cabra[127], llamada nodriza del Tonante, fue luego alzada al firma-

[123] Se trata del monstruoso león de Nemea, el primer trabajo de Hércules.

[124] Cuando el sol pasa por el León, de mitad de julio a mitad de agosto, es cuando se dan los días más calurosos, de intenso color azulado en la cuenca mediterránea, si bien el solsticio de verano corresponde a su paso por Cáncer.

[125] Los vientos etesios (vientos del norte, que soplan durante el verano en el Mediterráneo oriental).

[126] El asterismo del Auriga («Conductor, Cochero, el que lleva las riendas») es el mítico rey autóctono de Atenas, Erictonio.

[127] Se refiere a Amaltea, la cabra que amamantó a Zeus de pequeño.

mento constelado. Y aquel Auriga, el diligente y hermoso Erictonio, unció en tiempos pasados cuatro caballos a los carros; se halla éste inclinado hacia adelante, no lejos y a la izquierda de los Gemelos y se tiende sobre ellos enorme, extendiendo toda su corpulencia e inclina su cabeza en la misma dirección que la boca de Hélice. Ciertamente, aquél extiende sus miembros en el espacio, como la Cabra que, fija en su hombro izquierdo, se levanta resplandeciente; pero en el extremo de las manos del Auriga contempla las llamas modestas de los Cabritos[128]; los cuales, después de desprenderse del océano resonante, arrojan terribles vendavales sobre las aguas tempestuosas, de modo tal que un oleaje impresionante machaca las espumeantes costas y las llanuras marinas rodean ondulantes las popas azuladas.

Tauro

Asimismo, junto a los pies del curvo Auriga se extiende el amplio pecho del Toro[129], portador de cuernos. Recuerda escrutar allá la frente peluda de estares; allá se encuentra echado sobre una pata doblada, clavando sus ojos amenazadores en la tierra. Las restantes figuras no pueden exhibir a lo lejos, entre las constelaciones, unas llamas de envergadura pareja; tal es la rigidez del fuego espacial que se alza en los cuernos de doble silueta y hasta tal punto el fuego consume por ambos lados el contorno de estos curvos cuernos. No tienes que recurrir a otras referencias para observar cómo la frente de este animal se levanta por la llanura del océano: distinguirás a

[128] Los Cabritos, crías de la Cabra, contienen tres estrellas: *Epsilon, Zeta* y *Eta Aurigae,* que anuncian las tempestades equinocciales, tanto al salir como al ponerse, a la altura de diciembre.

[129] Esta constelación lleva el nombre del toro blanco resplandeciente en que se transformó Zeus para raptar a Europa.

Tauro por su cabeza típica, hasta tal punto la curvatura de sus cuernos se abre ofreciendo una figura precisa, tan concentrado es el fuego que arruga el centro de la frente de esta res, tanto relumbran las Híades [130] en la lejanía por toda la cara de Tauro. En cambio en la zona en que Tauro embiste al bóreas [131] con su pitón izquierdo, el pie derecho del Auriga domina por encima a esta constelación: una única estrella abarca el pie derecho del Auriga y el cuerno izquierdo del bicho [132]. Juntos se desplazan por la bóveda celeste, si bien Tauro penetra primero en las olas del marino llano occidental.

Cefeo

Y mi Musa no pasará por alto al anciano Cefeo [133]: las alturas del firmamento hacen girar también a Cefeo, de la familia de Yaso; por lo tanto, este digno emplazamiento no desdice de tal nombre. Es a él, es a él, repetimos, a quien el Padre trasladó al espacio luciente y le hizo el regalo del cielo. Reside tras el lomo de la Osa Cinosura y tiende las dos manos apartándolas del pecho. La distancia que separa los pies del anciano es equivalente a la que dista desde uno de sus pies y el extremo de la Osa [134].

[130] Las Híades (= «Las Lluviosas») es un cúmulo de estrellas diseminadas en forma de V, que conforman la testuz del Toro.

[131] Viento griego del norte, equivalente al latino aquilón o septentrión (cf. *Des*. 585).

[132] La *Beta Tauri* (mag. 1,65), una semigigante azul.

[133] Descendiente lejano de Yaso (rey de Argos y padre de Ío, la amada de Zeus), casado con Casiopea.

[134] La Osa Mayor.

Casiopea

Si, por el contrario, orientas la vista hacia abajo, de modo tal que dejas la primera espiral del enroscado Dragón, verás a la desgraciada Casiopea [135]. Pero, sin embargo, cuando la luna llena ilumina todo el cielo hasta el punto de que su antorcha de oro domina la tenebrosa noche, esta progenitora no se presentará con gran claridad a los ojos de los que la buscan: le faltan luminarias a su tristeza; un simple débil fuego la enrojece y una luz mortecina baña el dolor de esta madre [136]. Como la llave que encajaba en las férreas cerraduras [137], conocida ya en tiempos antiguos por Caria, así apenas unas estrellas, separadas entre sí, delinean su figura y así apenas extiende los brazos nivelados con sus estrechos hombros: el terrible destino de su hija la anonada.

Andrómeda

Así pues, Andrómeda [138], situada por debajo de aquélla, va rotando a la vez en la esfera del torneado polo y, siempre resplandeciente de intensa luz, arrebata espontáneamente la vista hacia su cuerpo. En suma, la cabeza arde con el resplandor de una antorcha titilante [139], los hombros difunden una luz doble por el ai-

[135] Reina de Arabia, Etiopía o sur de Egipto, que, engreída por su belleza, se atrevió a desafiar a las Nereidas o a la propia Hera.

[136] No es correcta esta observación. Se trata de una constelación en forma de W o M, de las más resplandecientes.

[137] Porque la disposición de las estrellas sugería a los observadores antiguos una cerradura, una llave o los batientes que atrancaban una puerta. Caria es una región del Asia Menor, al sur de Lidia (cf. *Des*. 994).

[138] Transformada en astro con la postura que tenía al ser atada a una roca como presa para el Monstruo. En realidad, es mucho menos resplandeciente de lo que se dice aquí.

[139] *Alpha Andromedae* (2.ª mag.).

re[140] y un fulgor de fuego se abrasa en la punta de sus pies[141]. Más aún, la ígnea cintura de Andrómeda es un ascua en el cielo[142] y por todo su cuerpo chisporrotean las llamas. Pero también aquí, no obstante, se mantiene viva la pena de esta doliente, pues extiende los brazos separándolos en la infinitud del espacio y las ataduras la inmovilizan incluso en el cielo: efectivamente, unas nubes sutiles[143] constriñen sus brazos con nudos entrelazados.

Pegaso

Volviendo a ese sector en que la cabeza de Andrómeda aumenta de volumen por los perfumados cabellos, se encuentra enclavado, bajo dicha testa, el vientre incompleto del Caballo[144]. La antorcha que chispea en el extremo de la cabeza de la doncella y que se eleva a los aires como una enhiesta cimera, es el mismo fulgor áureo que brilla bajo el vientre seccionado del solípedo: una luz semejante los abarca simultáneamente y una llama común tornasola continuamente a las dos constelaciones[145]. Otras tres estrellas pintan los flancos e ijares del animal: son antorchas separadas a la misma distancia, que compiten en arder; poseen un fuego penetrante; son un globo de fuego

[140] *Delta* y *Epsilon Andromedae* (3.ª y 4.ª mag.).

[141] *Gamma Andr.* (2.ª mag.), una estrella doble.

[142] *Beta Andr.* (2.ª mag.), de color rojo intenso, y de las débiles *My* y *Ny Andr.* (4.ª mag.), blancas.

[143] La galaxia M-31 *Andr.* (mag. 5,0).

[144] Constelación de probable procedencia babilónica. Recibió el nombre de Caballo, luego Pegaso, que es como se la conoce hoy (*Pegasus).*

[145] *Alpha Andromedae* (mag. 2,5), que se incluye en el trazado del Caballo.

que se abrasa en un amplio disco[146]. Pero la cabeza no presenta la misma tintura rojiza[147] y su propia, débil, cerviz, a pesar de alzarse del largo cuello una crin enorme, apenas puede contemplarse por su fuego marchito[148]. La última estrella que se extiende en la barbilla no es más pequeña que las otras cuatro primeras[149], que delinean la figura del solípedo con su luz nítida. Este Caballo no presenta todos los miembros, no es un cuadrúpedo que se levanta en el cielo; por el contrario, se eleva sólo hasta la mitad del vientre: pues carece de los cuartos traseros y golpea los aires del espacio tan sólo con las patas delanteras[150]. Cuentan que éste fue aquel que antaño en el Helicón aonio, tras su regreso de los afamados combates con la Quimera de Licia[151], en el paraje en que el peñasco mistérico Murmura ante las grutas de la sabiduría, pastó la hierba que Crecía como una cabellera y sació su hambre en aromáticos pastizales; pero como una sed desecante le abrasaba las fauces y no brotaba ningún surtidor de grieta alguna, dio un golpe con una pata y al punto el casco hizo manar el líquido que derramó a lo lejos a Hipocrene, la de las Camenas (fueron unos pastores aonios los que denominaron con este nombre tal manantial equino). Resuena éste por entre la roqueda con placentero murmullo y despeñándose del Helicón, se adentra en las

[146] Dibujan el flanco: *Gamma Pegasi* (mag. 2,84), azulada; el hombro: *Beta Peg.* (mag. variable 2,4-2,7), una gigante rojiza; el cuello: *Alpha Peg.* (2,5), blanca.

[147] La blanca *Theta Peg.* (3.ª mag.).

[148] *Zeta* y *Xi Peg.* (3.ª y 4.ª mag.), blancas también.

[149] *Epsilon Peg.*, anaranjada (mag. 2,3).

[150] El par *Eta Peg.* (mag. 2,95), amarilla, y *Pi Peg.* (4.ª mag.), blanca; y el par *Iota Peg.*- *Kappa Peg.* (4.ª mag. ambas).

[151] Monstruo fabuloso nacido de Tifón y Equidna (= «Víbora»), que asolaba el país de Yóbates, rey de Licia; entonces éste encargó a Belerofonte que lo matara, cosa que logró con su astucia y la ayuda de Pegaso.

praderas sedientas, mientras empapa con su caudal errante los valles ascreos. También en ella se refresca la fogosa juventud tespia y las gentes ansían las linfas de esta fuente nutricia. Por lo demás, el Caballo regresa entre las constelaciones moviéndose cíclicamente y saca la cabeza fuera de las saladas aguas del océano. No te resultará muy trabajoso contemplar al solípedo en el límpido cielo, pues brilla en la lejanía con sus astros ardientes y saca el pecho recién bañado en el ponto.

Aries

Viene a continuación aquel rápido Carnero[152] que, atravesando el espacio según una órbita de amplio recorrido, nunca gira más lento que el suave deslizamiento de la Osa Cinosura[153]; puede verse no lejos de la constelación del Caballo y corta las alturas del espacio con un movimiento considerable. Siempre muy sobrio en el resplandor de su luminaria, puede verse carente del fuego preciso[154], pues con la misma luminosidad que presentan habitualmente los astros a los que la áurea luna mella el filo de su nitidez, así se levanta la figura lánguida del Lanífero por los aires, aun cuando el comienzo del período lunar mantenga a Febe[155] en ligero creciente y la diosa no presente ningún resplandor en el rostro. Pero es posible que lo busques en vano con la mirada a través del espacio (pues se

[152] Es el carnero del vellocino de oro desollado por Frixo, en la leyenda de Jasón y los Argonautas.

[153] La Osa Mayor describe un círculo pequeño en torno al polo de veinticuatro horas, lo mismo que la Mayor, aunque ésta parezca ir más lenta (cf. const. de las Osas, vv. 99-137).

[154] Las estrellas *Alpha Arietis,* anaranjada (mag. 2,0), la blanca *Beta Ar.* (2,7) y la doble *Gamma Ar.* (4,2 y 4,4).

[155] La Luna, como divinidad, que representaba a Diana, se correspondía con Febo (Apolo/el Sol).

halla siempre desprovisto de fuegos específicos); hete aquí que cerca, en el nítido asterismo de Andrómeda, un cinto resplandeciente se extiende visible en lo alto: este enorme talabarte llama la atención del observador por sí mismo[156]. El Carnero, situado en un emplazamiento no muy lejano, regresa a la bóveda celeste, mantiene una pequeña separación por debajo y recorre rápido el cielo por una banda mediana, en la que un círculo[157], que se desplaza por un firmamento brillante, secciona por un lado las puntas de los brazos de las Pinzas y por otro al fúlgido Orión.

Triángulo

Hay aún otra constelación que entre nosotros se menciona siempre bajo el nombre griego de Deltoton[158]. Tiene la misma longitud por dos lados; un ángulo articula el punto culminante de esta figura y muerde el punto de conexión de los dos brazos. El tercer lado, que sostiene las rectas trazadas a plomo, es el más corto y no se extiende con la misma longitud; en cambio, aunque corto de medida, rebasa a los otros dos por la luminaria de sus flameantes estrellas[159]. Más aún, a las luces que, situadas por debajo del asterismo del animal lanudo se debilitan y se entibian ya por su proximidad al noto lluvioso, las sobrepasa este lado más pequeño con la luminosidad y el fulgor de su antorcha; pero la ubicación que se le ha otorgado se encuentra tras la espalda de Andrómeda (así lo contempla el plan)[160].

[156] Cf. v. 464.

[157] El ecuador celeste (cf. más adelante, vv. 992-1013).

[158] Por su semejanza con la letra delta y por ser también la inicial del nombre de Zeus (en el genitivo griego).

[159] El vértice es *Alpha Trianguli,* de brillo amarillo intenso (mag. 3,45). La base, *Beta Trianguli* y *Delta Triang*.

[160] Es decir, la ordenación general de la máquina celeste del universo.

Peces

Si desde allí desvías la mirada al campo de visión contiguo y si sabes bajar los ojos poco a poco desde el polo boreal hacia el noto, podrás ver elevarse a la tercera generación del Pez Bambicio[161]: ciertamente, la ubicación concedida a los dos Peces se halla en la zona en que el círculo de enorme perímetro secciona las alturas del espacio[162], donde extiende el Caballo alado[163] el extremo del ala izquierda, donde el Lanífero[164] impulsa el pecho en lo alto del universo y mira atrás para ver alzarse al Toro vuelto por el lomo. Tales son las señales que identifican a los Peces en el centro de su constelación, uno de los cuales levanta más arriba en el espacio su figura tiesa y sube más cerca del bóreas[165]; el otro, ávido de las aguas que derrama el efebo troyano de su cántaro áureo, se halla situado por detrás e inclinado hacia las brumas del noto[166]. Pero, no obstante, los dos están enlazados por las colas mediante una amplia hilera de estrellas diseminadas y ambas ligaduras son arrastradas con flexibilidad por el cielo, cintas que a su vez se unen y, por así decir, quedan empalmadas una sobre otra

[161] Los Peces son descendientes del Pez Austral, también llamado Grande, Notio, Del Sur o Bambicio, porque vivían en una laguna próxima a Bámbice o Hirópolis, ciudad siria a orillas del Éufrates (cf. vv. 823-6).

[162] El ecuador celeste.

[163] El Caballo aparece representado con alas en el globo Farnesio, no en el desarrollo del asterismo.

[164] En los globos celestes se representaba a *Aries* (el Lanífero) moviéndose en la dirección de la rotación celeste y volviendo la cabeza hacia el Toro, que se desplaza vuelto por el lomo.

[165] El Pez Boreal se halla dibujado por las estrellas *Phi, Ypsilon* y *Tau Piscium* (4.ª mag.), blancas; está cercano a Andrómeda.

[166] Este segundo pez, próximo al jarro de Acuario (el «efebo troyano» o Ganimedes), está delineado por las estrellas *Omega, Lambda, Gamma* —amarilla—, *Beta* —azulada— y *Theta Piscium* (todas de la 4.ª mag.).

por un fuego resplandeciente, que la sabia Grecia[167] denomina Nudo Celeste[168]. A partir del hombro izquierdo de Andrómeda también podrás reconocer muy fácilmente al Pez[169] que mira la bóveda helada del polo superior, pues se alza con un color azulado muy cerca del antebrazo izquierdo de Andrómeda.

Perseo

A los pies de la cual puedes además buscar a Perseo[170], de figura voladora: frente a su cabeza y hombros la maquinaria del cosmos hace girar a la desafortunada Andrómeda. Pues el vengador de pies alados se apoya bajo los vendavales del aquilón tracio y su mano derecha se extiende solemne cerca del sitial de la afligida Casiopea y, desde aquí, levanta a grandes zancadas nubes de polvo con sus pisadas, en un aire como blanquecino en la lejanía[171].

Las Pléyades

Igualmente, bajo el extremo de su pierna izquierda, Perseo hace aparecer delante a las Pléyades[172]. Un área muy reducida las abarca a todas concentradas. A todas ellas, que son de luminar mortecino, las resalta no lejos la luz de una estrella resplandeciente[173]: endebles son los resplandores de estas hermanas y, aunque nítidas,

[167] Cita enfática y honorífica por parte de Avieno, que repite a lo largo del poema.

[168] Se llama así la cinta celeste que enlaza a los Peces.

[169] El Pez Boreal.

[170] Hijo de Zeus y Dánae, transformado en constelación por sus hazañas.

[171] La Vía Láctea.

[172] Son siete hermanas, hijas del gigante Atlas y de Pléyone, perseguidas por Orión, que se había enamorado de ellas.

[173] Quizá *Alpha Tauri,* una gigante anaranjada, ya vista.

no arde un rubor de oro en sus estrellas. Su progenitor, si la leyenda corre de fuente fidedigna, es el cartaginés Atlante[174], que se echó encima el peso de la elevada mole del cielo, como portador del mismo, y sobre sus hombros hace girar la inmensidad del espacio. Una antigua fábula recuerda que nacieron siete hijas de tal padre, ya avanzado en edad (tan sólo seis se alzan entre las constelaciones rutilantes); otra narración primitiva aporta los nombres de las siete hermanas (sólo seis se muestran bajo una luminosidad suave): Electra, Alcíone[175], Celeno, Taígete, Estérope, Mérope y al mismo tiempo Maya, célebre por la crianza de un dios[176]. Esmintes[177] asevera en su poema que sólo se divisan seis y recuerda que Electra abandonó antes las honduras del cielo por miedo de Orión. Otros autores cuentan que, llorando el incendio devastador de la Troya Idea[178] y deplorando las innumerables muertes de su pueblo, Electra ofrece su disco oscurecido por nubes siniestras, aunque generalmente es la cabeza la que aparece ceñida de sombrías tinieblas. En algunas ocasiones, sin embargo, emerge de las olas del océano para subir hacia la bóveda celeste, pero no presenta la ubicación de sus hermanas y, apartada en la lejanía, enseña su rostro, para distanciarse de la violencia y del grupo de sus hermanas, destrozada por el desastre de sus hijos; puede distinguirse su figura con la cabellera dispersa y se la señala con sus guedejas sueltas. La leyenda evoca que los terribles cometas aparecieron en la lejanía con esta sombría silueta, que su faz arde largo tiempo, que extienden sus cabellos en el espacio, tintados de sangre y rojizos de

[174] O Atlas, el gigante fabuloso (cf. *Des.* 20; *Costas,* notas 110 y 114).

[175] Cf. *Costas* 599-600.

[176] Porque la ninfa Maya fue madre de Hermes.

[177] Autor que habría compuesto un poema didáctico titulado también *Fenómenos,* hoy perdido, anterior probablemente a Arato.

[178] Por el monte Ida, al lado de Troya (cf. *Des.* 868 y 985).

heridas brillantes[179]. Más aún, se cree que Mérope, después de acceder al enlace con Sísifo y al matrimonio que le cupo en suerte según los implacables presagios de los dioses, más bien resultó indigna de un emplazamiento en el espacio. Así, la leyenda es ambigua respecto al número y el hecho cierto es que se perciben en el firmamento sólo seis Pléyades, aunque todas se concentraron a la vez en un grupo compacto. Tres ángulos, que irradian llamas, se proyectan en el aire y las Atlántides se abrasan en un fuego común. Con todo, su energía no es pareja a su renombre: una tradición ilustre hace célebres a estas hermanas; en cambio, son de moderada extensión y el fuego que desprende su débil antorcha apenas es visible de lejos. Cuando el crepúsculo torna por dos veces en el universo de modo alternativo, ya sea que la noche azulada prenda las llamas de las estrellas, ya sea que la aurora desvanezca las constelaciones, el padre del espacio supremo las permite rotar en grupo por la bóveda celeste[180]. Asimismo, cuando el estío se alza con sus cabellos abrasados, o bien cuando con la cabellera nívea regresa el solsticio de invierno con la estación del hielo, aquéllas son las que determinan el momento. Pues si las Pléyades se alzan del abismo marino, han llegado los días aptos para hacer trabajar las curvas hoces en las mieses rubias[181]; si hunden sus llamas en la llanura marina, es hora de roturar las tierras apretando el arado[182].

[179] Descripción de los cometas exagerada; Avieno se siente especialmente atraído por ellos.

[180] De modo que las Pléyades determinaban el calendario con sus salidas y puestas helíacas.

[181] Las Pléyades señalan con su salida heliaca el comienzo del verano, entre el 5 y el 27 de mayo, época ya segura para la navegación.

[182] Con su puesta señalan el comienzo del invierno, hacia el 11 de noviembre y el cierre de la navegación.

Lira

A continuación se halla la famosa Lira[183], con la que Mercurio, el dios artesano, se divirtió cuando era un niño pequeño, engarzando cuerdas en una hueca concha de tortuga, con el fin de construir un regalo inolvidable para Febo, habitante del Parnaso[184]. Cuando a su vez el hermoso Apolo la colmó de armonías divinas, instruyó a Orfeo para que la utilizara en una caverna del Pangeo[185]. Entonces éste, hijo de una Musa, a imitación de las Musas, hizo vibrar las nueve cuerdas con doctas cadencias (él, su descubridor, había desgranado sus cantos del número de las Pléyades). Pero después que la diestra criminal de las Basárides hubo despedazado al poeta y Libetra hubo enterrado piadosamente el cadáver de este héroe, Júpiter, compadecido del arte del distinguido joven, que con sus cantos había doblegado animales y ríos, trasladó el instrumento al cielo. Así pues, en el sector en que se eleva la constelación del Arrodillado, aparece erguida esta Concha al lado de la pierna izquierda. Por lo demás, junto al otro costado vuela el Ave[186] y extiende el pico hacia las cuerdas melodiosas: así la Lira se halla consagrada en un lugar mediano, en las cercanías de la cabeza del Cisne y la silueta encorvada[187].

[183] Es la lira que Hermes construyó en la montaña de Cilene, en Arcadia (cf. v. 1116), y regaló a Apolo.

[184] Cf. v. 71.

[185] Monte situado entre Tracia y Macedonia, que recibió nombre del héroe tracio Pangeo, hijo de Ares y Critobule. Se cita aquí porque Orfeo era de origen tracio.

[186] El Ave o Cisne, que es la figura tomada por Zeus para unirse con Némesis («La Venganza»), la cual se había transformado a su vez en oca; de esta unión nacieron Helena y los Dioscuros. Ascendió al cielo metamorfoseado aún en cisne.

[187] El Arrodillado o Hércules.

Cisne

Pues también el Cisne surca los espacios con sus plumas consteladas, después de recibir el cielo como regalo; pero no resplandece por la nitidez de sus astros[188]; con todo es de cabeza ardiente y su garganta, larga y fulgente; no presenta ciertamente estrellas grandes, pero tampoco sus estrellas centellean opacas o foscas. Traza el vuelo hacia la bóveda celeste con plena facilidad, rozando con el remar de su extensa ala derecha[189] la mano derecha de Cefeo, mientras con la izquierda[190] se inclina hacia el extremo de las patas del Caballo. Así, se alza en vuelo veloz, por la inmensidad del firmamento, así, también, penetra en el oleaje marmóreo del poniente.

Acuario

Como tras el de los cascos córneos arden los dos asterismos de los Peces, los Peces Bambicios, entonces bajo la cabeza del Caballo se extiende la mano derecha del joven hijo de Laomedonte[191]; desde aquí el propio Acuario, al que se puede distinguir caracterizado por sus miembros alargados, se yergue hermoso hacia la cola del peludo Capricornio.

[188] No es exacto que esta especie de cruz celeste (también llamada Cruz del Norte) sea poco brillante, puesto que presenta en la cola a *Alpha Cygni,* Deneb, una de las estrellas más destacadas del firmamento (mag. 1,26).

[189] Forman el ala derecha *Delta Cygni* (3.ª mag.) y las poco brillantes *Theta*, *Iota* y *Kappa Cyg.* (4.ª mag.).

[190] Dibujan el ala izquierda *Epsilon Cyg.* (2.ª mag.), anaranjada; *Zeta* (3.ª mag.) y *My Cyg.* (4.ª mag.).

[191] Ganímedes, hijo de Tros o Laomedonte, que fue raptado por Zeus y transportado al cielo para escanciar néctar a los dioses.

Capricornio

Cuando el anillo portador de los signos[192] desciende hasta el fondo en el hemisferio austral y cuando la órbita del sol resplandeciente cae hacia el noto[193], languidece la figura velluda de Capricornio[194], cubierto de cerdas. En ese momento, procedente del polo tracio, Febo cambia de dirección y el empuje del solsticio de invierno (¡qué cosa más admirable!) obliga al dios a volverse. ¡No me arriesgaré a tentar entonces las extensas llanuras del mar en esquife, ni tampoco entonces nadie debe enfrentarse a las aguas turbulentas en nave de pino! Pues al recorrer su ruta abreviada, el día se acorta y, sorprendido luego en la inmensidad de la mar abierta, el navegante clamará inútilmente al astro de luz perezosa. Entretanto el afilado noto se ensañará de pleno sobre las olas, el noto barrerá las encrespadas aguas saladas. Cuando la rueda áurea del sol ha impelido a la constelación del encornado Capricornio, entonces un frío glacial regresa del cielo y resulta arduo el oficio de los navegantes, que van y vienen por las olas. Con todo, ellos, sin preocuparse a menudo de estas calamidades consumen su vida durante largos años en la mar; semejantes a los somormujos y a las focas, el oleaje los trae y lleva espantados, en tanto que otean con la vista las costas en lontananza, mientras que por otra parte un afán de lucro insaciable los impulsa sin cesar a hacerse a la mar[195].

[192] El zodíaco (cf. vv. 274 y 1014 ss.).

[193] Es decir, hacia el Sur.

[194] Hijo de Egipán y la Cabra (cf. vv. 405 ss.), que ayudó a Zeus en su lucha contra los Titanes, tenía figura híbrida: la parte anterior era de cabra, con sus cuernos, y la posterior de pez.

[195] Es frecuente en la literatura latina el topos de las referencias a la peligrosidad del mar, lo que revelaba cierto reparo ante la navegación.

Sagitario

Teme también por un igual al mar cuando el sol exhale sobre la flecha ligera, cuando la luminosidad del fuego del universo prenda en su caña, cuando la punta del dardo se abrase, cuando vaharadas de oro calcinen el arco de Sagitario[196]. También en esas fechas, si vieras levantarse una noche negra como la pez, tal que con sus tenebrosas alas velase la tierra borrosa, desea entonces la costa, escapa hábilmente a los celajes oscuros de la noche, anticípate al desastre en las aguas saladas del mar y a los peligros del ponto rabioso: recuerda arriar ya las velas flotantes del mástil y aflojar la tirantez de las largas vergas. Como indicio de ese mes funesto o bien de esa ardua constelación, que te sirva la salida de Escorpión ya avanzada la noche[197]: éste, apareciendo en lontananza por la llanura marina de la mañana, saca su dardo del piélago, dardo que arrastra el extremo de la cola[198]; titubeante se acerca por detrás la constelación perezosa del Arquero y libera sus miembros lentamente del abismo marino. También es entonces cuando Cinosura, ya entrada la noche, se alza muy alto hacia el bóreas, mientras Orión se retira al regresar el día, momento en que Cefeo se sumerge, los brazos y las manos extendidos, hasta la mitad del vientre.

[196] El Sagitario o Arquero, *Sagittarius*, es un asterismo con antecedentes ya en la esfera babilónica.

[197] Porque la constelación de Sagitario no es visible, al hallarse el sol en ese signo.

[198] Dibujan la flecha o dardo de Escorpión: *Epsilon Scorpii* (mag. 2,28), anaranjada; *My*, doble; *Eta* (3.ª); *Theta* (2.ª); *Iota* (3.ª); *Kappa* (2.ª); y en la punta *Lambda*, azul (2.ª).

La Flecha

Más aún, la bóveda celeste de los dioses conoce otra Flecha[199]; si bien ésta carece del arco torneado: nada sabe de la cuerda, nada de su dueño. Por encima de este proyectil vuela el Ave, el Ave Cisne, pero, colindante con la zona celeste de Tracia, alarga su cuello blanco bajo las Osas cubiertas de escarcha.

Águila

También el escudero[200] de Júpiter vuela por los aledaños de esta Flecha, que regula el fuego espacial[201], pero su figura es menor. No obstante, cuando regresa de la lejana profundidad y desde el piélago rompe a volar hacia la bóveda celeste al filo de las tinieblas, en el confín declinante de la noche, revuelve a lo largo y ancho el mar espumeante: enseguida vendavales furiosos lo barrerán todo en el cielo y en la tierra[202].

Delfín

A continuación con la cola torneada se alza entre las estrellas el Delfín[203], que antaño fue, Neptuno, tu guía en lances de amor sobre el llano marino. Pues él pulverizó el refugio lejano en que se había precipitado Anfitrite, donde el progenitor de las Pléyades soporta erguido los cielos occidentales sobre sus hombros[204]. Él,

[199] Se trata de la flecha con que Apolo ejecutó a los Cíclopes para vengar la muerte de su hijo Asclepio.

[200] Es el águila que arrebató a Ganímedes para llevarlo a los cielos.

[201] Regula o suaviza el fuego del éter, porque se halla en el área de la Vía Láctea, que ilumina fuertemente el fondo del firmamento.

[202] En diciembre.

[203] El delfín que transportó a Anfitrite para Posidón, que se casó con ella. En recompensa lo transformó en la constelación de *Delphinus*.

[204] Atlas (cf. v. 573 ss.).

errante por todo el abismo marino, transportó la amada del soberano del mar sobre su blando lomo desde confines del universo. Su figura entre las constelaciones es de magnitud moderada y surge del mar sobre Capricornio, de grandes orejas. El centro de sus miembros se halla tétricamente oscurecido, en cambio un fulgor de oro ilumina la otra parte con cuatro luminarias y, distribuidas en paralelo de dos en dos, centellean con una luminosidad de fuego intenso[205].

Todas estas constelaciones, diseminadas entre el sol y el helado aquilón[206], a las que la mole del espacio curvo hace girar y el olimpo moderador arrastra hacia los ocasos y ortos una y otra vez, ya las he clasificado. En cuanto a las que se precipitan desde el lindero de Hiperión en dirección a las honduras del austro[207] lluvioso, hasta la tenebrosa área del espacio que abarca el noto, me esforzaré en exponerlas con ingenio en este canto en la lengua de Rómulo.

Orión

En el sector en que el anillo portador de las figuras, de órbita oblicua, se retira hacia el bóreas, para abandonar las sombras australes que cubren ya la mitad del total del firmamento, Orión[208] contempla desde una posición inferior el pecho feroz de Tauro. A nadie le pasaría desapercibido en una noche despejada: se despliega

[205] Exageración retórica, porque las estrellas de esta constelación no destacan tanto.

[206] Es decir, las constelaciones que se encuentran al norte del zodíaco, llamadas boreales.

[207] Austro, viento del sur enl latín, se corresponde con el noto griego: metafóricamente indican el punto cardinal sur. Se refiere ahora a los asterismos australes.

[208] Gigante cazador, hijo de Posidón y Euríale.

en lo alto del espacio holgadamente y de su fulgente talabarte cuelga una espada áurea[209].

Can Mayor

Tal es también el centinela en persona que sigue tras las huellas dobles de aquel varón[210], de tal suerte el conocido Can[211] del espacio sideral se distingue gracias a una estrella flameante; el mayor fulgor arde en su barbilla, mientras un resplandor considerable le tiñe la cara. La antorcha de esta constelación perniciosa crepita jadeante, abrasa la atmósfera al moverse y calcina las tierras[212] con los fuegos de este astro de desmedido tamaño. Sus miembros centellean tachonados de estrellas refulgentes, si bien no todos presentan el mismo brillo, ya que, en efecto, el vientre se halla completamente oscuro, en tanto que la llamarada más intensa brota de la barbilla: el Sirio que abrasa el espacio bajo nombre tan temido. Cuando el

[209] Considerado el asterismo más bello e importante, por la riqueza de los objetos celestes que abarca. Dibujan el tahalí: *Zeta Orionis* (2.ª mag.); *Epsilon* (2.ª), una supergigante azul; y *Delta* (2.ª), azul, llamada «Los tres Reyes»; en la cabeza: *Lambda* (3.ª); hombros: *Alpha*, Beltegeuse, una variable roja (1.ª); y *Gamma Bellatrix*, azulada (2.ª). La espada: *Iota* (3.ª); *Theta* y *Ny* (4.ª); en el pie: *Beta Orionis*, Rigel, una supergigante azul (0,08); abarca también la Gran Nebulosa de Orión, M-42.

[210] ARATO dice aquí *(Fen.* 326-7): «De guardia bajo el dorso de Orión, en el momento de elevarse este asterismo, así aparece el perro, alzado sobre sus dos patas...».

[211] También conocido como el Perro, Sirio, Canícula («La Perrita») o Can Mayor, *Canis Mayor.*

[212] Aunque se exagera aquí la expresión, es la estrella más brillante del universo; situada en la garganta, *Alpha Canis Maioris,* llamada *Sirius* (que en griego significa «fuertemente brillante, resplandeciente o flameante»), aparece ya en HESÍODO, *Trab.* 609).

sol oriente hacia él sus rayos resplandecientes[213], ¡qué gran agobio se cernirá entonces sobre las creaturas, qué gran trabajo planeará sobre los campos! Todos los sembrados se marchitarán durante largo tiempo, pues los que faltos de jugo vital yacen tendidos, caen agostados por un calor intenso y languidecerán los brotes de las flores calcinadas. En cambio, a aquellas plantas que se hallan vivificadas por una energía interna, Sirio las impulsa a crecer; un suave hálito se desliza por el interior de la vegetación y la nutre, entibiecida por la dulce bonanza. Es a éste, a éste, tan pronto como tiembla flameando al salir, al que captamos a lo lejos con los oídos y la atención. En lo que se refiere al resto, si alguna de sus estrellas brilla con un color amarillo, como son las que este animal lleva en abundancia a lo largo de un costado, no resplandecen con luz intensa y tan sólo se le han asignado para trazar sus miembros[214].

La Liebre

Pequeñita es también entre las estrellas la Liebre[215]; pues allí donde centellea el gran Orión, debajo de sus dos pies, se ve acosada por la carrera del Can rutilante. Escapa aquélla a través del espacio a su hostigador, aunque Sirio la apremia con la boca. Tan pronto como la sima marina hace emerger de las

[213] No es esto exacto, porque el sol pasa por debajo de *Sirius,* que tiene su salida heliaca o matinal en julio, anunciando los días calurosos de la «canícula».

[214] La parte trasera queda delineada por *Delta Canis Maioris,* amarilla (2.ª mag.); *Eta*, azul (2.ª), y *Epsilon*, también azul (1.ª), entre otras; el lomo por *Omicron* (3.ª) y *Pi* (4.ª), que son efectivamente débiles; la pata delantera, levantada, por la blanca *Beta* (2.ª).

[215] Se trata de la Liebre que escapaba al Perro (Can Mayor) de Orión y que fue transformada en la constelación *Lepus* por Hermes.

olas a este animal orejudo, se arroja también aquél amenazador sobre su aterrada víctima e igualmente en la lejanía, cuando la Liebre se ha inclinado hacia la planicie marina de occidente buscando en las aguas, por así decir, una guarida, Sirio se desliza desde lo alto del cielo y la busca sumergida ya en las aguas.

El Navío

El Can Mayor hace salir con su cola a la Argo [216] de Jasón, de popa fulgente, pues la nave tesalia no se desplaza por el espolón, hacia su figura acostumbrada, sino que es el extremo de la popa el que emerge del océano. Como cuando los marinos que arriban a puerto desde alta mar, dan la vuelta ansiosos a la gavia, que flota al viento, y se echan a la espalda la maroma de remolque, tirando a porfía hacia la sinuosa costa, al tiempo que aquélla, ya cumplidas sus singladuras, entra de popa en las algas de una alejada y retirada ensenada de la costa y alcanza tierra firme para descansar segura, así se desplaza la nave Argo entre las constelaciones, centelleando sólo por la popa y oculto el resto hasta el enhiesto mástil. La propia popa, desde su altura, hace bajar el timón hasta las olas y se hunde en las llanuras del mar [217] con el gobernalle sumergido.

[216] Es una constelación de origen egipcio: la barca de Osiris, transmutada en la nave Argo de los Argonautas, que no aparece entera, sino tan sólo por la parte posterior (del mástil al timón).

[217] De las veintiséis estrellas que forman este asterismo destaca *Alpha Carinae* o *Canopus*, una amarilla (1.ª mag.), la más brillante en el hemisferio austral después de *Sirius*.

La Ballena

A Andrómeda, que se halla a una gran distancia en el cosmos, la aterroriza la Ballena [218], puesto que, cercana a las ventiscas del bóreas tracio, el eje del universo hace rotar a Andrómeda en lo alto del espacio y a su vez el terrible Monstruo es llevado por el noto, mientras el austro arrastra sus fauces hostiles por el sombrío y salado mar [219]. Ya que en el sector en que Aries, cubierto de lana, se alza en las alturas del cielo, allí donde las constelaciones aumentan su número gracias a los Peces, centellea por debajo la Ballena de Nereo, que se adelanta en su carrera, no mucho, al fluir astral del Río. Pero Andrómeda recuerda su miedo intenso y, firmemente retenida por sus sufrimientos en medio de las figuras celestes, se horroriza ante el lomo repelente del Monstruo que aparece a lo lejos y por encima de él zambulle su cabeza llena de pavor en las olas.

El Río

Por lo demás, también el Río [220], que fluye en azulados borbotones entre las estrellas y las moradas de los dioses, han considerado algunos que forma parte de las aguas ausonias. Pues nuestros antepasados denominaron Erídano a aquel que discurre largamente por los campos vénetos y con su caudal nacido en los Alpes rechaza, al desembocar, las aguas del Adriático. Éste, ya

[218] Para vengar el desafío que Casiopea hizo a las Nereidas, Posidón envió un Monstruo Marino con el fin de que asolara el reino de Cefeo y devorara a Andrómeda, ofrecida como víctima expiatoria.

[219] Los navegantes antiguos ya percibían que el viento bóreas y el noto tornaban la mar amenazadoramente fosca y provocaban lluvias (cf. *Des.* 834).

[220] Asterismo que representa al Erídano, río mítico, hijo de Océano y Tetis, situado hacia occidente y en el que habría caído, ya fulminado, Faetonte.

muy anciano, acogió antaño en sus aguas a Faetonte, desplomado desde el cielo, cuando el tiro de caballos aéreo detectó la ligereza del peso de su auriga y cuando el cielo ardiente despreció unas riendas mortales en la ruta del universo. Entonces extensos incendios cubrieron de pleno las tierras; un fuego voraz abrasaba los astros y las llamas calcinaban regiones enteras, hasta que Júpiter, compadeciendo el destino del cosmos, devolvió a Febo el control de la ruta aérea. Mientras que a Faetonte[221] lo lloraron las endurecidas Faetóntides[222] con los brazos extendidos y la paz de oro regresó a las alturas del universo, al anciano Erídano lo acogieron las estrellas a una indicación de Júpiter, creador del universo. Otros autores recuerdan al Nilo Fario[223], porque con su copioso caudal hace crecer las mieses y sus aguas vivificadoras fecundan los parajes desérticos, o porque, después de deslizarse desde la zona del mediodía, desemboca desmedido en las llanas aguas del piélago. El Río pasa bajo el pie izquierdo del resplandeciente Orión y las ataduras, que desplegadas sujetan a los dos Peces, se entrelazan en las sinuosidades del Erídano. Allá donde a lo lejos se extiende el Río derramándose con la fuerza que le dan los borbotones de su caudal, también allí aparece el extremo de la cresta, en la cual una luz centellea desde arriba en lo alto del lomo de la Ballena y con su llama sella las cintas de las colas[224].

[221] Hijo de Helio y la oceánide Clímene, pidió a su padre conducir la cuadriga del Sol; ya en plena ruta por la bóveda celeste se vio incapaz de controlar los caballos, se espantó por la altura y las figuras de animales del zodíaco y, en consecuencia, se salió de la ruta obligada, por lo que Zeus lo fulminó y cayó en el Erídano.

[222] Son las Helíades, hijas de Helio y Clímene: Mérope, Helia, Febe, Eteria y Dioxipe (o Lampetia); fueron metamorfoseadas en álamos o alisos a orillas del Erídano, de ahí «endurecidas» (cf. *Des.* 426).

[223] Sobre el Nilo, cf. *Des.* 334-351.

[224] *Alpha Piscium* (cf. vv. 55-6).

Estrellas Anónimas

Entre la caña del timón, que se hunde en las remotas aguas azuladas, de la Popa de Jasón y la coloreada parte posterior de la quilla y la Ballena, que vive en la mar, en el sector en que se extiende el vientre de la Liebre, centellea el cúmulo rojizo de unas estrellas[225]. Sin embargo, no brillan con una luz intensa, ni poseen un nombre digno de recuerdo, pues, en efecto, Júpiter no distribuyó los fuegos de estas llamaradas de modo que dibujaran alguna silueta; no representan estos fuegos los miembros de ninguna figura, como las que el sagrado cosmos hace girar en un orden regulado, haciéndolas retornar a todas sin cesar a su primitiva órbita en el devenir de los siglos. Por último, largos intervalos señalan estas luminarias; todas vienen a tener una luminosidad parecida y una potencia semejante; son traídas y llevadas a la par por el ocaso y el orto, y no serían visibles aunque se hallaran solas, carentes de la referencia del mar. Las restantes estrellas cuadran una por una con los miembros bien dispuestos de figuras concretas; en cambio, este grupo, situado en el área en que el sofocante Sirio acosa a la Liebre, va pasando por completo débil y sin nombre exacto.

Pez del Sur

Por otra parte, más allá de la silueta de Capricornio, cubierto de cerdas, allí donde soplan las ventoleras australes del polo sumergido, se alza la figura de un Pez que vuelve su cuerpo contra la horrible Ballena: Grecia lo llama el Pez del Sur[226].

[225] Avieno ya había anotado (vv. 79-83) que no todas las estrellas eran encasillables según el sistema de las figuras; sobre ello, en cambio, Arato hace un desarrollo más amplio (cf. *Fen.* 357-385), que fue comentado por Hiparco.

[226] La constelación del *Piscis Austrinus,* Pez Grande o del Sur, es de origen babilónico.

Acuario

Otras estrellas en el firmamento se encuentran en medio del área que señorea el hermoso Acuario y aquella en que la Bestia[227] levanta la cresta del lomo, llegando hasta por debajo del centelleante asterismo del Pez aéreo: llamas apagadas y privadas de luminosidad, que se extienden en el espacio por doquier como un grupo desconocido[228]. Sin embargo, sólo junto a la mano derecha del joven que, según cuentan, suministra las copas en las mesas de los dioses[229], se derrama, por así decir, un chorro de agua, que fluye partido en dos. Allá tan sólo dos luminarias poseen una luz diáfana; no se hallan entre sí a una gran distancia por el espacio, ni tampoco tan cerca que colisionen sus luces, desviadas de su fuente: pues la chispa de una brilla por debajo del joven frigio y la otra se hace notar en el sector en que la Bestia acaba su cola enroscada, porque vomita un amplio globo de fuego. Al conjunto se le da el nombre de Agua[230]. Hay además, por último, unas estrellas[231] que junto a las piernas de Sagitario y en la zona en que aparecen perfiladas las patas delanteras del solípedo, van evolucionando en círculo a través del firmamento, cuyo fulgor sombrío se marchita en una débil antorcha.

[227] El Monstruo Marino o Ballena (cf. vv. 769 ss.).

[228] Se trata de un grupo de astros de luz débil: la const. de *Sculptor*.

[229] Ganimedes, representado en esta constelación de Acuario (cf. vv. 645 ss.).

[230] En el conjunto de la constelación de Acuario se diferenciaban la figura de Ganimedes *(Aquarius),* el Jarro *(Urna)* y el Agua derramada *(Aqua),* que se consideraba un asterismo independiente.

[231] La *Corona Australis* o del sur, de estrellas poco brillantes (4.ª mag.).

El Altar

He aquí que allá donde el corpulento Escorpión endereza el arma de su cola ponzoñosa y brilla imponiéndose al tibio austro, en ese punto un pequeño sector hace salir al Altar[232] y durante un escasísimo instante lo contemplarás volver a salir en el resplandor del espacio. Pues el polo que se alza en el área celeste de Boyero, contrario al Altar, abandona las aguas turbulentas, en la ingravidez del firmamento, tanto cuanto hunde en el océano las estrellas que le son opuestas: la alta cúspide eleva a Arturo, el umbroso polo austral hace desaparecer al Altar. Breve es su trayectoria por el cielo y rápido su ocaso; sin embargo, la Noche, progenitora de la luz, compadecida antaño del destino de los hombres, compadecida de sus penalidades, decidió establecer señales seguras para las tormentas. Y ojalá que, cuando el cielo se condense en un aire espeso, no se te ofrezca a la vista el Altar del firmamento en medio de nubes tormentosas, mientras se aglomeran en derredor y por encima grandes vellones de nubes preñadas de escarcha, como esos nubarrones que, concentrados por un viento desapacible y alzados desde la tierra al espacio, derraman desde las alturas las lluvias que han ido absorbiendo. ¡Que la cúspide del Altar no resplandezca excesivamente en tales circunstancias! Pues a menudo la Noche nos ha enseñado a reconocer de antemano al noto mediante esta señal. Si se siguen los avisos de la Noche, inútilmente los céfiros[233] revolverán el mar; pero si se desdeñan, los vendavales sacudirán las quillas desprevenidas. A duras penas, si una compasión tardía por los avatares vence a Júpiter, llegará la

[232] No es seguro que este asterismo represente un Altar, *Ara* o *Ara Centauri,* o, como indican los primeros datos, un Incensiario (turíbolo o quemaperfumes).

[233] Viento del Oeste.

salvación lentamente a los marinos que flotan agitándose en alta mar. Pero les sobrevendrá una esperanza de salvación más segura si, en el punto más alto del firmamento boreal, la cabellera de un relámpago fulgurante rasga las auras. Mediante estos indicios las ventiscas del austro provocarán mar gruesa, hasta que un centelleante fogonazo restalle desde el firmamento boreal[234].

Centauro

Pero, si ves a Centauro[235] en medio de su trayectoria celeste, de modo que se halle tan alejado de las aguas orientales cuanto cercano al ocaso y tenga el hombro cubierto desde arriba por una nube y en el cielo aparecieran todas las señales anteriores, vendrá entonces el euro y este euro barrerá las aguas de las profundidades saladas[236].

Observa, pues, el cuerpo resplandeciente de doble silueta, cuyos miembros se encuentran bajo dos signos. Porque en la zona en que el cuadrúpedo alza un torso de hombre asentado sobre su vientre de caballo, evoluciona el enorme Escorpión; pero en aquélla donde, desde el centro del vientre, el hombre se alarga convirtiéndose en solípedo, tan sólo se hallan los brazos corvos de la figura envenenada. Por otra parte, puede verse al Centauro alargando la mano derecha hacia el Altar de los habitantes celestes, satisfaciendo así el don de una vida irreprochable y llevando en la mano una presa silvestre[237]. Aquí donde el Pelión se yergue con su cresteria y encaja los picos boscosos en las nubes etéreas, había ejercido de moderador de la justicia y preceptor de las leyes para el Alcida tras sus batallas.

[234] Arato (cf. *Fen.* 408-430) ofrece una descripción más viva y extensa de la peligrosidad del mar.

[235] Quirón, el más famoso y justo de los centauros, hijo de Crono y Fílira, que murió a consecuencia de la herida que le causó una flecha de Hércules (el Alcida).

[236] El euro es el viento del este o sudeste, un viento fuerte. El valor de pronóstico metereológico de esta constelación se relacionaba con el del Altar.

La Hidra

En lo alto la Hidra[238] alarga la enorme hilera de su cuerpo y, una vez que ha salido del mar, prolonga largamente sus flancos en el espacio, con la cabeza extendida hacia el Cangrejo, mientras dobla la cola en dirección al terrible Centauro, recorre el amplio cuerpo del León, y acaba descansando bajo la gigantesca Virgen. Podría creerse incluso que exhala vida cuando retuerce en el cielo la resbaladiza línea de su cuerpo, cuando enrosca sus espirales colgando del vacío y cuando sus fauces llameantes disparan la lengua trifurcada. A la mitad de los anillos lleva la Copa[239] centelleante y la última fila de estrellas soporta al oscuro Cuervo[240], de suerte que el ave escarba con el pico tenaz las entrañas ondulantes de la Hidra.

[237] Quirón había sido un modelo de vida sabia, prudente y justa; en acción de gracias, como correponde a su piedad, ofrenda en el Altar una víctima, la Fiera o Bestia, representada por un exiguo número de estrellas (3.ª y 4.ª mag.); es hoy la constelación del Lobo, *Lupus*.

[238] Constelación de origen babilónico, en la que se reúnen tres asterismos diferentes.

[239] La Copa fue relacionada por la leyenda también con Baco e Ícaro.

[240] *Corvus* presenta cuatro estrellas que rebasan la mag. 3,1: *Gamma*, blanca; *Beta*, amarilla; *Delta*, blanca; y *Epsilon*, anaranjada; incluye también *Alpha Corvi*, amarilla (4.ª).

Can Menor

Proción[241] se halla el último, colocado bajo la constelación de los Gemelos, brillante con sus fauces encendidas, e iluminado su cuerpo con tres antorchas. Éste es, pues, el conjunto de las constelaciones visibles a lo largo de los años: el venerable océano las lleva a todas y ese mismo océano las absorberá de nuevo una vez sumergidas. La gigantesca maquinaria del firmamento las arrastra a todas en las alturas y sus estrellas esmaltan la rutilante noche.

Los Planetas

Igualmente cinco estrellas[242], que no sugieren ninguna figura concreta y a las que ningún entendido podría clasificar según el parámetro de siluetas precisas, discurren a través de los doce signos fulgentes del firmamento. Que nadie pretenda identificarlas tomando como referencia otro asterismo: pues el conjunto se desliza recorriendo todo el espacio por una ruta errante y van y vienen sin fin por trayectorias contrarias a las del universo[243]. El cosmos se ve arrastrado en un movimiento que se renueva constantemente, desde el lejano Oriente, y se va inclinando hacia las lejanas aguas azuladas del mar Atlántico; este grupo de estrellas fuerza su trayectoria contra la rotación del espacio, que lo rige todo, intentando dirigirse ha-

[241] Proción o «Precursor del Perro», porque, al ser una constelación boreal, salía antes en la aurora y anunciaba la salida de *Sirius*.

[242] Cinco eran los planetas (= «Astros o Estrellas Errantes») conocidos por los antiguos: Mercurio, Venus, Marte, Júpiter y Saturno.

[243] Los planetas presentan un movimiento peculiar: por un lado son arrastrados con el conjunto de la esfera celeste en dirección este-oeste (en rigor, un movimiento aparente, fruto de la rotación de la tierra oeste-este); por otro, cada uno tiene su ritmo, más lento, dirección Oeste-Este.

cia el techo del firmamento y se desplazan moviéndose contrarias a los rayos del sol. Como cuando las aguas llevan un barquichuelo proa adelante y si alguien intenta retroceder desde lo alto de la proa hasta la popa, debe tomar entonces una dirección opuesta a su desplazamiento inicial, del mismo modo estas estrellas poseen una energía que las hace elevarse sin cesar en sentido contrario al deslizamiento del espacio. Es más, son capaces de mantener fuegos incandescentes con sólo sus llamas; sin embargo sus órbitas se cumplen en el transcurso de largos períodos de tiempo y todas van regresando lentamente a sus puntos de partida asignados por el azar. Por lo tanto, no tendremos la audacia de tocar este grupo, ni de exponerlas a ciegas en este poema; básteme tan sólo esto, Musa, baste a mi esfuerzo, largamente mantenido, el desenmarañar las trayectorias y las figuras de las estrellas fijas.

Círculos celestes

Cuatro círculos[244] ciñen las rutas del espacio, cuatro anillos que basta conocer si se desea entender las trayectorias y los períodos de los astros. Aún más, hay muchísimas constelaciones que, enclavadas en estas cuatro franjas, van rotando conjuntamente. Estos mismos anillos se mantienen inalterables durante años en su emplazamiento y engarzados unos con otros, se muerden por la parte de conexión mutua, si bien la dimensión de dos de ellos es sensiblemente mayor[245].

[244] Cuatro círculos geométricos imaginarios, trazados en la bóveda celeste: el trópico de Cáncer y el de Capricornio, dispuestos en paralelo entre sí y con respecto al ecuador, que es el tercer círculo; el cuarto es la eclíptica o zodíaco, en posición oblicua, que corta tangente al ecuador en dos puntos opuestos diametralmente, lo mismo que a los trópicos.

[245] El ecuador celeste y la eclíptica.

Vía Láctea

Si te agrada levantar la mirada hacia las áureas estrellas que constelan el velo de la noche, aunque no cuando los fulgores de Febe dividen el mes por la mitad[246] (porque entonces el aspecto de las estrellas se debilita, al iluminar esta diosa la totalidad del cielo e imponerse sobre las llamas menos potentes), sino cuando no presenta el disco lleno, permitiendo así que las estrellas hiervan en fuegos afilados, observa cómo se extiende en lo alto del cielo el espectáculo del blanco incandescente de la Leche[247]. Este color es el que le ha determinado el nombre desde el mismo comienzo del universo; así, la sabia Grecia solemniza este anillo y así, también, en nuestra lengua identificamos esta franja. No hay otro círculo que pueda compararse ni en forma ni en color, en tamaño y medida es equivalente sólo a los otros dos[248]; los dos que quedan son de trazado más corto y su perímetro no los hace extenderse en exceso por el amplio espacio[249].

Trópico de Cáncer

Uno de estos dos círculos, allí donde los recios aquilones desatan ventiscas y donde se lanzan las brisas del bóreas, aparece en el sector del cielo Licaonio[250]. En este punto están las cabezas de los Ge-

[246] Es decir, con luna llena, cosa que ocurría a mitad del mes en el calendario lunar, pero no en el romano, cuyos meses no se regulaban ya por las fases de la luna.

[247] Hércules, para alcanzar la inmortalidad durante su infancia, debía mamar de Hera; Hermes le acercó el niño mientras ella dormía, momento en que la diosa se despertó, dándole un empujón y derramándose la leche, que dejó una estela en el cielo: la Vía Láctea, Círculo o Camino de Leche.

[248] Al ecuador y a la eclíptica.

[249] Los dos trópicos son más pequeños, pero no mucho más.

[250] El trópico de Cáncer, que se halla en la zona de la Osa Mayor (Calisto, hija de Licaón, por ello también llamada Licaonia, cf. v. 118).

melos, aquí descansan firmes las rodillas del Auriga. Este mismo círculo detiene a Perseo por el pie izquierdo y el hombro también izquierdo; asimismo, aguanta hasta el codo el brazo derecho de Andrómeda (el extremo de la mano se levanta en alto hacia el cortante bóreas, mientras por el codo la abatida Andrómeda se inclina hacia el austro). Este anillo pasa rozando las puntas de las patas del Caballo veloz, roza al Ave por el mismo extremo de la cabeza. Secciona este círculo los hombros de Ofiuco y hace rotar consigo sus espaldas ardientes. Erígone[251] se echa abajo hacia el tibio austro y, pudorosa, hurta en lo alto sus miembros virginales a este cinto[252]. Pero el León y también el Cangrejo alargan sus cuerpos en esta dirección del cielo boreal; en cambio, el círculo va por la parte inferior del pecho del ardiente León y recorre su vientre hasta la lejana parte trasera. Por otro lado, corta a la segunda bestia a través de su cuerpo aplanado[253] y divide por debajo la hueca coraza en dos, dejando separadas las luminarias de sus ojos a una y otra parte del círculo[254]. Además, si este anillo del firmamento se fracciona en ocho segmentos, cinco evolucionan por encima del horizonte y, en cambio, tres penetran en las aguas de las saladas profundidades marinas. A partir de este anillo el sol flameante vuelve a repetir ya su ruta por el espacio y el dios, según la secuencia fijada de una vez para siempre, cambia de rumbo ante el empuje del verano y la trayectoria del astro solar no se alza ya hacia lo alto del firmamento: una senda ya cono-

[251] Una de las identificaciones de *Virgo* (la Virgen, cf. vv. 273 ss.).

[252] Porque Erígone, al descubrir a su padre muerto, se colgó con su cinto de un árbol.

[253] Aplanado o allanado porque el Cangrejo (Cáncer) se está viendo desde arriba, en planta, no de perfil como el León.

[254] El trópico pasa por medio de esta constelación, de la que recibe nombre; «por debajo» porque así se representaba en los globos celestes.

cida recibe el tiro de su carro y la órbita del sol centelleante regresa a la región del noto[255].

Trópico de Capricornio

Este círculo, que llega ciertamente hasta Cáncer[256], confina con el área del cielo que no presenta ocaso[257]. Más lejos, el otro círculo, en el polo austral, separa por la mitad el cuerpo de Capricornio, portador de lluvias[258], los pies del muchacho del Ida[259] y la punta de la cola azulada[260]. Brilla en él la exigua Liebre, aquí el Can asienta los extremos de sus miembros, aquí puede contemplarse la Argo tesalia, aquí el lomo feroz del corpulento Centauro está seccionado. Este trópico mutila las volutas dispersas de la cola envenenada[261]; aquí se tensa una gran saeta en el Arco[262]; aquí Febo tiene su último emplazamiento, cuando deslizándose hacia el austro se ve rechazado: al blanquear los días bajo las nieves del invierno, aquí se encuentran los límites de este astro[263]; a esas lejanías desciende el sol en su carro celeste desde la región del aquilón bonancible. De este círculo sólo aparecen visibles tres

[255] En propiedad el sol no retrocede nunca; aumenta su declinación celeste de 0° a +23° 30´; del equinoccio al solsticio; luego desciende por la eclíptica o círculo del zodíaco, que corta al trópico de Cáncer en dos puntos de intersección, los coluros de los solsticios y equinoccios.

[256] No está claro el significado de «... hasta Cáncer»; ya es oscuro el sentido también en ARATO (cf. *Fen.* 500).

[257] Observación que no figura en ARATO (cf. *Fen.* 500: «este círculo está fijado al septentrión y en torno a Cáncer»).

[258] Cuando el sol se halla en Capricornio es invierno.

[259] Acuario o Ganímedes, que había sido raptado por Zeus en el monte Ida, cerda de Troya (cf. v. 585).

[260] La del Cetáceo o Ballena.

[261] Del Escorpión.

[262] Sagitario.

[263] El sol.

partes, las otras cinco permanecen ocultas, sumergidas bajo las aguas de las resonantes profundidades.

Ecuador

Ahora bien, entre ambos trópicos, con el mismo perímetro que presenta la Cinta visible en el espacio bajo la apariencia de la blanca Leche[264], se halla trazada una línea[265] de enorme longitud que divide las profundidades del noto y separa las alturas del aquilón. Aquí la duración de la luz y las tinieblas es compensada por una ley reguladora: al día le sigue una noche equivalente, a la que Febo reemplaza mediante las luces rivales del día y rota a lo largo de horas de igual duración[266], bien cuando el momento culminante del estío calcina las entrañas de los campos resquebrajados, o bien cuando la tierra se estremece con la primavera cuajada de flores. Por lo demás, a este círculo, que se despliega siguiendo su trayectoria en lo alto del espacio, le sirve de punto de referencia Aries, al que en su totalidad sostiene ciertamente esta franja. Aquí se doblan las patas del Toro amenazador y aquí resplandecen las estrellas del cinto de Orión. Aquí aparece un anillo de la Serpiente[267] y la Copa ligera[268] y se mantiene abierto el pico insaciable del Cuervo; aquí, en definitiva, se encuentran las llamas de las corvas Pinzas; aquí tremolan las rodillas del rígido Ofiuco. Y no le falta a este círculo el alado escudero de Júpiter, dado que el Águila brillante se halla a lo largo del mismo.

[264] La Vía Láctea.

[265] Al contrario que Cáncer.

[266] Puesto que el sol corta al ecuador celeste en los equinoccios de otoño (v. 999) y de primavera (v. 1000), las horas del día son iguales a las nocturnas, es decir, son las horas equinocciales, que son las actuales.

[267] La Hidra (cf. v. 891).

[268] Puede referirse también a la suavidad del brillo.

Aquí el Caballo destaca su cabeza, aquí se alza el que proporciona la famosa Hipocrene con su cerviz cubierta de crines. A estos tres círculos completos, trazados en línea recta por el firmamento y separados entre sí a la misma distancia, los traspasa un eje y a este mismo eje, a su vez, lo rodean todos por el centro tres veces[269].

Zodíaco

A esto se suma la trayectoria oblicua de otro círculo, el cuarto[270], que se encuentra sujeto por la masa[271] de las otras dos franjas, que dispuestas en áreas contrarias del universo[272], hemos dicho que imprimen un movimiento al astro del sol, rechazado así hacia atrás[273]. Este anillo y el central se cortan mutuamente por la mitad[274]. Ni la diosa Palas, a pesar de sobrepasar a todos los demás dioses en agudeza mental, podría montar

[269] El eje es perpendicular a todos estos círculos, paralelos entre sí, a los que corta en ángulo recto, salvo a la eclíptica o al zodíaco.

[270] El zodíaco es un círculo imaginario que recorre la esfera celeste a 8° 30′ a cada lado de la eclíptica. Se divide en doce secciones de 30°, llamadas signos, con el nombre y el símbolo de la constelación que estuvo encuadrada en cada segmento.

[271] Avieno habla de estos círculos como si tuvieran una realidad material, para hacerlo más comprensible.

[272] Es decir, el trópico de Cáncer en el hemisferio boreal y el de Capricornio en el austral.

[273] En realidad estos anillos no imprimen al sol ningún movimiento.

[274] La eclíptica, que está inclinada respecto al ecuador 23° 27′, corta al ecuador por los puntos de intersección o equinocciales, siendo uno Aries, en el que el sol pasa a tener declinación positiva, encontrándose aquí el 21 de marzo (comienzo de la primavera); y otro Libra, en que cobra declinación negativa y donde se encuentra el 23 de septiembre (comienzo del otoño).

semejante ingenio de ruedas deslizantes y móviles[275], de modo que lograra encajar estos anillos guardando entre sí las distancias correspondientes, cual es el conjunto que se halla engastado en posición oblicua, impelido a seguir una trayectoria similar día y noche, desde el oriente en dirección a las aguas remotas de Calpe[276]. Así, después de haberse elevado de las profundidades Titoneas[277], cada objeto celeste se sumerge nuevamente uno por uno en las aguas occidentales según su orden correspondiente: tienen un orto semejante cuando nacen, una única ley que los impulsa a ascender; una declinación idéntica por último para todos y, en definitiva, una caída semejante[278] para todos los astros. Pero este anillo portador de los signos desciende hacia la llanura del océano el mismo trecho que Capricornio dista del azulado Cáncer; y la dimensión del segmento que abarca, cuando realiza su orto saliendo del abismo marino, equivale precisamente al que emplea en deslizarse hasta las aguas opuestas[279]. En el espacio, cuyos remotos límites le determinan un perímetro enorme, debe situarse la tierra a modo de un punto, desde donde, cuando los ojos proyectan el filo de la mirada (que también radica en un punto mínimo), corre

[275] Aquí ARATO dice (cf. *Fen.* 529-531): «Pues un varón instruido en las artes de Atenea no habría ensamblado de otra manera estos círculos rotatorios, tales y tan grandes, girando todos esféricamente».

[276] Calpe, la actual Gibraltar, representa el ocaso o poniente, el extremo occidental del mundo terrestre (cf. v. 1622 y *Costas* 341-349).

[277] Titono estaba casado con Eos o la Aurora: se refiere al oriente.

[278] Siendo los tres anillos paralelos, los dos trópicos y el ecuador, y atravesados perpendicularmente por el eje del universo en ángulo recto, y por tanto de declinación fija, los astros salen y se ponen en el mismo punto del horizonte.

[279] Cf. ARATO (*Fen.* 537-540): «En cambio, el círculo oblicuo bordea tanta extensión de agua, cuanta el océano hace rodar desde que Capricornio asciende al punto máximo hasta que Cáncer sale. En total, al salir abarca el mismo segmento que al ponerse en el otro extremo.»

adelante lanzada por las auras. Si se dirige la vista rápida para percibir la lejanía, desde el centro de la trayectoria del zodíaco, en dirección al infinito (mirada a la que, por otra parte fatigada debido a la larga distancia de los objetivos, la atmósfera, hasta la más ligera, le quita precisión); y si, considerando la dimensión del radio visual abstraída de esto, se transfiere sobre el extenso círculo del portador de los signos, esta circunferencia de enorme amplitud ofrecerá seis veces su equivalente; pero estas partes están dispuestas de acuerdo con una ley de distribución del espacio, de modo que en cada una de estas partes troceadas se incluyen dos constelaciones[280].

En el círculo zodiacal se encuentra Cáncer, el León flameante, la Virgen Ática y asimismo se hallan los brazos de las Pinzas y el propio Escorpión, más el Portador del arco; rota, después, la imagen cerdosa de Capricornio; Acuario alarga su vasija áurea; luego, están los dos Peces, Aries, Tauro y los Gemelos. El sol se aproxima a estas doce figuras y, pasando revista a todas, va desgranando años completos, renovándose sin cesar. Cuando el sol avanza áureo gradualmente por el círculo portador de los signos, una a una las estaciones presentan sus rostros fructíferos. El segmento del Zodíaco que se sumerge en las profundidades del océano, equivale al que sobresale sobre la tierra. Al deslizarse todas las noches introduce seis asterismos en el mar y repone otros seis. La húmeda noche dura siempre el tiempo preciso para que este círculo se eleve fuera de las aguas...[281].

[280] Según Arato (*Fen.* 541-3): «Cuanto el ojo abarca cuando lanza el resplandeciente rayo de la mirada, otro tanto recorrería por la eclíptica, pero multiplicado por seis, y cada porción, de igual medida, conforma un segmento de este anillo que incluye dos signos zodiacales».

[281] Falta aquí un verso.

Sincronismos de salidas y puestas

Pero si quieres saber[282] cuánto hay que esperar para la llegada de la luz del día y cuánto tiempo la noche oscura prolongará aún su sosiego, toma nota de las figuras que en la lejanía se levantan del océano, pues siempre es compañero de una de ellas el Titanio[283]. Recuerda buscar con los ojos los primeros balbuceos del nacimiento de estas figuras, detectándolas con la simple práctica de tu mirada errante, a ellas mismas, repito, ubicándolas en el cosmos. Y si se esconden entre las nubes o si, al salir, dado que la tierra presenta a menudo protuberancias, se ocultan cubiertas por los picos de una montaña o una roqueda que se extendiera por delante, hay un sistema rápido para identificar, mediante otras señales, las horas en que aparecen: pues las captarás todas merced a la referencia del propio océano, que abraza con su oleaje el contorno extenso de la tierra, hasta arquear las costas para velar el firmamento con mayor amplitud y absorber las estrellas en el seno de sus extensas aguas saladas[284]. Siempre serán sus extremos los que brinden señales, bien hacia la zona en que la atmósfera retumba bajo el oleaje de la mañana, o bien hacia donde se desata la furia de la marea en la planicie del Atlántico[285].

[282] Desde este punto hasta el final de los *Fenómenos* (vv. 1060-1325), se describe la bóveda celeste en movimiento y los sincronismos de las doce figuras que van apareciendo sucesivamente.

[283] El Sol, hermano de Eos y Selene, hijos del titán Hiperión y la titánide Tía.

[284] Reminiscencias del concepto primitivo de la Tierra, como puede apreciarse, por ejemplo, en el mapa de Hecateo (cf. *Des.*, notas 309-311).

[285] Esto es, Oriente y Occidente.

Salida de Cáncer

Pues cuando Cáncer inicia su orto, no son precisamente oscuras las estrellas que evolucionan en torno a ambas orillas del océano, deslizándose hacia las aguas o mostrándose de nuevo en la región oriental del universo. Las lucientes guirnaldas de la Corona minoa[286] caerán; caerá asimismo el dorso del Pez[287], que habita en el austro; no obstante, a éste siempre lo verás mitad gravitar y mitad también retirarse por el lomo bajo las aguas, a la vez que desciende la resplandeciente Corona. En cambio, aquel que se encuentra vuelto por el enorme dorso[288], lo verás entre las más altas estrellas hasta el extremo del vientre; por lo demás, el rostro, el cuello y el ancho pecho se sumergen en la llanura marina. Cáncer hace descender a Ofiuco desde las rodillas hasta los altos hombros; Cáncer, recién salido, hace bajar también a la Serpiente[289] en la zona en que la cabeza bascula en un extenso cúmulo de estrellas y en la que se hincha su rugosa cabeza y donde se inflan los primeros anillos del pecho. Y Arturo[290] no equidistará ya mucho de ambos extremos del horizonte: mostrándose escasamente en las alturas, esconde el grueso de su cuerpo en las profundidades del mar; de esta manera, cómplice de cuatro asterismos, lo recibe el océano. Apenas harto éste de luz, desaparece por completo y fijando sus ojos en el firmamento, abandona por fin la bóveda celeste. Entonces la noche irá declinando pasada ya la mitad de sus horas, cuando al apagarse el día

[286] Porque fue regalada a la hija de Minos, Ariadna. Es la *Corona Borealis* (cf. vv. 194-203).
[287] El Pez Austral (cf. v. 826).
[288] La constelación de *Hercules*, el Arrodillado o el Tirintio (cf. vv. 169-193).
[289] De Ofiuco o Serpentario.
[290] *Alpha Bootis* o *Arcturus*, la estrella principal de Boyero, que, por sinécdoque, se refiere a toda la constelación (cf. vv. 254-272).

acompañe a Febo para hundirse en las aguas. Tales son, pues, las constelaciones que se sumergen en lo profundo del enorme abismo marino; sin embargo, enfrente, embelleciendo el rostro con toda su silueta, Orión, a la par que centellea a distancia su talabarte ardiente, inflamados los hombros y resplandeciente con su fulgente espada, y arrastrando al Erídano, aparece en la otra ribera.

Salida del León

Al llegar, a continuación, el León con su melenudo cuello, desaparecen todos los asterismos que, en el momento de emerger Cáncer, se hallaban en el extremo de su trayectoria por el espacio. Incluso el Ave de Júpiter[291] se hunde en las olas y se dirige rápida a las llanuras marinas a pleno vuelo. Pero el Arrodillado, siempre firme sobre sus rodillas, apoyado en la corva doblada, encubre ya los miembros superiores del cuerpo, si bien no oculta todavía la rodilla, ni el pie izquierdo en el abismo marino: el océano, en suma, no devora la totalidad de su figura. Saca la Hidra su cabeza; la Liebre salta en un orto nítido junto con Proción y las patas delanteras del Can de ígneo pelaje.

Salida de la Virgen

Una vez que Erígone[292] ha sacado el semblante de las olas saladas para, dueña ya de la inmensidad del aire, recorrer el espacio, hace descender a muchos astros. Pues al alzarse la Virgen por el mar de oriente, se retira la Lira de Cilene[293], se retira el Delfín por el piélago, se retira también la Flecha y las plumas extremas

[291] El Águila (cf. vv. 694-699).
[292] La Virgen (cf. vv. 694-699).
[293] Montaña de Arcadia (cf. *Des*. 491).

de las alas hunden al Cisne plateado: apenas ya su cola asoma por el horizonte del mar salado; apenas sobresale el Erídano, dotado de una luminosidad moderada: su caudal se funde en la lejanía con el mar. El nervioso solípedo[294] oculta su cabeza, su gallarda cerviz se dirige a las honduras de Tetis[295], humedecida la cerviz de rocío salado. Por otro sector la Hidra se desplaza en lontananza hacia la Copa, que se halla situada por encima, y Sirio[296] fulge con las patas posteriores liberadas, sacando la Popa del azulado llano marino. Brilla ésta y Argo sobresale hasta el mástil, en tanto que el espacio arrastra ya más altos los miembros de la Virgen.

Salida de las Pinzas

No, cuando la marmórea superficie del mar envía fuera las curvas Pinzas, desprovistas de estrellas y carentes de luz nítida, ese día no resulta entonces desconocido y su amanecer no es vulgar. Pues vienen precedidas de la señal de Bootes con su rostro típico, alzándose con toda su envergadura, y en la lejana altura del firmamento prende fuego a Arturo. Y ya la Popa tesalia se alza en las alturas del espacio, ya la Hidra se despliega ampliamente en el universo, aunque asciende al firmamento privada aún del extremo de la cola. Cuando surgen por el cielo las pinzas curvas del signo de Quíos[297], observa cómo torna a salir de la planicie marina el pie derecho del Arrodillado y cómo apoyándose en la rodilla, presenta su orto con un sólo pie. Centellea éste próximo a la Lira y en las meras tinieblas de la noche se dirige a las aguas azuladas del mar occidental, para renovarse enseguida, y reaparece brillante

[294] Pegaso o el Caballo (cf. vv. 470-507).
[295] La Titánide, esto es , el mar (cf. v. 100).
[296] La const. del Can Mayor (cf. vv. 285 y 724-746).
[297] El Escorpión (cf. más adelante, vv. 1166-1193).

por el océano oriental. Por lo tanto, junto con las Pinzas sólo muestra un pie y después su persona, vuelto a lo lejos cabeza abajo, aguarda a que salga la última parte del dorso del Monstruo[298], aguarda hasta que el Portador del Arco exponga sus dardos en el cielo y los tense belicoso apuntando a las alturas del espacio. Esta constelación trae consigo lo siguiente: las Pinzas aportan la pierna, el propio Escorpión el resto hasta la mitad; a su vez, la mano izquierda, la cabeza y el rostro los guía el Arco. Por fin, éste endereza sus miembros adormecidos en tres fases, es decir, tres figuras son las que lo liberan totalmente del mar. Así, media guirnalda de la Corona[299] y el extremo de la cola que extiende el Centauro emergen del océano tan pronto como empiezan a reptar las Pinzas del monstruo venenoso. Y ya el abismo obliga a sumergirse en el llano marino la última parte del Cisne y la cabeza del nervioso Caballo; ya en la lejanía estas constelaciones se han dirigido por completo a las profundidades del marmóreo mar occidental, absorbidas por las aguas saladas. La inmensidad de las aguas acoge la cabeza de Andrómeda y el austro trae por encima la imagen temida del Monstruo generado por las olas en la bóveda celeste que va declinando. Pero hacia la zona del crudo bóreas, Cefeo, como si lo observara todo desde lo alto de un alcor, situado en el eje enhiesto del polo superior y extendido a lo lejos ante el espectáculo, extiende sus brazos inseguros y advierte a Andrómeda que se acerca el cruel Azote del mar. Éste, en cambio, vuelto hacia el Río[300], baña en las aguas profundas la parte posterior del cuerpo, desde la espina dorsal cercana al

[298] Otra vez el Escorpión.
[299] Boreal o de Ariadna.
[300] El «Azote del mar» o la Ballena («Monstruo», cf. vv. 769-779), que se vuelve hacia el Río o Erídano (cf. vv. 780-806).

extremo de la cabeza. Siguiéndolo hacia las olas, Cefeo sumerge la cabeza y los brazos extendidos.

Salida de Escorpión

Más aún, cuando el peligroso Escorpión nace del océano, todo lo que, como si fuera agua, arroja el padre Erídano en medio de las constelaciones, se esconde en la profunda Tetis y la llanura marina de occidente cubre al Po[301]. El Escorpión aterroriza al enorme Orión, reptando desde el piélago. Se trata, doncella Latonia[302], de una antigua leyenda y no somos nosotros los que urdimos patrañas en nuestros versos: fue la edad de la raza cruel[303] la primera que inventó esta infamia, la primera en propagarla a las gentes. La conducta irresponsable de una voluntad implacable y la locura desmedida habían atravesado el corazón impío del héroe con el aguijón del crimen. Prendieron entonces al punto fuegos terribles por el interior de su médula y una intensa llamarada se encendió en su pecho. ¿Acaso ese perverso y procaz se atrevió a tocarte a ti, diosa; se atrevió a tocarte con su ruda diestra, mano impía que había arrasado los bosques sagrados de Quíos, las impresionantes ramas frondosas de los bosques, los cuellos y cabelleras de la selva, puestos bajo tu propia advocación, para, con esta intrépida hazaña, ofrendarle un presente a Enopión[304]? Pero digno pago tuvo allí mismo este atrevimiento sin límites, pues la diosa, reventando las entrañas de

[301] El Erídano (cf. v. 780 y *Des.* 425).

[302] Ártemis, hija de Leto y Zeus, y hermana de Apolo (cf. la const. de Orión, vv. 718-723).

[303] La edad de hierro o bronce (cf. vv. 331 ss.).

[304] Enopión (= «El Bebedor de vino») era el rey de la isla de Quíos (cf. *Des.* 714), ante el cual se había presentado Orión, para ofrecerse a cazar las fieras que agobiaban la isla.

la montaña preñada de nubes[305], arroja de su guarida a la bestia terrible contra los miembros crueles del enemigo. Así pues, cuando el monstruo atacó a Orión a mordiscos como golpes de hoz, desgarrándole totalmente los miembros con sus pinzas feroces[306], aquél experimentó el castigo por su fechoría. Tales son los premios reservados a la locura, tal es siempre la única relación posible con las divinidades cuando se las ha ofendido[307]. Éste es el miedo, el miedo agudo que permanece en esta constelación: tan pronto como el Escorpión rompe a salir, Orión se dirige en desenfrenada carrera hacia el fin de la tierra. Igualmente todo lo que de Andrómeda gravitaba todavía en el espacio y si es que los cielos llevaban todavía algo de la Ballena, desaparece todo al salir Escorpión. A todos el terror los sumerge en las aguas y en conjunto un mismo pánico los obliga a zambullirse en las llanuras marinas. El propio Cefeo sumerge su cabeza y sus brazos extendidos en las anchuras del mar, el extremo de su talabarte roza la línea terrestre del horizonte y solamente el pecho del anciano se zambulle en el resonante océano; al resto, el polo más alto lo hace girar en la zona del espacio en que no hay ocaso. También Casiopea, la progenitora[308], sigue las estrellas deslizantes de su hija, que declina ya, y arrastra a lo lejos su hundimiento vergonzoso en las aguas sombrías. Con la cabeza inclinada hacia su trono, por encima de cuyo trono se alzan sus pies dignos de lástima: la ira y la furia de Dó-

[305] El pico más alto de la isla de Quíos, el monte *Pelinnaion* (1.267 m. de altura).

[306] En propiedad, lo peligroso de un escorpión es el aguijón, no las pinzas.

[307] Espíritu moralizante de Avieno, netamente romano, que no se halla en Arato.

[308] De Andrómeda (cf. vv. 458-469).

ride y Pánope[309] golpean a esta madre tras sus recientes desgracias y su resentimiento rencoroso reclama este castigo. Todos estos asterismos se deslizan a la vez en el oleaje de occidente; sin embargo, el universo repone otros muchos y en sustitución de los que han caído repone muchos otros. Así pues, es éste el instante en el que el resto de la guirnalda de la Corona[310] se libera del mar y en que la Hidra alza la cola en el extremo de la hilera que forma su cuerpo. La cabeza y los miembros corpulentos de Centauro sobresalen, la mano derecha saca la presa arrebatada a los bosques[311]. Pues las patas delanteras de la vigorosa fiera aguardan perezosas al Arco y cuando regresa el Arco por el espacio, empiezan a asomarse e, igualmente, el Arco trae consigo al resto de la Serpiente[312] y los miembros de Serpentario, tan pronto como sale de las olas. Las cabezas de ambos y las dos manos de Ofiuco y el primer anillo de la resplandeciente Serpiente emergen del océano oriental guiados por la salida del Escorpión. Después del pie, el Arrodillado, al que en lontananza las profundidades del mar salado arrojan siempre en posición invertida, saca a la vez de las aguas del abismo espumeante bien la mitad de los miembros, bien su ancho pecho, el hombro y el brazo derecho.

[309] Dóride, madre de las Nereidas, y Pánope, una de sus cincuenta hijas, son los personajes mitológicos a los que Casiopea se atrevió a desafiar en belleza.

[310] Boreal.

[311] La actual constelación del Lobo (cf. infra, v. 887).

[312] Del Serpentario u Ofiuco (cf. v. 1220).

Salida de Sagitario

La cabeza y la otra mano[313] empiezan a desplazarse cuando centellea el asterismo completo de Sagitario. Asimismo, la Lira de Mercurio[314] rompe a girar y Cefeo, que ya levanta sus pies en lo alto del polo, no libera todavía el pecho del abismo marino, sino que, mientras mantiene sumergido el pecho, impulsa por encima con el pie a los Carros[315] de la Osa Licaonia. No es otra la ocasión en la que las estrellas ígneas del Can Mayor desaparecen, ya a lo lejos las aguas han engullido en el piélago al extendido Orión. Y la Liebre se pone con todo su asterismo[316]. También entonces Sirio la acorrala al huir por el océano. Pero tras el Auriga, cuando se dirige con los pies a las profundidades del abismo sin fin, no van la Cabra, ni los Cabritos: éstos brillan en el firmamento, aquél se anega en las cárdenas aguas. Se los puede contemplar separados de los demás miembros, sobresaliendo por encima del hombro izquierdo y alzándose hasta el extremo de la mano, hasta que, caminando con la puesta del sol, perturban las aguas azuladas con sus astros que van descendiendo.

Salida de Capricornio

Así pues, a la mano que queda del Auriga y el extremo de su brillante cabeza y la columna vertebral que recorre su largo dorso, las hunde la salida de la constelación del cerdoso Capricornio (los miembros posteriores desaparecen al regresar Sagitario). El alado Perseo no retrasa ya la silueta de su cuerpo en los espacios

[313] Del Arrodillado.

[314] La const. de la Lira (cf. vv. 618-635).

[315] Plural poético para referirse simplemente a la Osa Mayor (en realidad se trata de la Menor).

[316] La const. de *Lepus* (cf. vv. 747-755).

aéreos, ni Argo salva la caña del timón de las aguas del mar salado: Perseo, al fin con el pie derecho y la rodilla libres, sumerge al resto en el mar; la Argo, dado que arrastra desde arriba la popa de contornos redondeados, se hunde y entra en contacto con las aguas azuladas por la sólida quilla. Ella aguarda después al nacimiento del helado Capricornio y declina entera desde las alturas del cielo hacia el ponto, cuando Proción, tras seguir los pasos de su dueño, penetra en las llanuras marinas y trueca las alturas del firmamento por la profundidad del océano. Tales son las constelaciones que posee la zona del abismo occidental; éstas son las que sumerge el mar en sus resonantes y saladas aguas. A su vez, en la lejanía el espacio hace elevarse al Cisne y al Águila de Júpiter; se alzan los astros llameantes de la Fecha y por la zona del noto brilla el Altar de la majestad divina; y Capricornio hace aparecer al Delfín hacia su pequeño hueco en los aires.

Salida de Acuario

Mas cuando Acuario se eleva por el horizonte al amanecer, el Caballo recién llegado saca la cara y las patas. Y he aquí que en el sector del cielo que declina, la noche oscura arrastra al Centauro por la cola bajo el llano marino occidental, si bien no recibe a la vez la cabeza y la envergadura de los hombros: la figura del solípedo permanece con el pecho erguido y el cielo se apoya sobre su cabeza. A continuación, la Serpiente[317] esconde sólo la cabeza y los primeros anillos, en tanto que arrastra por detrás la larga hilera de su enorme cola.

[317] La const. de la Hidra (cf. vv. 891-901).

Salida de los Peces

Se desliza ésta bajo el mar salado, se desliza de nuevo bajo las llanuras marinas, cuando el Centauro completo se ha arrojado a las aguas del océano y los Peces han hecho brillar sus astros nuevos. Y al elevarse éstos a lo más alto del firmamento, regresa igualmente por el austro aquel otro Pez[318], al que el hermoso Acuario presiona con el pie; si bien no aparece con la totalidad del cuerpo, sino que aguarda la hora de llegada del otro signo: en parte se oculta, pero por otra se desliga de las olas rumorosas del mar, para ascender a las alturas de la bóveda celeste. De este modo los brazos de la apenada Andrómeda, así como después las piernas y los hombros resplandecientes, van regresando poco a poco desde sus refugios del mar, luego que los Peces hayan encendido sus fuegos de oro en el cielo. Finalmente, cuando los Peces centellean en el universo, aquélla, Andrómeda, alza el brazo derecho y el costado izquierdo del cuerpo de la doncella aparecerá a su vez, después que hubiera iniciado su orto el ganado de Frixo[319].

Salida de Aries

Este Aries se aproxima en lontananza hacia el Altar austral desde las aguas de la sima marina occidental. Por la zona en que la luz regresa, esta misma constelación incita a Perseo para que levante las estrellas de su distinguida cabeza y para que fulguren sus nítidos hombros; en cambio el resto de la figura aún no se ha desprendido del mar salado. Es más, la naturaleza, cap-

[318] El Pez del Sur o Austral (cf. vv. 823-826).

[319] Frixo, hijo de Atamante y Néfele, escapó de Orcómeno a lomos de un carnero prodigioso, volador, de vellocino de oro, rumbo a la Cólquide, donde se estableció; se trata, pues, de la constelación de *Aries* (cf. vv. 508-526).

ciosa con la verdad, ha dejado en completo estado de ambigüedad si es Aries el que saca los restantes miembros de Perseo o bien éste rechaza las aguas con la salida de Tauro.

Salida de Tauro

A una con él sube Perseo entero por el cielo. Sin la menor pereza en su cuerpo se separa de las estrellas recientes del Toro que nace, a cuyas llamaradas, en efecto, se apega la constelación del Auriga y al cual, no obstante, el Toro no lo levanta todo entero hacia el espacio: al Auriga lo hace desembarazarse por completo de las aguas saladas el orto de los Gemelos. Con Tauro, la Cabra, el pie izquierdo[320] y los Cabritos aparecen por la línea del horizonte tan pronto como, emergiendo de nuevo de las olas, la corpulenta figura de la Ballena se remonta hacia las alturas del cielo: es entonces cuando su cola y su rígida y enhiesta cresta regresan a lo alto de los aires. Y desde el momento en que la declinación esférica del cosmos en rápido movimiento hace girar a las estrellas del terrible Monstruo fuera de la sima marina, a lo lejos el gigantesco Boyero inicia la primera fase de su ocultación. En efecto, éste, al salir cuatro constelaciones[321], se introduce apenas en el seno del piélago y ni siquiera Arturo se desliza entero desde lo alto del espacio: su mano izquierda[322] permanece siempre y se levanta por encima hacia las Osas que se hallan en las alturas.

[320] Del auriga o Cochero (cf. vv. 405-416).

[321] *Taurus, Gemini, Cancer* y *Leo*.

[322] Dibujada por las estrellas circumpolares *Lambda, Theta* y *Kappa Bootis,* de brillo débil (cf. vv. 265 ss.), cercanas a la azulada *Eta Ursae Maioris,* en la cola de la Osa Mayor (cf. vv. 115 ss.).

Salida de los Gemelos

Pero, cuando ya Ofiuco regresa al oleaje por sus pies, de modo que el océano hace desaparecer sus rodillas en la extensa y lejana superficie marina, será entonces la señal de que los Gemelos avanzan por la zona oriental. Y la Ballena no es avistada en las proximidades de ningún punto del horizonte, sino que ya se alza entera en las alturas; ya el mar ha arrojado su oscura silueta sin que todavía la absorba la lejanía. Además, el navegante levanta la mirada hacia el primer grupo estelar del Po[323], en el momento en que nace del mar, contemplando cómo hormiguean entonces sus estrellas por el cielo despejado y espera las antorchas próximas del centelleante Orión, de suerte que hábilmente capta enseguida, a una señal cierta, el devenir seguro de las tinieblas y es capaz de explorar fielmente los notos según los astros y de largar confiado velas a mar abierta. Y a no ser que le falte la atención debida a estas importantes señales, hay un camino directo para reconocer siempre tales signos; bajo la enseñanza del propio Júpiter y del magisterio celeste obtendrás todas las orientaciones precisas: nos las hace saber Júpiter una a una desde lo alto del espacio y, como juez absoluto y generoso, nos ha dado una sabiduría auténtica, para que los amagos inapreciables de los cambios de tiempo no se nos pasaran por alto[324].

[323] El ya visto Erídano o const. del Río (cf. vv. 780 ss. y 1169).

[324] La observación correcta de los astros era de suma importancia, sobre todo para la navegación, que efectuaba así sus derrotas con la mayor seguridad posible, como ya se ha visto.

Fases de la luna

¿No ves acaso tan, pronto como Febe se levanta en suave creciente e irradia luz por el espacio desde su rostro estrecho, al declinar el día y próxima ya al ocaso la ruta del sol, cómo te expresa con ingenio los días en que entra el mes[325]? Pues declarará paladinamente por sí misma que se halla en la antorcha de su cuarta jornada ígnea, desde el momento en que, bañando de luz por completo nuestros cuerpos, prolongue una sombra débil sobre el plano del suelo. En cambio, si Cintia[326] corta la forma de su disco por la mitad, señalará su octava salida y la octava carrera de su carro. Por último, cuando la diosa se levante ya con el rostro entero, de modo que resplandezca el contorno completo de su amplio disco, indicará en el cielo que ya han transcurrido los días y las noches de medio mes. Y cuando de nuevo se desplace privada de su cara llena, avanzando investida de una figura luminosa equivalente a la faz de fuego que la diosa oculta tras las nubes etéreas, muestra entonces el desgaste ocasionado por el mes que va envejeciendo; por todo lo cual apenas le queda en el firmamento un tercio de ruta para acercarse a su centelleante hermano. Pero cuando ya no provoca sombras, se dan entonces cuatro salidas de la luna que se marchita, correspondientes a las cuatro sombras de resplandor mortecino que aparecen al renacer el mes, y con éstas abarca un período regular de ocho días. También es sencillo el camino para conocer el número de días intercalados: siempre que la diosa se presenta con una faz peculiar, indica qué tamaño tiene al

[325] A partir de aquí se analizan los fenómenos metereológicos que afectaban a la vida cotidiana y sobre todo al calendario primitivo, para el cual era determinante la observación de las fases de la luna.

[326] La luna deificada, también llamada Febe o Selene. Recibe nombre del monte Cinto de Delos, donde habían nacido Apolo y Ártemis.

subir por el firmamento, cuántas veces ha uncido los novillos[327] a la lanza de su carro y cuánta ruta ha cubierto ya desde que abandonó las olas.

Trayectoria del sol

En cambio, los extremos crepusculares del final de la noche te los señalarán los doce signos que hace girar el círculo portador de los zignos zodiacales, pues Febo en su trayectoria recorre siempre estos signos uno por uno y durante su curso se acerca a todos por turno. Mientras acaba su ruta etérea, unas veces abrasa un astro con sus llamas como una bola de fuego, otras Titán[328] funde sus luces de oro con otro, o bien cuando, habiendo descendido ya, se desliza en el interior de las aguas, mientras las tinieblas borran las siluetas de los objetos, o bien cuando regresa de mañana tras abandonar su cuna en el mar y mediante su luz infunde colorido a la naturaleza. Así, distintos astros acompañan siempre a cada día.

Calendario

No voy ahora a recordar los astros que regresan a sus emplazamientos primitivos tras una larga revolución; ya lo incluyen los tratados de mis antecesores y los tratan dando a veces explicaciones inseguras. Pues Solón[329] considera que han de transcurrir por el cielo nueve inviernos para que la luna vuelva a su posición anterior; Hárpalo[330] la reduce más rápido a su sitio y

[327] Frente al carro de fuego del Sol (Apolo), una cuadriga tirada por cuatro caballos, la Luna guiaba una biga, carro tirado por dos novillos o toros.

[328] El Sol (cf. v. 127).

[329] Famoso legislador ateniense y poeta elegíaco del s. VI a. C., uno de los siete sabios de Grecia.

[330] Hacia el s. V a. C.

movimiento primitivos, en tanto que al cómputo de aquél añadió Metón[331], con su sabiduría cecrópea[332], según se dice, un largo decenio y lo propagó a todo el mundo; enseguida, la inteligente Grecia hizo suya esta especulación y transmitió tal hallazgo por largos años. Pero Metón adoptó como método para comenzar el año el instante en que Febo abrasa a Cáncer con su astro resplandeciente, en el que el piélago se lleva lejos el talabarte de Orión y en el que arde el astro azulado de Sirio. Por tanto, de semejante fuente Metón calibró las fases de la luna: aquélla durante la cual un navegante podría recorrer una larga derrota en una maniobrable nave; aquella otra en que un amante del campo podría entregar las semillas de trigo a la madre tierra. Tenga en cuenta siempre estos datos, indagando en profundidad, aquél que larga velas a mar abierta o aquel que entrega simiente a la tierra. Aprender esto no es lento, tan sólo reclama un poco de esfuerzo y un poco de tiempo; a cambio, esta dedicación conlleva innumerables frutos.

Pronósticos meteorológicos. Introducción

Un provecho cierto te aguarda si te place conocer con antelación las turbulencias de la atmósfera y desvelar el origen de estas perturbaciones. En primer lugar, te guardarás por instinto natural de las borrascas repentinas y así, habiendo sido tú el primero, evitarán otros la marejada si, dadas unas señales determinadas, fueras capaz de diferenciar cada período. Pues toda vez que el eje del universo ha dado una vuelta, se repite la cólera del mar de ronco bramido, como desatada de golpe; en

[331] Astrónomo ateniense, que propuso su reforma el 432 a. C.; para ajustar el calendario lunar más exactamente estableció un ciclo de 19 años (235 meses, siete intercalares y 6.940 días).

[332] Es decir, ateniense (cf. v. 66).

efecto, a menudo, aunque reposa mansa la superficie del extenso y profundo mar bajo el manto de una noche serena, el navegante experimentado retira su flota del llano marino a buen recaudo y conserva la chalupa atracada al muelle ribereño, cuando por la mañana barrunta indicios de galerna. En otras ocasiones, si Febo hace ver su luminaria en el cielo tres veces, es entonces cuando se desata esa impresionante e irrefrenable furia del salado mar, perturbación del piélago relacionada con el astro que había predicho era inminente. A menudo, en otras ocasiones, el quinto día es el que conmociona a Anfitrite[333] y con frecuencia el desastre de la desgracia se precipita de improviso. Todos estos datos te los proporcionará la luna mediante señales seguras, bien aparezca su luminaria cortada antes y después de su plenitud, o bien su torneado disco alcance el creciente. El sol también te descubre con frecuencia la inminencia de las tormentas, ya mostrando su astro, ya ocultándolo en el mar salado. Asimismo será posible reconocer las perturbaciones de la planicie marina gracias a otros recursos y estar al corriente de las grandes borrascas del cielo, conocer qué turbulencias pueda producir un día concreto y las que aporten en el transcurso de un largo mes la sucesión de los astros y la maquinaria del universo.

Hay unos vapores de aire muy húmedo que produce la tierra y que arroja en bocanadas. Cuando la tensión de sus venas los ha expandido por los aires, cubre las anchuras de los campos imperceptiblemente, indetectable para la vista, y esta vaporosidad húmeda gravita sobre toda la tierra; cuando el calor de las estrellas, de ígnea cabellera, la ha absorbi-

[333] Una de las Nereidas, hija de Nereo y Dóride; como Tetis (cf. v. 61), era reina del mar. Aquí, por metonimia, equivale a «mar» (cf. v. 702).

do, la levanta a las capas más altas del aire y, una vez condensada, se solidifica en nubarrones persistentes en el espacio. Si esta sustancia húmeda se eleva desde la base de la tierra en menor proporción, entonces neblinas ligeras propagan por el cielo una calina difusa. Pero, si presenta mayor sequedad, se disuelve por doquier en rápidas ráfagas de viento y además impulsa el aire de su entorno mediante ventoleras rotundas. Si una humedad mayor se ha alzado directamente de la tierra, entonces los nubarrones derraman incluso lluvias; y estas lluvias las genera el calor en un extenso sector: él es el que provoca desde lo alto las precipitaciones y descarga la acuosidad acumulada del obstáculo que viene a representar el universo centelleante. Si una gran masa de uno y otro elemento concurren, por decirlo así, una frente a otra, al punto, a consecuencia del choque aéreo, restalla el estampido estridente del trueno y en lontananza un fragor intenso se propaga parejo al retumbar de las auras. Esta confrontación y esta colisión furiosa de elementos opuestos, que a menudo se produce desde los estratos elevados de la atmósfera, provoca igualmente los fogonazos del fulgente relámpago y constriñe todo el ámbito espacial de llamas voladoras y por el cielo se difunde el olor a azufre. La tierra es la progenitora de todos estos meteoros y desde las capas profundas de la tierra se derivan las perturbaciones más altas. Y son los luminares ígneos del universo, esto es, Febo resplandeciente en su carro de lanza flameante y la Luna, que guía sus novillos errantes por la noche[334], los que han producido los principios de estos males. Pues, cuando el calor de estos dioses conmueve por azar la tierra, los respiraderos del suelo, distendidos súbitamente, dejan al des-

[334] Sobre el carro de la Luna, cf. v. 1350.

cubierto las hondas venas y las entrañas profundas de la tierra; se empapa la tierra íntimamente de este calor procedente de las alturas y el suelo, entibiecido, espira humedad. Estas turbulencias del aire y el voltear enloquecido del oleaje, los vendavales de las galernas, la cólera del espacio celeste: todo ello conviene prevenirlo. Capta con inteligencia cada uno de estos apartados y abre tu corazón sediento a las observaciones de los sabios.

Previsiones que pueden obtenerse de la luna

Tan pronto como Cintia exhibe en el cielo sus cuernos nuevos, observa cauteloso a esta diosa por ambas puntas. Pues, cuando vuelve a salir, tiñe su salida de una luminosidad sin par en absoluto, antes bien comporta apariencias distintas y se señala por lo variado de sus siluetas: cuando se eleva con una luminosidad de fuego el primer día, cuando resplandece al tercero, cuando con mayor cuerpo astral escala el espacio e ilumina las playas etéreas al cuarto día, entonces te dará la luna información plena acerca del mes que comienza. Si al tercer día se mostrara fulgente en una salida perfecta, límpida y libre de toda mancha, indicará que va a haber un tiempo sereno, despejado y estable; pero si se alzara con un luminar suave y esmaltara su rostro de un rubor ígneo, entonces los cauros belicosos barrerán de pleno las turbulentas llanuras marinas. Por otro lado, si con una luminosidad espesa y los cuernos difuminados inicia su cuarto orto, de modo tal que alargara suavemente la sombra del cuerpo afectado, se debilitará por efecto de las lluvias o de los céfiros y denunciará espontáneamente ventoleras del noto o lluvias, pues un aire denso, procedente de estratos superiores, comprime sus cuernos privados de luz; el húmedo noto espesa los aires. Si, de nuevo, al tercer día Cintia levanta su carro, a la vez que mantie-

ne enhiesta su antorcha y centellean sus puntas desplegadas, de modo que no inclina la curvatura de los cuernos, ni, echada hacia atrás, se divide su luminar derramando la luz por las auras, presagiará entonces el levantamiento del céfiro por la región occidental o del noto desde la zona de Libia[335]. Ahora bien, si, por cuarta vez, Cintia asciende al cielo en su carro y hace ver unos fuegos desde sus cuernos fulgentes y prominentes en exceso, entonces una cólera duradera removerá la salada mar, muy rápidamente los cauros arrollarán la superficie marmórea entera y salvajes vientos racheados barrerán el hondo mar. Si la punta del cuerno que yergue hacia el bóreas aparece curvo, como inclinándose, pronosticará en ese caso que se van a presentar en el cielo las terribles ventiscas del tempestuoso aquilón, pues afirma que es acosada por este viento y hasta abrumada por él, y enseña que las alturas se inclinan ante un viento procedente de los últimos estratos. A la inversa, bajo esta misma señal sobrevendrá el noto, cuando veas que esa parte de la luna se echa hacia atrás y se abre espontáneamente a esa postura inclinada de espaldas: se trata del austro que, procedente de un área más baja, le levanta la punta. Si en su tercera salida la luna muestra sus contornos rodeados de un anillo rojizo, enseguida verás que el piélago se torna blanco de espuma en medio del fragor de la galerna; y una borrasca más grande aún revolverá las olas del bronco abismo marino, si la propia luna enrojece también el rostro desmesuradamente.

Observa asimismo si Cintia ensancha su disco luminoso al máximo o si su contorno circular se halla seccionado y, como privado de la mitad de la luz por ambos lados, soporta una merma de su figura, que se ha quedado oscurecida, volviendo a llenar los cuernos primitivos o abriendo sus cansados cuernos. Por lo que se refiere a la tonalidad del color que reviste el rostro cuando sale, sopésala con la vista cuidadosamente y, siendo así que este mismo color advierte sobre los días venideros, retén sus señales y aprende a distinguir la totalidad del mes en fases. Los indicios que has captado no se refieren a un solo día, ni tampoco todos los días hay indicaciones para el mundo en general, sino que las señales que se dan durante la tercera o cuarta luna, desde el principio de un período, permanecerán en el cielo hasta tanto que Cintia levante la mitad del rostro, y las que da a entender la media luna, tendrán vigencia hasta que exhiba la plenitud de sus fuegos. Luego, para el período decreciente quedan caracterizadas, al contrario, otras etapas diferentes en la previsión de la luna, las que, desde entonces hasta que Febe alcance los fuegos luminosos de su hermano, marcarán la última parte del mes.

El componente que el cosmos inmenso lleva en su extenso y vacío seno recibe el nombre de aire; las emanaciones que exhala la superficie de la tierra se denominan nubes. La parte superior, el cielo, morada de los dioses, va rotando en un eje diamantino[336]. Allí las divinidades tienen sus propias residencias: lo alto del polo boreal es la mansión real de Saturno; en el área en que el período más seco del año espira los lucientes rigores del estío, en ese éter caluroso, permanece Júpiter; los estratos desde los que el fuego abrasa sin medida la tierra, los habita Gradivo[337]; en el sector en que el sol del invierno se ve impelido a volver riendas, se

[335] Esto es, desde el sur (cf. v. 1724).

[336] Eje imaginario, de nuevo, no material, como parece dar a entender Avieno aquí, quien, en realidad, sólo hiperboliza.

[337] Sobrenombre de Marte.

enseñorea Venus, la de hermosa estrella[338]; en cambio, allí donde un anillo oscuro se oculta, con su contorno sumergido en el horizonte, se brinda un paraje umbroso a Mercurio. Por encima de todo esto, la trayectoria ardiente del sol abarca cinco zonas extensas y discurre por una ruta precisa; a continuación se halla la luna junto a las nubes, en el área en que las emanaciones, que exhala el suelo, se coagulan en vapor húmedo, desplazándose por las capas más bajas del cielo. Mientras la luz, a menudo fragmentada, llega al interior de las nubes desde la antorcha resplandeciente de la luna, la diosa se nutre de esta acuosidad y, perforándola con sus rayos luminosos, provoca siluetas variadas; así, en definitiva, se considera frecuentemente a Febe rodeada de nubes, cuando en rigor las nubes se hallan por debajo de la luna. Por lo tanto, siempre que se la ve engastada en un halo, éstas son las previsiones que se derivan en orden específico: en ocasiones ese halo rodea a la luna con un triple anillo y por lo general la circunda doblemente, aunque también suele ceñirla un único anillo. Si un solo halo rodea su contorno, será señal certísima de tormentas, si bien ofrecerá también indicios de tiempo tranquilo; un halo quebrado previene repentinos golpes de los euros; si se debilita de modo gradual en una calina ligera y se difumina en la amplitud del espacio, muestra que sobre el oleaje se extenderá bonanza. Si dos círculos rodean la luna, el mar experimentará de repente la mayor explosión de violencia y esta misma explosión de violencia barrerá las tierras; además, galernas aún más grandes perturbarán las aguas si un tercer círculo constriñera el disco centelleante de la luna; el austro desatará su ira en medio de un terror desmedido, si el trazado de estos anillos apareciera fosco en el ámbito celeste. Por último, si estos halos de la luna se hicieran añicos, una tempespestad extrema se desplomará sobre las aguas del profundo abismo marino.

[338] Lucifer o Fósforo (cf. v. 1634).

Previsiones deducibles del sol

Más aún considera al sol[339], considera la observación del sol como la más conveniente; las previsiones obtenidas del sol son más indicadas y las señales del guía[340] de los astros persisten con mayor firmeza, ya se dirija, al declinar, hacia las aguas de occidente, ya se levante revivificador desde las riberas portadoras de luz. Sus rayos majestuosos disuelven con el poder de su luz la negrura de la calígine y los jirones de tinieblas nebulosas, negros como la pez, cuando su vigor flameante atraviesa el caos umbroso o cuando a través de los celajes de la noche inyecta el fulgor de su antorcha aérea. Con su calor reaviva los seres aletargados, aguijan sus llamas lucientes a los embotados; el sol reanima a los seres adormecidos, el sol, padre primigenio, franquea la rudeza de los obstáculos con su carro diamantino; Febo solidifica las acuosidades mediante su fuego, Febo con sus rayos disuelve las condensaciones. Pero, cuando el vigor preclaro del sol irradiante amengua carente de luz, mientras el dios queda oculto por el obstáculo de una nube densa, no sólo en el cielo, sino también en el mar predice que habrá grandes turbulencias.

¡Y ojalá que, tan pronto como asome su rostro desde la hondonada marina, no ofrezca una variada gama de colores

[339] Avieno compone ahora prácticamente un himno al Sol (cf. el «Proemio», vv. 1 ss.), cuyo culto estaba todavía vigente en la Roma de su época.

[340] El predominio del Sol sobre los demás astros es formulación pitagórica y estoica, que no aparece como tal en ARATO (cf. *Fen.* 819 ss.).

en una faz iridiscente! Pues ante el regreso de un sol semejante ya no podrás aguardar la mansedumbre del cielo sereno. Pero si el dios ha recorrido tranquilo con su astro la bóveda celeste y ha sumergido entero su antorcha en el ponto, el rostro libre de nubes, límpida la cabellera y fulgente el disco, puede esperarse una salida serena del día por oriente. Pero si su rostro parece convexo y con el centro del disco hundido o si, por decirlo de alguna manera, se desciñe los rayos por sí mismo para fijarlos hacia la zona austral, alargando su figura, y dispara al bóreas un rayo de fuego luminoso en línea recta, entonces a ese día que empieza no le faltará viento y lluvias.

Finalmente, hacia la lejanía, a través de las llamas y los propios fulgores del dios, si lo tolera la luminosidad de un sol suave, dirige tu mirada (se obtendrán señales seguras de su magisterio) y ojalá que un tono rojizo color sangre no empañe su ancho rostro, como esos grupos de nubes sin rumbo, a menudo enrojecidas, o bien ojalá que un color negro como la pez no cubra su antorcha de una veladura plomiza. Observa detenidamente todo esto. Si se presenta muy ensanchado con el disco ceñudo, la tierra se empapará de lluvia, los ríos, crecidos, desbordarán sus altas orillas, rebasando los muros de contención; si un resplandor muy fuerte recorre su rostro de fuego, entonces frecuentes ventiscas batirán las aguas del salado mar, los vendavales barrerán todas las tierras y las ventoleras del recio aquilón doblegarán las cabelleras de los bosques y sus altas copas; si la energía de estos dos meteoros se difundiera por el semblante del sol, los notos lo batirán todo y los chaparrones regarán las lejanas besanas.

En algunas ocasiones he aquí que, nada más comenzar a salir el sol o bien cuando el dios hunde sus fuegos, que van decayendo, en el piélago, sus rayos se agrupan formando

una nebulosa (en efecto, el resto de la antorcha de Hiperión centellea y entonces el vigor fulgente de sus cabellos muestra unas luces que se difunden por el universo; también en ese caso unos nubarrones plomizos se amalgaman en un globo negro); otras veces el sol irrumpe en la bóveda celeste cubierto por un denso velo nebuloso, o, al contrario, cuando se precipita desde un cielo despejado, escondiendo su rostro tras una barrera brumosa: según todas estas señales una lluvia copiosa se derramará sobre la tierra. Algunas veces puede verse una nube sutil adelantar al dios; si esta nube se ha levantado rápidamente precediendo al sol, en tanto que el propio sol siguiendo detrás es visto privado de sus rayos, los labrantíos se empaparán bajo intensos aguaceros. Pero si la línea del litoral de la mañana ha ofrecido un Febo más grande de lo acostumbrado y a través del espacio el contorno del disco se ha disipado como languideciendo, y, al ascender a las alturas, el sol aminora después su luminar ignífero, habrá tiempo despejado y tranquilo: pues el aire de la hondonada marina, muy denso, en un primer momento le había ensanchado el disco desmedidamente y luego, elevándose ya a un área del cielo ligera, contrae su luminar, olvidado de su medida exacta. El sol también, cuando el día, humedecido a consecuencia de las tormentas, se presenta desagradable, al declinar con el rostro lívido, asegura un tiempo límpido y tranquilo; en efecto, al restallar las nubes por el espacio despejado, el sol empalidece su rostro, que se debilita como enfermizo; en cambio, una acumulación de nieblas dispersas en una gran extensión, señala que la faz del nítido universo va clareando. Además, al nacer el día conviene aprender a conocer las lluvias que sobrevendrán, cuando veas en los lejanos límites del cielo de poniente desplazarse unos nubarrones de aspecto sombrío como la pez; y cuando los rayos se echan a ambos lados de dichos nubarrones, mientras se

apaga la luz del día con el ocaso, como una noche helada siembre el rocío, habrá precipitaciones. Si Febo oculta sus riendas límpidas y baña en las profundidades de Calpe[341] una luz apacible, pero, en cambio, una nube inflamada lo sigue en tanto se pone, el día y la noche que sobrevendrán, procedentes de la nueva aurora, permanecerán libres de nubes y sombrías galernas. Pero cuando el resplandor de los rayos se debilita apagándose, y, ¡ay!, se despliegan inútiles las crines de Febo en finas agujas, una tempestad fosca aportará nubarrones de aguacero y se verá el cariz del día oscurecido, como cuando la luna empaña su luz, cubriendo por debajo el tiro del carro de su hermano; ella se desplaza más baja que la luz venerable del sol, que va por encima, y, situando en medio el disco de su antorcha, rechaza los rayos que emite la lumbrera flameante del sol[342]. A su vez, cuando Lucifer[343] promueve las salidas matutinas, ¡ojalá no se te presenten unas nubes tintadas de sangre, revolviendo bajas vinosos vellones!, pues al punto se derramará desde el cielo un intenso aguacero.

Si, en tanto que el sol se retrasa entre las aguas centelleantes, sobresalen sus rayos y, además, una sombra muy cerrada cubre tales rayos, ese día no se verá libre de lluvias y viento. Asimismo, habrá igualmente lluvia, si un anillo negro rodea al sol recién salido; en fin, un aguacero más intenso se desplomará desde el cielo, un chaparrón más abundante inundará los suelos, si los anillos difundidos en torno al dios, incapaces de disolverse, conservan entumecidos el cariz de una masa fosca. También con frecuencia una

[341] El poniente (cf. v. 1024).

[342] Descripción de un eclipse de sol.

[343] Lucífero (= «portador de la luz», «que trae la luz»); en griego, Fósforo o Heósforo. Es el mismo que Héspero *(Vesper*, en latín), el Lucero Vespertino o de la Tarde (cf. v. 1759).

nube herida por Febo enrojece y, encuadrando la silueta del dios, tras recibir su fuego lejano, concibe la figura de un disco luminoso ficticio. En cualquier sector del firmamento en que contemples este meteoro, ten presente que de esa zona sobrevendrán vientos. No obstante, estos datos, repito, todos estos datos sin embargo, siempre revelarán mejor el porvenir si se dan al ponerse el día.

Previsiones que pueden obtenerse del Pesebre

Conviene aquí observar también al pequeño Pesebre[344]. Tal es el nombre que la sabia Grecia ha dado a la nebulosa que evoluciona en las alturas frente a Cáncer. A su lado, en fin, contempla a los dos Asnillos: uno de ellos abrasa las estrellas próximas al septentrión, el otro mira a lo lejos al templado austro. En medio se aglomera una concentración a modo de nube: es lo que se llama el Pesebre. Si este Pesebre se retira de repente lejos de la vista, mientras arde adecuadamente el rojo del fuego en los Asnillos etéreos, las galernas que azotarán las aguas no serán nada ligeras. Pero si estas dos estrellas mantienen un resplandor parecido y el Pesebre presenta un cariz sombrío, se precipitará entonces desde nubes altas un aguacero muy suave y la tierra se empapará enseguida de un escaso rocío. Y si hacia la zona del feroz bóreas una estrella, como privada de su fulgor regular, parece debilitarse en un fuego mortecino y en lontananza la crin del segundo Asnillo arde intensamente, al instante se levantará el austro desde los valles de los etíopes[345]. En cambio, si en dirección al noto una es-

[344] Así se conoce, junto con el nombre de «Asnos» o «Asnillos», el cúmulo abierto M-44 de Cáncer, un grupo de más de trescientas estrellas entre magnitud 6 y 12 (cf. vv. 379 ss.).

[345] Es decir, desde el Sur.

trella va apagando su luz, entonces el recio aquilón ululará desde los confines rifeos[346].

Previsiones obtenibles del mundo terrestre: señales de viento

A menudo toma también de fuentes terrestres datos fiables sobre las tormentas. Pues, cuando en las planicies marinas se ha desencadenado una extensa marejada, cuando los recovecos de la costa resuenan por sí mismos a lo lejos, sin que el oleaje azulado los bata, o cuando la cima de unos altos montes retumba por sí misma en el aire, todo esto significará que se aproximan vientos.

Y cuando la pequeña fúlica[347] se echa a los labrantíos en vuelo presuroso, abandonando las aguas, y repite largos lamentos a graznidos, da a entender que pronto las aguas se rizarán de blanco bajo vientos furiosos. Al cabo, cuando por el cielo se extiende un tiempo límpido y tranquilo, si desde lo alto están a punto de precipitarse vendavales, entonces, enseguida el voraz estornino[348] vuelve su pecho tornasolado contra esos vientos, para que el embate descargue de frente sobre las plumas de su grácil cuerpo y no dejar desguarnecido el lomo, a merced del euro. Podrás ver también muy frecuentemente al ánade de anchas patas alejarse del mar y extenderse la niebla en lo alto de un picacho, y ya a ras de las aguas revolotear la pelusilla de las flores[349], estallar a lo lejos las cabelleras de las estrellas[350], verlas caer desde las

[346] Desde el norte, simbolizado por los montes Rifeos (cf. *Des*. 451).

[347] Arato (cf. *Fen*. 913) se refiere al airón o garza real.

[348] El texto original de Arato (cf. *Fen*. 916) se refiere a los petreles, no al estornino.

[349] Esto es, la pelusa blanca que desprenden algunas plantas al marchitarse y hacerse «viejas», como la vellosilla o el cardo (cf. Arato, *Fen*. 921).

[350] Las estrellas fugaces.

alturas del espacio sobre la tierra, derramar sus crines de llamas centelleantes y arrastrar por detrás largos regueros; también por la orientación previene la experiencia que pronto se presentarán vientos.

Y si por doquier brincan fuegos en lugares diferentes del firmamento, barrerá el piélago un tropel de borrascas sin límite ni medida, si desde los aledaños del bronco euro, si desde el área del noto, si desde la región del suave favonio o desde el cielo bistonio[351], restallan relámpagos allá lejos en el firmamento.

Señales de lluvia

Si vellones de nubes[352] se arremolinan por el cielo, si la iridiscente Iris[353] desciende a tierra formando un arco doble, si un anillo oscuro parece contornear una estrella blanca, si por la superficie de las aguas alborotan las aves, si una y otra vez sumergen el pecho en las profundidades del abismo marino, si la golondrina se precipita con frecuencia trinando sobre las aguas a los primeros destellos del alba, si las ranas reiteran su viejo lamento por los estanques, si los autillos emiten arpegios melodiosos por la mañana, si la dañina corneja hunde la cabeza en aguas profundas, bañando el lomo en el río, si se ensaña en roncos graznidos, un abundantísimo aguacero se derramará desde las nubes, una vez que hayan reventado. Habrá también precipitaciones cuando la ternera aspira el aire por las narices y la totalidad del suelo en un amplio sector se empapará de lluvias cuando la industriosa hormi-

[351] Es decir, septentrional, porque Bistonia, o Tracia, se hallaba al nordeste de Grecia, y simbolizaba el Norte en general (cf. *Des*. 756).

[352] Los cirros (nubes altas, formadas a base de cristales de hielo, blancas con un brillo sedoso, como cabellos) anuncian lluvias.

[353] Hija de Taumante y Electra, era hermana de las Harpías

ga, abandonando su madriguera habitual, saca los huevos de los escondrijos de sus guaridas (sin duda un tiempo desapacible, un día gélido y un ambiente frío relegan el calor a las profundas entrañas de la tierra), cuando la pollita se expurga el pecho con su pico ganchudo, cuando en formación cerrada se ve revolotear al grajo formando círculos y cuando los cuervos graznan como con sordina, cuando la estilizada garza real va una y otra vez al agua gañendo repetidamente, cuando las moscas pequeñas clavan sus aguijones y si en las lucernas de barro, que arden por la noche, se aglomeran los hongos, si de las llamas brinca una lenguarada de fuego o si la energía de la luz se va debilitando por sí misma: es conveniente advertir con antelación las precipitaciones inminentes. Para acabar, cuando Vulcano[354] calienta una ancha caldera de bronce, deja escapar chispas mientras las llamas chisporrotean lamiéndolo todo alrededor, si el noto arrastra desde los cielos de Libia[355] nubes empapadas de agua.

Señales de buen tiempo

Pero, si hasta las estribaciones de una montaña se extiende un velo espeso de nieblas, en tanto que las roquedas de los altos picos quedan despejadas, e, igualmente, si por la zona en que las extensas aguas del mar se hallan en reposo, se difunden unos nublados que se van depositando bajos en largos jirones, habrá paz para el cielo, Tetis y la faz de las tierras, y por ningún sector del firmamento se precipitará la lluvia en abundancia.

Ahora bien, cuando bajo la tranquilidad del cielo se despliega una amplia calma, es entonces cuando conviene captar con antelación los indicios de borrasca inminente y, a la

[354] Por metonimia, el fuego.

[355] Desde el Sur, desde África.

inversa, cuando se desatan las impresionantes iras del éter, observa qué señales retornarán la bonanza a la tierra y al mar. Entre las más importantes toma nota del Pesebre, aunque pequeño, al cual el elevado Cáncer hace girar en lo alto del cielo; él, cuando el aire condensado comienza a aligerarse, se sacude la ancha masa del velo que tiene puesto encima, ya que se extiende próximo a las rachas del aquilón, que difunde serenidad y queda limpio al primer soplo de viento. Entonces, a su hora, la lechuza entona el canto modulado; entonces la longeva corneja provoca el eco de la tarde; entonces los cuervos graznan y animándose a graznidos de su ronca garganta, reclaman a los numerosos escuadrones de sus congéneres, entonces contentos se retiran a una hacia sus bien conocidas guaridas, entonces aplauden golpeando sus cuerpos con las alas; entonces también podrás contemplar a las grullas estrimonias[356] revolotear de repente en círculo a cielo abierto, cuando la época más apacible del año haya disipado por el cielo los aires de tormenta.

Señales de tormenta

Asimismo, en el momento en que la luz de todas estrellas se debilita por sí misma y los nubarrones no han desplegado en torno densos jirones que llegaran a sofocar su resplandor, situándose frente a sus ardientes llamas, ni la calígine anula los fuegos de su centelleante luminar, ni la luna llena embota esos astros sagrados con su disco completo, sino que, antes bien, la luminosidad de las estrellas se debilita por sí misma, es conveniente advertir de antemano la dureza de las tormentas invernales. Si ves que los nubarrones se detienen en el cielo, que estos nu-

[356] Del Estrimón, río de Tracia, a la que servía de frontera con Macedonia; hoy el Struma.

barrones pasan y se rebasan unos a otros; si la oca se ceba con mucha avidez en el césped medio comido; si te canta la corneja de noche, si, al reaparecer Héspero[357] en el espacio, el grajo insiste en su canto sin parar; si el pinzón hace resonar su canto desde la mañana; si las aves rehúyen apresuradamente las aguas turbulentas de Nereo; si el reyezuelo, hostil a los himeneos coronados de flores, se dirige a las partes bajas de la tierra; si, por último, el pequeño petirrojo penetra tembloroso en las oquedades de una roqueda pedregosa; si las abejas cecropias[358] se limitan al pasto cercano, frente a su propio cuartel y liban entristecidas las primicias de las flores próximas; si las grullas tracias se muestran turbadas espontáneamente al aire libre y no se entregan al espacio con sus alas audaces, sino que describen con frecuencia largos vuelos sobre nosotros; si la araña suelta sus telas; si el austro dispersa por todo el aire la urdimbre de tales telas, enseguida tempestades y nubarrones sombríos se ponen en marcha.

¿Y para qué voy a cantar meteoros de más envergadura? Fíjate en la ceniza, la simple ceniza: cuando se apelmaza de pronto, es que la nieve viste las tierras cubriéndolas con su blanco manto. La nieve cubre la tierra cuando la capa superior de los carbones incandescentes se enrojece luminosa y en su núcleo interno unas gasas reducidas de humo denso se desplazan errantes y, en pleno núcleo del fuego, el pábulo se va apagando por completo. Cuando el acebo se reviste de flores en exceso, revela la pronta llegada de los austros lluviosos: pues la naturaleza de su dura madera tiene deficiencia de savia y cuando sus ramas se cargan de una nueva floración y de bellotas, indica por sí mismo que los elementos

[357] O Véspero, el Lucero de la Tarde (cf. n. 343).

[358] O áticas, del Himeto, monte ateniense famoso por la calidad de su miel (cf. v. 66).

que la nutren, procedentes de la humedad celeste, actúan ocultamente. Incluso el lentisco amargo es también una señal de lluvia. Por tres veces da fruto este árbol y otras tantas nutre maternalmente la nueva frutación y al resplandecer con el adorno de estas tres floraciones, descubre tres períodos para la labranza. La flor cilíndrica de la escila, que se abre por tres veces, se alza señalando por otras tres veces que ha llegado la hora de labrar el suelo.

Y así también si ves revolotear los roncos escuadrones de zánganos al aire libre hacia finales del otoño, tan pronto como su salida vespertina pone en movimiento desde el mar a las Pléyades, podrás afirmar que amenaza tormenta. Si unas cerdas perezosas, si la diligente productora de lana, si la cabra que vaga por la maleza de los bosques se afana en volver al amor (sin duda la humedad del aire les provoca este deseo íntimo, removiendo sus entrañas), podrás prever no sólo la llegada al punto de tempestades, sino también sombríos nubarrones. Además, se alegrará el labrador que removiera el suelo en los meses adecuados del año, coincidiendo con la primera bandada de grullas; se alegrará también el labrador rezagado ante el contingente de las retrasadas, si en virtud de alguna ley de los dioses la lluvia es su compañera. Por último, si el ganado productor de lana escarba la tierra, mientras tiende la cabeza hacia la Osa, tan pronto como su húmedo ocaso oculta a las Pléyades en la superficie marmórea del turbulento mar, cuando el otoño fructífero se retira hacia los fríos del solsticio de invierno, se precipitará desde el cielo un aguacero repentino. ¡Pero ojalá que el ganado no escarbe la corteza de las tierras haciendo hoyos desordenados! Si abrieran extensas fisuras en las entrañas de la tierra, se presentará en todo el cielo la violencia impresionante de las tormentas, la nieve cubrirá todos los campos, la nieve dañará las hierbas tiernas, la nieve quemará las espigas.

Señales de sequía

Pero si sucede que centellean abundantes cometas, un aire muy reseco abrasará las mieses debilitadas. Pues las emanaciones que brotan espontáneamente del suelo según leyes de la naturaleza, si les falta la humedad adecuada, son secas, e irguiéndose por el espacio, se inflaman al contacto con las llamas de la capa superior de la atmósfera; impelidas por el calor del cosmos hacen saltar estrellas y se enrojecen con una crin densa.

Observa asimismo lo siguiente: si desde el vasto mar numerosos escuadrones de aves apresuran el vuelo para acercarse en grupo a tierra firme, se desatará un estío estéril y los campos arderán sedientos. Pues en las zonas en que el mar baña la tierra en derredor, un aire muy seco abrasa las venas profundas de la árida corteza terrestre y la tierra así ceñida por el mar salado percibe más rápido el calor: por ello se produce la inmediata escapada de las aves hacia tierra firme; en viéndolas, el labriego teme al estío y llora ya amargamente por sus gavillas de paja seca. Pero, si aparecen en grupos comedidos procedentes del mar y no trastornan la totalidad de la bóveda celeste con su vuelo trepidante, los sufridos pastores se llevan una alegría: presienten que habrá lluvias moderadas. De esta manera, los hombres nos vemos abocados siempre a deseos contradictorios y por afán de ganancia personal imprecamos el perjuicio para el prójimo[359].

[359] Avieno, de nuevo, carga más las tintas moralizantes que ARATO (cf. *Fen.* 1101 s.).

Señales de destemplanza

Pero para cada cual la misma sabiduría de la naturaleza y la fecundidad ordenada del universo[360] han grabado en las ocupaciones de cada uno señales seguras sobre el porvenir. Pues, en efecto, si la oveja pace la hierba con avidez, sin saciarse de pasto y arrasando zonas muy amplias de los campos, dará a su pastor indicios de frío lluvioso; y si el carnero, brincando sin parar, busca ansioso hierbas o los cabritos dan saltos o bien si desean pegarse al rebaño constantemente, sin apartarse nunca de sus madres, y si degustan los pastos sin límite ni medida, cuando el atardecer los obliga a recogerse en sus seguros apriscos, indicarán que se aproximan precipitaciones. De sus bueyes el labrador obtiene igualmente señales de negra borrasca, si por casualidad los ve lamerse las patas delanteras o bien recostarse sobre el hombro derecho o si inundan las auras de prolongados mugidos, cuando al atardecer dejan los pastos a regañadientes. La cabra proporciona, a su vez, señales de perturbaciones en el cielo, cuando apetece con ansia las espinas del acebo negro. Esto mismo lo muestra la cerda embadurnada de cieno, si se revuelca excesivamente en la porquería de la charca.

Cuando el propio lobo de Marte[361] vaga por los aledaños de las granjas y ronda los parajes habitados por el hombre, buscando por instinto lecho y hogar, previene sobre la aparición de nubarrones en un cielo enrarecido. Para acabar, cuando los ratones pequeños lanzan chillidos agudos, cuando se los ve por casualidad brincar en el suelo o juguetear, te brindan esas mismas previsiones; el perro también presiente lo mismo, según los entendidos, al escarbar la tierra.

[360] Es decir, la providencia.

[361] Porque el lobo, o loba, estaban consagrados a Marte.

No obstante, estas previsiones, todas estas realidades sin embargo, te enseñarán que las precipitaciones van a llegar pronto o bien recién salido el sol, o bien cuando brille la luz de su última carrera, o cuando se haya producido su tercera salida tras la rotación del firmamento.

Últimas observaciones. Conclusión

No tienes que despreciar tales señales, pero, cuando recuerdes bien una, relaciónala siempre con otra; por último, si aparece una tercera señal, podrás predecir el futuro con aplomo. Y procurarás también cotejar hábilmente las indicaciones dadas en los meses pasados: si las previsiones anteriores se han desarrollado de la misma manera, ningún reparo te lleve a titubear en absoluto. Estudia la caída de los astros, la salida de los astros, si una estrella ha manifestado a través del espacio circunstancias semejantes. Así, partícipe de esta venerable sabiduría, puedes explicar el último crepúsculo del mes ya pasado e igualmente los comienzos del que empieza: los límites extremos de dos meses permanecen ocultos en la oscuridad, pues abarcan un período de ocho días sin saber nada de la antorcha lunar[362]. Escudríñalos con aplicación tenaz, y, si por casualidad descubres algo, recuerda reforzarlo inteligentemente con el mayor número posible de previsiones.

---

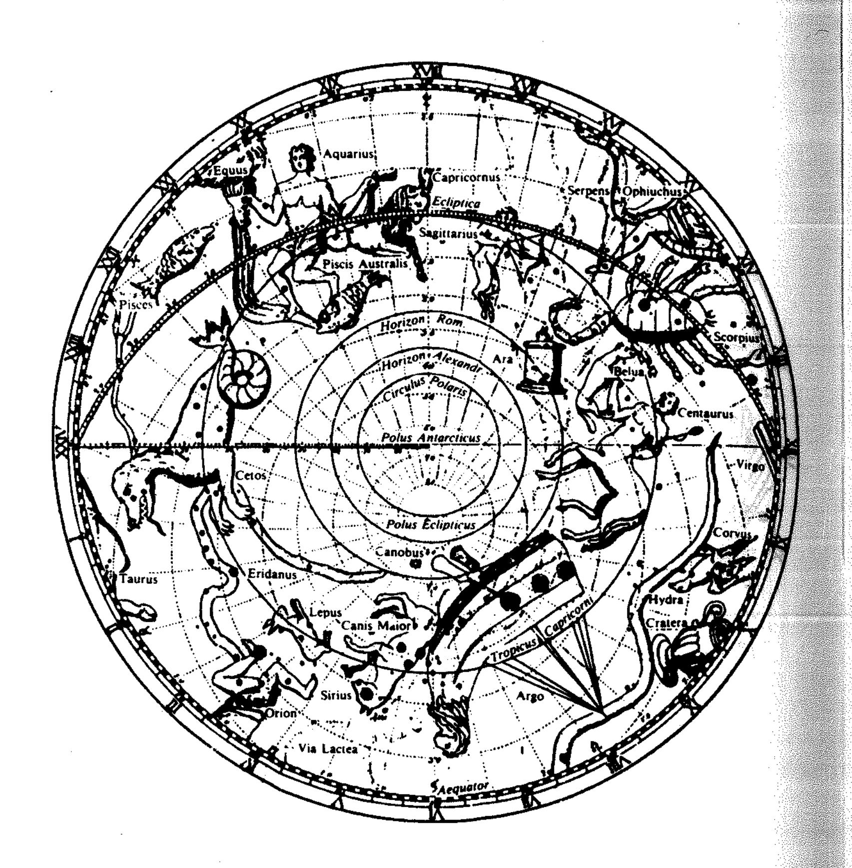
[362] Se trata de meses lunares puros (cf. vv. 1326 ss.).

PLANISFERIO



HEMISPHAERIUM BOREALE

Mapas retocados, tomados de Buhle (Leipzig, 1793-1801), procedentes de la edición de Schaubach de los *Catasterismos* de Eratóstenes.

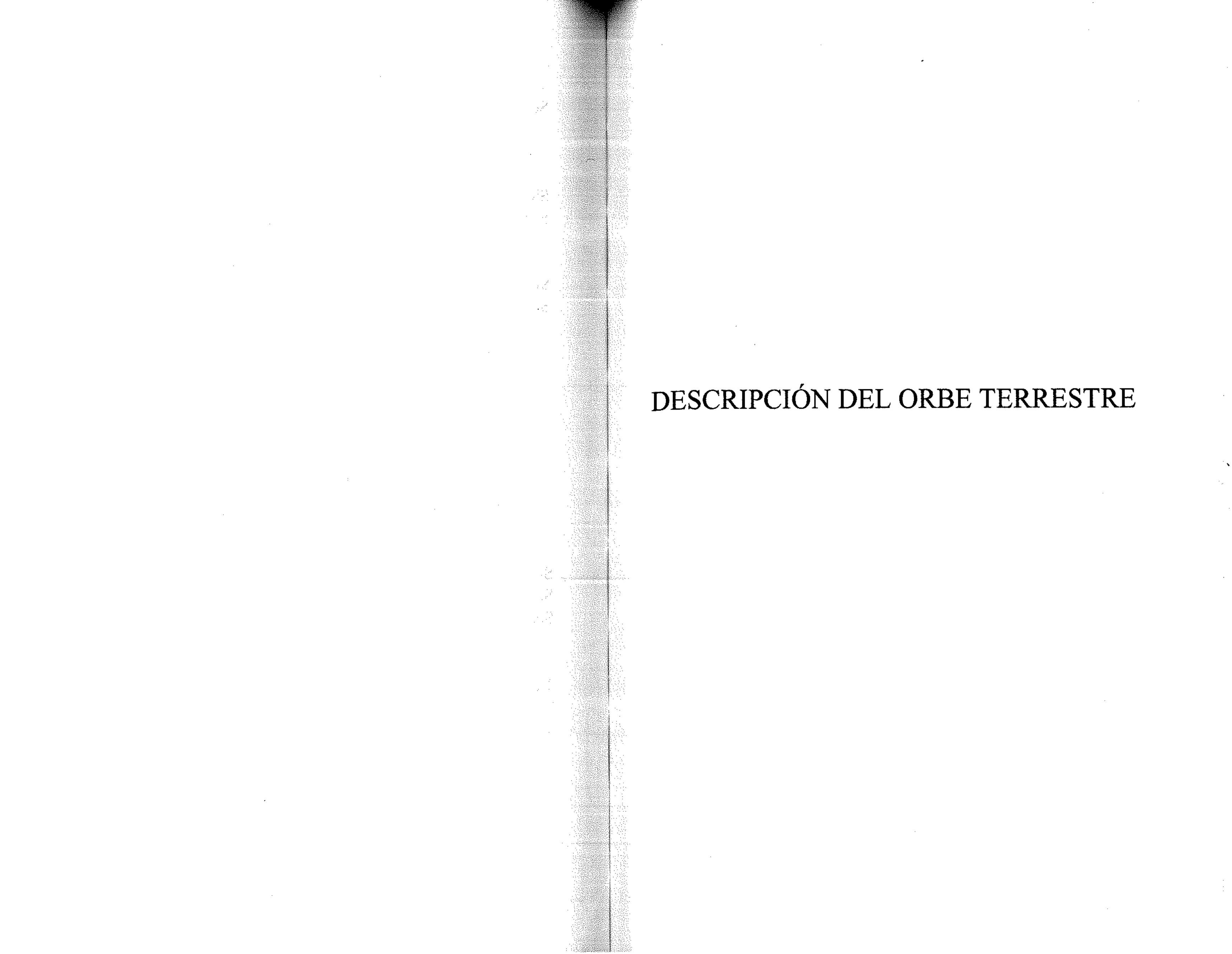


HEMISPHAERIUM AUSTRALE

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

[1] Entre paréntesis se indica la denominación técnica latina de la constelación correspondiente o a la que pertenece la estrella.

[2] Los versos así recogidos indican la referencia indirecta al personaje o lugar referido.



DESCRIPCIÓN DEL ORBE TERRESTRE

INTRODUCCIÓN

1. La *Descripción* de Avieno y sus correspondencias con la de Dionisio de Alejandría

El poema, una traducción de la *Periegesis* de Dionisio de Alejandría[1], llamado después Periegeta, consta de 1.394 hexámetros dactílicos donde se compilan conocimientos geográficos, físicos y políticos, en realidad de tiempo de Dionisio (¿época de Adriano?), pero ampliando un tanto el original[2] —en 206 versos; el griego tiene 1.185 hexámetros, por lo que podría decirse que mantiene unos límites comedidos—. De hecho, frente a su actitud, más libre, en los *Fenómenos,* en la *Descripción* parece que su traducción pretende ser más exacta —tal vez porque aquí no contaba con otras versiones latinas anteriores; Prisciano lo traduciría después—. Como en el caso de los *Fenómenos* de Arato, estableceremos las correspondencias entre la *Descripción* de

[1] Con un estilo pseudo-épico, su *Descripción geográfica* del mundo conocido añadía pocos de los descubrimientos que habían tenido lugar tras Eratóstenes. Otras obras suyas estaban dedicadas a las leyendas de Dioniso, los pájaros o las gemas.

[2] Sobre él, cf. la edición de C. Müller, *Dionysii Orbis Descriptio,* en *Geographi Graeci Minores,* París, 1861.

Avieno y la obra de Dionisio y el esquema permitirá advertir que, como las *Costas,* corresponde perfectamente al estilo de los Periplos, si bien lo sobrepasa: acaba por ser un esquema de geografía descriptiva:

	AVIENO	DIONISIO
I. INTRODUCCIÓN		
Delimitación de la Tierra	1-51	1-26
Los océanos que delimitan la Tierra	52-74	27-42
Mares que penetran en la Tierra: Interno, Caspio, Arábigo, Pérsico	75-92a	43-57
Mar Interno (Mediterráneo)	92b-244a	58-164a
Pueblos	244b-254	164b-168
Transición	255-262	169-173
II. DESCRIPCIÓN DE LIBIA: EMPLAZAMIENTO, CONTORNO, LÍMITES, RÍOS Y PUEBLOS	263-393	174-269
III. DESCRIPCIÓN DE EUROPA: PAÍSES, PUEBLOS, RÍOS	394-604	270-446
IV. DESCRIPCIÓN DE LAS ISLAS DEL MEDITERRÁNEO Y DEL ATLÁNTICO	605-816	447-619
V. DESCRIPCIÓN DE ASIA: FORMA, EMPLAZAMIENTO, TAMAÑO	817-1358	620-1153a
VI. MITO DE BACO	1359-1384	1153b-1165
VII. CONCLUSIÓN	1385-1393	1166-1187

2. LA TRADICIÓN GEOGRÁFICA GRIEGA Y ROMANA. REPRESENTACIONES ICONOGRÁFICAS

También para entender mejor la *Descripción* y las *Costas* hay que comprender el carácter de los conocimientos geográficos que había en la Antigüedad y cuando Avieno decidió traducirlas. Como ciencia, la geografía no fue propiamente independiente nunca, pues estuvo ligada, ya desde sus orígenes a la historia, a la astronomía, a la filosofía y hasta a la literatura. La propia palabra —del griego *gê,* «tierra», y *gráphein,* «delinear», mejor que «escribir»—, alude a sus comienzos como un bosquejo o dibujo de la tierra conocida y su relación con la población, lo que los mismos griegos llamaban *oikuménē*. Pretendía un estudio razonado y científico de la Tierra y sus características relacionado con la vida del hombre, esto es, el aspecto de la superficie frente al interior, que pertenecía ya a otra ciencia, la geología[3]. La geografía tan sólo se interesaba por la meteorología, la hidrografía y la oceanografía, la orografía (el estudio, sin profundizar en ello, del relieve terrestre de los macizos montañosos considerados como ejes), la etnografía y antropología, sin desdeñar las referencias botánicas y zoológicas ni los apartados regionales. Su desarrollo, un resumen de siglos de esfuerzos y aportaciones[4], podría dividirse en tres grandes etapas.

[3] La geografía sólo mostraba interés por las minas, volcanes, seísmos, etc., en tanto en cuanto se relacionaran con el hombre (cf. SÉNECA, *Cuestiones Nat.* VI).

[4] Los conceptos y presupuestos geográficos se van deduciendo históricamente de los distintos autores concretos que los van perfilando o definiendo.

Los comienzos de la geografía pre-homérica, o micénica, y homérica se limitaron a conocimientos escasos y centrados en el ámbito griego del Mediterráneo, y estuvieron muy ligados a una formulación a base de leyendas mitológicas del tipo de los viajes de Ulises, el periplo de los Argonautas, etc. En rigor, el motor que pone en marcha la geografía griega, como tal, es el proceso de colonización (entre el 800 y el 600 a. C.), que comenzó hacia el oeste, por el Adriático, la desembocadura del Po y el golfo de Tarento; luego, Sicilia, desde donde saltaron al sur de la Galia —Marsella y un cúmulo de pequeñas factorías—; de aquí, a la costa hispana, donde Emporion (Ampurias) y Rosas serían la cabeza de puente de una helenización de todo el litoral oriental hasta contactar con Tarteso[5]. Una vez en este punto, toparon con los intereses cartagineses y los proyectos griegos de exploración se tornaron entonces hacia las costas y países del Mediterráneo oriental. Importante, por sus repercusiones, es la singladura que hacia el 520 a. C. realizó el cartaginés Himilcón por el Atlántico norte en búsqueda de minerales, estaño en particular; largo viaje tras el cual se establecieron unas rutas comerciales estables con las tierras nórdicas, productoras de estaño, como Avieno recoge[6]. No fue, sin embargo, el único caso de exploración[7]. De esta actividad durante dos siglos se deriva que los capitanes griegos puedan ser considerados como pioneros en el desarrollo geográfico en cuanto que fueron acumulando datos, en principio puramente técnicos, para su seguridad en la mar y su mejor recuerdo: rasgos y marcas de la costa, cabos, ensenadas, desembocaduras de ríos, montañas, etc.; en resumen,

[5] Adonde recaló el samio Coleo (cf. *Fen,* 7, n. 62).
[6] *Costas* 113- 119, 380-386, 406-413.
[7] Cf. Plinio, *Hist. Nat.* VI 197.

toda la línea o perfil de la costa. Una variada serie de datos, ampliada progresivamente con observaciones etnográficas, que acabó por generar unos informes con caracteres ya literarios, pues fueron versificados con intenciones didácticas para su mejor memorización: los *Periplos* o «singladuras en torno (a la costa)», de los que se conservan varios de los muchos que se redactaron: el de Eutímenes, hacia el 530 a. C.; el de Hannón, por Asia y África; el *Periplo del mar Interior* de Escílax de Carianda; el del Pseudo-Escílax, que redactó otro sobre el Mediterráneo y el Ponto Euxino, etc.[8].

La formación de la geografía como ciencia corresponde a los jonios, que la relacionaron con la filosofía. El primero en intentar trazar un mapa de la Tierra habitada, la *oikumén̄ē,* parece haber sido Anaximandro de Mileto, en la primera mitad del s. VI, constituyéndose después en eje de la investigación cómo representar con exactitud el mundo conocido en un mapa o un globo. A Hecateo de Mileto se le considera su fundador (hacia el s. V a. C.), al darle forma literaria con su *Periegesis* sobre Europa y Asia. Fueron los filósofos y científicos jonios los que plantearon el presupuesto de la esfericidad de la tierra[9] —demostrado cuando Aristóteles lo formuló científicamente, junto con el principio de la atracción, el factor que mantenía el equilibrio del cosmos[10]—,

[8] Cf. C. Müller, *Geographi Graeci Minores,* París, 1861. Para otros de éstos y como resumen, cf. Mangas y Plácido, *Avieno, T.H.A.*, pág. 24. Para el género en relación con Avieno, cf. F. J. González Ponce, *Avieno y el Periplo,* Écija, 1995 (donde se traducen, además, los versos 80-713 de la *Ora);* y A. Baboa Salgado, «R. Festo Avieno y su *Ora Maritima*: consideraciones acerca de un sujeto y un objeto», *Gallaecia* 13 (1992), 369-398; en este estudio, junto al tema de la forma literaria del periplo, se apuntan los distintos registros (natural, divino y humano) de la *Ora.*
[9] Los presocráticos y los pitagóricos, y también Platón, lo debatieron (cf. *Fen.* 3, n. 14).
[10] Cf. *Sobre el cielo* II 4, 5; 8, 6; 14, etc...; y *Metereológicos* II 7, 8.

que antes se consideraba como un disco o placa que flotaba en el agua, totalmente rodeada por el océano y habitada de manera proporcionada —esta es su primera representación, de origen pre-indoeuropeo—; se creó así la geografía física. A mediados del s. v a. C. Heródoto, aunque desde el punto de vista de un historiador, revisó toda la geografía jonia, clasificando la *oikuméne* en continentes y regiones: su concepción geográfica es la descripción de zonas espaciales combinadas con observaciones etnográficas. Para él un geógrafo no sólo tiene que reseñar itinerarios, sino también describir poblamientos, características del clima, etc. —el espacio físico relacionado con el hombre—. El último representante de esta geografía jonia fue otro historiador, Éforo, que, en la segunda mitad del s. IV a. C., le reservó los libros IV y V de su *Historia*. El ya citado Eudoxo de Cnido planteó la relación entre la astronomía y la geometría-cartografía, componiendo una *Descripción de la Tierra*.

La época helenística supuso la segunda etapa. Piteas redactó una *Descripción de la Tierra* o *Sobre el Océano*, después de una exploración que, hacia el 330, realizó desde Gibraltar hacia el norte (Irlanda, Gran Bretaña, etc.), con un cúmulo de datos e informaciones de importancia. Tras las campañas de Alejandro los griegos comenzaron a internarse por África y Asia. Con Dicearco, a fines del s. IV a. C., cobró cuerpo la geografía de base matemática: su *Descripción de la Tierra*, que revisó la cartografía conocida, calculó la medición del globo terrestre a partir de métodos astronómicos y geométricos. Eratóstenes en sus perdidas obras [11], conocidas por medio de Estrabón, a pesar de sus cálculos astronómicos para determinar la latitud, chocó, como todos, con el problema de las longitudes. Pero fue el que dio al

[11] Cf. *Fen.* 3.

término geografía, antes reservado para los proyectos cartográficos, el sentido actual de la palabra.

La tercera y última fase vendría representada por la geografía descriptiva o corografía, merced a la ampliación de conocimientos sobre Occidente que supuso la expansión romana, junto con nuevos contactos con la India y el lejano oriente a través de rutas comerciales. El astrónomo Hiparco redactó una *Memoria contra Eratóstenes,* de la que se conservan tan sólo fragmentos en Estrabón; aportó un rigor científico general, sobre todo en el cálculo de la latitud y longitud; dividió el perímetro terrestre en 360°; determinó el valor del grado de meridiano en 700 estadios, y clasificó las zonas terrestres por la duración de los días, a base de siete climas [12], etc., de manera que podría considerarse el eslabón más importante en la cadena científica. El historiador Polibio (208-126 a. C.), que, acompañando a Escipión Emiliano, recorrió Italia, Galia, la costa africana e *Hispania,* incluyó todas sus detalladas observaciones geográficas sobre ella en su *Historia* (libro XXXIV). Recogió, también, las mediciones de las costas del Mediterráneo [13] y recopiló todos los datos concretos que pudo sobre cada zona. Asimismo fue importante para España Artemidoro de Éfeso (hacia el 100 a. C.), que recorrió la Península, desde Gades al cabo de San Vicente, el norte de África y otras zonas del *Mare Nostrum*. Quiso renunciar a las graduaciones astronómicas para fijarse sólo en mediciones itinerarias, con datos etnográficos y descriptivos de ciudades y costas, y datos de navegantes, continuando el género literario de los Periplos, para enlazar con la geografía romana. Posidonio (hacia 135-50 a. C.), que visitó también España (Gades), Galia e Italia, compuso

[12] Cf. Estrabón, II 5, 34 ss., y Plinio, *Hist. Nat.* VI 39.
[13] Cf. Plinio, *Hist. Nat.* VI 206.

una *Continuación a Polibio* y un *Sobre el Océano,* conservados sólo fragmentariamente en Estrabón. Llevó a cabo una medición de la Tierra; elaboró una teoría de las mareas, y estudió los movimientos sísmicos y los volcanes —por lo que se le considera el fundador de la vulcanología—. Pero, en particular, se dedicó al estudio de la red hidrográfica, del sistema montañoso y del perfil costero de España. Consideraba la red viaria como un eje vital que correlacionaba y vertebraba ciudades y poblaciones: describió la ruta de Italia a Gades —la antigua Vía Domicia, luego reparada y rebautizada como Vía Augusta—, y observó que toda estructura de civilización podía ser alterada mediante la acción bélica. Del también citado Ptolomeo cabría destacar su cálculo de latitudes [14].

En cuanto al período romano, su tendencia práctica, ya observada a propósito de la astronomía, con el interés económico y militar que llevó a la exploración minuciosa de amplias regiones de Europa, Asia y África, hasta el Océano Índico, se manifestó en la geografía por su inclinación a inventariar y redactar listas, más que a componer tratados o estudios científicos. Es significativo que siga siendo un griego, Estrabón (64 a. C.-23 d. C.), el mejor notario de la realidad de su tiempo: viajero por varios países y zonas del Mediterráneo, en su monumental *Geografía* pasó revista al mundo conocido y aportó una definición de la geografía conforme a los postulados modernos. En el libro dedicado a Hispania (III), recogió una documentación que correspondía a épocas distintas, anteriores a la suya, como la de Posidonio. Entre los innumerables autores de menor importancia,

[14] Sobre él, cf. *Fen.* 3; y F. Gisinger, «Geographie», *RE,* Suppl. IV, cols. 521-685; A. Rainaud, «Geographia», *Dictionnaire des Antiquités...,* págs. 1520-1542.

habría que citar al ilustrado y romanizado Juba II de Mauritania, protegido de Augusto —al que Avieno recuerda en sus *Costas* (vv. 275-283a)—, autor de unas *Arábigas* sobre la costa del Mar de Omán, el golfo Pérsico, Arabia, Mar Rojo, etc.; y unas *Líbicas,* sobre su propio país. Hubo, además, obras anónimas, como el *Periplo del mar Eritreo,* básico para la reconstrucción de las relaciones comerciales.

Pero, aunque la aportación romana fue, sobre todo, cartográfica, hay que contar con geógrafos como Pomponio Mela, español de época de Claudio (41-54 d. C.), que redactó en tres libros una *Corografía,* o geografía descriptiva, a partir de la información de otros autores, más que de su propia investigación *in situ,* logrando, sin embargo, un excelente resumen —hoy diríamos «un buen manual»—. Plinio el Viejo, ya consignado por su interés astronómico, dedicó también una parte de su *Historia Natural* a estos estudios (libros I y III-VI), compilando en el tercero toda la información sobre Hispania. Séneca, en sus ya mencionadas *Cuestiones Naturales,* recogió observaciones geográficas relevantes: «Sobre las aguas» (en el libro III); «Sobre el Nilo» (en el IVa); «Sobre el viento» (en el IVb) y «Sobre el terremoto» (en el VI). También merece ser citado, como buen representante de una geografía que dependía de la historia, Tácito (55-120 d. C.), que en la *Germania* y el *Agrícola,* redactados hacia el 98 a. C., recoge información geográfica valiosa sobre Germania y Britania. A partir del s. III, con una crisis generalizada en todo el Imperio, sin lugar ya para los estudios geográficos, ni, en realidad, para ninguna otra ciencia, aunque fuera aplicada, se recurre a compilaciones y guías itinerarias, de ciudades y distancias. En este contexto hay que situar a Avieno y a Prisciano (s. IV), destacados traductores —más que autores—, cuya obra, curiosamente, se conservó, en tanto que muchas otras, sin duda de mayor im-

portancia, se perdieron o conservaron sólo en fragmentos recogidos por otros autores.

Un último aspecto ligado al mismo comienzo de la geografía es la confección de mapas. Las descripciones de la Tierra anteriores al s. IV a. C. debían llevar adjunto siempre un mapamundi, que, aunque imperfectos, contenían elementos correctos en su diseño. El método de trazado fue geométrico y puede señalarse a Anaximandro de Mileto (s. VI a. C.) como el primero en realizar uno; luego sería corregido por Hecateo de Mileto, Demócrito de Abdera y Eudoxo de Cnido. También debieron construirse globos terrestres, de mayor dificultad; de hecho, no se cita al primer fabricante sino hasta el s. II a. C.: Crates de Malos.

Fue mérito de Eratóstenes realizar un ensayo de proyección científica —la llamada «escenográfica»—, a base de representar la Tierra como si se contemplase a una distancia determinada sobre la línea de intersección de los paralelos y del meridiano medio; y la trazada sobre el paralelo medio de Rodas, con longitudes contadas desde el meridiano de Alejandría[15], la «plana», se consideró modélica —luego la técnica fue perfeccionada por Hiparco con las proyecciones orto- y estereográfica—. La confección de mapas fue aumentando hasta el punto de que en los pórticos de algunas ciudades se ofrecían a la vista de los ciudadanos al modo de grandes murales. Así, ya entrada la República, en que las compilaciones de itinerarios eran necesarias para el mantenimiento y control de la administración provincial, por razones militares, fiscales, o de puro recreo, César tuvo la intención —y lo llevó a cabo Augusto—, de realizar un estudio estadístico general de todas las provincias, conocido como *Breviarium Imperii,* para lo que se necesitaba una gigantesca obra de medición de todo el Imperio; ejecutada por cuatro especialistas, en unos veinte años de trabajo, con sus conclusiones se redactó un informe, los *Comentarios de Agripa,* y se trazó un mapa de gran formato que, acabado hacia el 7 d. C. y expuesto en un pórtico de Roma[16], ejercería gran influencia. Estos mapas generales y particulares, que suponían una iconografía de gran impacto propagandístico, fueron muy corrientes entre los romanos como muestran Propercio[17], Vitrubio (VIII 2) —que diferenciaba los mapas en sí *(picta,* «pintados») y la explicación *(scripta,* «escritos»)—, Varrón[18] y Plinio el Viejo (XII 8). Por su fragilidad no se conserva ninguno; sí quedan, en cambio, algunos itinerarios, como los llamados *Vasos de Vicarello* —una lista de paradas o posadas, las antiguas *mansiones* romanas, grabada en unos vasos votivos a Apolo, que recogía la vía de Gades a Roma, la primitiva vía Domicia, a la que ya nos referimos—, el *Itinerario de Antonino* y la *Tabla de Peutinger*[19].

[15] Cf. ESTRABÓN, II 15, 10 y 16.

3. EDICIONES

Todas las ediciones de la *Descripción* posteriores a la *princeps*[20] quedaron superadas definitivamente por la de P.

[16] Cf. PLINIO, III 3, y DIÓN CASIO, LV 8.

[17] *Elegías* IV 3, 37.

[18] *Sobre la agric.* I 2.

[19] Para no alargarnos con las referencias de todos estos datos, remitimos a los interesados a las obras de KUBITSCHEK, RAINAUD, FORBES, CHEVALLIER, ROLDÁN HERVÁS, PÉDECH, y ANDRÉ-BASLEZ, citadas en la bibliografía.

[20] El lector castellano dispone de la relación en la Introducción de MANGAS-PLÁCIDO, *Avieno, T.H.A.*, págs. 29-30.

Van de Woestijne, *La «Descriptio orbis Terrae» d'Aviénus*, Édition critique, Brujas, 1961; en ella nos hemos basado para la traducción, como ya hemos indicado en la Introducción General.

4. Selección bibliográfica[21]

P. Alzola y Minondo, *Historia de las obras públicas en España*, Madrid, 1979.

J. M. André, M. F. Baslez, *Voyager dans l'Antiquité*, París, 1993.

J. Calderón Felices, «Lengua de los dioses/lengua de los hombres», *Faventia*, 4/1 (1982), págs. 5-33.

J. Caro Baroja, *Estudios sobre la España antigua*, Cuadernos de la Fund. Pastor, núm. 17, Madrid, 1971.

R. Chevallier, *Les voies romaines*, París, 1972.

R. J. Forbes, *Studies in Ancient Technology*, vol. II, Leiden, 1965, págs. 131-192.

F. Gisinger, «Geographie», *RE*, Suppl. IV, cols. 521-685.

E. Kosten, *De Avieno Dionysii interprete*, Bonn, 1888.

W. Kubitschek, «Karten», *RE* X 2, cols. 2022-2149.

F. Rico, *Figuras con paisaje*, Barcelona, 1994.

P. Pédech, *La géographie des grecs*, París, 1976.

M. Rachet, *Rome et les Berbères. Un problème militaire d'Auguste à Dioclétien*, Bruselas, 1970.

A. Rainaud, «Geographia», *Dictionnaire des antiquités grecques et romaines*, Ch. Daremberg-E. Saglio (ed.), París, 1896 (reproducción, Graz, 1969), págs. 1520-1542.

J. M. Roldán Hervás, *Itineraria hispana*, Valladolid, 1975.

[21] Para una bibliografía extensa sobre la geografía de *Hispania* e *Iberia*, sus ciudades y pobladores, y el mundo antiguo en general, cf. Mangas-Plácido, *Avieno, T.H.A.*, págs. 347-392.

C. Santini, «Il prologo della *Descriptio* di R. Festo Avieno», en C. Santini, N. Scivoletto (eds.), *Prefazioni, prologhi, proemi di opere tecnico-scientifiche latini*, Roma,1992, págs. 949-955.

A. Tovar, *Iberische Landeskunde: Die Völker und die Städte des antiken Hispanien*. Band I: *Baetica*, Baden-Baden, 1974; Band 2: *Lusitanien*, Baden-Baden, 1976.

—, *Las tribus y las ciudades de la antigua Hispania*. Tomo 3: *Tarraconensis*, Baden-Baden, 1989.

—, «Consideraciones sobre geografía e historia de la España antigua», en *Estudios sobre la España antigua*, Cuadernos de la Fund. Pastor, núm. 17, Madrid, 1971.

P. Van de Woestijne, «Notes critiques sur la *Descriptio Orbis Terrae* d'Avienus», *L'Antiquité Classique* 23 (1954), págs. 29-46.

—, *«Vindiciae Avienianae»*, *L'Antiquité Classique*, 24 (1955), págs. 127-131.

—, «*L'Ambrosianus* de la *Descriptio Orbis Terrae* d'Aviénus», *L'Antiquité Classique* 27 (1958), págs. 375-382.

DESCRIPCIÓN DEL ORBE TERRESTRE

Las grandes divisorias[1] que se encuentran a lo largo y ancho de la Tierra, los cursos que siguen los ríos corriendo turbulentos y rápidos por medio de las tierras, los parajes en que se asientan ciudadelas ilustres de vetustas murallas, las lejanías en las que habita todo tipo de seres humanos[2]: tal es lo que mi pluma diligente esbozará con palabras aonias[3]. Arduo objetivo, Musas[4]. Pero he aquí que un dios, el dios Apolo, se apodera de nuestro ser, mientras agita el santuario de la profética Cirra[5].

[1] La clasificación y distribución en continentes y, posteriormente, países.

[2] Pueblos y razas.

[3] Equivale a decir «en verso», «en canto inspirado por las Musas» (cf. *infra),* llamadas «Aónides» porque un grupo de ellas habitaba en el Helicón, monte que se adentraba en Beocia.

[4] Nueve hermanas, consideradas en general hijas de Zeus y Mnemósine (la «Memoria»), cantoras, que simbolizaban el primado de la música en el conjunto del universo y patrocinaban cualquier forma de creación espiritual.

[5] La ciudad «Áurea», con un templo consagrado a Apolo (cf. *Fenómenos* 76).

Piérides[6], acudid prestas desde todo el Helicón[7] y que vuestro coro concuerde con Febo[8]; en primer término recordadme, Camenas[9], al Océano[10], que va a auspiciar mi poema, ya que la totalidad de la Tierra se halla ceñida por las aguas saladas del océano, al modo de una isla menuda que asoma la cabeza por sobre el mar azulado, pero, con todo, los bordes de la periferia terrestre no son redondeados, plenamente circulares, allá por donde habitan los diferentes pueblos, en donde los labrantíos se someten al arado, sino que es más ancha hacia la zona en que el cielo enrojece ante el sol de la mañana (pues se curva presentando unas tierras de campos esquilmados) y en el resto, alargada[11].

El conjunto del mundo ofrece tres delimitaciones: la primera es Libia, luego Europa y Asia[12]. En la llanura Hesperia[13], donde irrumpe con fuerza el mar y se derrama en las ensenadas que se forman en la tierra[14], donde el alto

[6] Grupo de Musas que habitaban cerca del Olimpo, en Tracia o Pieria, al sur de Macedonia (cf. *Fen.* 66).

[7] Monte que recibe nombre de Helicón, hermano de Citerón; se decía que significaba «Montaña Tortuosa», hoy el Zagará (cf. *Fen.* 76).

[8] Epíteto de Apolo, «Resplandeciente», «Brillante», que alude al sol.

[9] Cf. *Fen.* 72.

[10] Hijo de Urano (Cielo) y Gea (Tierra), es una divinidad helénica del primer momento.

[11] Esbozo del objetivo perseguido por la geografía antigua, desde un estadio rudimentario, en que se expresaba recurriendo a versiones mitológicas, hasta consignar, según un desarrollo científico pausado, elementos diversos, interrelacionándolos: etnográficos, antropológicos, hidrográficos, corográficos, etc.

[12] En un primer momento se describe la Tierra como una isla enorme que flota en el agua, no totalmente circular, sino parecida a una «honda».

[13] Mar Hesperio: de poniente u occidental (cf. *Fen.* 80 y *Costas* 398).

[14] Es decir, el Atlántico, que penetra en la cuenca mediterránea por el estrecho Gaditano (Gibraltar; cf. *Costas* 53 ss. y 82 ss.).

Atlas[15] yergue la mole de sus cumbres excelsas, se despliegan las costas de Libia; sus límites son Gades[16] y las siete desembocaduras del lejano Nilo[17] en el vasto abismo marino. Aquí se extiende el país de los farios y gozan de gran renombre los templos de Canopo Pelusíaco[18].

Después se halla el flanco izquierdo de Europa y lejos de ambas se encuentra el bloque de Asia, que, echándose por dos frentes sobre los otros continentes, los atenaza desde arriba y detiene así la escisión del orbe en dos secciones. El río Tanais[19] sirve de frontera a Europa y Asia; este río corre primero procedente de los confines de Sarmacia[20] y, una vez desgajado del caudal del Araxes[21], ya en solitario, hace fluir sus aguas hacia Escitia[22]; lejos de aquí penetra en la Meótida Tetis[23] y al desembocar su corriente empuja las extensas aguas de esta laguna y en todo momento se halla

[15] O Atlante. Sobre los macizos montañosos se gestaron numerosos mitos; por ejemplo, se identificaban con gigantes que sostenían el cielo.

[16] Cádiz fue para la geografía primitiva el punto de referencia más occidental (cf. más adelante, vv. 100 y 610-9).

[17] El Nilo fascinó a los exploradores y geógrafos griegos desde un primer momento.

[18] Canopo, o Canobo, es el héroe mítico que dio nombre a una ciudad isleña situada en el Bajo Egipto hacia la desembocadura occidental del Nilo.

[19] El Don, sobre cuyo nacimiento no se tenía un conocimiento exacto.

[20] Sarmacia abarcaba la zona eslava entre el Vístula y el Don, parte de las actuales Polonia y Rusia (cf. vv. 859-865).

[21] El Araxes más conocido (hubo varios), también llamado Yaxartes, es el río que delimitaba la Sogdiana (Turquestán ruso, con capital en Maracanda, o Samarcanda) de los pueblos nómadas.

[22] Escitia equivalía, de modo impreciso, a toda el área norte por encima del mar Negro (cf. vv. 244-5).

[23] Tetis, una de las Nereidas, hija de Nereo y Dóride, es una divinidad marina que personifica al mar.

helado bajo las rachas del aquilón Ismárico[24]. Sin embargo, hacia la zona en que brama el abismo marino del Helesponto[25] rico en peces, un turbulento mar salado[26] se desvía en sentido oblicuo hacia el cálido sur; y este mar es el límite de tres continentes, hasta llegar a las lejanas riberas del profundo Nilo, donde Tetis hace fluctuar ampliamente sus aguas.

Otros autores clasifican el orbe terrestre a base de fronteras continentales[27]. Una plataforma terrestre[28] que despliega su superficie y se prolonga hasta los confines de Asia, abarcando una inmensa extensión, presenta un flanco que se va estrechando, hasta alcanzar las aguas del Caspio por encima y acercarse al Ponto Euxino[29], de aguas tormentosas. Este flanco es la divisoria que separa Asia de Europa. Una segunda franja terrestre se extiende hacia el sur y forma un arco de tierra entre dos golfos (pues por un lado se agita el golfo Arábigo, por otro agita sus aguas el golfo Egipcio) y separa Asia de tierras libias[30].

---

[24] Viento del Norte, que soplaba desde el Ísmaro, monte de la costa sur de Tracia.

[25] O «mar de Hele», así llamado por el mito de Hele (cf. vv. 691 ss. y nota 273), es el actual estrecho de los Dardanelos (o Gallipoli), que separa Tracia de Asia Menor.

[26] Más que de un mar, se trata de una línea fronteriza trazada desde el Helesponto hasta la desembocadura del Nilo.

[27] Eratóstenes y Pseudo Aristóteles.

[28] La franja terrestre situada entre el Caspio y el Ponto Euxino se consideraba la frontera entre Asia y Europa; Dionisio (*Per.* 20 ss.) habla más técnicamente de «lengua de tierra», «istmo».

[29] Es el mar Negro: un mar peligroso, tanto por la dificultad de sus aguas como por la hostilidad de las poblaciones ribereñas.

[30] La pequeña lengua de tierra que separa el golfo Arábigo (mar Rojo) del «golfo Egipcio» o aguas de jurisdicción egipcia, hoy el canal de Suez.

Así de variados han sido los criterios acerca de las delimitaciones adecuadas que debían adoptarse para el orbe terrestre. Las aguas lo rodean bramando por todas partes y lo ciñe un contingente de mares hostiles. La mar, cuando está enfurecida, presenta siempre el mismo cariz, pero las denominaciones del piélago son legión, según sean las innumerables costas de los distintos países a los que se allega la llanura marina.

Hacia la zona en que soplan las auras suaves del favonio, el mar Hesperio[31] procedente del profundo Océano, penetra en las tierras. Pero, hacia el sector de la bóveda celeste en que aparece la antorcha Licaonia[32] y donde una tierra áspera sustenta a los belicosos arimaspas[33], se encuentran las aguas del extenso mar llamado de Saturno. Aquí las aguas de este salado mar están densas como mármoles; la mar es de natural perezoso y el líquido elemento nunca altera su superficie; de hecho, este abismo marino ha sido denominado por los griegos mar Muerto, bien porque esta salada área se halla inmóvil en sus profundas y adormecidas entrañas, o bien porque esta parte del orbe, al estar privada de sol, se queda helada y sombría. Pues el mortecino calor de Titán apenas alienta sobre estas riberas, a duras penas la luz del día, al romper el alba, las alumbra y el aire se encuentra completamente cubierto por una calina espesa y tenebrosa[34].

En cambio, donde las primeras luces del día surgen en un amanecer resplandeciente y un rubor áureo esmalta en lon-

---

[31] El mar Occidental, es decir, el comienzo del Mediterráneo a partir del estrecho Gaditano.

[32] La constelación de las Osas, el Norte.

[33] O arimaspos, «De un solo ojo», pueblo escita o sármata, situado al norte de Europa.

[34] También llamado «mar de Crono, de Saturno, Muerto, Congelado», etc.; se refiere al océano Ártico y al mar del Norte.

tananza las olas temblorosas, se encuentra el mar Oriental, aguas que llaman océano Índico[35]. Cerca se despliega la superficie del hondo mar Eritreo y se esparce el mar salado de los etíopes[36]. Aquí el noto abrasa el aire, aquí también Febo calcina las campiñas con el jadeante hervor de sus rayos. Se trata de una región estéril y la tierra, en gran parte, es un yermo inhabitable y arenales desérticos se abrasan sin ofrecer suelo aprovechable alguno.

De esta manera el Océano lo abraza todo con sus aguas errantes; así, único e ilimitado, rodea por entero al círculo terrestre y excava innumerables golfos[37] mediante el oleaje que se desliza tierra adentro, procedente de alta mar; de los muchos que hay, sólo cuatro, famosos por su nombre, hienden la superficie terrestre con sus saladas aguas que penetran ampliamente.

El primer golfo en el círculo terrestre genera las llanuras de un ancho mar: el abismo marino Hesperio, el cual, extendiéndose hacia lejanas costas, arrastra sus aguas desde las gargantas de Libia y acaba allá donde Panfilia[38], de tierra feraz, despliega su fértil campiña, y su curvo litoral se cierra en redondo[39]. El segundo golfo es más reducido que el primero, pero más grande que los otros dos. Este golfo extiende sus aguas, que se derraman procedentes del profundo océano Boreal, y con el volumen de sus aguas tormentosas va engrosando el mar Caspio; algunos lo llaman

[35] Aún hoy así llamado.

[36] El mar Eritreo (Rojo, el *mare Rubrum* latino, cf. v. 1054) tomó nombre del mítico rey del sur de Asia Éritras (también Éritro o Eritrio).

[37] El término golfo se entiende a lo largo de todo el poema en sentido muy amplio, prácticamente como sinónimo de mar, frente al significado más extenso de océano (cf. *Costas* 52 ss. y 394).

[38] País costero al sur de Asia Menor, entre Licia y Cilicia (cf. v. 1013).

[39] Este primer golfo que se describe es el Mediterráneo.

mar Hircano[40]. Aquí las costas se abren al mar formando otros dos golfos: esta doble ensenada del mar penetra y excava las tierras del área en que el noto se levanta bajo un cielo cálido; uno de ellos se derrama conformando las amplias aguas del Pérsico[41], vuelto hacia al lejano mar Caspio; y, por último, se extiende el cuarto golfo, el Arábigo[42]: sus agitadas aguas se encrespan abiertamente y contempla a distancia al salado Ponto Euxino.

Te hablaré, de nuevo, de las extensiones de la llanura marina Hesperia. Sus olas lamen la superficie terrestre por donde se extiende el multiforme orbe; pues, o bien se trata de parajes abrazados todo alrededor por aguas azuladas, o bien estas aguas bañan, erosionándolas, las bases de promontorios que se precipitan desde sus altas cumbres al mar, o bien ciñe las murallas derramando en torno sus aguas profundas. Estas comarcas se extienden en dirección al céfiro y las últimas costas del mundo levantan hacia las estrellas unas altas Columnas[43]. Aquí se halla como hito del universo el emplazamiento de Gadir[44], aquí el Atlas alza a lo alto su abrupta silueta, aquí el cielo rota sobre un eje firme, aquí la bóveda celeste se engalana de nubes que se difunden en torno. Justamente por aquel lado, el mar Ibérico[45] penetra en

[40] Los primeros geógrafos griegos consideraban, erróneamente, que el océano Boreal (océano glacial Ártico y el mar del Norte) se comunicaba con el Caspio.

[41] Todavía hoy el golfo Pérsico (cf. vv. 1106-1107; y *Costas* 400).

[42] Actual mar Rojo (cf. vv. 68, 1107 y *Costas* 399).

[43] Como referencia extrema occidental se citaban las Columnas de Hércules, emplazadas por este héroe en recuerdo de uno de sus trabajos (cf. *Costas* 86 ss.).

[44] Se decía que Gadir en fenicio significaba «Ciudadela», «Lugar cercado» o «Fortificado» (cf. v. 610 y *Costas* 267 ss.).

[45] Las aguas de las costas españolas, desde el estrecho de Gibraltar hasta la frontera francesa (Narbona).

las tierras abriendo una brecha, pero, además, allá se encuentra la cabecera y el inicio de Europa y Libia. En medio de tales costas se desparraman y se deslizan las aguas saladas. A ambos lados se yerguen dos escarpados peñones: uno mira hacia Europa y el otro a la lejanía de Libia. Así estos elevados macizos, separados por un estrecho, sobresalen con sus cumbres enhiestas, así estos peñascos penetran en las honduras marinas, así ascienden hasta las nubes, así el cielo se apoya en la cumbre de la mora Ábila y, a su espalda, alza su mole la ibérica Calpe[46].

De este lado voltea el oleaje del mar Gálico[47]; aquí reside una colonia griega asentada en la ciudad de Marsella[48], luego se encrespa el mar Ligur[49] y se extiende el no subyugado reino ítalo; éste es el país de los áusones[50], cuyo linaje procede del supremo Júpiter[51]. En los páramos inhóspitos de este país, en donde se precipitan desde el cielo las ventoleras del feroz bóreas, se halla la capital de los pueblos descendientes de Eneas[52], cuya frontera es la Peña Blanca[53], que se yergue en el litoral cercano al estrecho de la Trina-

[46] Ábila corresponde al Monte de Muza, en África, y Calpe es el peñón de Gibraltar (cf. *Costas* 262 ss., 341-349).

[47] Aguas de las costas francesas, desde la frontera hispana hasta Marsella aproximadamente, llamadas «golfo Gálico».

[48] Sobre Marsella, cf. *Costas* 704 ss.

[49] Mar que baña las costas de Liguria, región del norte de Italia, en la antigua Galia Cisalpina, de límites un poco más amplios que la actual provincia de Liguria, con centro en Génova (cf. *Costas* 628 ss.).

[50] Sobre los áusones, cf. *Fen.* 102, y *Des.* 482 ss.

[51] La filiación del pueblo ausonio es máxima: procede del dios supremo, Júpiter. Hipérbole que figura ya en Dionisio (cf. *Per.* 78).

[52] Es decir, Roma. Influencia (que no se halla en Dionisio) de la *Eneida* de Virgilio, al que Avieno admiraba profundamente.

[53] Leucópetra, promontorio cerca de Reggio-Calabria, hoy Capo dell'Armi.

cria[54]. Siguen igualmente serpenteando las aguas azuladas de este dilatado mar, en cuyo caprichoso oleaje se baña la isla de Cirno[55], que abre al oleaje su amplio litoral rico en ostras; después, la masa acuosa de esta llanura se derrama en torno, ciñendo Cerdeña, y las aguas espumean batidas por el blanco oleaje.

A continuación se hallan las aguas del mar Tirreno[56], hacia donde el húmedo noto doblega al cielo[57]; por donde la luz del oriente emerge nuevamente del mar, fluctúa el oleaje del mar Sículo y este extensísimo abismo marino bate sus aguas curvándose en sentido oblicuo hasta el macizo del rocoso Paquino[58]. Luego, las aguas encrespadas de este muy amplio mar se arrastran hasta Creta. Aquí desciende al mar, en lontananza, un peñón, a menudo enfrentado al profundo oleaje. El piélago avanza hasta las murallas de Gortinia[59] y los alrededores de las fértiles campiñas de Festo[60], que van abajándose hacia el agua. Ese peñasco se extiende precipitándose al mar como si fuera el rostro de un Carnero amenazador, que se encara de frente en actitud agresiva; así pues, tal nombre le asignaron los tiempos pasados[61]. Asimismo, una de las puntas de su afilado litoral se halla orien-

[54] Nombre griego se Sicilia: «La de Tres Promontorios» (cf. 631 ss.).

[55] Cirno es el hijo de Hércules que da nombre mítico a la isla de Creta.

[56] Tirreno, hijo de Atis, había emigrado de Lidia a Italia, dando su nombre a este mar.

[57] Es decir, provoca tormentas; el noto era peligroso para la navegación.

[58] Promontorio al sudeste de Sicilia, orientado hacia Grecia: el actual Capo Passaro.

[59] Ciudad de Creta, hoy en ruinas.

[60] Ciudad cercana a Gortinia.

[61] Llamaban los griegos *Criumetopon* a los cabos, peñas, etc., con aspecto de «Frente o testuz de carnero»; hoy Akra Kriós.

tada hacia Italia y se encuentra barrida por las ventoleras que levanta la aparición del veloz yápige[62].

Desde aquí, por el contrario, las aguas marmóreas del Adriático[63] se derraman hacia el bóreas y desviándose luego un poco hacia el céfiro se abren a mar abierta, volviendo a acometer, desde lo más profundo, con ronco oleaje. Aquí el golfo del mar Jonio[64] se curva siguiendo el trazado de la costa y sus aguas desde alta mar irrumpen con fuerza en la tierra firme de dos regiones distintas; pues, por una parte, este mar se precipita con sus olas azuladas allá donde Iliria[65] despliega sus campos, en la zona continental de la derecha, y la cultiva una raza de hombres rudos, situada por encima de Emacia, en tanto que a la izquierda se halla el territorio de los áusones. Aquí se extiende un país de tierras alargadas y una juventud de pueblos diversos domeña los labrantíos. Las aguas de tres mares resuenan alrededor de esta península, ya que por el lado en que se levantan las rachas del céfiro se halla el Tirreno, de aguas profundas, por donde el noto se alza al espacio, fluctúa el extenso mar Siciliano y, al fin, por donde en lontananza el hermoso euro sopla desde las regiones orientales, se encuentra la salada superficie del mar Jonio. Así es como estas aguas, derramándose en torno, bañan la amplia línea costera del país Ítalo.

[62] Viento que sopla en el sur de Italia, en Apulia y Calabria, con dirección Oeste-Noroeste.

[63] Nombre derivado de Hadria o Adria, que llevaban dos ciudades: una, actual Adria, al sur de Venecia, cerca del mar (de ahí Adriático); y otra en el Piceno (Marcas), hoy Atri, al norte de Pescara.

[64] Recibe el nombre de mar Jonio o Jónico por Ío, sacerdotisa de Hera.

[65] Iliria, a orillas del Adriático, se hallaba aproximadamente por encima de Emacia (una región de Macedonia) y viene a coincidir con Dalmacia (Bosnia-Herzegovina) y Albania.

Después se agita la masa ondulante del hondo mar Siciliano, cuyas aguas azuladas serpean en dirección al noto, hasta que las arenosas Sirtes[66] se yerguen sobre la llanura marina y amenguan el nivel del mar, haciéndolo peligroso para las naves; de hecho, el oleaje de un mar ya cansino se arrastra lánguido por entre ambas Sirtes. Si bien estas aguas principian su corriente arrancando de los montes sicilianos y de las cumbres cretenses, apenas vagan, bajas de nivel, por entre las Sirtes, cubriendo el fondo con un ligero palmo de agua[67].

Por otro lado, a partir del Salmónide Ideo[68], se extiende un mar doble: los marinos llamaron Fario[69] al hondo mar que se orienta hacia los lejanos confines del macizo Casio[70], y, a continuación, fluctúa el extenso oleaje del salado mar Sidonio[71], hasta la zona en que el golfo Ísico[72] se despliega mostrando un desmedido emboque, que es, además, el límite de Nuestro Mar[73], donde se extienden los fértiles y am-

[66] Bancos y bajíos arenosos en plena mar a la altura de Libia, peligrosos para la navegación.

[67] Avieno no traduce aquí con exactitud a Dionisio (*Per.* 109-111).

[68] En Salmónide Ideo se funden dos referencias geográficas de Creta diferentes: el promontorio Salmone y el monte del Ida, de gran tradición mitológica (en él se había criado Júpiter), porque estaban próximos (cf. vv. 675-676).

[69] Por la isla de Faros; equivale a egipcio, las aguas de Alejandría (cf. v. 23).

[70] Hubo varios montes así llamados. Aquí se refiere al que se hallaba junto a la ciudad de Pelusio (cf. vv. 24 y 382), entre el Bajo Egipto y Arabia, hoy El Kas o El Katieh.

[71] Sidón: ciudad fenicia, célebre por su actividad comercial, actual ciudad siria de Sayda.

[72] Así llamado por la ciudad de Iso, en Cilicia. Hoy el golfo turco de Iskenderun (cf. vv. 1026-1027).

[73] El *Mare Nostrum* o Mediterráneo, totalmente sometido ya a la ley y jurisdicción romanas (cf. v. 734; y *Costas* 55, 148 ss.).

plios campos que los cilicios[74] roturan con sus largos arados. Este mar tiene forma curvilínea; a partir de aquí, sus aguas tersas como el mármol se giran hacia el céfiro y este abismo marino vaga serpeando, mientras sus olas se deslizan por lagunas que han ido excavando en tierra, igual que las ponzoñosas cerastas[75] recurvan espontáneamente su cuerpo ligero en espirales retorcidas; así como el dragón[76] se enrosca en múltiples anillos y, arqueándose, se recoge hecho un ovillo, o bien distiende la ristra de su largo cuerpo, arrastrándose hacia adelante: todo el bosque entonces resuena por doquier, en tanto que la errante serpiente corrompe el aire con su aliento pestífero. No de otra manera se desliza el oleaje, penetrando en las costas, mientras la tierra, a la inversa, se adentra en las llanuras marinas con sus promontorios; por todas partes brama el piélago y todos los parajes retumban de pleno bajo el fragor de los bramidos.

Aquí aparece dominadora a lo largo y ancho la Panfilia; en tal lugar el oleaje baña las islas Quelidonias[77], la llanura marina al romper murmura sin cesar y estas aguas espumean cuajadas de escollos. Aquí se yergue como un lindero el amenazante peñón del macizo de Pátara[78] y, de nuevo, las azuladas aguas se giran hacia el céfiro; aquí retumba el

[74] Ocupaban Cilicia, región costera al sur de Asia Menor, entre Panfilia y Siria.

[75] Un tipo de víboras, muy venenoso: la *Coluber cerastes* de Linneo.

[76] Otro tipo de reptil o serpiente, transformado en un ser mitológico-fabuloso, que generó abundantes narraciones.

[77] Grupo de tres pequeñas islas frente a las costas licias, en las cercanías del promontorio de Pátara, llamadas en griego «Islas Golondrinas» o Quelidonias (cf. v. 683).

[78] Cabo en la ciudad costera del mismo nombre, en Licia. Tenía también un conocido oráculo de Apolo (cf. vv. 1011-1012).

oleaje del salado mar Egeo[79] y, acto seguido, las marmóreas aguas del rápido Nereo[80] se vuelven en dirección al Carro del Boyero[81], porfiando tenaces contra las rocosas orillas de las Espórades[82]. No hay otro mar profundo que mueva semejante volumen de agua; la tempestuosa Tetis no encrespa así su oleaje de ninguna manera; la corriente de sus aguas se extiende hasta Ténedos[83], el origen de cuyo mar comienza a partir de Imbros[84].

Desde aquí, la Propóntide[85], desplegando sus espaciosas campiñas, que van descendiendo hacia el mar, se inclina desde donde soplan las rachas del bóreas hacia el tibio austro y sustenta los pueblos de la inmensa Asia con los feraces recursos de su tierra. A continuación, entre estrechos desfiladeros y rocosos acantilados, el Bósforo Tracio[86] separa las angostas orillas, el Bósforo que antaño transportara a la doncella Inaquia[87]. Pues las costas se hallan próximas y la tierra se abre en una estrecha garganta, en la que el mar

[79] Debe su nombre a Egeo, mítico rey de Atenas y padre de Teseo, por haberse arrojado a este mar, después de haber interpretado equivocadamente que Teseo había fracasado en su campaña contra Minos.

[80] Hijo de Ponto («Ola marina») y de Gea («Tierra»), es el «Viejo del Mar», padre de las Nereidas. Por metonimia equivale a «mar».

[81] Constelación del hemisferio boreal (cf. *Fen.* 254 ss.), vale tanto como «Norte».

[82] Conjunto de islas «Diseminadas» en el Egeo, entre Creta y las Cícladas.

[83] Isla en el Egeo frente a Troya, llamada así por Tenes, el hijo de Apolo muerto por Aquiles.

[84] Isla del Egeo entre Lemnos y Samotracia, frente a y un poco por encima del Quersoneso, hoy Imbro.

[85] «Mar anterior» (al Ponto Euxino): es el actual mar de Mármara, entre el Helesponto y el Bósforo tracio.

[86] El Bósforo de Tracia, actual estrecho o canal de Constantinopla, separa Europa (Tracia) de Asia (Asia Menor).

[87] Ío, hija del dios-río Ínaco (de aquí Inaquia o Ináquide)

arroja su oleaje impetuoso. En ningún otro paraje podrías contemplar una divisoria del terreno tan angosta. En este mar se precipitó la Ináquide, transformada en una ternera enloquecida; entonces el corazón de su rival[88] ardía de ira y el sufrimiento por este fuego tan intenso transtornó a la diosa.

Se dice que allá en las aguas saladas, siempre agitadas, se desplazan unas Rocas[89], cuyas riberas se entrechocan bajo el impulso de los vendavales; se cuenta, incluso, que allá tales Peñas macizas van a la deriva a través de las aguas marmóreas y que las costas o bien despliegan ante el salado mar amplias escolleras, o bien brindan una ensenada a las aguas. Brama el ponto con un extenso fragor, ya porque Tetis, encolerizada en medio de los encontronazos de estas roquedas, se ensaña con esas barreras, ya porque se ofrece una salida exigua al oleaje y el llano marino se arroja por la angostura de estas gargantas.

Las aguas del interior del Ponto[90] se derraman, formando un amplio abismo marino, y despliegan un flanco de sus olas a lo lejos, hacia donde el áureo Carro de Febo[91] regresa a la bóveda celeste bajo la púrpura de oriente. De este modo, en fin, la superficie marina se extiende en sentido oblicuo, según se incline hacia la zona de las riendas matutinas[92] o bien se retire dicho abismo marino, alargándose muy lejos hacia la región boreal. Por lo tanto, el Ponto es el golfo más amplio de Nuestras Aguas[93]. Hállase éste rodeado a la

[88] La diosa Hera.

[89] Escollos en la embocadura del Ponto Euxino, al entrar por el Bósforo, que, según la tradición griega, en la lengua de los hombres se llamaban «Rocas Azuladas o Negruzcas».

[90] Descripción del mar Negro.

[91] El Sol.

[92] Oriente, levante.

[93] El Mediterráneo, ya romanizado, «Nuestro Mar» (cf. v. 169).

izquierda por Asia, confinando también con Europa, frente a la cual, por otra parte, se estrecha la zona tracia del Bósforo y apenas se abre en una ligera embocadura; en cambio, por el lado en que el Ponto se ensancha, quedan sus aguas divididas debido a unos peñones que, como avanzando desde la tierra al mar, se adentran considerablemente en el piélago y se despegan de su línea costera a una distancia incierta: en territorio de los paflagones[94] aparece uno, la rocosa Carambis[95]; el otro peñón sobresale en la lejanía, semejante a la testa de un Carnero[96], hacia el sector en que los macizos Táuricos se entumecen bajo la escarcha celeste y, alargando su frontal, atenaza las llanuras marinas. Aquél mira de lejos al noto, éste hacia las lejanas Osas[97]. Además, en medio del oleaje de las aguas del Ponto, que se derraman pulidas como el mármol, se encuentran cercanos los macizos de estos dos altos promontorios, aunque una extensa masa de agua fluctúa entre estos peñones, de modo que el Ponto parece tener la forma de dos mares diferentes.

Pero el Ponto, curvando suavemente sus brazos, desde los confines de las Osas, hasta la salida de la luz por oriente y la zona en que el día, al declinar, queda envuelto en negras sombras, se alabea mostrando el aspecto de un arco escítico; en cambio, por la parte del tibio noto la costa aparece bastante rectilínea y se extiende sin interrupción al modo de la cuerda tensa de un arco; tan sólo Carambis rebasa este trazado, sobresaliendo hacia el norte.

[94] Habitantes de Paflagonia, región del Asia Menor, entre Bitinia y Ponto o Capadocia.

[95] Cabo o promontorio de la Paflagonia, hoy Kerempe.

[96] Cabo en el Quersoneso Táurico (Península de Crimea). Había otro de igual denominación en Creta (cf. vv. 134-136).

[97] Las Osas, o bien la Osa, en singular, simbolizan el Norte.

Por otro lado, hacia la Osa septentrional las profundas aguas de la laguna Meótida irrumpen por la ancha embocadura de una ensenada; el salvaje escita[98] puebla extensamente sus orillas y denomina a estas aguas Madre del Ponto. Ella sola engendra al Ponto, ella sola es la progenitora de sus aguas; de esta fuente arrancan las aguas errantes y lisas como el mármol del glauco Ponto, que brotan a través del golfo Cimerio, pues allá es donde el Bósforo Cimerio[99] abre sus gargantas. Alrededor y por encima del Cimerio vive un pueblo recio. Aquí el Tauro[100] alza sus elevadas cumbres, apuntala el cielo con la cima de su cresta y hasta introduce de largo el cabezo en las alturas de los astros. Acá se llegó en otro tiempo la tesalia Argo[101], ante la admiración del mar; y las llanuras marinas quedaron atónitas ante tal flotante nave. De esta manera el volumen de los mares inmensos se derrama por entre las costas, así, las siluetas de los mares se despliegan a lo lejos por todo el orbe.

Ahora, en estos versos, te hablaré acerca de la tierra firme. Tañe, Febo, la lira con tu sabio plectro. La vida de las Musas perdura sin límites y su alabanza se propaga sin cesar a la memoria de los tiempos. Ojalá que tu interés, lector, se mantenga incansable; apura estos poemas, fruto de mis esfuerzos, a largos tragos, pues el sorbo en ellos es dulce, su mérito de ley, su encanto inmarcesible.

Así pues, la superficie y las costas del continente libio se extienden por el sur, hacia los remotos confines de la luz

[98] El término «escita» abarca una amalgama muy amplia e imprecisa de pueblos nómadas que ocupaban las regiones septentrionales de Europa y Asia, por encima del mar Negro.

[99] Estrecho que pone en contacto las aguas de la laguna Meótida con el Ponto Euxino, hoy el estrecho de Kerch.

[100] Cadena montañosa descrita más adelante (vv. 839-851).

[101] La mítica nave de Jasón y los Argonautas.

oriental. Empieza en Gades. La cabecera de este continente despliega sus costas según un trazado puntiagudo, que se va estrechando cada vez más y penetra como una cuña en las saladas aguas del Océano; el límite de la costa oriental se encuentra rematado por las inmensas aguas de los árabes[102]; pero este flanco del territorio libio despliega campiñas muy vastas y extiende amplios labrantíos.

Este país de fértil suelo nutre a los etíopes[103], que, situados en el extremo de Libia, junto a los negros erembas[104], trabajan las tierras con el curvo arado; además, los etíopes poseen también el territorio que se encuentra hacia el ocaso del sol. Por lo tanto, éste es el pueblo que habita esas tierras agrietadas, las últimas del orbe; están expuestos a las auras que soplan al nacer la luz resplandeciente y se espantan ante las riendas del sol, cuando se pone. Por la zona del céfiro, junto a las altas Columnas, viven los moros[105]; son éstos de fiabilidad lábil, de corazón duro e inhospitalario; arrastran una vida errante, dada al pillaje sistemático. En sus aledaños se extienden los amplios pastizales de los númidas[106] y, además, los pueblos masilios[107], que viven dispersos como nómadas a campo traviesa; esta raza desconoce el hogar estable; tan pronto, en fin, recorren a rastras peñascales llenos

[102] Se refiere al mar Rojo, porque bañaba las costas de África y Arabia, cuyo nombre procedía de Árabo, hijo de Hermes (Mercurio).

[103] «Etíope» se interpretaba como «de rostro quemado», «de aspecto tostado por el sol» o simplemente «negro», aludiendo en principio a la raza negra en general.

[104] O erembos, pueblo conocido como troglodita, salvaje, asentado en la zona este de África, frente y bajo el influjo de la península Arábiga.

[105] Ocupaban el norte de África, entre el Atlántico y Numidia; un área que hoy equivale aproximadamente a Mauritania, Marruecos y Argelia.

[106] Situados en una zona entre Mauritania y Cartago, a orillas del Mediterráneo, incluida en la actual Argelia.

[107] Se encontraban en las cercanías de Numidia.

de maleza, como hollan los campos o andan errantes por los bosques en compañía de sus mujeres e hijos; todos ellos se sustentan a base de burdas bellotas; no acostumbran a labrar las tierras con el arado, no los perturba el mugir de los ganados. Tras ellos se yerguen las murallas insignes de la tiria Cartago[108], ciudad que antes fue colonia fenicia y ahora pupila de la tierra libia, grato retiro para la paz, pero también presta a la guerra sangrienta.

En cambio, a partir de aquí el oleaje corre a precipitarse sobre la Sirte más pequeña y después, más allá, hacia la zona en que la luz retorna al Olimpo[109], la Sirte más grande atrae a sí las extensas llanuras marinas y el piélago, poco fiable para la navegación, se agita furioso. En efecto, se trata del mar Tirreno, que aglutina la masa de un oleaje turbulento y este curvilíneo mar bate las costas con sus olas enormes. Y hete aquí que, a veces, Nereo se arrastra recogiendo lentamente sus aguas y apenas unas unas finas olas cubren las arenas ya secas. Así pues, la naturaleza de las dos Sirtes se muestra siempre desmesurada y a menudo la ciega fortuna agota las naves.

En medio de ambas la excelsa Nápoles[110] encumbra su ciudadela, a la que, volviendo hacia atrás, enmarca a lo lejos un antiguo pueblo de guerreros, los lotófagos[111]; después, ten presente también a los rudos nasamonas[112], a los que

[108] «Ciudad Nueva» en fenicio, cercana a la actual Túnez.

[109] Esto es, al firmamento; equivale a decir hacia Levante o por donde sale el sol.

[110] Colonia marítima fundada por los griegos de Cumas hacia el 600 a. C. en Campania. Tomada aquí en sentido geográfico muy amplio, porque en rigor se está describiendo el África septentrional.

[111] «Comedores de loto», pueblo que vivía en la costa norteafricana, a la altura de la Sirte Menor, famoso por su hospitalidad.

[112] O nasamones, pueblo africano, salvaje, que ocupaba desde el sudoeste de la Cirenaica hasta la Sirte Mayor.

antaño un numeroso enjambre de pueblos les trabajaba la tierra y por sus campos resonaban abundantes los balidos de los ganados; pero ahora extensas yugadas de tierra se extienden desprovistas de rebaños y huérfanas de cultivadores: el brazo ausonio[113] los arrasó en una guerra implacable; los ausonios, un pueblo de reciedumbre invencible, el único que ha paseado sus armas por todo el mundo[114]. El feroz Istro[115] se aterrorizó ante la juventud del Lacio; el Ródano[116] tiembla frente a las águilas romanas; Germania lloró a sus hijos, que vagaban por los pantanos, afligida ante el violento empuje de los itálicos.

Estos pueblos confinan con el azulado oleaje del mar, pero hacia la zona en que la tierra firme se retira de las aguas, surcadas por las naves[117], pueblos innumerables, mil enjambres de pueblos diversos dominan los campos. Aquí el respetable Amón[118] entona vaticinios; brama allí, en fin, su santuario rodeado de dunas y arbolado sacro. En las cercanías se encuentra la vetusta Cirene[119], ciudad excelsa que yergue sus baluartes y enriquecida por el vivificante Apolo. A su lado se hallan los marmáridas[120], si bien, lejos de aquí, los últimos confines de su reino se curvan hacia Egipto; a

[113] Los romanos.

[114] Muestra de sentimiento nacionalista romano, que revela el influjo de VIRGILIO (cf. *Eneida* I 278 ss.).

[115] El curso inferior del Danubio, que desemboca en el mar Negro, por debajo de Odesa (cf. más adelante, vv. 437 ss.).

[116] Cf. la descripción del río y de la zona en *Costas* 625-688.

[117] Aquí comienza la descripción propiamente dicha de África.

[118] Principal divinidad egipcia, identificada con Júpiter y venerada en el oasis de Siwa, al noroeste de Egipto y junto a la frontera con Libia.

[119] Colonia griega en la costa libia, próxima al mar y ciudad destacada de la provincia romana de Cirenaica, hoy ruinas cerca de Al Baydá.

[120] Pueblo que habitaba la Marmárica, entre el nordeste de Libia y el noroeste de Egipto, actual Barqah al Bahriyah.

sus espaldas se extiende el país de Getulia[121] y por sus anchas fronteras nomadean los nigretas[122]. Después sigue el garamante, que despliega sus vastos territorios; el feroz garamante[123], ágil en la carrera e insigne en la práctica del tiro con arco.

En cambio, toda la comarca que se adentra en el interior hasta confinar a lo lejos con el país que se baña en el océano, son tierras de gran extensión, que sustentan a los pueblos de los etíopes; el límite de los pueblos etíopes se halla en la extrema Cerne[124]. Se suceden a continuación los blemies[125], en pleno mediodía[126]; son de notable estatura, de tez negra, enjutos de cuerpo; sus extremidades, entreveradas de prominentes músculos; andan siempre recorriendo a la carrera suaves arenales y, sin embargo, no dejan huella al apoyar el pie.

A distancia de aquí descienden a borbotones las fertilizantes aguas del Nilo y se desliza hacia adelante su caudal, extenso como un mar; éste, hacia la zona en que atraviesa campiñas describiendo desconocidos meandros, corre bajo

[121] País al noroeste de África, que ocupaba Marruecos y, sobre todo, Argelia.

[122] O nigretes, pueblo africano que vivía por las riberas del Níger, en Mali.

[123] Tribu africana en el interior de África, al sur de Libia, en el Fezzan.

[124] Para rematar la descripción de este continente se citan ahora las dos últimas referencias geográficas bien conocidas hacia el Sur: Cerne y el pueblo de los blemies. Para algunos, Cerne era una región (cf. Dionisio, *Per.* 219), para otros una isla en la costa occidental africana (cf. el mapa de Eratóstenes, que la sitúa en el meridiano de Roma y Cartago, y entre los paralelos 24 —Siene— y 18 —Méroe—).

[125] Pueblo de rasgos fabulosos, situado por debajo de Egipto y hacia la costa oriental del continente africano, coincidiendo aproximadamente con lo que hoy es Etiopía.

[126] Es decir, al sur más lejano conocido.

el nombre de Siris[127] en la lengua de los etíopes y, al acercarse a Siene[128], acaricia azulado estos parajes con sus preciadas aguas, se desliza con el nombre ilustre de Nilo y, derramándose por las llanuras de Egipto, abraza los campos con sus aguas maritales y fecunda su suelo; lejos de aquí fuerza su caudal hacia el bóreas y, escindiéndose, distribuye su corriente en recovecos errantes y se precipita turbulento en el mar a través de siete desembocaduras. No hay otro río que corra comparable a él, aunque en cualquier parte de la tierra broten otros muchos ríos insignes. El Nilo también disemina limo a lo largo de campos enormes y revitaliza los sembrados conforme pasa su caudalosa corriente; el Nilo restaura la lozanía de la tierra; el Nilo rechaza vencedor aguas de mayor enjundia[129]. Él, asimismo, delimita Asia de Libia, apartando Libia por el flanco del favonio y separando, con su corriente en medio, los confines de Asia hacia el lado del sol naciente. Y no lejos habita aquella famosa raza de hombres que fue antaño la primera[130] en consignar por escrito leyes y derechos para las acciones humanas, la primera que roturó los campos con la sólida reja, con el pesado y largo arado; la primera que enseñó a la tierra a producir fruto en los surcos; la primera que, distribuyendo el firmamento en regiones, descubrió que el sol sigue una trayectoria oblicua por el cielo.

[127] Nombre del Nilo a su paso por Etiopía.

[128] Ciudad en el extremo sur del Alto Egipto, que correspondería a la actual Asuán.

[129] Descripción del delta del Nilo: su caudal es tal que al desembocar empuja y hace retroceder las propias aguas del Mediterráneo.

[130] Se refiere a los egipcios (cf. Dionisio, *Per.* 232 ss.).

Por lo tanto te explicaré en estos versos la figura de este país y su costa[131]. Se halla dotado de un clima benigno; sus campiñas se extienden generosas en pastos; en ningún sitio se alzan cumbres abruptas; las costas constituyen abundantes fondeaderos; por otra parte, todo lo que suministra la tierra, según las estaciones del ciclo anual, te dejaría sorprendido por su belleza y cantidad, con ventaja sobre las demás.

Presenta una silueta frontal de tres lados, siendo más ancho el que se orienta hacia la zona de Boyero y más estrecho el que se halla hacia la luz de oriente y se prolonga hasta Siene, de donde se precipitan las caudalosas aguas del venerable Nilo. Aquí se encuentra la ciudad de Tebas[132]; Tebas, la ciudad que ciñó su solar de altas murallas, donde Memnón[133], el hijo de Titono, contempla las riendas rosáceas del carro de su madre, la Aurora.

La comarca que se aleja del azulado mar sustenta siete ciudadelas; una parte se orienta hacia el litoral del noto y tiene como término la profunda laguna Serbónide[134]; por otra, se halla batida por las auras del favonio fecundante. Aquí las manos del pueblo de Pela construyeron una ciudad[135]; aquí se yergue el magno templo de Júpiter Sinopeo[136], que, alzándose hasta las nubes excelsas, descansa sobre sus columnas, recamado del precioso material de las canteras, con incrustaciones de oro puro, resplandeciente

[131] Egipto, hijo de Belo (descendiente de Posidón) y Aquínoe (descendiente del Nilo), fue hermano de Dánao y tuvo cincuenta hijos.

[132] En el Alto Egipto, hoy ruinas de Karnak.

[133] Personaje legendario, hijo de Eos (la Aurora) y Titono.

[134] Situada cerca del monte Casio, al nordeste del delta del Nilo (cf. v. 166).

[135] Alejandría, a orillas del Mediterráneo y al oeste del delta, fundada por Alejandro Magno, que había nacido en la ciudad macedónica de Pela.

[136] Porque Zeus había pretendido a Sinope (cf. v. 952); o porque el templo había sido fundación de los habitantes de esta ciudad.

por los apliques de níveo marfil. También aquí se alza, no menos alta, la punta de la atalaya desde la que es posible divisar en lontananza las comarcas del interior de Palene[137]. En cambio, por la zona de esta región que contempla la salida de Febo, surgen las murallas de Pelusio[138] con toda su impresionante mole. Aquí la población, experta en la mar, recorre confiada las aguas del turbulento abismo marino y tiene la afición de encarar sus esquifes al oleaje tormentoso, dedicando, en suma, su vida a las olas rumorosas.

Tal es la silueta que presenta Libia, tales son las comarcas del interior, desde el céfiro hasta la zona oriental. Pueblos innumerables labran por doquier la superficie de este extenso territorio, los cuales, diseminados por una larga franja costera, alcanzan las aguas azuladas del vasto océano Austral. Otros pueblos, que viven en la región central, de maneras muy diversas, se dedican a domeñar los labrantíos y, por último, otros rodean las aguas profundas de la laguna Tritónide[139] como un enjambre de poblaciones dispersas en torno.

Ahora te hablaré del área de Europa, que tiene su comienzo allí donde la llanura marina del Atlántico[140] se adentra briosa en las tierras. Un solo brazo de salada mar separa una de otra[141] y una única embocadura divide a una y otra a lo lejos; el mismo mar que penetra por aquí delimita con sus aguas impetuosas Europa y Libia. Pero una se extiende con preferencia hacia el caldeado sur, mientras la otra, arqueándose, eleva la superficie de su territorio hacia los malsanos

[137] La atalaya es el Faro de Alejandría (cf. vv. 23 y 265).

[138] Ciudad marítima, hoy ruinas de Tineh, cerca de Port Said (cf. verso 24).

[139] El lago de Tritón, en la antigua Getulia, llamado Shatt al Jarid, en Túnez.

[140] Sobre este océano, cf. vv. 20-21, y *Costas*, notas 110 y 114.

[141] El mar Mediterráneo, que separa Europa de África («Libia»).

aquilones. Las dos están en contacto con Asia a lo largo de un tramo de frontera parecido; ambas partes presentan igual extensión. Si alguien quiere compararlas, considerándolas momentáneamente como un solo territorio y suprimiendo las aguas del mar que se halla en medio, al punto se le ofrecerá, al que calibra cada aspecto concreto, una figura de Europa y Libia semejante al contorno de una piña. De esta manera, pues, ambos continentes desarrollan su contorno; ambos presentan un único principio y ambos también un remate parecido. Con todo, hacia la zona en que las dos[142] contemplan el oleaje del mar Hesperio, se fusionan alargando el territorio y, por donde el sol las alienta con sus rayos de la mañana, presentan las dos un aspecto más ancho. En cuanto comprendas esto, con despierta inteligencia, te harás una idea del resto del mundo como si lo tuvieras a la vista.

El territorio europeo cercano a las Columnas sustenta a los nobles iberos[143] sobre unas tierras llanas; éstos alcanzan por la parte superior las aguas heladas del océano Boreal y desperdigándose por prolongados y extensos campos, poseen unas campiñas vecinas a los excesivamente rudos britanos y a los parajes en que la Germania, de rubias cabelleras, despliega sus costas, extendiéndose a través de los territorios boscosos de la selva Hercinia[144]. A continuación, alzan su mole los Pirineos[145] cubiertos de nieve y los feroces pueblos de los galos viven por parajes inhóspitos.

Después, el río Po arroja su azulado caudal desde una cueva y arrasa extensos campos cuando su corriente se des-

[142] Esto es, Europa y Libia.

[143] Noticias aparentemente imprecisas sobre la extensión de los iberos.

[144] Antes abarcaba un área más extensa que en la actualidad, reducida a la Schwarzwald o Selva Negra.

[145] Así llamados porque Hércules enterró en ellos a Pirene, la hija de Bébrix, durante su décimo trabajo.

borda. Aquí, antaño, cabe las aguas nemorosas del Erídano[146], las hermanas de Faetonte, deshechas en lágrimas, lloraron su caída y se golpeaban el pecho con sus manos transformadas en ramos. Y no lejos de aquí se yerguen los Alpes[147] de heladas roquedas, cuyas cumbres de excelsos picos contemplan el nacimiento del día.

Siguiendo adelante, entre pedrizas y peñas rumorosas el Rin impulsa con premura sus aguas allá por donde el Adula[148] nebuloso soporta sobre su cumbre las nubes, y hace rodar turbulento el volumen de su imponente caudal de aguas cenicientas, hasta desembocar en las aguas del océano Boreal y quebrantar con la rapidez de su oleaje la superficie marmórea del mar.

Más aún, los recónditos parajes bárbaros muestran de repente el Danubio, si bien el curso de sus aguas es cambiante. El monte Abnoba es el progenitor del Istro[149]. Este río se despeña de una hendidura del Abnoba; luego se vuelve hacia las regiones orientales y desemboca en las aguas saladas del Ponto Euxino; cinco son las desembocaduras que arrojan su corriente al mar en la zona en que aparece la lejana isla de Teuce[150]; y este río, hacia donde soplan las ráfagas heladas del aquilón, lo pueblan el sármata[151], los ger-

[146] Nombre mítico del Po, en el que Zeus arrojó a Faetonte para evitar el incendio del universo, pues éste no había controlado bien los caballos del sol.

[147] Cadena montañosa extendida por Helvecia, Galia e Italia.

[148] El monte de San Gotardo, en los Alpes suizos.

[149] Tramo montañoso al norte de la Selva Negra, donde nace el Danubio o Istro.

[150] O Peuce, isla en una de las desembocaduras del Istro, en el Ponto Euxino.

[151] Pueblo eslavo que abarcaba desde el Vístula al Don; esto es, parte de Polonia y Rusia.

manos, el geta[152], los feroces basternas[153] y los pueblos de los dacios[154]; lo habita también el salvaje alano[155], y el escita, que mora en el litoral Taurisco[156]; y después, a partir de aquí, la terrible raza del melancleno[157] va y viene diseminada por estos contornos.

Cercano se encuentra el país de los neuros, los gelones[158] veloces y los agatirsos[159], cubiertos con sayos siempre de colores. Acto seguido el río Boristenio[160] desemboca con energía en el Ponto Euxino; a continuación se te brindan las llanuras marinas de Panticapeo y de Ardisco[161], procedentes de la cumbre quebrada de los montes Rifeos[162]; a menudo, allá, bajo las duras condiciones atmosféricas de la Osa, unas nubes espesas desprenden nubarrones de escar-

[152] Pueblo tracio, que confinaba con los dacios y habitaba a orillas del Danubio.

[153] Pueblo germánico, que se extendía desde el nacimiento del Vístula hasta los Cárpatos, y desde el bajo Danubio, Istro, hasta su desembocadura.

[154] Pueblo belicoso con centro en la actual Rumanía. Estaban emparentados con los tracios.

[155] Pueblo escita muy guerrero, extendido a lo largo del Tanais y la laguna Meótida; es decir, por las estepas rusas.

[156] Al norte del Ponto Euxino.

[157] Melancleno significa en griego «De capotes negros», porque los llevaban para resguardarse del frío.

[158] Los neuros y gelones eran pueblos escitas; estos últimos se hallaban en torno al Borístenes, en la actual Ucrania. Su epónimo es Gelono, hijo de Hércules y hermano de Escites y Agatirso.

[159] Pueblo también escita, que llevaba pintados la cara y los miembros. Reciben nombre de Agatirso, hijo de Hércules.

[160] O Borístenes (cf. v. 721), que desembocaba en el Ponto Euxino; es el ruso Dniéper.

[161] La ciudad de Panticapeo es hoy Kertsch, en Crimea; y Ardisco, o Aldesco, era un río no identificado.

[162] Cadena montañosa en el punto más al norte de Escitia, de donde nacía el Tanais; montes hiperbóreos, de carácter fabuloso, cuyo nombre significa «ráfagas, golpes de viento» (cf. *Costas* 664).

cha; allá las ricas venas de la tierra generan el cristal níveo[163]; también allá la tierra comienza a endurecerse merced al resistente diamante entre los montes Rifeos y los agatirsos de elevada estatura. Tales son las etnias que se encuentran hacia el Istro, en la áspera región que se extiende bajo la constelación de Boyero.

Por la zona meridional habitan los gerras[164], arrastrándose a través de las lomas de montes cubiertos de maleza. Con estos gerras limitan las ciudadelas del extenso Nórico[165] y, luego, la Panonia[166] cultiva sus fértiles tierras de enorme extensión. El mesio[167] eleva muy alto hacia el bóreas sus campos y, prolongando su territorio por detrás de los tracios[168], los rebasa ampliamente. Vienen después los propios tracios que trabajan su enorme país con el curvo arado; finalmente, desde la amplia franja en que se extiende la Propóntide, abundante en peces, y desde donde se agitan las aguas turbulentas del Helesponto, hasta el lejano mar Egeo, los tracios poseen muchísimas tierras. Aquí Palena[169] cría las llamas de la resplandeciente licnita[170] en cuevas productoras de miel; también aquí el rubio jaspe centellea como las estrellas, con la misma intensidad con que los íg-

[163] Dionisio (*Per.* 317) se refiere al electro o succino, es decir, el ámbar amarillo.

[164] Otro pueblo escita que habitaba por los alrededores del río Gerro, hacia la laguna Meótida, no identificado con exactitud.

[165] País entre el Danubio y los Alpes, que viene a equivaler a Austria.

[166] Hungría.

[167] Los mesios ocupaban las actuales Bulgaria y Serbia.

[168] Se extendían por el sur de Bulgaria.

[169] O Palene, ciudad macedónica también llamada Flegra, situada en la península del mismo nombre, al sur de la Calcídica, en el golfo Termaico o de Salónica, hoy península de Kassandra.

[170] Piedra preciosa que irradia luminosidad, rojiza; quizá el rubí, granate o la turmalina.

neos astros arden sin cesar en llamas eternas por la bóveda celeste.

Tornaré ahora a hablar de nuevo sobre Europa, comenzando a partir de sus costas occidentales. Este continente viene a formar como tres amplísimas atalayas orientadas hacia el resplandor de la luz aquemenia[171]; una se halla constituida por los confines de los iberos, otra abarca en sus límites a los griegos y la tercera es la que despliega en medio las amplias campiñas de Ausonia.

Hacia la zona en que el territorio se extiende cercano al salado mar del Océano, del océano Hesperio, se alza allá la escarpada Calpe; ésta es ya tierra hispana, allá empieza la fértil tierra de los iberos; Tarteso[172] se alza más arriba; después vive el pueblo de los cempsos[173], que prolonga su población hasta las estribaciones de los montes Pirineos.

En medio de los confines hispanos y griegos se extiende el país Ausonio. El Apenino[174] divide Ausonia por la mitad: pues en el punto boreal en que los Alpes se elevan hacia el espacio, se yergue el cabezo del Apenino, que, alargando su mole hasta la zona en que la tierra se empapa de las mareas del mar siciliano, acaba por hundir sus cimas en el abismo marino. Muchas etnias trabajan las tierras colindantes a su alrededor y, sin embargo, mi Musa te hablará con destreza acerca de todas. La primera raza que allí se encuentra es la

[171] Tres penínsulas orientadas hacia Persia, al este; es decir, España, Italia y Grecia, expresado literalmente mediante referencia a Aquémenes, el primer rey de la saga persa, abuelo de Ciro (cf. *Costas* 665).

[172] Cf. *Costas* 269-274.

[173] Cf. *Costas* 195-6.

[174] La cordillera de los Apeninos secciona Italia de norte a sur en dos partes, a lo largo de unos 1.300 Km., con una altura media entre 1.200 y 1.300 m.

de los antiguos tirrenos[175]; siguen luego los grupos pelasgos[176], que, procedentes antaño de las tierras de Cilene[177], se dirigieron hacia las aguas del abismo marino Hesperio[178], para quedarse en tierras ítalas. Después se extienden los latinos[179] en un amplio sector, a través de los cuales el padre Tíber despliega sus ondas doradas y su caudal fertilizante baña los hogares romanos.

A partir de aquí el país de Campania[180] extiende sus tierras; aquí, tiempo ha, las aguas acogieron en su suave regazo a Parténope[181], al deslizarse hacia las marmóreas aguas del ponto. Si de nuevo te vuelves hacia el cálido austro, verás con tus propios ojos las colosales cimas del boscoso Piceno[182]. Allá se despliega su cabellera de largos pámpanos y Baco[183] cubre las vegas de sarmientos dispersos. A conti-

[175] Tirrenos, tirsenos o etruscos es un étnico que pertenece al substrato preindoeuropeo; procedentes quizá de Asia Menor, llegaron a Italia en el primer milenio a. C.

[176] Pueblo que pertenece al substrato étnico griego anterior a las primeras invasiones indoeuropeas. Siendo, pues, primitivos pobladores de Grecia, equivalían por antonomasia a griegos.

[177] Montaña de Arcadia, consagrada a Mercurio. También se llamaban así una ciudad y un puerto de la Hélice.

[178] Esto es, hacia el oeste o poniente.

[179] Los latinos ocupaban el Lacio, nombre asociado a *latus,* «ancho», viniendo a significar «país de llanuras»; actual Campagna di Roma, con capital en Roma. Latino fue su rey epónimo según el mito.

[180] La Campania se extendía al sur del Lacio; significaba «planicie, país llano, de campos». La principal ciudad de los campanos fue Capua.

[181] Sirena que dio nombre a Nápoles, una de las que se arrojó al mar con sus hermanas cuando Ulises pasó de largo, sin hacerles caso; las olas la llevaron, ya muerta, a una playa de aquella ciudad.

[182] En rigor Dionisio *(Per.* 360-1) dice: «Hacia el sur, bastante más allá del escollo de la Sirena, aparece la desembocadura del picentino Sílaro».

[183] O Dioniso, era hijo de Zeus y la mortal Sémele; dios del vino y el desenfreno mistérico, simbolizaba ritos de fecundidad.

nuación, la región de los lucanos[184] impresiona por sus altos y abruptos picachos; abundantes cantos erizan la superficie del escabroso suelo y la densidad de matojos ciega los bosques. Luego, el duro brucio[185] cultiva sus tierras en medio de matorrales y se guarece en refugios peligrosos, abarcando hasta donde se despliegan ya aguas sicilianas y las llanuras de sus tierras, partidas en dos, se recuestan en un mar siempre inestable, bien allí donde, por la zona oriental, el oleaje del Adriático arroja en lontananza algas alargadas o bien donde el oleaje del Tirreno se encrespa turbulento.

A partir de aquí, por el lado del céfiro alza su mole un peñón que, extendiéndose en dirección al Carro del Boyero, yergue su roqueda rematada de blanca cima[186]. Aquí se recogió la etnia antigua de los locrios[187], que, después de realizar una lejana singladura por el salado mar, maniobraron el velamen de sus chalupas griegas hasta la zona en que el río Alece[188] irrumpe con su caudal en el mar.

A continuación discurren las amplias campiñas del metapontino[189]; luego Crotona[190] alza los muros vetustos de sus murallas; aquí el río Ésaro[191] desemboca en las olas sa-

[184] La Lucania o actual Basilicata.

[185] Los brucios, o abruzos, habitaban el Brucio, reducido hoy a Calabria, el extremo sur de Italia, que formaba parte de la antigua Magna Grecia.

[186] El promontorio de Leucópetra, hoy Capo dell'Armi, cerca de Reggio di Calabria.

[187] O locrios, llamados epicefirios, es decir, que habitan «sobre, por encima del promontorio Cefirio» o «del Oeste» (cf. DIONISIO, *Per.* 364 ss.). Fundaron la colonia de Naricio, actual Gierace.

[188] Hoy el Alice, que desemboca entre el Capo dell'Armi y el Capo Spartivento.

[189] Ocupaban la colonia de Metaponto, que se hallaba en realidad después de Crotona, no antes.

[190] Actual Crotone. Recibe nombre del héroe mítico Crotón.

[191] El Ésaro desemboca en las cercanías de Crotona.

ladas y también aquí los altares presididos por Juno humean en ceremoniales sin cesar[192]. Igualmente, después de sufrir los terribles rayos del Tonante encolerizado, se hallan cercanas las ruinas de la malhadada Síbaris[193]; los feroces samnitas[194] habitan sus confines. Tras éstos tuvo, en otro tiempo, su emplazamiento la raza de los marsos[195].

Luego aparece Tarento, la endurecida descendencia del tirano amicleo[196]. Desde aquí la prominente Calabria[197] despliega sus extensas vegas, y por encima se extienden los yápiges en tierras resecas. En estos lugares el turbulento Adriático concentra sus aguas agitadas. Aquí la hermosa Aquileya[198] introduce su cabeza en las estrellas excelsas. A continuación, Tergesto[199] se tiende sobre la costa de un mar arqueado, en el enclave más remoto al que se retira el golfo del mar Jonio. Tantos son los pueblos que rodean Ausonia con sus elevadas murallas; tantas son las razas que ciñen el litoral de Italia, de fértiles campiñas. Acto seguido, las na-

[192] Se refiere al templo de Juno Lacinia, por encontrarse en Lacinio, promontorio de Brucio próximo a Crotona, identificado con el Capo delle Colonne o Capo Nao.

[193] Ciudad famosa por su refinamiento —de ahí, «sibarita»—, a orillas del río del mismo nombre (hoy el Sibari o Coscile), desaparecida ya en la Antigüedad.

[194] Ocupaban el Samnio, región más bien del interior, fronteriza con el Lacio, Campania y Apulia; en rigor los samnitas no confinaban con el territorio de Síbaris, sino que quedaban más al norte.

[195] En torno al lago Fucino, en el Samnio.

[196] Única colonia espartana en la Magna Grecia, fundada hacia el 705 a. C. El tirano amicleo era Falanto, que había escapado de la ciudad laconia de Amiclas para fundar Tarento.

[197] Calabria abarcaba el extremo sudeste de Italia, la Península Salentina y la actual Terra d'Otranto.

[198] En la región veneciana; la descripción geográfica salta hasta el norte de Italia.

[199] Trieste, en la zona de Istria.

vegables llanuras marinas se giran hacia el lucero de oriente y las aguas verdosas del salado mar Jonio avizoran de lejos el país de los asirios[200], siendo los liburnos[201] los primeros a los que bañan estas aguas; luego habita por esta zona la populosa raza de Hilo[202]; aquí la tierra se diferencia por sus aguas de suave oleaje.

Se prolongan a partir de aquí las costas de Iliria, en las que emergen los célebres Ceraunios[203], a menudo peligrosos para las naves. Luego, en la zona en que se agitan las aguas encrespadas de Nereo, lentamente fluctuante, se halla el territorio salvaje que guarda el sepulcro de Harmonía y Cadmo[204]. Pues, zarandeados una y otra vez a lo largo y ancho del orbe terrestre, después de haber abandonado las aguas del río Ismeno, fueron transformados aquí sus cuerpos en serpientes azuladas y así acabaron sus días, poniendo fin a sus sufrimientos. También aquí el juez del espacio les mostró otro tipo de prodigio: hay una barrera de dos escollos y, cuando un suceso funesto es inminente, cuando el azar natural acosa los corazones de las gentes y la fatalidad del destino tritura a los mortales, estos escollos no sólo se remueven de su emplazamiento, sino que se ensamblan por la cima[205].

[200] Al fondo de Asia Menor, pasada Mesopotamia; aquí equivale a «oriental» (cf. vv. 949, 1153).

[201] Pueblo ilirio que ocupaba la provincia de Liburnia, entre Istria y Dalmacia; la actual Croacia.

[202] Hijo de Hércules y Deyanira, fundó una colonia en Iliria, donde murió. Dio lugar al pueblo de los hileos, en el Epiro.

[203] Cadena montañosa al borde de la costa, en el Epiro; llamada en griego Ceraunios, es decir, «Montes Tormentosos» o «Del rayo».

[204] Héroes del ciclo tebano, reyes de Tebas.

[205] Estos escollos portentosos, semejantes a las Planctas, Ciáneas o Simplégades de los Argonautas (cf. vv. 208 ss.), revelan el origen fenicio del mito de Cadmo, que pertenecía a la estirpe egipcia de Ío, dado que entre los fenicios las rocas simbolizaban a los dioses.

Pero hacia donde sopla el suave noto y sus auras baten el suelo de Orico[206], los confines del territorio griego comienzan a ofrecer su flanco, desplegando extensos campos de vastas dimensiones, ceñidos por las dos corrientes de un mar que se desliza hacia dentro. En efecto, a Grecia la bañan las olas del mar Egeo y por el lado de acá la baña también el rápido oleaje del Adriático; de esta manera un doble abismo marino empapa el amplio territorio griego y cada uno de estos mares, lisos como el mármol, tiene sus vientos por sorteo, que los agitan, perturbándolos desde sus más íntimas profundidades. El euro blande sus auras contra el Egeo y, por la parte del cielo de poniente, los céfiros agitan la superficie del Adriático.

A continuación aparece a la vista la isla de Pélope[207], isla que se asienta con el aspecto de una hoja de plátano. Pues, en efecto, la punta de la cabeza del Istmo[208] se estrecha y el territorio se afina conforme se orienta al bóreas y limita con los campos griegos; las restantes tierras de esta isla se extienden a modo de una hoja y por ambos lados presenta numerosos entrantes a lo largo de una costa sinuosa. Pero allí donde el país de los griegos es azotado por el cálido austro, despliega sus costas estériles Trifilia[209]. Aquí el venerable Alfeo[210] arrastra su corriente fluvial y el errante Eurotas[211] desemboca en el llano marino; uno riega a los pi-

[206] Puerto de la antigua Iliria griega, la actual Oriku, en Albania.

[207] O Peloponeso, que no es una isla, sino una península.

[208] El Istmo de Corinto.

[209] Se llamaba Trifilia («De tres tribus») a la zona sur de la Élide, porque sus habitantes eran originarios de tres razas.

[210] El principal río del Peloponeso, que nace entre el sur de Arcadia y la Élide, para desembocar en el mar Jónico; hoy el Alfiós (cf. v. 1174).

[211] Río que atraviesa Laconia y desemboca en el golfo Laconio.

sanos[212], el otro hiende las campiñas de Amiclas[213] con su rápido caudal. En donde esta isla se ahueca formando unos valles redondeados, viven los árcades[214] junto al inmenso Erimanto[215]. Por aquí el Ladón[216], desplegando sus aguas, riega las mieses lozanas. A su vera, el país argivo[217], al lado los labrantíos de los lacones[218]; aquéllos ven primero la luz del día, en cambio, el rápido austro sopla antes sobre éstos.

Luego, el oleaje de dos mares brama por todo el contorno del Istmo[219], uno por la parte de Éfira, en la que la noche obscura despliega unas tinieblas negras como la pez, otro por donde el amanecer difunde la luz. Éste lleva el nombre de mar Sarónico, a la usanza griega; más allá de este mar se encuentran los confines del Ática[220]; la tierra ática, progenitora de guerreros belicosos y digna de recuerdo, que despliega sus fértiles pastos río Iliso[221] arriba; el Iliso, de cuyas aguas se llevó Bóreas a Oritía.

[212] Habitantes de Pisa, capital de la Élide, cerca de Olimpia y a orillas del Alfeo, que luego fundaron una colonia de igual nombre en Etruria, famosa actualmente por su torre inclinada.

[213] Ciudad de Laconia, a orillas del Eurotas, fundada por Amiclas, hijo de Lacedemón.

[214] Habitantes de Arcadia, región central del Peloponeso, fundada por Árcade.

[215] Monte al norte de Arcadia, fronterizo con la Élide y Acaya, donde Hércules realizó su tercer trabajo: cazar vivo al feroz jabalí. Hoy el Erimanthos Oros, de 2.224 m. de altitud.

[216] Río de Arcadia, que desemboca en el Alfeo. El dios homónimo era el padre de Dafne y Metope.

[217] La Argólide, con capital en Argos.

[218] O lacedemonios, los habitantes de Laconia, país al sudeste del Peloponeso, con capital en Esparta o Lacedemón.

[219] El Istmo de Corinto.

[220] El Ática, con capital en Atenas, la polis griega de más relevancia.

[221] Río del Ática a cuyas orillas Bóreas, el dios del viento del Norte, raptó a Oritía, una de las hijas de Erecteo, rey de Atenas.

A partir de aquí siguen los límites de los beocios[222] y Lócride[223], y el tesalio[224], labrador de vastos campos, y las riquísimas vegas de los macedonios[225]; el Hemo[226] yergue su elevada mole y alza su cabezo tracio. Junto al Hemo, hacia la parte del céfiro, se halla el inspirado oráculo de Dodona[227]. Por el lado del noto, a los pies de las roquedas abruptas del Aracinto[228], vive la raza etolia; por allí el hermoso Aqueloo[229] se desliza a campo abierto y surcando vergeles desemboca en las aguas del mar Adriático, de cuyo oleaje emergen apiñadas las Equínades[230].

No lejos de estos enclaves surgen las ciudadelas primitivas del país cefalenio[231]. Más aún, la Fócide[232], que se prolonga mucho hacia la salida de la luz, se funde con los confines délficos; las Termópilas[233] se extienden hacia el

[222] Habitaban Beocia, región al noroeste del Ática, con capital en Tebas, donde se situaba el nacimiento de Baco y Hércules.

[223] La Lócride, al sur de Etolia y a orillas del golfo de Corinto, habitada por los locros llamados ozolos.

[224] Habitantes de Tesalia, ya al norte de Grecia.

[225] El pueblo griego más septentrional.

[226] Cadena montañosa en Tracia, hoy el Gran Balcán.

[227] Ciudad del Epiro, región al noroeste de Grecia, célebre por su oráculo de Zeus, situado en un bosquecillo de robles sagrados.

[228] Aproximadamente en el centro de Etolia, región entre Acarnania y la Lócride.

[229] Río que nace en el monte Pindo y corre haciendo de frontera entre Acarnania y Etolia; desemboca en el mar Jónico; es el actual Aspropótamo.

[230] Conjunto de islas en el mar Jónico frente a la desembocadura del Aqueloo. Eran unas ninfas transformadas en islas por Neptuno.

[231] La isla más amplia del mar Jónico.

[232] Región de Grecia entre Beocia y Etolia, que debe su nombre al héroe Foco.

[233] «Puertas Calientes», por sus aguas termales; desfiladero del monte Eta, famoso por la resistencia que hizo en él Leonidas frente a Jerjes.

Boyero. Aquí se yergue el macizo del Parnaso[234]; aquí el Cefiso[235] hace rodar sus aguas presurosas; aquí fue donde en otro tiempo Pitón[236], atravesado su cuerpo de un flechazo y desangrado, aflojó, desenrollándolas, sus largas espirales. Allí a menudo hemos contemplado sonreír al dios, allá hemos visto a Febo entre los altares que quemaban incienso.

Expondré ahora cada isla según va apareciendo por la mar fluctuante, conforme al orden en que estas roquedas se hallan rodeadas por las aguas del piélago. La singladura de mi barquichuelo comienza a partir del oleaje del abismo marino de occidente. Camenas, os lo ruego, inspiradme e impulsad las velas por entre las tierras que van saliendo al encuentro.

Gadir[237] es la primera que se destaca sobre el mar con su recio farallón y yergue su silueta enclavada en medio de las dos Columnas. Su nombre primitivo había sido anteriormente Cotinusa[238]; tiempo después los colonos tirios[239] la llamaron Tarteso y todavía ahora es frecuente el nombre de Gades en lengua bárbara; pues, en efecto, el púnico denomina Gadir a todo paraje rodeado completamente por un

[234] Montaña de la Fócide, llamada así por Parnaso, héroe considerado como inventor de la adivinación mediante aves y fundador del oráculo de Pitón.

[235] Río que atraviesa la Fócide y Beocia, para desembocar en el lago Copais, junto a Orcómeno. Cefiso, como dios-río, era padre de Narciso.

[236] Serpiente o dragón que emitía oráculos. Apolo la mató para fundar su santuario al pie del gigantesco Parnaso. En su honor creó los juegos Píticos, como juegos fúnebres.

[237] Empieza la descripción por las islas de Gades, al ser el punto más occidental conocido. Se confunden, o se sintetizan en una, dos ciudades diferentes: Gades y Tarteso (cf. *Costas* 85 y 265 ss.).

[238] Esta duplicidad de nombres revela una fundación y tradición posterior complejas. Cotinusa, en griego focense, significa «Tierra de Olivos» (cf. *Costas* 265 ss.).

[239] O fenicios; viene a equivaler a cartagineses o púnicos.

malecón delantero. Los tirios después de atravesar las desoladas y extensas llanuras marinas, tan pronto como arribaron a la costa de esta tierra, establecieron casas; también son ellos los que erigen enormes templos al Anfitrioníada[240] y veneran a esta divinidad propiciatoria. Cerca se alza en alta mar la isla Gimnesia[241]; también se eleva Ebuso[242], predilecta de majadas errantes, y las cresterías de Cerdeña y Córcega, erizada de bosques.

Después aparecen en medio del fuerte oleaje las islas Eólides[243], que albean por la espuma del mar que las baña en torno. Antaño fueron dominio del rey Eolo; allá ofreció Eolo generosamente las costas acogedoras a los marinos malparados; por mandato del supremo Júpiter, Eolo fue entronizado soberano del piélago profundo, con la potestad de soltar los vientos de su encierro y serenar las saladas aguas. Estas islas son siete fortalezas que emergen del oleaje del llano marino y de las aguas del mar se [...] aquí tuvo[244].

Luego, frente a las costas ausonias, se extiende el territorio de Trinacria[245], que despliega sus extensas campiñas. Presenta una figura de tres flancos en saliente y alarga tres peñones que se adentran en las aguas azuladas: el Paquino se adelanta hacia la salida del alba; la zona de Lilibeo[246] se halla caldeada por el céfiro; el excelso Peloro[247],

[240] Hércules, hijo putativo de Anfitrión.

[241] Más bien en plural: Islas Gimnesias, o Baleares (cf. *Costas* 467 ss.).

[242] Ibiza.

[243] El grupo de islas Lípari o Stromboli, cerca de Sicilia, también llamadas Eólides o islas Eolias por Eolo, rey de los vientos, que reinaba en ellas.

[244] Texto original latino mal conservado, con sentido parcial e incompleto.

[245] Sicilia (cf. v. 119).

[246] Al oeste de Sicilia, el Capo Boeo, Lilibeo o de Marsala.

[247] Situado al nordeste de la isla, el Capo Peloro, di Faro o di Messina.

que se encuentra azotado de lleno por las rachas de la Osa, portadora de bonanza. Por aquí la travesía de la mar es poco fiable y, a menudo, el destino se muestra funesto en estas aguas saladas, que, incluso, han llegado a engullir las naves en su voraz oleaje. Unas gargantas estrechas constriñen las aguas marmóreas y los angostos acantilados colindantes caen a pico sobre un mar agitado.

Acto seguido, hacia el lado en que el noto se levanta a las alturas del espacio, el mar de Libia hierve turbulento en una amplia extensión. Allá se encuentra una de las Sirtes, mientras que la otra se extiende más lejos, bañada por las aguas; pero la Sirte, a pesar de ser pequeña, retumba en torno a Mixa[248] con su azulado mar. A los que se ven forzados a virar en sentido contrario su esquife, rumbo a las aguas del Adriático y surcando en curvo navío de madera de álamo el piélago que se encuentra a la izquierda, se les ofrece a la vista, en pleno abismo marino, la isla del griego Diomedes[249], orientada hacia Italia, y los labrantíos del colono yápige. Acá Dione[250], presa de ira, lo relegó en otro tiempo, después de haberlo arrastrado exiliado por entre los ágiles iberos; allá lo envió el furor de Egialea, su terrible cónyuge.

Si se recorren de nuevo en una nave las azuladas llanuras del mar Jonio y se hace avanzar el barquichuelo rumbo a la salida del alba, se topará al punto con las escolleras y las numerosas roquedas de Apsirto[251]. Allá el celo y el honor

[248] En la Sirte pequeña, o golfo de Gabes, se encuentran la isla Mixa o Meninge, la actual Jarbah Djerba; y las islas Kerkenna, en la costa tunecina, que se pasan aquí por alto.

[249] Isla o grupo de islas conocidas como Isole Tremiti: S. Domenico, S. Nicola y Caprara, en el Adriático, frente a las costas de Apulia.

[250] Diosa de difícil genealogía: según la tradición es una Oceánide, pero también una Titánide, Atlante o Nereida.

[251] Las Islas Apsírtides; así llamadas por Apsirto, hijo de Eetes, rey de la Cólquide y hermano de Medea.

trajo antiguamente a los colcos[252] en persecución de la demente Eetine[253]. Y no lejos de aquí se encuentran las Libúrnides[254], diseminadas por la superficie del mar Jonio. Luego de dejar atrás los abruptos Ceraunios, virando el velamen en dirección al noto y orientando el esquife hacia regiones templadas, presto aparecerán los macizos insulares de los ambraciotas[255]; acto seguido se mostrará Corcira[256], morada de Alcínoo. Corcira, de hermosas tierras; Corcira, de besanas fecundas.

Rebasándola, se encuentra otra tierra, antigua corte del soberano de Ítaca, que anduvo desterrado a la deriva por todo el hondo mar sin parar[257]. Además, muchos otros peñones emergen del abismo marino, que el hermoso Aqueloo encuentra de frente al desembocar su caudal; y, después, el Amniso[258] rodea con sus aguas otras islas, que, sin embargo, se orientan más bien hacia el bóreas; se yerguen luego la

[252] Los habitantes de la Cólquide, en la costa este del Ponto Euxino o Mar Negro, y al pie del Cáucaso, famoso por el vellocino de oro (cf. v. 942).

[253] Patronímico femenino: «hija de Eetes», es decir, Medea, que contra la voluntad de su padre, Eetes, ayudó a Jasón y los Argonautas a apoderarse del vellocino de oro.

[254] O libúrnicas: islas frente a las costas liburnas, hoy croatas (cf. v. 535).

[255] Islas rocosas y escarpadas de Ambracia, región y ciudad del mismo nombre (hoy Arta), al sur del Epiro, en el golfo Ambraciota, el actual Amvrakikós Kólpos.

[256] Hoy Corfú, frente a las costas fronterizas entre Albania y el Epiro. En esta isla residía Alcínoo, el rey de los feacios, cuya hija Nausícaa había acogido a Ulises. Protector también de Medea.

[257] Ulises.

[258] Río cretense que servía de puerto fluvial a Cnosos. La descripción se desequilibra aquí porque del Aqueloo al Amniso había otros puntos de referencia. Frente al Amniso se halla la isla de Día.

pequeña Égila[259] y la bella Citera[260], de excelsa cima; la rocosa Calauria[261] se destaca también por estos aledaños. Aquí se alza el macizo de Cárpato[262], que, no obstante, se orienta hacia occidente.

Se halla también en esta área Creta[263], nodriza del Tonante; isla de extensos flancos, que emerge del piélago, de campos feraces y exuberante de vegetación. Sobre Creta se levanta el Ida; el Ida, que agita sus olmos embestido por los aquilones tormentosos. Y ya no lejos de Egipto, se encuentra Rodas[264]; asimismo se halla próxima a las costas de Sunio[265], en la zona en que se extienden el territorio de los abantes[266], la fértil comarca de Egina[267] y la riquísima Salamina[268].

Por el lado de oriente, donde Panfilia se arquea formando una ensenada bañada por las aguas, ciñe a Chipre[269] un profundo oleaje, que se estrella constantemente contra las riberas de Dione. A continuación emergen del abismo mari-

[259] Isla muy pequeña, situada al noroeste de Creta, hoy Andikíthira.

[260] Actual Kíthira, frente al golfo Laconio, con su famoso templo consagrado a Venus, por lo que se le daba a la diosa también el apelativo de «Citerea».

[261] Isla en el golfo Sarónico, frente a la Argólide, hoy Póros.

[262] Isla aún llamada Kárphatos (Scarpanto), entre Creta y Rodas.

[263] Famosa por su fertilidad, en ella se crió Júpiter de niño.

[264] Conocida por el Coloso, estatua que presidía la entrada del puerto; por su escuela de retórica y por la destreza de sus habitantes en la navegación.

[265] Cabo Sunio, al sur del Ática

[266] O abantidas, que habitan Abantia o Eubea.

[267] Isla del golfo Sarónico, hoy Éyina.

[268] Isla también en el golfo Sarónico, frente a Eleusis y El Pireo.

[269] Frente a las costas de Asia Menor y Siria. Rendía culto a Venus, por ello dice «las riberas de Dione».

no las tres islas Quelidonias[270], en el área en que sobresale amenazante el frontal del cabo de Pátara, extendido sobre las aguas saladas. Luego, la hermosa Arado[271] yace frente a la costa de los fenicios[272], en cuyo litoral la mar profunda descantilla multitud de ensenadas; todos los flancos de su territorio presentan grandes entrantes en la línea costera y las aguas, curvándose, bañan sus costas.

Por otra parte, el mar Egeo resulta sorprendente; este mar ofrece por ambos lados, como diseminadas, unas roquedas rodeadas por las aguas, hasta la zona en que se arroja el escaso caudal del agua del estrecho, célebre por la muerte de la Atamántida[273], donde Sesto y Abido[274] se hallan separados por una insignificante franja marina y el ponto lame estos confines próximos entre sí. Parte de las islas mira a lo lejos hacia el flanco izquierdo de Europa, parte a su vez, hacia la rica Asia; sin embargo, todas estas islas se adelantan ordenadamente hacia el Carro del septentrional Boyero.

El alargado litoral de los abantes[275] se inclina hacia Europa; allí Esciros[276] alza su amplia silueta y el piélago des-

[270] Sobre ellas, cf. vv. 184-186.

[271] Isla pequeña frente a las costas fenicias, a la altura de Chipre, con una ciudad del mismo nombre.

[272] Pueblo muy activo en el antiguo Mediterráneo, que debe su nombre a Fénix, hijo de Agenor.

[273] La hija de Atamante es Hele, quien, huyendo junto con su hermano Frixo, cayó al mar; de ahí que el estrecho se llame «Helesponto» (cf. v. 34).

[274] Sesto es una ciudad tracia situada en el Quersoneso, a orillas del Helesponto y frente a Abido, en Misia (Asia Menor).

[275] Se refiere a la forma alargada de la isla de Eubea.

[276] Isla en el mar Egeo, frente a Eubea.

cubre Peparetos[277]. En las cercanías se yergue Lemnos[278], morada de Vulcano, y Tasos[279], predilecta de Ceres, se muestra haciendo emerger de las profundidades del mar su cima blanquecina. Se destaca también Imbros y a su lado se alza la tracia Tasos[280].

Siguiendo adelante, las Cíclades[281] se aproximan a Asia y coronan a Delos[282]. Todas ellas procuran ceremonias solemnes en honor de Febo, que predice el futuro. Pues cuando al llegar la primavera la tierra se despereza de su letargo y la veloz golondrina trina dulcemente en los resquicios de los tejados, sus devotos ponen en marcha sus coros, festejando el día de precepto con ritos sagrados, mientras la divinidad así honrada contempla estas ceremonias sagradas.

Después despliegan sus campiñas las Espórades, tan numerosas como las estrellas que centellean apiñadas en la placidez del cielo. Hay otras islas, las Jónides[283], que igualmente se alzan de las profundidades marinas. Aquí al lado

[277] Isla también en el mar Egeo, por encima y al oeste de Esciros, que forma parte de un grupo de islas: las Espórades septentrionales, frente a las costas de Magnesia.

[278] Isla al norte del mar Egeo, hoy Límnos. Era la residencia del dios del fuego, Hefesto (Vulcano).

[279] Se trata de la isla más septentrional del mar Egeo, frente a las costas de Tracia.

[280] Lapsus de Avieno al leer el v. 524 de la *Periegesis* de Dionisio, que dice: «También Imbros y Samotracia, patria de los coribantes». Se trata, pues, de Samotracia, isla cerca de Tasos.

[281] «Islas en círculo», porque se hallan alrededor de Delos como un anillo o corona, en el Egeo.

[282] Isla más o menos centro de las Cíclades, que, según el mito, se llamaba Asteria, donde nacieron Apolo y Ártemis.

[283] O «islas de los jonios», en el mar Egeo, frente a las costas de Jonia (Asia Menor, cf. vv. 988 ss.), no en el mar o golfo Jónico, al oeste de Grecia (cf. v. 142).

se halla Cauno[284] y, también aquí al lado, Samos[285], morada de Saturno, y después Quíos[286], que mira de frente los labrantíos de la extensa Pelina[287]. Asimismo Lesbos[288] y Ténedos[289] a lo largo y ancho de la superficie marmórea del ponto liberan sus moles y revisten sus cumbres de nubes. Aquí se abre el golfo del Helesponto, abundante en peces; aquí la incesante marea arroja espumeantes aguas saladas del norte[290]; aquí la Propóntide, desplegándose con amplitud, agita sus aguas glaucas.

Después, surcando la marmórea superficie del Euxino por la izquierda, en la zona en que las desembocaduras del río Borístenes convergen hacia el mar, se divisará de frente y a lo lejos las cumbres de Leuce[291]; Leuce, de blancos picos; Leuce, aposento de las almas. Pues, tras haber cumplido el hombre su destino, dicen que las almas puras moran allá para siempre, donde una peña forma una amplia ensenada, constituyendo grandes cuevas, donde las rocas se hienden, roídas sus moles por el mar y cuelgan en bóvedas curvas. Son un regalo para las almas piadosas; de esta manera

[284] No una isla, sino una ciudad costera al sur de Caria (Asia Menor), frente a la isla de Rodas, hoy en ruinas.

[285] Isla frente a la costa jonia de Asia Menor, a la altura de Éfeso.

[286] Isla del mar Egeo frente a la costa jonia de Asia Menor, por encima de Samos; era conocida por su vino y mármol.

[287] Comarca o ciudad ilocalizada; habría estado en la costa jonia de Asia Menor, a la altura de Clazómenas o Esmirna.

[288] Isla en el mar Egeo, conocida por sus poetas. Mitilene era su ciudad más importante.

[289] Cf. nota 83.

[290] Avieno parece entender que la descripción se refiere a las aguas que, atravesando el Bósforo, llegan al Helesponto procedentes del Ponto Euxino y la laguna Meótida, pero Dionisio *(Per.* 538 ss.) habla del «golfo Negro», las aguas entre Samos e Imbros.

[291] «La (Isla) Blanca» en griego. Se encuentra en el Ponto Euxino, en la desembocadura del Istro (Danubio).

Júpiter las libra de las profundas tinieblas; así la virtud queda a salvo del Érebo[292].

Y siguiendo adelante, en el enclave en que el Bósforo Cimerio franquea sus costas, aparece en el ponto una isla[293] situada muy a la derecha y su gran volumen se impone con mucho al piélago; en lontananza se asienta la gigantesca Fenagor y Hermonasa[294] yergue sus murallas. Y éstas son las islas que emergen de las profundidades del mar Interno[295]. A continuación, cuáles otras son las que bañan las olas del mar Exterior, en torno a cuáles rompe una y otra vez el océano su oleaje, qué vientos azotan todas sus cumbres, otorgadme, Musas, exponerlo en este poema para la posteridad.

Junto a la superficie del salado mar Atlántico la raza de los etíopes[296] puebla las Hespérides[297]; aquí Eritía[298] levanta la silueta de su mole; aquí se elevan las Peñas Sagradas[299], pues así es como los nativos denominan a estas abruptas moles; en efecto, la tierra, alargándose, arrastra este macizo dentro de las aguas, viniendo a resultar la cabecera de la extensa Europa. Estas costas generan y expulsan de sus in-

[292] Hijo de Caos y hermano de la Noche, el Erebo es la edificación de las Tinieblas Infernales.

[293] Isla sin localizar o imprecisión en el texto.

[294] Fenagor o Fenágora, ciudad o isla en la desembocadura del Hípanis, a la derecha del Bósforo Cimerio y en las estribaciones del Cáucaso.

[295] O mar Mediterráneo (cf. supra, v. 169; y *Costas* 55 y 148 ss.).

[296] En rigor los etíopes habitaban en el África oriental, por debajo de Egipto.

[297] Las Hespérides designaban, geográficamente, un grupo de islas del Atlántico, de difícil identificación, quizá las Canarias (cf. *Fen.* 179 ss.).

[298] La isla de León, en la bahía de Cádiz (cf. *Costas* 261 ss.).

[299] El «Cabo Sagrado» (cf. *Costas* 322); el cabo de Trafalgar o los Altos del monte Meca.

trincados filones el mineral del estaño[300]. A menudo el duro ibero recorre por aquí los mares en rápidos esquifes.

Lejos de estos parajes, cerca de las ventiscas del helado aquilón, otras islas se elevan sobre las olas y alzan sus grandes cumbres; se trata de dos islas, de vegas feraces y territorio extenso, hacia la zona en que el Rin desemboca en las aguas del abismo marino occidental; recios escuadrones de britanos viven en estas tierras. Aquí igualmente, el espumeante líquido elemento del mar despliega su oleaje y una corta punta emerge del piélago. Aquí un coro enorme formado por grupos de mujeres celebra ceremonias orgiásticas en honor del hermoso Baco, juego sagrado que se alarga por la noche; lanzan gritos al aire y baten el suelo en un amplio sector mediante incesantes golpes de pie; no hacen lo mismo los tracios y las fértiles bistónides[301] cabe las aguas del río Absinto[302], ni tampoco allí donde el Ganges[303] corre con rápida corriente, los pueblos de los indios[304] se preocupan tanto de las fiestas establecidas en honor de Lieo[305].

Acto seguido, si se hace una larga singladura en nave veloz por la superficie marmórea del mar y se pone proa a todo trapo hacia las lejanas Osas Licaonias, se halla Tule[306], que emerge con su inmensa cumbre. Aquí, cuando el fuego

[300] Mineral de plomo argentífero, que se obtenía, o se comercializaba, en las costa gallegas, Gran Bretaña y la isla francesa de Ouessant (cf. *Costas* 94-98).

[301] «Bistónides» equivale a «tracias». Los bistones eran un pueblo tracio, muy belicoso.

[302] Río desconocido de Tracia.

[303] Río de la India, que recibe nombre del dios fluvial Ganges, hijo de Indo (el héroe epónimo de la India) y la ninfa Calauria.

[304] Habitantes de la India (cf. *supra).*

[305] Epiclesis de Baco que significa «el que libera, relaja o desata», equivalente al latino *Liber*.

[306] La isla más septentrional conocida, probablemente Islandia.

de Febo[307] alcanza los Carros[308] situados en el polo, la rueda del sol luciente arde por la noche en un ascua permanente y la noche rivaliza en aportar la misma claridad que el día, pues el sol se desplaza girando por el eje del universo en sentido oblicuo y al declinar, muy próximo ya a la región de poniente, proyecta sus rayos directamente encima, hasta que el noto reciba de nuevo el tiro solar[309], jadeante después de haber recorrido el cielo[310].

Desde allí, las aguas del extenso mar Escítico[311] se extienden hacia la salida de la antorcha auroral. Entonces una isla emerge de las olas azuladas, distinguida con el nombre vetusto de Áurea[312], porque aquí el sol empieza a enrojecer aún más su disco dorado. Observarás también cómo el mar se gira hacia el austro, mientras el Océano arquea las aguas azuladas del mar en dirección al noto; la enhiesta silueta del peñón Colíade[313] pronto se te ofrecerá por aquí y divisarás un cúmulo de extensas campiñas; delante de éstas la isla Taprobana[314], bien asentada sobre su enorme mole por entre las olas, genera elefantes imponentes y el asterismo abrasador de Cáncer la calcina desde arriba. Es de inmensa exten-

[307] El sol.

[308] Las constelaciones de la Osa Mayor y Menor.

[309] Es decir, el carro de Febo Apolo, con el que se desplazaba por el firmamento, y que simboliza al sol.

[310] Se trata del fenómeno del «Sol de medianoche», que se produce durante el «día polar» en el círculo polar Árctico y, alternativamente, en el Antárctico.

[311] Según la concepción geográfica primitiva de la Tierra (Hecateo, Eratóstenes), aparece ésta como un disco rodeado de agua por completo.

[312] La «Isla Dorada», que el sol baña por excelencia, podría ser el Japón.

[313] El monte o macizo Cólide (cf. ss.) hoy Punta Calimere o Calimera, al sur de la India.

[314] Ceilán o Sri Lanka.

sión y despliega en su totalidad un amplio litoral por el mar; junto a uno de sus costados juguetean bancos de bestias acuáticas, monstruos errantes de las profundidades marinas.

Las marmóreas superficies del mar Eritreo hierven plenas de seres salvajes, que, grandes como las mayores cumbres de un monte escarpado, alzan hasta las nubes todo un costado y yerguen su impresionante lomo; el elevado perfil de su espina es como una peña y en lo alto de su corpulenta masa espanta una serie de guijarros puntiagudos. ¡Ay!, que nadie, desplazándose por sobre el oleaje del turbulento abismo marino, jamás haga virar su esquife hacia estas superficies marinas; ¡Ay!, aunque se tratara de un enemigo, que no se meta nadie en estas aguas de olas preñadas de monstruos: sin duda alguna estas bestias abren sus bocas de una enorme abertura, abren la enorme gruta de sus gargantas dispuestas a tragar en sus fauces a las mismísimas quillas, a la par que estos voraces monstruos se aprestan a engullir también a los marinos.

Después, Ogiris[315] asoma su cabeza por sobre el mar salado, en donde la escarpada roqueda del cabo Carmánide[316] se adentra a lo lejos en las olas del piélago. Esta tierra es famosa por el sepulcro del rey Eritreo[317] y sus montes espantan por los pelados picachos. A partir de aquí el mar Pérsico abre su angostura[318]. Nuevamente una isla, si viramos el velamen del bajel hacia el bóreas: la de Ícaro[319], que yergue su pico etéreo a los aires; la isla de Ícaro, consagrada

[315] Isla situada en el mar Eritreo, hacia la entrada del golfo Pérsico, no identificable.

[316] Promontorio de Carmania, país situado al oriente del golfo Pérsico y provincia del imperio persa.

[317] Sobre este rey y el mar que le da nombre, cf. nota 34.

[318] El estrecho de Ormuz.

[319] Isla del golfo Pérsico, no identificada.

al Sol de ígneos cabellos, pues allí humean sin cesar flotantes volutas de incienso de Saba[320].

Tales son las únicas islas diseminadas por las corrientes del océano que merece la pena figuren para ti en este canto. Además, el mar añade muchas otras por doquier, pero son de poca monta y desprovistas de fama. Unas se hallan en aguas de Asia, otras en las de Libia, un tercer grupo mira hacia Europa; sin embargo, ni la dimensión de sus costas, ni sus filones subterráneos, de vana riqueza, las hace recomendables. Algunas de estas islas apenas franquean su litoral a los recios marinos y en muchas de ellas se alzan escolleras abruptas; por todas partes surgen quebradas y las riberas de estas tierras están desoladas. ¿Y quién podría mentar los innumerables nombres de estas islas? Si alguien quisiera hacerlo, sería lo mismo que pretender saber cuántas olas ruedan en alta mar, cuántas estrellas centellean con sus fuegos en el cielo, cuántos robles presenta el Ida, cuántos granos de arena barre por el aire el euro. Ahora, en este poema, mi pluma describirá Asia. Tañe, Febo, tu sabia lira y que el Helicón me inspire desde todas sus grutas. Expondremos la sección más grande del orbe; las Musas nos darán a conocer esta tierra ilustre. Asia sola representa la frontera total de los otros dos continentes y en esta franja de tierra, mediante la que abarca a estos dos continentes, se encuentra la muy amplia cabecera de la rica Asia, prolongándose luego gradualmente hacia las regiones del alba[321]. Cuenta la leyenda que

[320] Situada al sudoeste de Arabia, aproximadamente en el actual Yemen del Norte, sobre el golfo Arábigo.

[321] Los geógrafos antiguos clasificaban la tierra habitada *(oikouménē)* en tres contienentes: Europa, Libia (= África) y Asia.

en estas lejanías se encuentran las columnas de Baco[322], en el área en que las últimas aguas del océano bañan este continente, en donde se yergue el remoto macizo Índico[323], en donde el Ganges, arrastrando sus aguas errantes por los campos, se extiende hacia la llanura de Nisa[324].

No se parece de ninguna manera, en la forma, a los otros dos continentes, ni tampoco es equiparable en extensión, pues al fin un solo mar separa Europa y Libia, mientras que el Océano inmenso es el que rodea bramando a Asia y sus aguas errantes conforman, al penetrar en el bloque compacto asiático, tres golfos: así, el golfo Pérsico se inserta en ella; el golfo Arábigo, el más grande, también la secciona y el mar Hircano, al encajar sus aguas, constituye el tercer golfo; dos de ellos se reviran hacia el austro tenebroso, en tanto que el tercero se orienta hacia la gélida Osa; éste último se extiende hasta las aguas del marmóreo Euxino y su parte posterior mira en la lejanía al céfiro. A orillas de ambos mares se encuentran grandes extensiones de tierra, que se distribuye en vastos labrantíos.

Por lo demás, el inmenso macizo del monte Tauro[325] se tiende sobre Asia y la divide por la mitad con su mole; empieza en las campiñas de Panfilia y despliega las alturas de

[322] Dos columnas míticas levantadas por Baco para conmemorar su victoria sobre la India en los confines de Oriente, semejantes a las de Hércules en el extremo Occidente (cf. v. 1383).

[323] Los «remotísimos montes de los indios», según dice Dionisio *(Per.* 625), podrían aludir al Himalaya o a los montes Ghates.

[324] Hubo varias ciudades o regiones así llamadas; aquí se trata de la ciudad mítica adonde Zeus ordenó llevar a Dioniso, en el monte Meros (Pir-sar), en la India.

[325] Cadena montañosa de Asia Menor, que atravesaba Armenia y Cilicia (actual Toros Daglari, montes Dogu Toroslar o Güneydogu Toroslar, al sur de Turquía).

sus crestas hasta el mar de los indos[326], de modo que lo mismo alza sus picachos en sentido oblicuo y punza tortuoso los aires, que se tiende imprimiendo en el suelo un trazado rectilíneo. Además, es el único capaz de vomitar ríos innumerables, el único que hace correr torrentes a través de las campiñas, bien hacia la región helada de Boyero, bien hacia donde sopla el suave noto, donde brama el euro y donde se levanta el céfiro por occidente. Sin embargo, no es identificado en todas partes bajo un solo nombre: conforme cambia de dirección, brilla como si fuera nuevo y, según el pueblo que habita en sus lomas, según cada lengua extranjera, va cambiando de nombre.

Toma nota ahora, por último, de las etnias que rodean al Tauro. En primer lugar, los meotas, que ciñen el pantano salado[327]; asimismo aparece por aquí el terrible sármata, guerreros que descienden de la legendaria raza de las Amazonas[328], pues en un principio éstas, hijas del Marte Tracio, vivían en las cercanías del extenso río Termodonte[329], pero después emigraron en busca de pareja. El sármata vive en bosques extensos, desde los cuales el Tánais recorre plenamente lejanas campiñas sin civilizar y vierte su caudal en la laguna salada. Este río delimita Europa de Asia. Brota desde

[326] No se refiere en sentido estricto al actual océano Índico, sino, poéticamente, al Oriente remoto.

[327] Pueblo escita que habitaba las proximidades de la laguna Meótida o «pantano salado».

[328] Pueblo mítico de mujeres guerreras y cazadoras, descendientes de Ares (Marte), dios de la guerra, y la ninfa Harmonía, que se localizaba en torno al Ponto Euxino.

[329] Río que corría, brotando del Tauro, por Capadocia, por el centro de Asia Menor (Turquía) y atravesaba el país de las Amazonas (el Termeh Tchai, que desemboca en el Ponto Euxino).

las alturas del Cáucaso[330] y derramándose por los campos escíticos, sustenta a los jóvenes guerreros de pueblos implacables. El invierno azota sus dos flancos con grandes tormentas y los fríos logran congelarlo.

Luego, también el cimerio[331] y los sindos[332] moran en sus proximidades; se halla por aquí el pueblo cerceta[333] y, a su vera, la raza de los oretas[334]; después los aqueos[335], procedentes de las orillas del Janto y del Simunte Ideo[336], que trasladaron su hogar para instalarse entre fragosas y escarpadas cuencas expuestas al cauro. Cerca vive la raza bravía del eníoco[337]; luego los pizos[338], que, abandonando los reinos de los pelasgos, ocuparan antaño los alrededores del Ponto. Junto a ellos vive el colco diligente, que, desterrado del feraz Egipto, cultiva las tierras abruptas de un alto macizo: el Cáucaso, que confina de pleno con las aguas Hirca-

[330] Cadena montañosa que va desde el mar Negro (Ponto Euxino) al mar Caspio (o Hircanio), en cuyas laderas habitaban numerosas poblaciones salvajes. Aún conserva el nombre.

[331] Pueblo tracio (escita), que habitó en el Quersoneso Táurico (Crimea), con capital en Cimerio (cf. vv. 248 ss.).

[332] Pueblo también escita, que se hallaba desde el Cáucaso hasta las orillas de la laguna Meótida, por la zona del Bósforo Cimerio.

[333] Vivían asimismo a orillas de la laguna Meótida.

[334] Pueblo escita que se hallaba también por esta zona.

[335] Colonia griega.

[336] Hubo varios ríos llamados Janto o «el Rojo»; el aquí citado corría por la llanura de Troya y el Janto era el nombre que le daban los dioses en su lengua, frente a los hombres, que, en la suya, lo llamaban Escamandro (cf. *Ilíada* XX 74).

[337] O heníocos, que significa «conductores de carros», «que llevan las riendas»; es un pueblo del grupo sármata; ocupaban el área este del Ponto Euxino.

[338] Pueblo desconocido, al parecer de origen pelasgo (cf. DIONISIO, *Per.* 687).

nias. El Fasis[339] resuena a lo lejos en uno de sus valles, hace rodar sus aguas desde una de las grutas y, fluyendo por las vegas de Circe[340], se precipita en el Euxino.

Esta región se extiende en pendiente desde el punto cardinal del norte en dirección a los confines del alba colindando con dos profundos mares, pues las aguas del Caspio bañan la región ampliamente por arriba y por abajo se halla la salada llanura del mar Euxino. El tosco ibero vive en esta zona; éste, expulsado otrora de las costas tirrenias[341], ocupó las tierras de esta comarca oriental, pues, tal como sucede con frecuencia, el azar, ciego, arrastra de acá para allá a los desterrados de su patria. Domina las planicies de este territorio la raza de los macaritas[342], que acogieron a Baco en sus chozas cuando, tras luchar en la India, por fin vencedor, condujo los escuadrones de Basárides[343]; y regalaron con sus mesas a Lieo, oficiando ceremonias orgiásticas y, ceñido el pecho con una piel de cervatillo, hicieron coros de danzantes según los divertidos ritos de Nisa. Por encima de ellos agita sus olas la Caspia Tetis.

Tengo ahora que hablar sobre este mar. Aunque nunca recorrí las aguas salvajes de este terrible abismo marino en nave alguna de pino, ni errante me arrastré por todo el orbe, sin embargo, cantaré, bajo la inspiración de Febo, las aguas del inmenso Ganges, las cresterías del Cáucaso, los

[339] O Fáside, río de la Cólquide que, procedente de un valle del Cáucaso, desemboca en el Ponto Euxino.

[340] Es decir, las tierras de la Cólquide, patria de Circe.

[341] Occidentales; se refiere a Hispania.

[342] Pueblo desconocido, de difícil transmisión manuscrita.

[343] Bacantes o sacerdotisas de Baco, así llamadas porque se recubrían con una piel de zorro: *bassára* (cf. vv. 1366 ss.).

arienos[344], moradores de los zarzales, y, bajo el patrocinio también de las Musas, recorriéndolo todo punto por punto, lo expondré verazmente en este poema. La Caspia Tetis se despliega formando un litoral redondeado y sus costas van acomodándolo en su totalidad a las curvaturas de la tierra. Este mar se extiende con tal profundidad que la antorcha de la luna reparecerá por tres veces en su plenitud, antes que alguien pueda atravesar su planicie azulada en rápida nao. El Océano es el padre de este abismo marino, pues es él quien desde el sector celeste de Hélice[345], cubierta de nieve, inyecta las aguas agitadas a este mar y de tal fuente obtiene este golfo sus aguas. Por aquí, cerca de las aguas del Caspio habita el escita belicoso, por aquí viven los feroces albanos[346]; dominan aquellos territorios abruptos el terrible caduso[347], los mardos[348] veloces, los hircanos[349] y los apiros[350].

A través de la comarca contigua corre el río Mardo[351] y se acerca a los propios bactros[352], situados en lontananza,

[344] Arianos o arios: habitantes de la Ariana, satrapía persa que ocupaba la meseta irania hasta el río Indo (parte de Irán, Afganistán y Pakistán actuales; cf. vv. 1299 ss.).

[345] Ninfa identificada con Calisto, que fue transformada en constelación por Zeus: la Osa Mayor. Se refiere al Norte (cf. *Fen.* 105 ss.).

[346] Habitantes de Albania, región caucásica, al sudoeste del mar Caspio.

[347] Pueblo a orillas del mar Caspio, por debajo de los albanos; al noroeste de la Antigua Media (hoy territorio del Irán).

[348] Pueblo nómada de bandidos, que vivían desplazándose entre Armenia, Media y Susiana, pero, sobre todo, al sur del Caspio.

[349] Ocupaban la costa sudeste del Caspio, actual distrito iraní de Gurgan (cf. v. 86).

[350] Se hallaban en zona cercana a los hircanos.

[351] Desembocaba al sur del mar Caspio; se identifica con el Sefid-Rud.

[352] O bactrianos: vivían en el país de Bactra o Bactriana, con capital en Bactro, también llamada Zariastes; hoy Belkh, en el Turquestán afgano.

hasta alcanzar con su caudal a los feroces dercebios[353] y corriendo por medio de ellos separa a uno de otro. Desemboca turbulento en las aguas borrascosas del salado mar Hircano. Pero los predios bactrenos se extienden ampliamente en la lejanía y ese pueblo se halla defendido por los riscos del macizo Parnasio[354]; la otra orilla del Mardo abarca a los dercebios y alcanza las aguas del Caspio. Luego, insignes por sus aljabas y céleres saetas, siguen los masagetas[355], tras el glauco río Araxis, linaje recio de solera, que no concibe la vida sosegada; desconocen el sustento de la trigueña Ceres[356] y, siempre ignorantes de Baco, llevan una vida propia de fieras. Comen y beben a la vez, pues sus gargantas salvajes absorben sangre de caballo y leche cuajada. No lejos, en dirección al norte, se aposentaron los terribles corasmos[357], a cuya vera la Sogdíade[358] despliega sus tierras; la Sogdíade, recorrida por el Oxo[359], de enorme caudal. Este río se precipita abundante desde el macizo del lejano monte Hemodo[360] y, fluyendo luego a través de extensas campiñas, desemboca impeliendo hacia atrás, con el flujo de su corriente, las aguas del mar Caspio.

---

[353] O dérbices: ocupaban el país al norte de Hircania, en la zona oriental del Caspio, entre los ríos Oxo y Oko.

[354] Macizo montañoso de la Bactrina, que corresponde al *Paropamisus* o *Paropanisus* de PLINIO *(Hist. Nat.* VI 48).

[355] Pueblo escita que ocupó un amplio sector al este del mar Caspio, por debajo del mar de Aral, hasta Sagaria y Mongolia.

[356] Diosa romana de la agricultura y la vegetación, simboliza el trigo y sus derivados como alimento básico (de ahí «cereales»; cf. v. 701).

[357] Pueblo escita que ocupaba el delta y la margen izquierda del río Oxo, al sur del mar de Aral (hoy jurisdicción rusa).

[358] O Sogdiana; región comprendida entre los ríos Oxo y Yaxartes, con capital en Maracanda (Samarcanda, en el Uzbekistán ruso).

[359] Río que servía de frontera entre la Bactriana y la Sogdiana; desembocaba en el mar de Aral (no en el Caspio); es el actual Amu Daria.

[360] El Himalaya (cf. sánscrito *haimavata:* «nevado»).

Hacia donde se abre la desembocadura de este río, viven en sus orillas los terribles yaxartas[361], con los que nadie se atrevería a competir en tensar el arco, dado que tales arcos son de gran envergadura, construidos a base de resistente y pesada madera de tejo recurvada; las puntas de las flechas son de hierro alargado y los nervios que tensan estos arcos, de probada resistencia.

Acto seguido aparecen los sangrientos tocaros[362], los fruros[363] feroces y los seres[364], que habitan campos desolados. Mezclados con rebaños de ovejas y bueyes, estos seres se dedican a recoger por los bosques los vellones que quedan prendidos en la maleza[365]. Los epétrimos[366] poseen la última tierra; más allá, el territorio se encuentra despoblado y no resuena ya ningún balido de los ganados en los ejidos; por doquier el terreno se extiende horro de hierba, desprovisto de fronda; ningún río hiende estas tierras por parte alguna. Y todas éstas son las estirpes que circundan el amplio perímetro de las planicies marinas del Caspio.

Pero ahora, de nuevo, Camenas, recordadme los pueblos que se hallan desde la Cólquide y el verdoso oleaje del Fasis, en dirección al sol de occidente, hasta los estrechos del

---

[361] No se trata de un pueblo, sino de un río: el Yaxartes (hoy el Syr Daria), que desemboca en el mar de Aral.

[362] Situados al sur del mar de Aral, por encima de la Sogdiana y entre los ríos Oxo y Yaxartes.

[363] Pueblo desconocido, vecino de los tocaros y seres.

[364] Famosos en la Antigüedad por ser los artífices de la seda e identificables con los chinos, ocupaban diversas zonas de Asia central.

[365] Se refiere en realidad al proceso de producción de la seda.

[366] Pueblo inexistente, fruto de la interpretación que Avieno ofrece de DIONISIO *(Per.* 758-759): «Hay además muchos otros escitas, que viven en los confines (del mundo)»: Avieno toma el adjetivo *epétrimoi,* «numerosos», como nombre de pueblo.

mar de Tracia[367]. En primer lugar se encuentra el linaje intratable de los biceros[368]; siguen luego los terribles bequiros[369], los macrones[370], filiros[371] y el ágil pueblo de los durateos[372]. A continuación los tibarenos[373], los cálibes[374], por encima, asentados sobre campos ricos en hierro mortífero, que retumban bajo los altos yunques. Tras ellos se extienden las yugadas de la tierra Asiria[375]; y el Termodonte, que, brotando del enorme macizo Armenio[376], riega las mieses del pueblo de las Amazonas. Asimismo allá se alza la antigua Sinope[377], a gran altura; antaño la doncella Asópide[378], a la que el gran Júpiter deseó ardientemente, tuvo como residencia esta ciudad, que situó en los aledaños de una tierra salvaje y llamó a sus habitantes según su propio nombre.

---

[367] El Bósforo tracio y el Helesponto.

[368] Pueblo salvaje del Ponto y Capadocia.

[369] Población escita del Ponto.

[370] Pueblo también del Ponto, cuyo nombre significa en griego «(hombres) de cabeza grande».

[371] De raza escita.

[372] Dionisio *(Per.* 766-7): «y los que tienen chozas de madera»; Avieno toma el adjetivo *douratéous,* «de madera», como nombre de otro pueblo inexistente, añadiendo el resto.

[373] Habitó las cercanías del sureste del Ponto Euxino, al oeste de los cálibes.

[374] Ocupaban el sureste del Ponto Euxino; eran famosos por sus minas y técnica de fabricación del hierro y el acero.

[375] País del Asia Antigua, ubicado hacia la cuenca central del Tigris (entre Media, Mesopotamia y Babilonia: el Kurdistán), con capital en Assur; actual Irak.

[376] Se refiere a los montes Tauros, hoy Güney Dogu Toroslar.

[377] Ciudad y puerto, colonia griega de Paflagonia, en la orilla sur del Ponto Euxino, que recibe nombre de la heroína mítica Sinope, una de las veinte hijas del dios-río Asopo («el Fangoso» o «Pantanoso»); actual ciudad de Sinop.

[378] O «hija de Asopo», alude aquí a Sinope, de la que se habían enamorado Apolo y Zeus.

No lejos de aquí el límpido Iris[379] hace fluir su manantial. Después, rápido por los valles del macizo montañoso de Armenia[380], aparece el río Halis[381], en la zona en que la rocosa Carambis se inclina hacia el extenso mar.

Luego se despliegan los amplios labrantíos de los paflagones y a su lado habita también el pueblo de los mariandinos[382], de donde antiguamente el Alcida[383] hizo salir al perro de tres cabezas hacia las orillas superiores, sacándolo del Érebo.

En las proximidades, Bitinia[384] muestra sus tierras; aquí el torrente Rebas[385] se extiende a lo largo y lo ancho; el Rebas, que corta las aguas del azulado Ponto; el Rebas, que alarga sus aguas fulgentes como la plata.

Tales son los pueblos que rodean al Ponto Euxino. Acto seguido cantaremos aquellas riberas del Asia, bañada por las verdes aguas del piélago, desde la región del noto hasta el estrecho del rápido y lejano Helesponto y hasta donde espumean las aguas Egipcias, hacia la zona del austro y, en fin, hasta los árabes y los extensos confines de Siria[386]. Así pues, queda expuesta el área que ocupa el escita, el cual vive hacia las heladas Osas.

---

[379] Río que desembocaba al sur del Ponto Euxino, aproximadamente a la altura de Amisos; hoy el Yesilirmak.

[380] De nuevo los montes Tauro.

[381] Río que, asimismo, desembocaba al sur del Ponto Euxino, entre Amisos y Sinope; actual Kizilirmak.

[382] Habitaban Bitinia y recibieron nombre del mítico rey Mariandino.

[383] O Alcides, patronímico de Hércules, por su abuelo Alceo.

[384] País del Asia Menor, entre Paflagonia y Frigia del Helesponto, bañado por el Ponto Euxino y la Propóntide.

[385] Río que atravesaba Bitinia; hoy el Riva.

[386] País a orillas del Mediterráneo, limitado por Egipto, Arabia, Mesopotamia y Cilicia, que abarcaba más territorio que en la actualidad (cf. vv. 1055 ss. y 1150 ss.).

El altozano de Calcedón[387], rodeado de profundo oleaje, mira a lo lejos hacia Europa y las cimeras murallas de Bizante[388]. Detrás de él extiende sus tierras Bebricia[389] y el territorio de Misia[390] yergue las cumbres elevadas de sus riscos hasta las nubes; los misios, a los que surca el Cío[391], que derrama por la callada planicie sus aguas tornasoladas y a la vera de cuyas aguas el hermoso Hilas fue en otro tiempo motivo de profunda perturbación para las ninfas.

A partir de aquí el mar se aboca hacia el azulado Helesponto y la tierra, arqueándose, despliega la Frigia Menor[392]; la Mayor se halla ceñida por el amplio recorrido del río Sangario[393]; ésta, fecunda en pastos, se extiende en su inmensidad hasta las lejanas regiones del oriente; en cambio, allí donde el polo impulsa la bóveda celeste hacia las sombras del ocaso[394] se expande la superficie de la Menor, que se encuentra en las estribaciones del gigantesco Ida y sus territorios confinan de pleno con la desdichada Troya.

Después, desde aquí, rebasando el espacioso Helesponto, se abre la Eólide[395], a lo largo del litoral del salino Egeo.

[387] Ciudad a orillas del Bósforo Tracio, situada en territorio de Bitinia y frente a Bizancio.

[388] Bizante fue el héroe mítico que fundó la ciudad de su nombre: Bizancio, en Tracia, a orillas del Bósforo Tracio y frente a Calcedón, que se hallaba ya en la orilla asiática.

[389] País de Asia Menor, llamado después Bitinia, habitado por los bébrices.

[390] País al noroeste de Asia Menor, poblado por los misios, de estirpe frigia. Se distinguía la Misia Menor, que alcanzaba el Helesponto, y la Mayor, a orillas del Egeo.

[391] Río relacionado con el mito de los Argonautas.

[392] País de población indoeuropea emparentada con los tracios.

[393] Río de Bitinia y Frigia, que desembocaba en el Ponto Euxino, hoy el Sakaria.

[394] Esto es, el occidente o poniente.

[395] Franja costera del Asia Menor, colonizada por los griegos eolios.

Continuando adelante, distiende sus campos el territorio alargado de los jonios[396], atravesado por el enorme Meandro[397], que irrumpe turbulento en las aguas saladas del abismo marino. Cerca de aquí, hacia la zona en que soplan las rachas del helado aquilón, la ciudad de Éfeso[398] alza el santuario de Diana sobre sus fustes, oblación memorable de las Amazonas.

Asimismo, a partir de allí aparece la Lidia[399], que despliega un largo frente hacia el euro; en ella el Tmolo[400] exhibe las crestas de su macizo montañoso cuajado de viñas; el Pactolo[401], portador de oro, hace fluir sus aguas, en tanto que resuenan a través de los campos los cantos de los cisnes; por doquier picotean en sus recurvadas orillas abundantes cisnes; brotan los pastos en las campiñas gozosas y una vegetación exuberante engalana las vegas, siempre feraces. Pero el terruño del Meandro se extiende más fértil y rico aún, pues las aguas del apacible Caístro[402] riegan esta tierra. También aquí un tropel de meonias[403] forma coros de danza, se ciñen cintos de oro y se celebra el rito de Yaco[404];

[396] Zona costera del Asia Menor, a orillas del Egeo, desde la Eólide hasta Licia, fronteriza por el interior con Licia y Caria, llamada Jonia.

[397] Río célebre por su curso tortuoso, que da lugar al nombre común de «meandro» para referirse a las curvas de un río o camino.

[398] Ciudad portuaria de Jonia, de gran riqueza comercial, que poseía el santuario más conocido dedicado a Ártemis o Diana, el Artemisio.

[399] País del Asia Menor con capital en Sardes, entre Misia, Caria y Frigia Mayor.

[400] Monte de Lidia, que destacaba por sus viñas.

[401] Río de Licia que arrastraba arenas auríferas, relacionado con el mito de Midas. Hoy el Sabarat.

[402] Río de Lidia y Jonia que desembocaba en el Egeo, junto a Éfeso.

[403] Mujeres naturales de Meonia o Lidia; equivale a lidias (cf. v. 1258).

[404] Hijo de Deméter, o de Perséfone, y Zeus, era la divinidad que presidía las procesiones místicas de los iniciados en los misterios de Eleusis.

a la vez, con sus alaridos sagrados hieren el espacio y este coro de doncellas alborota enormemente; todo el grupo brinca como gráciles gacelas, dejando en suspenso sus cuerpos etéreos; hasta incluso las ventoleras de los cauros juguetean serviciales para con el dios, participando en las ceremonias rituales del pueblo: así, con frecuencia inflan las capas de seda, mientras los céfiros alborotan y agitan las clámides. Pero creo que ya es el momento de dejar todo esto para los alegres lidios.

Por donde discurre el Janto[405], se extienden las costas de los licios[406], que descienden hacia el mar; verás alzarse las cumbres del Tauro en los confines de Panfilia, en los que es conocido como Crago[407] entre sus moradores. Cerca se levanta la encumbrada ciudadela de la primitiva Side[408]: allí es frecuente ver arder el pábulo en los altares caldeados en honor de Venus Dionea[409]. Asimismo se yergue la alta Córico[410], a su lado se yergue también Perge[411]; brillan a lo lejos los altos tejados de Faselis[412] y su fulgor tremola, emulando los rayos de Febo.

[405] Río de Licia, que pasa por la ciudad del mismo nombre, hoy Essenide o Sirbe. Es diferente del que corría por la llanura de Troya (cf. n. 336).

[406] Habitantes de Licia, pequeño país al sur de Asia Menor, a orillas del Mediterráneo, rodeado por Caria, Pisidia y Panfilia.

[407] Nombre de una cadena montañosa donde residía el mítico monstruo de Quimera; también se llamaba así un promontorio de Licia.

[408] Ciudad de Panfilia a orillas del golfo de Antalaya o Adalia. Dionisio no cita esta ciudad sino Aspendo (cf. *Per.* 851-853).

[409] Porque Venus es hija de Dione. Sin embargo, Dionisio se refiere a Dione, no a Venus (cf. *Per.* 853).

[410] Promontorio en la costa cilicia, junto a una ciudad portuaria del mismo nombre.

[411] Ciudad de Panfilia.

[412] O Fasélide, ciudad de Licia, pero en la frontera con Panfilia, hoy ruinas cerca de Tekrova.

A partir de allá se extiende el territorio de Licaonia[413]; sus activos habitantes recorren los campos y esta raza de hombres terribles pasa sed de torva sangre y sus corazones se apacientan en la guerra. Después, el feroz pisida[414] se afana en sus fértiles labrantíos y a continuación sobresale la ciudad de Telmeso[415]; se destaca también Lirbe[416], señera en su alcázar, alzando las murallas hasta las nubes. Y, asimismo, se yerguen los tejados de la lacedemonia Selges[417].

Acto seguido, un golfo[418] inmenso penetra en la tierra y sus aguas, muy próximas al Euxino, acorralan las tierras así socavadas. Esta región sostiene a los terribles cilicios y se extiende en dirección a la salida del día. Dos ríos atraviesan esta comarca: por un lado hace rodar sus aguas el Píramo[419], por otro desliza apacible las suyas el Pínaro[420]; asimismo, el Cidno[421] separa las murallas de Tarso[422] por la mitad. Desde esta tierra, antiguamente, Pegaso[423] se echó al vacío y dejó

[413] Comarca interior del Asia Menor, flanqueada por Frigia Mayor, Pisidia, Cilicia y Capadocia, habitada por los licaones.

[414] Montañeses del Tauro, en Pisidia, región interior de Asia Menor, rodeada por Frigia, Panfilia y Licaonia.

[415] Ciudad maritima entre Licia y Caria.

[416] Sin localizar, probablemente ciudad de Cilicia.

[417] Situada al interior de Pisidia.

[418] Se trata del golfo Ísico (cf. v. 168), que, en realidad no es tan grande.

[419] Según el mito, Píramo y Tisbe son dos personajes que, tras un desenlace desgraciado de sus relaciones, fueron metamorfoseados por los dioses en corrientes de agua.

[420] Río también de Cilicia, sin identificar.

[421] Río de Cilicia, famoso por la frialdad de sus aguas; recibió nombre del mítico Cidno, hijo de Anquíale.

[422] Capital de Cilicia, hoy Tarsus.

[423] Caballo alado que había nacido junto a las fuentes del Océano, de donde se derivaría su nombre (*pēgaí* = «fuentes», en griego); voló al Olimpo para llevar a Zeus el rayo y, poniéndose a su servicio, residir allí.

en el suelo bien marcadas las huellas de sus cascos, para que con el correr de los siglos esta tierra egregia gozara siempre de renombre, tras los últimos momentos de Belerofonte[424]. Aquí el territorio Alicio[425] alarga sus predios extensos y despunta la cabellera encrespada de sus bosques, a través de cuyas desérticas planicies Belerofonte había arrastrado su vida a un campo oculto. Después, Lirneso[426], Malo, Anquialia[427] y Solos[428], célebre por el poema del poeta nacido allá. Al lado se dibujan las costas de los comagenos[429] y en lontananza la línea fronteriza se curva hacia la zona de poniente, hasta llegar al macizo montañoso del Casio, cubierto de pinos.

A partir de este momento puedes hacerte una idea cabal del conjunto de Asia mediante este sencillo poema. Así pues, figúrate su contorno como sigue: recuerda que se extiende en cuatro frentes; el más largo es aquel que se orienta hacia la salida del astro resplandeciente; ten presente, también, lo que la Musa ha dicho en la primera parte de este poema: Asia entera se halla ceñida por las excelsas cumbres del Tauro, hasta los confines de los indios. Pero fíjate que este macizo montañoso discurre por ese flanco en que Cino-

[424] Hijo de Posidón (o el mortal Glauco) y Eurínome (o Eurímede).

[425] La llanura cilicia de Aleya (o Ale), a la que fue arrojado Belerofonte cuando Zeus lo castigó por su soberbia.

[426] Quizá fundada por habitantes de otra Lirneso que hubo en la Tróade, en la que había nacido Briseida, la esclava de Aquiles.

[427] Ciudades, ésta y Malo, de Cilicia.

[428] Ciudad cilicia situada en la costa, hoy en ruinas, en la que nació Arato, famoso por sus *Fenómenos,* obra sobre los astros también traducida por Avieno (cf. *Fen.* 64-65, e Introducción).

[429] Habitantes de Comagene, comarca o provincia al nordeste de Siria, que formó un estado independiente, hasta pasar a ser provincia romana con Vespasiano.

sura[430] procura nieves invernales; hacia el ocaso del sol discurre el inmenso Nilo; por oriente hierve el mar Índico; a su vez, por el sur las llanuras del salino mar Rojo[431] hacen rodar olas enormes[432].

Las costas de los sirios[433], de perfil curvilíneo, se inclinan derivando hacia el noto y extendiéndose hacia los límites del oriental euro. Su denominación en griego es Cele, porque se encuentra como cercada por dos macizos montañosos y se hunde mucho a la manera de un valle. Hacia la zona del céfiro se alza amenazador el monte Casio; así mismo, por donde rompe el día, el alto Líbano[434] atenaza sus campos. Una parte de la población, que vive retirada en el interior, cultiva las tierras lejos del mar.

La franja azotada por el oleaje salado es territorio de los fenicios. Mudaron éstos antaño su residencia, procedentes del mar Rojo; fueron los primeros que, surcando las planicies marinas, recorrieron las aguas saladas; fueron los primeros en enseñar a transportar las mercancías del universo en sus curvas quillas, los primeros en escudriñar los astros del firmamento[435]. Así pues, el pueblo fenicio habita la ciudad de Yope[436], luego la yerma Elaida[437] y Gaza[438], que se

[430] Es decir, la constelación de la Osa Mayor, el Norte.

[431] El mar Eritreo o actual mar Arábigo (cf. v. 68).

[432] Breve resumen de la descripción continental de Asia, que recapitula otras anteriores (cf. vv. 18 ss., 38 ss. y 817 ss.).

[433] La antigua Siria comprendía una franja costera entre el Mediterráneo y el Éufrates, desde Cilicia hasta Egipto, esto es, mayor que la actual.

[434] Cadena montañosa, célebre por sus cedros. Hoy Djébel el-Libnan.

[435] Los fenicios eran considerados herederos directos de los babilonios, que en propiedad fueron los primeros en haberse dedicado a la Astronomía según la tradición.

[436] Ciudad portuaria, que recibe el nombre de Yope, hija de Eolo y casada con Cefeo, rey de Fenicia; hoy Jaifa.

[437] Sin localizar, quizá abandonada ya en la Antigüedad.

[438] Próxima a la costa.

eleva flanqueada de pleno por esbeltos baluartes. Aquí se halla la opima Tiro[439], la insuperable Berito[440], Biblo[441] y los solares sidonios, en la zona en que el Bostreno[442], deslizando unas aguas deleitosas, hiende besanas de muy refrescadas vegas. Y también aquí Trípoli[443] despliega sus campos de tierra fértil; se yergue a continuación Ortóside[444]; aquí se encuentra Márato[445]; en el extremo de la costa Laódice[446] exhibe su alto soto de torres, bañada por las ondas de un plácido mar esmeralda.

Por aquí verdean los parajes boscosos de Dafne[447], se encumbra el esbelto ciprés, el aromático laurel entrelaza sus ramas, el arrayán despliega la cabellera de Dione[448], se encaraman los altos pinos, los robles rumorosos silban pun-

[439] Ciudad costera fenicia, muy activa comercialmente y famosa sobre todo por su púrpura. En cuanto a la descripción geográfica, ya Dionisio no sigue un orden narrativo estricto.

[440] A orillas del mar, ciudad también fenicia, célebre por su vino. Hoy Beirut.

[441] Asimismo fenicia, actual Yebeil, conocida por el culto y relación con Adonis.

[442] Río fenicio que desembocaba en el Mediterráneo, por encima de Sidón, el actual Nahr-el-Auwaleh.

[443] El nombre de «Trípoli» hace referencia a una unión de «tres ciudades», de las que hubo varias en la cuenca del Mediterráneo (en Laconia, Arcadia, etc.); aquí se trata de la fenicia, que abarcaba Tiro, Sidón y Arado (cf. v. 685). Hoy mantiene el mismo nombre.

[444] Ciudad fenicia no localizada.

[445] También fenicia, situada frente a la isla de Arado, en las proximidades de la actual Ain-el-Hye.

[446] O Laodicea: varias ciudades se llamaron así; aquí se refiere a la fenicia o siria, situada un poco por encima de Arado, a orillas del mar.

[447] Zona de bosques consagrada a Dafne, cerca de la ciudad siria de Antioquía.

[448] O de Venus, porque el arrayán, o mirto, y la rosa estaban consagrados a esta diosa.

zando el cielo y un mullido tapiz de grama se extiende por la tierra.

Después, en medio de los campos se emplaza la ciudad de Apamea[449] y hacia la lejana región en que la luz de Febo alumbra sus primeros balbuceos, resplandecen los altos tejados de Emeso[450], pues al extenderse sobre el suelo despliega sus flancos y remonta hasta los aires del cielo sus torres fulgentes: sus habitantes aguzan el talento aplicados a nobles estudios y un venerable cuerpo de senadores inspira su vida; por último, pasan la vida honrando con devoto corazón al Sol, de cabellos flameantes.

El Líbano hincha las cumbres de sus montañas frondosas y, sin embargo, los altos techados de su templo compiten con aquéllas. Por los alrededores el verdoso Orontes[451] hiende la tierra y, no lejos, se desliza errante por medio de la ciudad de Antíoco[452], sesgando sus aguas a través de las yugadas de la tierra apamena[453]. Aquí la campiña se extiende fértil y las praderas acogen amables a los ganados, Pomona[454] renace sin dificultad por los setos y Ceres se dora feraz en los campos despejados.

[449] Ciudad siria de tierra adentro, en la margen derecha y a medio curso del Orontes.

[450] O Emesa, ciudad siria también en la orilla derecha del Orontes y situada un poco por debajo de Apamea, que no figura en Dionisio *(Per.* 918 ss.); la añade Avieno. Se identifica con la actual Hims u Homs.

[451] Río que nace en el Antilíbano y recorre la Celesiria, vertebrando a sus orillas numerosas ciudades; hoy el Nah al Asi.

[452] «Antioquía»; entre las numerosas ciudades así llamadas, aquí se refiere a la fundada en el 301 a. C. por Seleuco I Nicátor, en honor de su padre Antíoco, en la Alta Siria.

[453] Es decir, de Apamea.

[454] Ninfa o hamadríade romana, protectora de los árboles y frutos en general.

Si de nuevo desviamos el camino hacia el cálido austro, aparecerán cerca las arqueadas llanuras marinas del golfo Arábigo, pues este golfo separa con su caudal a los árabes y al territorio de Siria y difunde en lontananza por medio de ellos su extenso oleaje, y, no obstante, se desvía un poco hacia las regiones orientales, virando hasta los confines de los guerreros elanos[455].

A partir de aquí el país de los árabes extiende sus herbosas campiñas y sus costados se hallan ceñidos por las aguas saladas de un doble mar: en efecto, baña el oleaje del Pérsico un lado y el golfo Arábigo irriga con sus aguas las tierras del otro. A cada mar lo airean desde el cielo sus vientos respectivos; así, el Pérsico se agita bajo el viento euro, el golfo Arábigo se encrespa bajo el céfiro.

El otro sector, que se extiende hacia donde despuntan los primeros rayos de luz y hacia la zona por la que se levanta el noto, portador de nubes, confina con las aguas del océano Rojo[456]; todo este territorio descansa sobre un solar fértil; aquí el ejido exhala sin cesar fragancias aromáticas: las ramas de mirra[457] rompen sus lágrimas, Mirra[458], antaño pasión de Cíniras[459]. Aquí los vellones de los rebaños destilan el vigor del ládano[460]; abunda la cabellera del perfumado ácoro[461]; el mantillo del suelo genera la casia[462]; se

[455] Pueblo árabe.

[456] O mar Arábigo actual.

[457] Goma resinosa que destila un árbol de Arabia y se usaba como ungüento aromático o perfume; cf. *infra*.

[458] También llamada Esmirna.

[459] Mítico primer rey de Chipre.

[460] Esencia aromática resinosa destilada por la jara, de color y olor ambarinos, que se quedaba adherida a la lana de los rebaños según PLINIO (cf. *Hist. Nat.* XXVI 30).

[461] Caña aromática que se halla en Siria y Arabia.

[462] Falso canelo, árbol de corteza aromática.

aglomeran los arbustos del incienso[463] a través de los predios y las alargadas costas producen con generosidad fértiles bálsamos. Una creencia auténtica da fe de que allá Júpiter se sajó el interior del muslo, como si pariera, hasta dar lugar al sagrado alumbramiento de Lieo, cuya frente divina resplandecía. Al nacer Baco le sonrió su padre y por doquier refulgió la morada de los habitantes del cielo y un día de fiesta se desplegó por la límpida bóveda celeste; la tierra derramó sus ricas fragancias; los ganados engrosaron de repente, aumentando sus vedijas; los pastizales renacidos experimentaron su propia primavera; las praderas irisaron su regazo de múltiples flores y los arroyos corrieron más copiosos para las ninfas; incluso por doquier desde las lejanas regiones del interior, el ave dilecta a un dios acumuló abundante amomo[464]. Al punto, Líber[465] se ciñe el pecho con una piel de cervatillo, se sujeta con hiedra los cabellos desordenados, alza luego en alto los tirsos verdegueantes e, irradiando su alegre rostro un fuego de suave luminosidad, se dispara veloz por el espacio en todas direcciones.

En cambio, las tierras próximas al Líbano las aran los nabateos[466] y después se hallan los caulasios[467]; luego los agreos[468] y, acto seguido, el país de Líbdamis[469]; los ma-

[463] Resina que se quema para perfumar.

[464] Planta con la que se preparaba un bálsamo odorífero. El ave se refiere al Fénix. Nacía y renacía de modo extraordinario: al presentir su muerte reunía varias plantas aromáticas (amomo, incienso, etc.) para formar un nido en el que moría y, después, volvía a nacer.

[465] Cf. n. 305.

[466] Pueblo que ocupaba Nabatea, país al noroeste de la península Arábiga.

[467] Vecinos de los nabateos, al occidente de Arabia Saudí.

[468] Próximos a los caulasios, asimismo en la franja occidental de la Península Arábiga.

[469] Líbdamis es un añadido de Avieno donde DIONISIO (cf. *Per.* 957) dice: «la tierra Catramis» o «Catramítica».

cas[470] se acercan a las proximidades de las aguas de Persia[471]; los aledaños del mar Rojo están ocupados por los mineos[472] y los sabatas[473]; más allá, el diligente cletabeno[474] labora las vastas planicies de su rico terruño. Muchas otras razas además abrazan por allá el litoral Arábigo, pero son grupos que viven en la sombra y, en conjunto, sin pena ni gloria.

Después, hacia la región del favonio[475], que nutre los campos con sus auras vivificantes, un territorio salvaje acoge a los montaraces erembas; pasan éstos toda su vida entre erizados riscos y no cejan de encaramarse por los picos más abruptos de las peñas con los miembros al desnudo. La tierra no les produce el sustento necesario, por ello ramonean la gleba, ayuna de pasto y enemiga de cualquier tipo de fruto, como si fueran bestias.

Desde aquí, siguiendo adelante, más allá de las cumbres del alto Líbano, por donde se levanta la luz de Hiperión[476], se encuentra el otro frente de Siria[477], que llega hasta Sinope, a orillas del abismo marino. Aquí, en medio de estas tierras se halla el pueblo industrioso de los capadocios[478].

[470] Los macas ocupaban la zona oriental de Arabia.

[471] O golfo Pérsico.

[472] Ocupaban el oeste de la península Arábiga, famosos por su incienso y mirra.

[473] También sabas o sabeos, que habitaban el país de Saba (cf. v. 801).

[474] Llamados asimismo catabano o catabán, último pueblo árabe citado en esta zona, vecino de los sabatas.

[475] Se refiere al sector este de África, desde el punto de vista e influencia de la península Arábiga.

[476] En rigor, Hiperión era uno de los titanes, pero aquí se aplica al Sol con el sentido propio etimológico de Hiperión: «El que se desplaza por sobre (la Tierra)». Cf. *Fen.* 55.

[477] La primera descripción de Siria se hizo en vv. 1055 ss.

[478] Habitaban la Capadocia, reino situado en el centro de Asia Menor.

Junto a las aguas turbulentas se encuentran a su vez los asirios[479], en la desembocadura del Termodonte, cuyo caudal fluye presuroso y revuelto, en rápida corriente. Y no lejos, hacia donde el oriente eleva su ardiente antorcha, brota el muy crecido venaje del Éufrates[480]; este río, que se derrama procedente de la feroz Armenia[481], tiene su nacimiento enorme allí, en una gruta, y al principio orienta el grueso de su corriente en dirección al sur; pero, virando, se dirige luego hacia la región de la mañana[482] y divide Babilonia[483] por la mitad al paso de sus aguas; después desemboca en las cercanías de las enormes crestas del macizo Teredonio[484], derramando sus aguas copiosas en el mar de Persia[485].

Pasado éste, a una distancia de siete días de camino por las pistas del extenso país, el rápido Tigris[486] hace rodar adelante sus aguas y arrastra en su rápida y amplia corriente peñascos arrancados a los más altos picos y hasta bosques completos. Más aún, una ancha laguna se extiende en mitad del territorio: el Tigris con su caudal colosal la secciona, penetrando abiertamente en la superficie de este

[479] Que, según Dionisio *(Per.* 975), habrían llegado hasta el Ponto Euxino.

[480] El Éufrates (Al Furât) y el Tigris eran los dos grandes ríos que cruzaban y enmarcaban Mesopotamia.

[481] País del Asia Menor, entre Capadocia (O), Mesopotamia (S), Media (E) y el Cáucaso (N), hoy incluido parcialmente en la Turquía oriental, Rusia e Irán.

[482] Es decir, dirección este u oriente.

[483] Ciudad construida a ambas orillas del Éufrates y capital del imperio asirio-babilónico.

[484] Situado en la desembocadura del Éufrates-Tigris en el golfo Pérsico, junto a la ciudad de Teredón.

[485] O golfo Pérsico.

[486] El Tigris, de aguas rápidas, que se funde con el Eufrates en un único río (Satt al Arab), para desembocar en el golfo Pérsico.

lago, el Tosipes[487], cuyas ondas silenciosas quedan estupefactas y cuya líquida planicie se recuesta callada; por último, al modo de las riberas de tierra firme, la faz rasgada de este lago descansa y, como replegándose por ambos lados, canaliza las aguas del río que han penetrado y queda la laguna cortada en dos. Así el Alfeo, ubicado en la Élide[488], hiende el mar, así introduce sus aguas en el piélago, llevando una corriente incólume para su deseada Aretusa[489]. Por tanto, este rápido río es encauzado por el estanque sin obstáculos y al deslizarse en él potencia asimismo la fuerza de su caudal hacia adelante. Ningún otro río se precipita con tanta impetuosidad, ninguno hace espumear sus aguas de esta manera, ni ningún otro oleaje levanta mayor fragor. El territorio que se extiende en medio del país recibe el nombre de «Entre dos ríos»[490], dadas las características de su emplazamiento, ceñido por los dos ríos campo traviesa.

Ni el zagal que apacienta su majada por la amplia pradera o el boyero del hato vacuno, de buena cornamenta, que deambula por las vegas, o el pastor que busca pastizales adecuados para sus chatas cabritas o todo aquel labriego que lanza con destreza la simiente al lecho de los surcos, al cual favorece Pomona, al cual seduce el quejigo de altas ramas y la bellota que cuelga del fértil alcornoque; aquel que dispone los brazos de los pámpanos niseos[491] en orden preciso o el que desbasta diligente olmos para los hogares o bien el

[487] Lago sin identificar, quizá desecado ya; no puede ser el Van.

[488] Región griega al oeste del Peloponeso, con capital de igual nombre.

[489] Ninfa del grupo de Ártemis, que, para escapar a la persecución del dios-río Alfeo, huyó a la isla de Ortigia.

[490] Equivale a «Mesopotamia» (Al Jazirah).

[491] La vid, inventada por Baco, también llamado Niseo (cf. v. 827).

marino que armó su nave para hacerse a las saladas ondas del mar, ninguno de ellos despreciaría estos parajes boscosos; en nada desprovisto, nada escamotea este país, esta tierra de fértil suelo, tal se extiende este territorio rico en arbolado.

La porción de estas tierras que se prolonga hacia el bóreas la cultivan los armenios[492] y los macienos[493], de dura vida. Allí por donde soplan las rachas del noto, Babilonia yergue su alcázar enhiesto hacia las nubes. Antiguamente Semíramis[494] cercó esta ciudad de muros, a los que no lograron consumir las llamas, ni pudo horadar el ariete. Se alza también aquí el insuperable palacio de Belo[495], engastado en plata, mansión que resplandece por el colmillo[496] indio, que recama sus techos de oro, que recubre sus espaciosos suelos asimismo de oro. Por otra parte, la propia comarca que abraza a la ciudad, reverdece merced al oleaje de las espigadas palmeras y fulgura a lo lejos esmaltada de centelleante berilo[497], piedra preciosa que se origina con frecuencia en los campos interiores del macizo de Ofiétide[498], entre arenales cuajados de gemas. Después, por encima de Babi-

[492] Pueblo que ocupaba la antigua Armenia.

[493] Habitantes de Maciena, al sur del mar Caspio.

[494] Reina legendaria de Asiria; autora, entre otras obras, de los famosos jardines colgantes de Babilonia.

[495] Mítico primer rey babilónico, de nombre relacionado con el dios asirio Baal.

[496] Marfil de los elefantes de la India.

[497] Piedra preciosa, variedad de la esmeralda, de color verdemar transparente; conocida también como aguamarina, procedía principalmente de la India.

[498] Avieno interpreta aquí como un macizo montañoso el siguiente pasaje de Dionisio *(Per.* 1012-3): «...la piedra verdosa del cristalino berilo, que se origina por la región en el interior de la piedra ofiétida (= serpentina) en los ribazos (de los ríos)», pensando quizá en la leyenda del gigante Ofión, al que Zeus aplastó bajo la montaña llamada Ofionio.

lonia, hacia la región de las dos Osas, vagan errantes los cosos[499], los masabatas[500] y el calonita[501].

Pero, a continuación, si alguien se dirige a pie desde los riscos del macizo armenio, y alarga sus pasos hacia las riberas orientales, podrá contemplar los reinos médicos[502] a través de extensas llanuras. De entre ellos los que se hallan cercanos al Carro del helado Boyero, poseen fértiles campiñas; se encuentran allá los atropatenos[503], y también los geros[504] y los mardos. A la inversa, los que ocupan el litoral hacia el cálido sur, llevan sangre de la estirpe escita. Pues la salvaje Medea[505] fue la progenitora de este pueblo. Ésta fue descubierta mientras tramaba la perdición para el palacio de Pandión[506], en esos parajes en que la comarca ateniense se vivifica por el hermoso Iliso, y se dio rápidamente a la fuga exiliándose. Después la Eetine vino a parar a estas tierras en vuelo alado y se asentó en estos parajes; no tenía ninguna confianza ni intención de acercarse a sus antiguos colcos.

[499] Pueblo nómada casi desconocido, es probable que pueda identificarse con los coseos o kiseos, al norte de la Susiana.

[500] Habitaban la region del norte de Susa.

[501] También nómadas que se movían por una zona imprecisa del norte de Babilonia y Susa.

[502] La Media, país situado por debajo del mar Caspio, más o menos entre Armenia (O), Partia (E) y Persia (S), está hoy integrado en el Irán.

[503] Habitantes de Atropatene, provincia montañosa del norte de Media, en la orilla sudoeste del Caspio.

[504] País desconocido.

[505] Hija de Eetes, rey de la Cólquide, y de la oceánide Idia, famosa hechicera, digna sobrina de Circe, ayudó a Jasón y los Argonautas a conseguir el vellocino de oro.

[506] Porque Medea intentó matar a Teseo, hijo de Egeo y nieto del octavo rey de Atenas, Pandión.

En definitiva, gracias a ella el linaje de los medos[507] posee la pasión por las artes mágicas. La parte de este pueblo que se encuentra hacia el resplandeciente nacimiento de Febo, habita en medio de peñascales, de cuyas rocas extrae la narcisita[508]. En cambio, los que vagan errantes por zarzales y campos boscosos dedicados al pastoreo, esquilman los pastizales con sus numerosos rebaños.

El país médico se extiende en territorios tan amplios que llega a lindar con los desfiladeros Caspios mediante sus más alejadas tierras. Tales gargantas recibieron el nombre de Puertas de Asia[509], porque con esta entrada se abre, por decirlo así, una puerta y arranca una bifurcación de dos caminos hacia lejanos destinos. En efecto, por donde la Osa cubierta de nieve rota en el eje del firmamento, se abre allá la puerta hacia los hircanos; en otra dirección se abre la puerta hacia los persas, en la zona en que el universo se vuelve hacia el austro portador de lluvias.

Y he aquí que en las enormes estribaciones de esas Puertas, los partos[510] ocupan unas tierras que no se cuidan en absoluto de laborar con la práctica del curvo arado; tampoco acostumbran a preocuparse y trabajar en la labranza de las planicies de sus tierras con los pesados azadones, antes bien se ejercitan sin interrupción en las armas del feroz Marte. Llevan al flanco una daga, con la diestra blanden los hastiles de sus lanzas, cuelgan las aljabas de los hombros y

[507] Reciben nombre del héroe Medo, hijo de Medea, de quien heredaron su afición a las pócimas curativas y venenos (de ahí «médico»). Cf. *supra*.

[508] Gema amarilla del tono del narciso.

[509] O «Puertas Caspias», al sur del mar Caspio, paso cercano a la actual ciudad de Teherán, que, por un desfiladero de los montes Elburz, conducía de Media a Partia.

[510] Pueblo escita que ocupaba Partia, al sur de Hircania, nordeste de Irán.

su arco mortífero siempre se halla presto en la izquierda; no dedican sus vidas salvajes al intercambio comercial, no surcan los mares en cascarones, ni les agrada la dureza de vida del ganado que tiende al rebaño. Antes bien baten los suelos las carreras de los caballos, de aladas patas, y la tierra gime bajo sus cascos; las saetas atraviesan como un enjambre los aires y la amplitud del espacio se cubre de proyectiles.

Y aún más, si tienes parecido deseo de saber algo sobre los persas conjurados[511], si una curiosidad inteligente te arrastra por el mundo, mi Musa te delineará también esas tierras en verso: qué curso llevan las corrientes de los ríos, cómo se alza la cima de las montañas, en qué orillas se recuestan tales campos salvajes, qué prácticas son las que robustecen al persa famoso. En efecto, son los primeros en ocupar las regiones asiáticas; llevan una vida opulenta; además, la tierra les suministra riquezas para todos y estos pueblos alcanzan larga vida. Están acostumbrados a vivir ya en la riqueza desde hace largos siglos, desde que aniquilaron en cruenta guerra a la Meonia[512]. Les agradan las vestimentas de oro y los varones cubren todos sus miembros de oro, forran sus pies de oro: pero tanto lujo debilita los corazones de los persas.

Por su parte, el propio país se halla encuadrado por altas montañas y uno de los flancos presenta una clara inclinación hacia la zona austral, alejándose mucho del norte y mucho también de los desfiladeros del Caspio y se extiende bajo las auras plácidas del sur. Delimitan la extensión de

[511] Habitantes de Persia, país del Asia central, limitado por Media (N), Susiana (O), Carmania (E) y por el golfo Pérsico o Arábigo (S). Deben su nombre a Perses, hijo de Helio y la ninfa Perse. Avieno los llama «conjurados» porque estaban juramentados con los partos contra Roma.

[512] Nombre antiguo del país de Lidia (cf. v. 994).

este país las aguas del golfo Pérsico y tres pueblos[513] habitan su superficie: una parte vive hacia la región de la Osa, colindante con los medos, guerreros en exceso; la segunda nomadea por las planicies centrales del país; por último, un tercer grupo vive hacia la zona en que sopla el noto, cercana al mar.

Además, recorren la tierra de Persia muchísimos ríos y al fluir zigzaguean por sus abruptas riberas. El Ciro[514] hiende los labrantíos, el Coaspes[515] irrumpe en los campos volteando hacia adelante lejanas aguas Índicas, a cuyas orillas sus habitantes persiguen con afán la dorada ágata[516]. Pues cuando las nubes de la estación invernal se han desplomado y su corriente se precipita muy crecida por las lluvias caídas del cielo, entonces este río arrastra tales piedras preciosas en abundancia; por doquier la región de los aledaños verdece alegre por la exuberancia de la tierra.

Pero, allí por donde el golfo Pérsico introduce sus aguas azuladas, la raza de los carmanos[517] habita un amplio sector; la naciente antorcha de Febo los abrasa; abarca tanta extensión de terreno, que no sólo alcanza a colindar con las aguas del glauco abismo marino, sino que a la vez sus yugadas

[513] Avieno suprime el v. 1069 de la *Periegesis* de Dionisio, según el cual estos pueblos eran los sabas, pasagardas y tascos o taocos.

[514] Coro en Dionisio (cf. *Per.* 1073).

[515] Hubo dos ríos con este nombre: uno en Susiana, al sur de Media, actual Karun, que se unía al Tigris cerca de la desembocadura de éste en el golfo Pérsico. Otro en la India, identificable con el Kabul o Attok, nacido en los montes Paropanisos (el Parnaso, hoy Hindukush; cf. v. 914) y que subfluía en el Indo.

[516] Piedra preciosa de fulgor verde dorado (del gr. *agathḗ:* «buena»), del mismo nombre que el río siciliano Acates (sin identificar), donde se encontró por primera vez.

[517] Habitantes de Carmania, país en la orilla oriental y a la entrada del golfo Pérsico.

reptan bien lejos en el interior del país. Por encima de ellos, en cambio, extiende sus tierras el país gedrosio[518], cercanas a las aguas del océano; y junto al río Indo, por el lado de la aurora[519], habita el escita, próximo al suave austro. Ciertamente a este escita lo llaman austral, pues los otros se encuentran más arriba, bajo los embates de la áspera Osa.

El Indo[520] brota desde una caverna del macizo Caucásico y despliega su corriente contra las aguas del lejano mar Rojo[521] y fluye directo hacia el noto con todo el caudal de sus aguas. Por otra parte, el Indo presenta dos desembocaduras y en una franja de terreno que queda en medio, se forma la isla de Patalene[522], de amplia extensión. Asimismo este río separa con su corriente innumerables pueblos: a los oritas[523], arabas[524] y a los ágiles aracotas[525]; al saga[526] traicionero o a los que, distribuidos por pueblos a través de amplias zonas inhóspitas y repartidos en los confines del territorio, cultivan los campos, pero todos bajo la única denominación de arienos[527].

[518] Gedrosia se hallaba al sur de Carmania (cf. *supra),* fronteriza con la India y a orillas del mar Eritreo, hoy Mekrán (Baluchistán).

[519] Es decir, al Este.

[520] Río de la India, también llamado Sind, que desemboca en el océano Índico. Debe su nombre al héroe mitológico Indo (cf. v. 1290).

[521] El Eritreo o mar Arábigo.

[522] Isla en la desembocadura del Indo, con una ciudad del mismo nombre, también conocida como Patale o Patala.

[523] Pueblo próximo a la frontera oeste de la India, en la antigua Gedrosia (cf. *supra,* n. 518).

[524] O arabitas, pueblo al sur de Gedrosia, en Makrán, a orillas del mar Arábigo, al oeste y cerca de la desembocadura del Indo.

[525] O aracosios, habitantes de Aracosia, Antigua satrapía persa, al sur del Hindukush, hacia el centro del actual Afganistán, con capital cerca de la ciudad de Kandarar o Qandarar.

[526] Pueblo quizá identificable con los sagas, DIONISIO (cf. *Per.* 1097) lo llama satraida.

[527] Cf. v. 895.

Tales pueblos, aunque estén recorriendo siempre de arriba abajo arenales estériles, no cosechen los dones de Ceres, ni elaboren los mostos jóvenes en la prensa del lagar, con todo, encontraron la posibilidad de vivir dedicados al comercio del rojizo coral, de buscar los escondrijos del hermoso zafiro y los diamantes acerados.

Calíope[528], cantemos ahora los pueblos y los reinos de los indios. Las últimas tierras del orbe están bañadas por las olas del océano Índico; el sol las abrasa a ellas las primeras con sus rayos, el sol Hiperonio; el sol, joya del inmenso cosmos, progenitor de los astros, dispensador de la luz y energía del espacio.

La raza de los indios es de un color cetrino; la cabellera siempre suelta, con cabellos que imitan a los cárdenos jacintos. Unos penetran en la superficie de un terreno abrupto para extraer de las galerías excavadas en la tierra el mineral de oro, arrancándolo de las rocas; otros elaboran paños y manufacturan vestiduras de lino; algunos otros se dedican al comercio de colmillos troceados de elefantes indios y controlan el mercado del marfil; muchos otros, en la zona en que las tormentas aumentan los ríos con sus precipitaciones, de forma que el cauce arrastra un enorme caudal de agua que rebasa vencedora las altas riberas, diseminados, van en busca del berilo o del diamante, que brinde la corriente turbulenta desde los lejanos confines de tierra adentro; a veces se dedican a pulir en el torno el verde jaspe. Asimismo hay algunos que arrancan las perlas de las ovaladas conchas cabe las aguas marmóreas; otros, a su vez, por afán de riqueza, excavan las vetas de piedra del color de la hierba[529]; otro

[528] Musa protectora de la poesía en general; madre de Orfeo, Himeneo y las Sirenas (cf. v. 6).

[529] Así interpreta Avieno el verso de DIONISIO (*Per.* 1121), que dice: «o la refulgente piedra preciosa del límpido topacio».

grupo busca por los campos amatistas irisadas de un tenue reflejo purpúreo, que la tierra india ofrece siempre generosa y cuyo territorio rebosa de tales piedras preciosas.

Por otro lado, numerosos ríos bañan estas fértiles comarcas; bosques extensos despliegan altas ramas que se mecen y sus cabelleras nemorosas verdean sin cesar. Pero ahora te explicaré el contorno del país, ahora te hablaré en este poema acerca de los ríos, ahora te hablaré de las montañas yertas, ahora, en fin te desmenuzaré las abundantes etnias de esta raza. Ten presente que el conjunto de las tierras indias[530] presenta cuatro flancos y otros tantos ángulos ensamblados en una figura que remata los últimos contornos de la tierra en sentido oblicuo y presenta la forma de un rombo. Por la banda del céfiro el Indo es el límite, hasta que la costa queda cortada por su desembocadura en el abismo marino; por el área del noto se encuentra frente a las extensas aguas saladas del mar Rojo[531]; asimismo, el río Ganges señala el límite del territorio oriental y el Cáucaso[532] se yergue hacia la Osa Licaonia.

En la zona en que el Indo hace correr la ancha franja de sus aguas, se encuentra el pueblo de los dardánidas[533], en el paraje en que el gran Hidaspe absorbe al Acesine[534], que resbala desde lo alto de un rocoso farallón. El tercer río que

[530] Descripción del contorno geográfico de la India bastante acertado en comparación con la de geógrafos anteriores.

[531] Más que el mar Arábigo, se refiere aquí al océano Índico.

[532] No alude al Cáucaso propiamente dicho (cf. v. 862), sino al Hemodo (Himalaya).

[533] No se trata de los «descendientes de Dárdano», sino de los dardas o derdas, actuales dardu (o daradas), que ocupaban el país de Dardistán (hoy Afganistán), famoso por sus yacimientos de oro.

[534] Afluentes del Indo, identificable uno con el Jhelum y el otro con el Chenab.

igualmente atraviesa los campos cercanos es el Cofene[535] y en medio de estas campiñas se hallan los sabas[536], también el pueblo de los escodros[537] vive por esos aledaños y luego tenemos, como en un orden preestablecido, los pueblos de los hileos[538], que trabajan amplias tierras con el arado; acto seguido los gargáridas[539], pueblo devoto de Baco, que también labran la tierra y celebran las orgías báquicas rituales.

Aquí se encuentran el Hípanis[540] y el Cimandro[541], que arrastran sus extensas aguas errantes; se derraman ambos con un gran caudal y desde el lejano macizo montañoso del Hemodo voltean entre sus aguas rubio oro; asimismo penetran también en las campiñas de las riberas del Ganges, que se extienden por la zona en que sopla el noto, a través de amplias tierras, hasta encontrarse con los altos linderos del macizo Cólide[542]. Pero a partir de aquí el propio monte Cólide se orienta hacia las aguas del océano, lleno de cetáceos, y las crestas de su mole se elevan tanto hacia las auras del espacio que impiden el vuelo de las aves con la elevación de semejantes picachos.

[535] Río que, pasando por Kabul, es tributario del Indo por su margen derecha: el Kubha.

[536] Pueblo indio desconocido.

[537] Sin identificar.

[538] Avieno altera el nombre de este pueblo indio, al leer hileos donde Dionisio (cf. *Per.* 1143) pone peucaleos, recordando quizá a los hileos del Epiro, fundados por Hilo (cf. v. 536).

[539] O gangáridas, población india que habitaba las cercanías de la desembocadura del Ganges, en la actual Bengala.

[540] El Vipasa (o Beas), afluente por la derecha del Sutlej (Sutudri), que, a su vez, desagua en el Indo. Hubo otro río llamado también Hípanis, en la Sarmacia europea (el Bourg actual).

[541] Así recoge Avieno el río que Dionisio (cf. *Per.* 1145) llama Magarso o Megarso.

[542] Cf. nota 313.

Mas, en torno al Ganges la comarca es devota de Lieo y el origen de estas ceremonias sagradas y eternas es como sigue: Líber libraba batallas encarnizadas contra los pueblos de los indios, mientras Belona[543] restallaba desplegando su látigo de víboras y los distintos reinos temblaban presa de gran pánico ante la persistencia del dios. Por fin, Líber llegó a orillas del río Ganges y mediante un preludio sagrado principia los combates. Al punto las Ménades[544] permutan el uso de la moteada piel de cabritillo por los escudos y vienen después los astiles de las lanzas a sustituir a los verdes tirsos[545]; las Bacantes se apresuran a desatar sus talabartes de lino y se ciñen el pecho con un dragón ponzoñoso. En lugar de cintas ondulantes culebrean por sus cabellos serpientes venenosas y el fiero Mavorte[546] brinca por todo el escuadrón, que se halla fuera de sí. El general arrebata las águilas[547] para entrar en combate, tiembla el país indio hollado bajo sus pies, mientras las trompas truenan en todo el cielo. Por ello esta raza denominó, con razón, niseas[548] a tales expediciones y establecen ceremonias orgiásticas preceptivas, mediante ritos agitados. Y después que el propio Líber debeló a los terribles indios, asciende vencedor a las cumbres del imponente macizo de Hemodo y a lo lejos contempla todos los pueblos diseminados por la superficie

[543] Diosa romana de la guerra, que correspondería a la griega Enío. Esposa o hermana de Marte.

[544] O «Poseídas de furor»: ninfas que cuidaron a Dioniso (cf. v. 887) cuando era un niño.

[545] Vara enramada de hiedra o pámpanos, y coronada con una manzana de pino o una figura de Baco, que agitaban las bacantes en sus ceremonias.

[546] Nombre arcaico de Marte.

[547] Avieno romaniza su versión añadiendo esta referencia a las águilas o enseñas militares romanas.

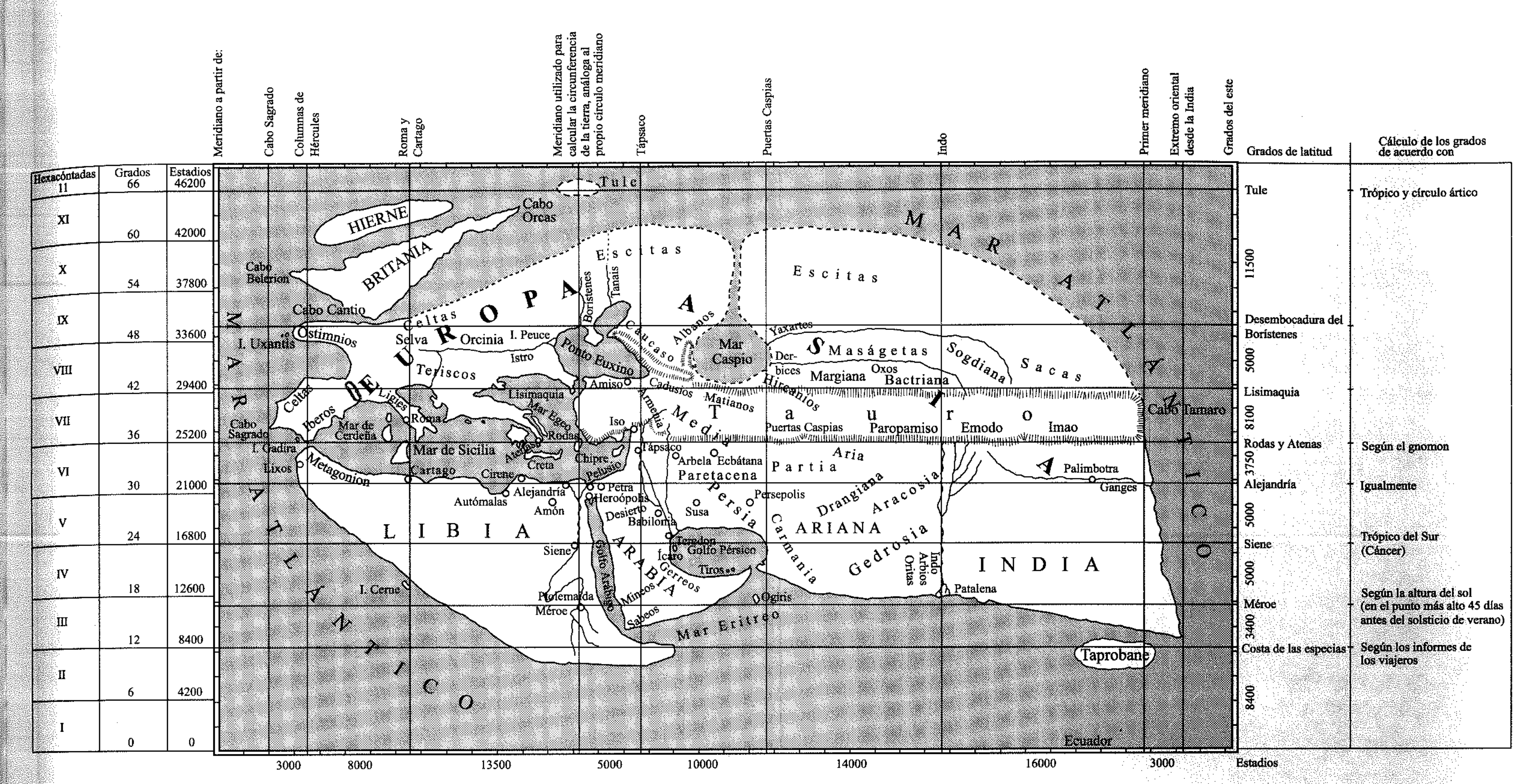
[548] Cf. v. 827.

del país, en tanto que la base de la sobresaliente crestería albea por el oleaje marino. Finalmente, Baco, a lo largo del prolongado litoral del océano Oriental y hasta las más remotas riberas del universo, celebra como vencedor triunfos colmados de laureles tras las guerras índicas, erige dos columnas parejas en los confines de la tierra y, acto seguido, se fue a visitar las aguas del río Ismeno[549].

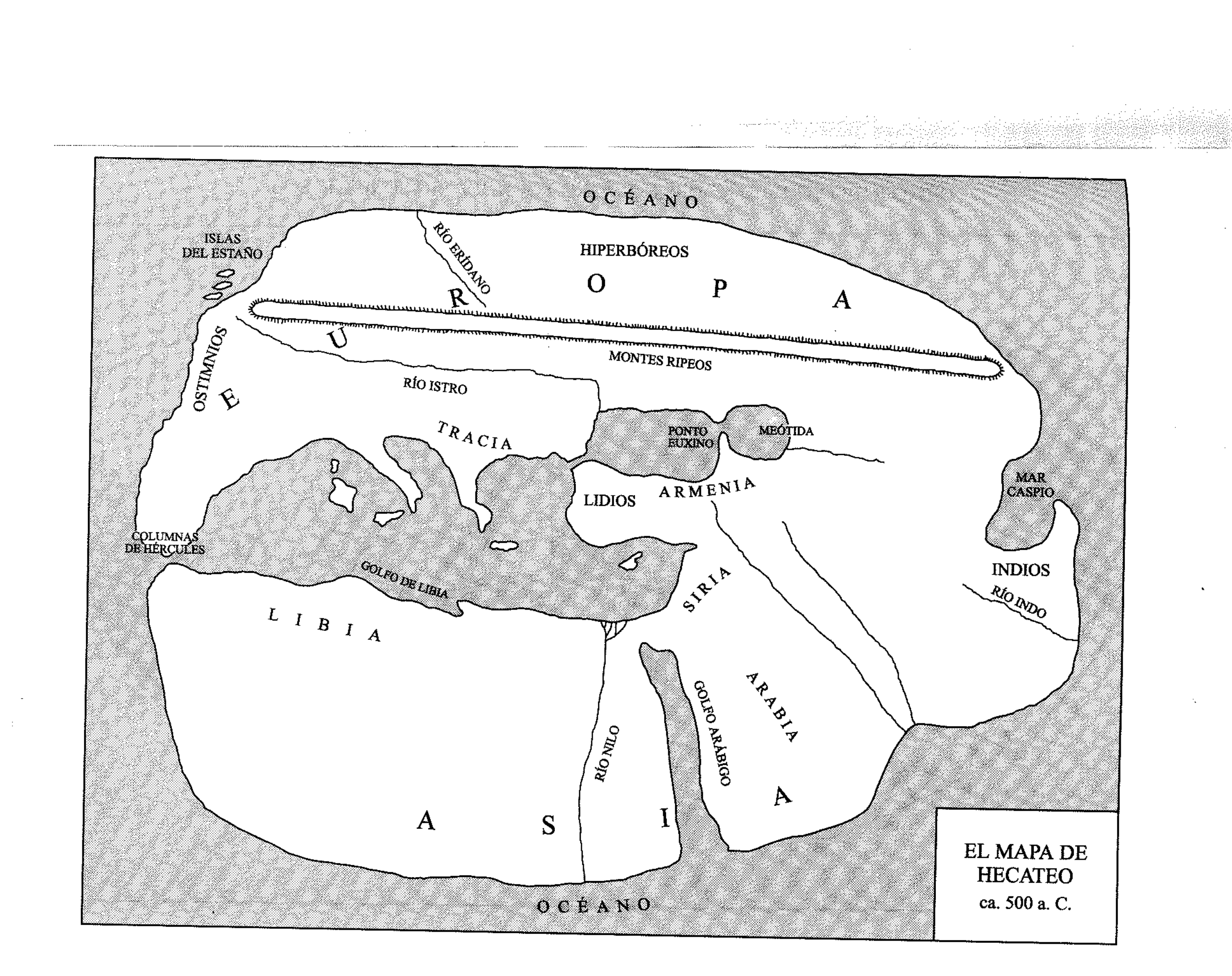
Todos estos son los pueblos que la fama realza en el orbe; los demás son simples masas sin relieve que, a modo de rebaños, vagan errantes por la superficie de tierras humildes; no han logrado la gloria ganada merced al esfuerzo de sus brazos, ni han obtenido prestigio explotando los metales preciosos ocultos en las entrañas de la tierra; viven en parajes desconocidos, siempre privados de renombre hacen su vida a través de territorios inhóspitos, perdidos en la lejanía y, en conclusión, no son dignos de ninguna Musa. Pero tú, padre Febo, y vosotras, Camenas, tropel de preclaro nombre, infundid fama a esta obra aonia[550].

[549] Río de Beocia, próximo a Tebas.

[550] Finaliza el poema con la misma invocación tradicional y ritual a las Musas, protectoras de las artes y de la creación artística en general, con la que se había iniciado (cf. v. 6).



LA TIERRA SEGÚN ERATÓSTENES (ca. 285-205 a. C.)


OCÉANO
ISLAS DEL ESTAÑO
RÍO ERÍDANO
HIPERBÓREOS
E U R O P A
OSTIMNIOS
MONTES RIPEOS
RÍO ISTRO
TRACIA
PONTO EUXINO
MEÓTIDA
LIDIOS
ARMENIA
MAR CASPIO
INDIOS
RÍO INDO
COLUMNAS DE HÉRCULES
GOLFO DE LIBIA
LIBIA
SIRIA
ARABIA
GOLFO ARÁBIGO
RÍO NILO
A S I A
OCÉANO
EL MAPA DE HECATEO
ca. 500 a. C.

LOS PUEBLOS DEL MUNDO CONOCIDO SEGÚN CLAUDIO PTOLOMEO
(ca. 150 d. C.)

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

COSTAS MARINAS

INTRODUCCIÓN

1. La obra

Las *Costas marinas* —lo que se ha conservado es una descripción del litoral europeo, desde las Islas Casitérides hasta Marsella— es un poema de 713 versos, en trímetros yámbicos, con algunos perdidos y una transmisión textual tan corregida y alterada en algunos puntos, que se hace muy difícil su reconstrucción exacta; ésta es una de las principales razones de por qué se han publicado más estudios sobre esta obra que sobre ninguna otra de Avieno. Otra, el hecho de que fuera la de más éxito por el cúmulo de datos —algunos los primeros en la historia—, que aporta para la costa occidental europea, tanto desde el punto de vista económico —primitivas rutas comerciales—, como de topónimos y nombres: cabos, ensenadas, ciudades, pueblos, etc. En particular, tiene un valor único para España por ser el primer documento que recoge el estadio antiguo de nuestra Península[1].

[1] En cualquier caso, cabe recoger la frase de W. Fear *(Classical Review* 47 [1997], 306), en su revisión de la obra de González Ponce (cf. *Descripción,* Introd., n. 8), a propósito de su idea sobre la fecha del s. iv

De hecho, según la hipótesis tradicional, el estado de cosas que conserva Avieno no corresponde a su época, el s. IV d. C., sino al VI a. C., aproximadamente —fecha del *Periplo* de Eutímenes de Marsella *(ca.* 520), que le habría servido de base, según Adolf Schulten[2]—, si bien con noticias puntuales de datos y observaciones posteriores: unas interpolaciones debidas a Éforo, o un poeta griego del s. I, que habría versificado la personal obra de éforo; y adiciones de Avieno o su modelo. En cambio, de acuerdo con otras teorías, los *Periplos* básicos habrían sido dos —uno, que recogía el tema de las costas de Cádiz a Oriente, del s. IV a. C; y otro del III (200-150 a. C), que tenía por tema el Occidente, desde las Columnas de Hércules a Britania—, a los que una tercera mano, de época de Augusto, habría dado unión, siendo el responsable de algunos errores y la base del relato de

como momento de la obra: «If the *OM* is a composite composition of the fourth century A. D. it loses much of its value as evidence for the state of the Peninsula in early Antiquity».

[2] Anterior, pues, a Hecateo, habría sido una de las primeras obras de la prosa griega. Su autor habría descrito las costas de Tartesos a Marsella, añadiendo las noticias que le habrían sido transmitidas por los tartesios sobre las costas occidentales hasta Britania. Pero, como Avieno no habría podido utilizar directamente éste, habría acudido al de otro autor posterior. De acuerdo con otras teorías (A. Blázquez), la base sería el perdido *Periplo* del cartaginés Himilcón *(ca.* 535-480, a. C.). Sobre todo ello, para más detalles del complejo proceso de fuentes y composición, y como resumen, cf. J. P. MURPHY, *Rufus Festus Avienus, Ora maritima,* Chicago, 1977, págs. V-VI; y MANGAS y PLÁCIDO, *Avieno, T.H.A.*, págs. 23-24 y 35-36 (incluso desde la perspectiva arqueológica, en su n. 9). Por su parte, según analizaba GONZÁLEZ PONCE *(Avieno...),* Schulten confundió los géneros, mezclándolos. La producción más comparable a la de Avieno sería el *Mosela* de CLAUDIANO, si bien, también, de mayor calidad; «Descartado el *Periplo* como base única, hay que admitir que Avieno tuvo acceso a toda una variopinta gama de autores que, por medio de florilegios y antologías, le sirvieron de fuente...» *(idem,* «Sobre el valor histórico...», *Faventia* 151 [993], 59).

Avieno[3]. Para A. Berthelot[4], por su parte, la obra de Avieno no responde a una hipotética copia de un *Periplo,* dado que también incluye datos sobre el interior geográfico —no se limita a las *Costas*—, y ello difícilmente podría servir de ayuda a navegante alguno. Ciertamente, igual que en la *Descripción* Avieno no se muestra un geógrafo, en el sentido exacto de la palabra, en las *Costas* tampoco: se limita a aportar algún comentario personal o alguna ampliación. En cualquier caso, la creencia actualmente más fundada, que parece cuestionar la tradicional teoría de Schulten y poner más énfasis en el sistema de trabajo de recopilación y compilación de fuentes de los autores del s. IV, lo considera a él como el responsable último de la selección de los textos y noticias utilizados, y el resultado de su poema como una fusión de datos diversos procedentes de obras y autores de varios siglos, especialmente del VI al II antes de Nuestra Era[5].

En cuanto a la famosa dedicatoria del poema a un tal «Probo» (vv. 1; 24; 51; 632), la identificación más inmediata parece alcanzar al famoso Sexto Claudio Petronio Pr.

[3] Para más datos en torno a los *Periplos*, en general y en relación con la *Ora,* cf. la bibliografía y los datos de la nota 8 de la Introducción de la *Descripción.*

[4] Que, según modesta confesión *(Festus Avienus, Ora maritima,* París, 1934, pág. 7), no encontraba placer alguno en echar abajo las teorías de Albois de Jubainville y Schulten; su idea de recoger la visión geográfica que los romanos tenían de estas regiones en lugar de la de la cartografía moderna (de ahí sus comentarios y representaciones), está en la base de estos comentarios generales nuestros (cf. aptdo. 3).

[5] Cf. *supra,* n. 2; ésta es, también, la idea de P. Villalba y Varneda. Para otras propuestas anteriores, todas en contra de Schulten —la *Ora* sería una mezcla de fuentes griegas y púnicas (S. LAMBRINO, 1957); o la mezcla de fuentes, para el interior distintas de las de la costa, sí en tal caso un periplo (E. PRESCOTT VICENTE, 1967)—, cf. MANGAS y PLÁCIDO, *Avieno, T.H.A.*, pág. 26.

(*ca.* 320-90), muy ligado a la política del s. IV[6] y a su literatura —poeta él y mencionado por sus más importantes representantes: Amiano o Ausonio; Símaco, Claudiano o Jerónimo—. El inconveniente parece ser el propio carácter de la referencia poética, muy alejada por su tono del carácter que impregna la figura del notable procónsul de África (358), cristiano por lo demás[7]: el destinatario parece más joven, y no ligado a un *cursus honorum* tan destacable como el de aquél. La otra posibilidad, la de que el receptor de tales alusiones sea el tercer hijo de éste, Anicio Petronio Pr., cónsul en el 406[8], aunque retrasaría la composición de la *Ora* hasta una fecha próxima al *nuper* de Jerónimo[9], plantea el problema de la relación entre autor y destinatario: el silencio sobre su importante padre, siendo así que el propio Avieno se coloca en una posición casi de tal, parece extraña[10]. ¿Un nombre, notable en la época, utilizado como referente ficticio por parte del creador poético? Tal vez. También Mirmeico es, como vimos, un desconocido.

[6] Procónsul de África (358), y Prefecto del Pretorio (en cuatro ocasiones, entre 364 —según otras fuentes, la primera habría sido en el 368—, y 383); y cónsul con Graciano (371), firme valedor de la política de Valentiniano (muy tolerante en cuestión religiosa, pese a su propio credo) y Teodosio (al que dedicó sus poesías, y las de su padre y abuelo), aunque su actividad política no estuvo exenta de críticas, sobre todo en su tercera y más larga prefectura. Para su sugestivo retrato, cf. AMIANO, 27, 11; y para más datos sobre él y sus hijos (Anicio Hermogeniano Olibrio y A. Probinus, cónsules del 395, y A. Petronio Pr., *infra*, n. 8), *RE* I, cols. 2204-2207.

[7] Los intereses de la importante *gens Anicia*, su clan, le obligaron a sostener esta política. Cf., además, Introd. gen., n. 30.

[8] A él se inclinaba A. SCHULTEN (*Fontes Hispaniae Antiquae*, fasc. I: *Avieno, Ora maritima*, Barcelona-Berlín, 1922, y Barcelona, 1955^2, pág. 91).

[9] Sobre esto, cf. Introd. gen., n. 16.

[10] Para el argumento, cf. SOUBIRAN, *Les Phénomènes...*, pág. 11.

2. ESTRUCTURA

Aunque, como decíamos, no se conserva el original/-es, ese *Periplo* griego en el que Avieno se basó para su adaptación al latín, es importante recoger la estructura del poema para observarla globalmente, advertir cómo responde a las características generales de este tipo de creaciones y entender la parte perdida, lamentablemente el triple de lo conservado, pues la descripción debía llegar hasta la laguna Meótide y Asia Menor, recorriendo, quizá, todo el Mediterráneo:

A. Introducción:

- Referencia a Probo[11] y conocimiento del mar Táurico: vv. 1-6.
- Intención y propósito didáctico de Avieno; emplazamiento del mar Meótico: vv. 7-33a.
- Documentación histórica y literaria: vv. 33b-50.
- Proyecto de la obra: islas, golfos, promontorios, macizos montañosos, ciudades, ríos, puertos, lagunas, lagos, montes, mares: vv. 51-73.
- Intención del autor: remontarse a tierras del norte: vv. 74- 79.

B. Desarrollo:

a) Costa atlántica desde las Columnas de Hércules y Gadir hasta Estrimnis:

- *Excursus* geográfico; golfo Atlántico: Gadir-Tarteso; Columnas de Hércules; peñón de Estrimnis; golfo Estrímnico; islas Estrímnides; pue-

[11] Sobre éste, cf. *supra*, aptdo. 1 y n. 6; e Introd. gen., n. 30.

blo marinero; isla Sagrada; isla de los albiones: vv. 80-116.

— Antiguas rutas comerciales; Himilcón: peligros para la navegación; pueblo ligur: vv. 117-145.

b) Ofiusa y litoral atlántico hispano:

— Ofiusa; medición itineraria y marina; costa norte; costa gallego-portuguesa; leyendas del mar; pueblos, islas, cabos: vv. 146-204.

C. Zona de las Columnas:

— Río Ana; peñón Sagrado; medición marina; país tartesio; río Tarteso; peñón Cefíride; peligros de la mar; laguna Etrefea; ciudad de Herbo: vv. 205-245.

— Río Ebro; Cartare, monte Casio; Geronte; golfo tartesio; mediciones marinas; Gadir-Tarteso; río Tarteso; monte Argentario; pueblos; isla Eritía; isla de Venus; ríos Besilo y Cilbo: vv. 248-321a.

— Peñón Sagrado; Herma; ruta y Columnas de Hércules: Ábila y Calpe; documentación literaria e histórica; medición marina; colonización de Cartago: vv. 321b-380b.

— Himilcón; temores sobre el océano; cuatro irrupciones del océano en el mar Interno: mar Hesperio-Atlántico; Hircano; Caspio; Pérsico; Arábigo; terrores de la mar: vv. 380b-416.

D. Singladura por el Mediterráneo:

a) Desde las Columnas a Pirene:

— Columna Libístide y de Europa (Columnas de Hércules); río Criso; pueblos; macizo Barbecio; río y ciudad de Malaca; isla Noctiluca; monte Siluro; cabo de Venus; Herma; puerto Nanmacio; isla Estrongíle; río Teodoro; frontera tartesia: ciudad de Herna; río Alebo: vv. 417-471.

— Isla Gimnesia; río Cano; islas Pitiusas-Baleares: vv. 467-471.

— Pueblo ibero; Ilerda; Hemeroscopio; ciudad Sicana; río Tirio y ciudadela de Tiris; pueblo de los beribraces; ciudades vecinas y Tiricas; río Óleo; monte Selo; ciudad de Lebedoncia; ciudadela de Salauris y Calípolis; Tárraco; ciudad de Barcilonas; indigetes; cabo Celebándico; ciudad de Cipsela; monte Malodes; marisma de Tono; peñón Tononita; río Anisto; ceretes-ausoceretes (iberos): vv. 472-551.

b) Desde Pirene hasta los ligures:

— Pueblo sordo; Pirena; medición marina; litoral cinético; río Roscino; laguna Sordice; río Sordo; islas Piplas: vv. 552-682

— Elesices; ciudad de Naro; río Atago; laguna de Hélice, Besara; ríos Heledo, Orobo, Tirio; cabo Cándido; isla Blasco; montes Setio y Tauro; ciudad de Poligio; Mansa; Naustalo; río Clasio: vv. 583-621.

E. Región ciménica y ensenada ligur:

— Macizo del Setio: vv. 622-630ª.

— Río Ródano; Alpes; trayectoria del sol; hiperbóreos; pueblos, pantano de Accion; ciudad de Arelato; medición marina: vv. 630b-699.

— Pueblo de los nearcos; ciudad de Bergine; pueblo de los salies; ciudad Mastrábala; promontorio Cecilistrio; ciudad de Masilia: vv. 700-713.

La interrupción del poema da a entender que continuaba. Aunque no es posible valorar el añadido de Avieno, es fácil, sin embargo, aislar sus observaciones. En todo caso, el problema de sus fuentes directas está todavía bajo discusión. A la espera de más elementos de juicio, sería mejor dar por

terminada la etapa Schulten[12], al que siguen la mayoría de los comentaristas de manera ciega, y atenerse a la *editio princeps* y al texto de Holder.

3. Aspectos Metrológicos

Igual que en los precedentes casos hicimos una breve reflexión sobre las condiciones y conocimientos de la astronomía y la geografía cuyo legado transmitía Avieno, también aquí, para valorar y aquilatar, lo más correctamente posible, sus indicaciones, conviene tener presente algunos detalles sobre las condiciones de la navegación y de los desplazamientos por vía terrestre en la Antigüedad.

En primer lugar, las propias fórmulas de medición: la simple evaluación de las distancias por días o jornadas de navegación, equivalentes a 17 horas (= 700 estadios) para singladuras cortas y de día; y a 24 horas, para las largas que precisaban varias noches de navegación. Y un sistema más perfecto que permitía convertir las mediciones a estima en distancias computadas en estadios o millas [13]. El estadio correspondía a la distancia recorrida en 1/30 de hora, o dos minutos. Aunque hubo muchos tipos, podemos adoptar como valor medio el ático (= 177 m.). La milla romana equivalía a 8 1/3 de estadio (= 1480 m.).

[12] Para un comentario detallado a su primera edición, cuya introducción y comentario estaban en castellano —la versión del Poema correspondía a J. Rius y Serra—, pero cuya segunda (1955) ignoraba, lamentablemente, la de A. Berthelot (1934) —muy ligado a la *editio princeps*—, cf. Murphy, *Ora M.*, págs. V-VI; y M. J. Pena, «Avieno y las Costas Cataluña y Levante», *Faventia* 11/2 (1989), 9-10.

[13] Cf. Heródoto, IV 85-86.

La casuística con respecto a las mediciones varía según los testimonios de los autores antiguos, lo que se debía al factor subjetivo de ser el capitán el que hacía la estimación, que, en definitiva, dependía de su experiencia, de las propias condiciones marineras del barco y del tiempo. Es lógico por tanto, que el cúmulo de noticias sobre distancias recorridas y velocidad empleada varíe. En ésta, en general —prescindiendo del caso especial de la marina de guerra, las *naves longae*—, se daban estos promedios: un carguero o mercante de la época —*navis oneraria/ mercatoria*—, de vela cuadrada, alcanzaba 5 nudos por hora (= 9 Km./hora), con viento favorable, frente a los 12-15 actuales. Las naves rápidas, de correo o transporte ligero —*liburnae*—, especie de bergantines o goletas, llegaban a los 10-12 nudos/hora [14].

Por lo que se refiere a la distancia recorrida, ésta oscilaba entre 300 y 400 estadios por día, en condiciones normales, esto es, entre 53 y 70 Km.; 500-600, ó 700-900, en las mejores condiciones —de día y con viento favorable— y con barcos de primera categoría [15].

El transporte y las comunicaciones por mar tenían la ventaja de ser más económicos para los cargamentos pesados, pero no carecían de problemas: desde el punto de vista de las creencias religiosas —el que desaparecía en la mar, sin poder ser enterrado, no alcanzaba la paz eterna en la otra vida—, hasta los riesgos graves de ser interceptados por piratas y esclavizados; además, estaba limitada por el calendario, que fijaba los períodos de cierre y apertura. Por vía terrestre, el de viajeros (el peso de la carga autorizada de sus coches oscilaba entre 200-330 Kg.) y mercancías, regulados por ley, tenían también sus restricciones. Los vehículos lige-

[14] Cf. Plinio, *Hist. Nat.* XIX 3-4; Estrabón, III 144.

[15] Cf. Heródoto, IV 85-86.

ros (correo) cargaban de 65 a 100 Kg. y alcanzaban no más de 60 Km. por día, si pertenecían a empresas privadas; el correo estatal de época imperial *(cursus publicus)* llegaba a los 150 Km. por día, pero sin detenerse, marchando noche y día, a una media de 5 millas por hora (= 7,4 Km./hora). En cambio, el transporte pesado —como máximo llegaba a los 500 Kg.—, tenía una media de 30 Km. por día, a una velocidad media de unas 5 millas por hora. Por lo que respecta a los desplazamientos a pie, César, famoso por su rapidez, recorría 100 millas[16] al día (= 148 Km.); hoy, un soldado puede llegar a los 30 Km., y un excursionista entrenado a jornadas de 25 Km.[17].

Avieno, por su parte, añade en sus *Costas* indicaciones sobre esta cuestión: «un trayecto de uno» (vv. 222-223a) o «dos soles» (108-109); «siete días de marcha a pie» (146-151); un trayecto de «un día» (266-267a:) o «dos días» (172b-173); «una travesía para las naves de cinco días» (162b-164a), o «de dos días con sus noches» (v. 699); y «una carrera de siete días» (562-565a).

4. Ediciones y Traducciones

Abraham Ortelius (1527-1598), *Ora marítima,* copia manuscrita hecha, probablemente, a partir de la del Pisano.

M. Cortés y López, *Diccionario geográfico-histórico de la España antigua,* vol. II, Madrid, 1835.

[16] Cf. Suetonio, *Julio César* 57.

[17] Para todo ello, con más detalle, cf. las obras de Cuntz, Schnetz, Chevallier, Forbes, André y Baslez, Hultsch, Pomey *et alii;* Lehmann-Haupt, y G. Menéndez Pidal, recogidas en esta bibliografía y la de la *Descripción.*

A. Blázquez y Delgado-Aguilera, *Avieno, Ora maritima,* Madrid, 1923.

J. Lafuente Vidal, *Ora Maritima,* traducción y localización de sus citas, Madrid 1949.

A. Schulten, *Fontes Hispaniae Antiquae,* fasc. I: *Avieno, Ora maritima*, Barcelona-Berlín, 1922 (trad. poema, J. Ríus y Serra); Barcelona, 1955².

A. Berthelot, *Festus Avienus, Ora maritima,* París, 1934.

D. Stichtenoth, *Rufus Festus Avienus, Ora maritima,* Darmstadt, 1968.

J. P. Murphy, *Rufus Festus Avienus, Ora maritima,* Chicago, 1977.

J. Ribeiro Ferreira, *Orla Marítima,* Coimbra, 1985.

P. Villalba i Varneda, *Ruf Fest Aviè, Periple (Ora maritima),* Barcelona, 1986.

5. Selección Bibliográfica[18]

AA.VV., *Derrotero número I: Costa norte de España,* Cádiz, 1989; Supl., 1996. Instituto Hidrográfico de la Marina.

—, *Derrotero número 2.* Tomo I*: Costa NW de España,* Cádiz, 1993; Supl., 1997. Tomo II: *Costas de Portugal y SW de España,* Cádiz, 1990; Supl., 1994.

—, *Derrotero número 3.* Tomo I: *Costas del Mediterráneo,* Cádiz, 1991; Supl., 1995.

J. Alvar, J. M Blázquez, *Los enigmas de Tarteso,* Madrid, 1993.

P. Alzola y Minondo, *Historia de las obras públicas en España,* Madrid, 1979.

A. Castillo Yurrita, «La Costa Brava en la Antigüedad», Ampurias, I, 1939, págs. 186-267.

[18] Cf., además, las obras citadas en la *Descripción,* y su nota 21.

O. CUNTZ, *Itineraria Romana,* vol. prius: *Itineraria Antonini Augusti et Burdigalense,* Leipzig, 1929.

FCO. J. GONZÁLEZ PONCE, «Sobre el valor histórico atribuible a la *Ora Maritima:* las citas de los iberos y otros pueblos como paradigma», *Faventia* 15 (1993), págs. 45-60.

F. HULTSCH, *Griechische und römische Metrologie,* Berlín, 1882 (reprod., Graz, 1971).

J. J. de JÁUREGUI, *La carrera del estaño en la «Ora maritima» de Avieno,* Madrid, 1952.

W. KROLL, «Schiffahrt», *RE* II A 1, cols. 408-419.

J. LAFUENTE VIDAL, «Fecha histórica de España que parece reflejar el poema de Avieno, *Ora Marítima»,* II Congreso Arqueológico Sudeste Español, Albacete, 1946, págs. 189-206.

E. LEHMANN-A. HAUPT, «Stadion (Metrologie)», *RE* III A 2, cols. 1930-1963.

G. MENÉNDEZ PIDAL, *España en sus caminos,* Madrid, 1992.

P. NEGRE PASTELL, «Los nombres primitivos de los ríos Muga, Fluviá y Ter», *Anales del Instituto de Estudios Gerundenses,* I, 1946, págs. 188-189.

FCO. OLLER-V. GARCÍA-DELGADO, *Nuestra vela latina,* Barcelona, 1996.

M. J. PENA, «Avieno y las costas de Cataluña y Levante (I), *Tyrichae: *Tyrichai ¿La Tiria»?, Faventia* 11/2 (1989), págs. 9-21.

— «Avieno y las costas de Cataluña y Levante (II), Hemeroskopeion-Dianium», *Faventia* 15/1 (1993), págs. 61-77.

C. PEMÁN, *El pasaje Tartésico de Avieno a la luz de las últimas investigaciones,* Madrid, 1941 (vv. 53-424).

P. POMER *et Alii, La navigation dans l'antiquité,* Aix-en-Provence, 1997.

A. RAINAUD, «Geographia», *Dictionnaires des Antiquités Grecques et Romaines,* París, 1896 (repr., Graz, 1969), págs. 1520-1542.

J. RAMIN, *Mythologie et geographie,* París, 1979.

A. RIESE, *Geographi latini minores,* Heilbronnae, 1878.

C. SANTINI, «Il prologo dell'*Ora Maritima* di R. Festo Avieno», en *Prefazioni, prologhi, proemi di opere tecnico-scientifiche latini,* ed. C. Santini-N. Scivoletto, Roma,1992, págs. 935-947.

J. SCHNETZ, *Itineraria Romana,* vol. alterum, *Ravennatis Anonymi Cosmographia et Guidonis Geographica,* Leipzig, 1940.

M. TARRADELL, *Les arrels de Catalunya,* Barcelona, 1982.

P. VILLALBA I VARNEDA, *Orígens dels Països Catalans en els clàssics grecs i llatins,* Barcelona, 1984.

6. LECTURAS Y VARIANTES

Indicamos, a continuación, aquellos términos o pasajes en los que por diferentes razones hemos elegido la lectura de la *Editio Princeps* (reproducción de Villalba y Varneda) en lugar de la utilizada habitualmente de Holder:

	ED. HOLDER	LECTURA ADOPTADA
17	rerum	veterum
172	in auras	in oras[19]
196	Ligus	lucis
252	amni	amnem
275	tantum	tamen
363	madere	manere
449	Nam notius	Namnatius
676	Lemenicum	temenicum
700	Auatic[h]i	nearchi
702	paludis	paludes

[19] Aunque la *editio* no es clara en este giro, la lectura de Villalba y Varneda, sí.

COSTAS MARINAS

Considerando, Probo[1], que a menudo tú me has solicitado, con toda tu alma y sentimiento, que pudieran conocer el emplazamiento del mar Táurico[2], con una fiabilidad razonable, aquellos que se encuentran alejados en las zonas más remotas de la tierra[3], he puesto gustoso manos a este trabajo a fin de que tu deseo fuera viendo la luz en este poema[4].

Pensé, verdaderamente, que en rigor no estaba bien, dada la edad que ya tengo, el no exponer a tu criterio el contorno de aquel país del que había yo tenido noticia por páginas antiguas y mediante una lectura muy profunda a lo largo

[1] Pariente y amigo de Avieno, probablemente Sexto Petronio Probo, cónsul en 371; o bien su hijo Anicio Petronio Probo, cónsul, también, en el 406, al que se referirá a lo largo de toda la obra (cf. Introducción).

[2] El mar de Azov, también llamado Meótida Tetis, laguna Meótida o mar Escítico en la *Descripción* (31, 243 y 768), citado más adelante (vv. 32-33 y 69).

[3] Es decir, los que vivían en los límites del Imperio, alejados del centro de la civilización por antonomasia de entonces, la grecorromana.

[4] Como en la *Descripción* y los *Fenómenos,* Avieno inicia esta obra con una introducción o preámbulo personalizado, no propiamente ritual, que se extiende hasta el v. 79.

de toda mi existencia[5]. Pues creo que negar a otro lo que se posee, sin detrimento alguno, es típico de un inculto y un rudo. A esto hay que añadir que tú eres para mí como un hijo, por amor y lazos de sangre. Pero ello no bastaría, si no supiera que que tú has devorado siempre, con ansia inagotable, los escritos y los tratados recónditos de los antiguos; que eres de natural abierto, dotado de sensibilidad; que tu corazón siente una sed insaciable por tales materias y que guardas buena memoria, más que nadie, de lo que has aprendido. ¿Por qué habría de derrochar inútilmente los secretos de las cosas en un inconstante? ¿Quién se empecinaría en tratar temas profundos con alguien incapaz de seguirlos? Por lo tanto, muchas razones, muchas, Probo, me han impulsado a satisfacer por completo lo que me habías solicitado tan insistentemente. Más aún, he considerado que desempeñaría la función de un padre, si con notable riqueza y profusión de datos mi musa diera a conocer tu deseo. Conceder lo pedido, en efecto, es propio de un hombre desprendido; aumentarlo en cambio, colmándolo de un regalo añadido, es propio de un talante bondadoso y noble.

Me preguntaste, si recuerdas, cuál era el emplazamiento del mar Meótico. Sabía que Salustio[6] lo había indicado y no iba a negar yo que sus palabras han sido consideradas por todos de autoridad bien fundada. Por consiguiente, a la preclara descripción, en la que este narrador, de estilo y credibilidad vigorosos, brindó el contorno y el aspecto de los lu-

[5] Referencia muy general a sus fuentes, especificadas luego (vv. 32 ss.). Este respeto a las «páginas antiguas», a pesar de ser un cliché literario en la literatura latina, es índice del talante tradicionalista de Avieno, que debió componer estas *Costas marinas* en edad ya avanzada.

[6] Historiador romano (86-36/5 a. C.).

gares casi como si estuvieran a la vista, con el peculiar atractivo de su lengua, hemos añadido nosotros muchos datos, tomados de los comentarios de muchísimos otros autores.

Se encontrará aquí, pues, a Hecateo de Mileto[7] y Helánico de Lesbos[8]; asimismo Fileo el ateniense[9], Escílax de Carianda[10]; a continuación Pausímaco[11], a quien engendró la antigua Samos, incluso Damasto[12], nacido en la noble Sige, y Bacoris[13], originario de Rodas; también Euctemón[14], conciudadano de la metrópolis ática; el siciliano Cleón[15], el propio Heródoto de Turios[16] y, por último, aquel que es la gran lumbrera de la elocuencia, el ateniense Tucídides[17].

[7] Autor de los ss. VI-V a. C., considerado como fundador y padre de la Geografía, perteneciente al círculo de la Jonia arcaica y discípulo de Anaximandro.

[8] De fines del s. V a. C., originario de Mitilene y perteneciente al círculo cultural jónico, escribió numerosas obras, de las que apenas quedan fragmentos, sobre mitología e historia de ciudades y pueblos.

[9] O Fileas, s. V a. C. Autor poco conocido, que escribió una *Periegesis* o *Periplo,* de la que sólo se conservan fragmentos.

[10] Autor importante, del s. VI a. C., que ofrece descripciones geográficas con cierta forma ya literaria.

[11] Geógrafo, probablemente del VI a. C., de obra perdida.

[12] Geógrafo contemporáneo de Heródoto, s. V a. C., que redactó, entre otras obras, un *Periplo* basado en Hecateo (cf. vv. 370 ss.).

[13] Como Pausímaco, desconocido. Sólo aparece citado aquí.

[14] Filósofo y científico ateniense del s. V a. C., sobre el cual no quedan más que noticias.

[15] Sólo conocido de nombre.

[16] S. V a. C. Uno de los pilares de la historiografía griega.

[17] Historiador ateniense, ss. V-VI a. C., que escribió sobre el hecho bélico más importante, para él, de la historia griega: la guerra del Peloponeso.

Aquí por lo tanto, Probo, parte de mi corazón, tendrás todas las islas que se alzan por la llanura marina[18], esto es, por ese llano que, tras las ensenadas formadas por el orbe terrestre al abrirse como en un bostezo[19], impele a Nuestro Mar[20] desde el estrecho tartesio y el oleaje atlántico, hasta las tierras lejanas; asimismo, los golfos arqueados y los promontorios; cómo la costa se extiende en suave pendiente, cómo los macizos montañosos se adentran profundamente en las olas y cómo famosas ciudades se ven bañadas por el mar; cuál es el nacimiento de los ríos más grandes, cómo los ríos prorrumpen en la vorágine del ponto y cómo las islas, con frecuencia, son abrazadas por esos mismos ríos; cómo los puertos arquean ampliamente sus seguros malecones; cómo se rellanan las lagunas; cómo reposan los lagos; cómo los altos montes elevan sus riscos pedregosos; cómo el oleaje del turbulento mar, blanco de espuma, ciñe a los bosques.

Éste será, pues, el objetivo de nuestro trabajo: la exposición detallada del hondo mar de Escitia[21] y el llano marino del salado Euxino[22], incluso islas, si es que alguna emerge

[18] El Océano, entendido según el concepto geográfico primitivo-mitológico, es un río gigantesco que rodea la Tierra (cf. *Des*. 9-10; y *Costas*, n. 109).

[19] Acorde con la tradición de la poesía didáctica, Avieno intenta explicar, de forma expresiva, la abertura de la cuenca mediterránea frente al Atlántico como un «bostezo». Se trata de las Columnas de Hércules o estrecho de Gibraltar (cf. *Des*. 99), también conocido como «Estrecho Tartesio»; sobre el Atlántico véase el v. 398.

[20] El Mediterráneo (cf. *Des*. 169), llamado así después del hundimiento del Imperio, con el sentido de «mar rodeado de tierras». En época romana era conocido como «Mar Interno», «Mar Interior» o «Mar Nuestro». Tuvo también nombres parciales (cf. v. 149).

[21] En sentido estricto es el mar de Azov, el antiguo mar o llano marino Meótico (cf. v. 32, y *Des*. 31, 243 ss. y 768).

[22] Sobre éste, el Ponto Euxino o mar Negro, cf. *Des*. 42.

en esa marmórea mar. El resto, por lo demás, ya lo hemos relatado más cumplidamente en aquel volumen que compusimos acerca de las costas y países del orbe terrestre[23]. Así, para que tengas una prueba paladina de estas mis fatigas y trabajos, comenzaremos el relato de la presente obrita remontándonos un poco más arriba[24]. Tú atesora estas noticias en lo más profundo de tu corazón, pues se sustentan en la garantía de fidelidad de haber sido remotamente tomadas y obtenidas de otros autores.

Las tierras del extenso orbe se despliegan a lo largo y ancho, mientras el oleaje se derrama una y otra vez en torno al orbe terrestre[25]. Pero allí donde el hondo mar salado se desliza procedente del océano, de tal suerte que el abismo de Nuestro Mar se despliega ampliamente, se encuentra el golfo Atlántico[26].

Aquí se halla la ciudad de Gadir, llamada antes Tarteso[27]. Aquí están las Columnas del tenaz Hércules, Ábila y Calpe (ésta se encuentra a la izquierda del territorio mencionado; aquélla, próxima a Libia): retumban bajo el recio septentrión, pero aguantan firmes en su emplazamiento[28].

[23] La *Descripción del Orbe Terrestre*, traducción y comentario que Avieno hizo sobre la *Periegesis* o *Descripción de la Tierra* de Dionisio de Alejandría; cf. su Introducción.

[24] Empieza por describir brevemente la costa atlántica desde las Columnas de Hércules hasta Estrimnis, en dirección al norte (vv. 80-145).

[25] Referencia a la primitiva concepción geográfica de la Tierra, por la que empieza la *Descripción* (cf. vv. 9 ss.).

[26] Vendría a corresponder al golfo de Cádiz, entendiendo golfo como equivalente a mar (cf. *Des*. 75 y *Costas* 394 ss.).

[27] Confusión, o simplificación, entre Gadir (Gades) y Tarteso, que se repite más adelante (v. 269). Esta inexactitud ya se cometió en la *Descripción* (vv. 610 ss.).

[28] Según el mito fueron emplazadas por este héroe en memoria de su décimo trabajo, el de los «Bueyes de Gerión», en el estrecho de Gibraltar (cf. *Des*. 99, y APOLODORO, *Biblioteca* II 5, 110).

También aquí se alza[29] el cabezo de un peñón sobresaliente (en los más antiguos tiempos lo denominaron Estrimnis[30]) y la encumbrada mole de su pico rocoso se orienta de pleno hacia el noto templado. A su vez, a los pies de la aguja de este saliente, se abre para sus habitantes el golfo Estrímnico[31], en el que se muestran las islas Estrímnides, que están muy separadas y son ricas en mineral de estaño y plomo[32]. Aquí se encuentra una raza de gran vigor, de talante altanero, y de una habilidad eficiente, imbuidos todos de una inquietud constante por el comercio. Y surcan con sus pataches, aventurándose a largas distancias, una mar agitada por los notos y el abismo de un océano, preñado de endriagos[33]. De hecho, no saben ensamblar sus quillas a base de madera de pino y tampoco, según es usual, alabean sus faluchos con madera de abeto, sino que, algo realmente sor-

[29] Esto es, el litoral oceánico o atlántico.

[30] Localizable en el extremo oeste de la Bretaña francesa, departamento de Finisterre, podría tratarse de la isla de Ouessant, antiguamente un cabo.

[31] Podría identificarse con la bahía de Douarnenez o la rada de Brest, pero hay que darle un sentido más amplio: abarcaría desde la Punta de Penmarch y el grupo de islas de Glénan hasta las costas inglesas de Cornualles e islas Scilly, incluida la bocana del Canal de la Mancha.

[32] De ubicación dudosa, debieron de ser unas islas base, de fácil acceso para la navegación antigua, en las que se concentraba el comercio, más que la producción, de estaño, plomo y otros minerales. Fueron conocidas como Casitérides (= «Islas del Estaño»). Habría que identificarlas con el grupo de islas Scilly, en la costa sudoeste de la Gran Bretaña, antes que con la isla de Ouessant, en la costa francesa (cf. *supra,* n. 30).

[33] La navegación antigua por el litoral atlántico, siguiendo derrotas o carreras comerciales y de exploración, fue en principio preferentemente de cabotaje, dada la dificultad del océano Atlántico.

prendente, ajustan sus bajeles con pieles entrelazadas y a menudo atraviesan el extenso mar salado en estos cueros[34].

Por otra parte, desde aquí hasta la Isla Sagrada[35] (pues así la llamaron los antiguos) una nave tiene un trayecto de dos soles. Esta isla despliega en medio de las olas un amplio territorio y la habita a lo largo y ancho la raza de los hiernos. Cercana, de nuevo, se extiende la isla de los albiones. Y los tartesios[36] acostumbraban también a comerciar hasta los confines de las Estrímnides. Incluso colonos de Cartago y la población que habita por entre las Columnas de Hércules se acercaban a estos mares; sobre los cuales el cartaginés Himilcón[37] asevera que podían ser atravesados en apenas cuatro meses, según él mismo relató haberlo comprobado mediante una navegación. Así, no hay vientos, en una amplia zona, que impulsen al navío; así el líquido elemento de una llanura marina encalmada se inmoviliza en sus reinos. Se añadirá a ello que emerge entre las aguas abundante urchilla y que a menudo refrena la popa como si fuera maleza. No deja de decir también que por esta zona la superficie de la mar no alcanza gran profundidad y que apenas un poco de agua cubre el fondo, que las bestias marinas recorren la

[34] Embarcaciones primitivas que debieron de ser muy versátiles, las utilizaron también muchos otros pueblos. César las empleó en el 55 a. C. al invadir la Gran Bretaña (cf. *Guerra de las Galias).*

[35] Irlanda, llamada Hibernia o Hierne, y habitada por los hiernos, Avieno la llama Sagrada para recoger el significado de la denominación griega *Hierá* o *Hiérnē.*

[36] Los albiones, nombre quizá preindoeuropeo, son los habitantes de Albión, la Gran Bretaña. Sobre los tartesios véanse los vv. 265 ss.

[37] Según Plinio *(Hist. Nat.* II 169) fue un explorador que realizó un viaje por las costas atlánticas de Europa, en la época de máximo poder de Cartago (s. v a. C.).

mar por aquí y por allá, que los navíos se desplazan lentos y lánguidos entre monstruos que nadan por medio[38].

Si a partir de aquí alguien se atreve a forzar su esquife desde las islas Estrímnicas rumbo a las aguas del sector de la Licaonia[39], donde la atmósfera se hiela, acaba llegando al territorio de los ligures[40], desprovisto de habitantes, pues hace ya tiempo fueron depredados a manos de los celtas y por los frecuentes combates. Entonces los ligures, desplazados a la fuerza, como con frecuencia guía la fortuna a algunos, llegaron a esos territorios que ahora poseen, cubiertos por lo general de zarzales terribles; estos parajes son pura pedriza y abruptas roquedas, y los picos de las montañas se hunden amenazadores en el cielo. Y este pueblo huidizo vivió ciertamente durante mucho tiempo en las cárcavas de los peñascos, apartados de las olas, pues su miedo al salado mar provenía de aquel peligro primitivo. Tiempo después, la calma y el ocio, a la par que la seguridad, potenciando su audacia, los persuadió a salir de sus encumbradas guaridas y a descender a zonas marinas.

[38] Relación de las dificultades para la navegación primitiva por el litoral atlántico. Estos peligros, reales y no inventados, que utilizaron, según se ha visto, los cartagineses como propaganda disuasoria frente a otros pueblos, se repetirán más adelante (vv. 380-415).

[39] El Norte, simbolizado por la constelación de la Osa Mayor, Calisto, hija de Licaón (cf. *Des*. 54, 759, 1340; y *Fen*. 99-137, 952). No se refiere al *Mare Germanicum* (Gran Bretaña-Jutlandia), sino a las costas de Escandinavia.

[40] Se trata de las costas del mar del Norte e incluso Frisia (norte de Alemania), de donde fueron expulsados por los celtas hacia el s. VII a. C., para desplazarse hacia los Alpes Marítimos y el Apenino ligur; esta migración es la que recoge Avieno (cf. también vv. 628-630).

Tras aquellas tierras[41], sobre las que antes hemos hablado, de nuevo se abre una gran ensenada, que abarca una extensa llanura marina hasta Ofiusa[42]. Retrocediendo desde su litoral hacia el llano del mar Interno[43], por donde dije antes[44] que el mar, al que llaman Sardo, se adentraba en las tierras, se emplean siete días de marcha a pie[45].

Ofiusa presenta un flanco tan prominente hacia adelante, cuanto oyes que se extiende la isla de Pélope en tierras de los griegos[46]. Al principio se la denominó Estrimnis, y los habitantes de estos lugares y campos eran los estrímnicos; posteriormente una plaga de serpientes puso en fuga a sus habitantes y logró que esta tierra quedara despojada hasta de su propio nombre[47].

[41] Se refiere a la Isla Sagrada y a la de los albiones (vv. 108-112). Ahora el poeta cambia de dirección, porque empieza a describir las costas de Norte a Sur.

[42] Esta gran ensenada podría ser el golfo de Vizcaya. Ofiusa era un antiguo nombre griego para referirse a la Península Ibérica; se decía que significaba «Tierra de serpientes», por su relación con *óphis,* «serpiente» en griego (cf. vv. 156 ss.).

[43] El Mediterráneo (cf. *Des*. 169 y 734) tuvo en principio nombres locales, como aquí, donde se llama Sardo al mar entre Cerdeña y España (véase el mapa de Eratóstenes). Sobre esta denominación cf. v. 56.

[44] Versos 82-84.

[45] Por la ruta terrestre que enlazaba el núcleo comercial más importante del litoral del golfo de Vizcaya, Burdeos *(Burdigala),* con Narbona, ya en la costa mediterránea, a través del curso del Garona, de Toulouse y Carcasona.

[46] Avieno se refiere a la península del Peloponeso (cf. *Des*. 562).

[47] Según esto, el nombre más remoto de la Península Ibérica habría sido Estrimnis, que también se aplicaba a la Gran Bretaña (cf. n. 32), algo explicable quizá por las relaciones comerciales entre ambas y el mar del Norte. La «plaga de serpientes» que expulsó a los estrímnicos podría implicar su vez una referencia a los celtas, llamados «sefes» (cf. v. 195), nombre procedente del griego *sépē* = «serpiente».

Se adentra a continuación hacia los abismos marinos el cabo de Venus y la mar brama en torno a dos islas[48] deshabitadas por la escasez de espacio vital. El Ario se yergue luego imponente, destacándose hacia el desapacible septentrión; por otro lado, desde aquí hasta las Columnas del poderoso Hércules hay una travesía para las naves de cinco días[49].

Después, en plena mar, hay una isla, de abundante vegetación y consagrada a Saturno. Pero el vigor de su naturaleza es tal que, si alguien se acerca navegando hasta ella, al punto se encrespara la mar colindante con esta isla; ella misma tiembla y salta toda su superficie, estremeciéndose profundamente, en tanto que, en el resto, la mar permanece silenciosa a la manera de un estanque[50].

Acto seguido se yergue un promontorio hacia los aires de Ofiusa y desde el peñón Arvio hasta estos parajes hay un trayecto de dos días[51]. En cambio, la espaciosa ensenada que se abre desde allí, se extiende en lontananza, siendo difícil de navegar en su totalidad con un solo viento; pues llegarás al centro si te arrastra el céfiro; el tramo que queda reclama al noto[52].

[48] Tanto el cabo de Venus como las islas son de identificación difícil porque este *Periplo* no ofrece más datos de la costa norte de la Península Ibérica.

[49] El Ario es probablemente el cabo Silleiro, próximo al puerto de Bayona.

[50] Una de las islas Berlengas (la mayor), mejor que las Estelas o los Farilhôes (Farallones), frente al cabo Carvoeiro.

[51] Este promontorio es el cabo Roca. Entre él y el cabo Ario (Silleiro) hay unos 375 Km., a razón de unos 187,5 por día.

[52] El abra y la ría de Lisboa, formada por la desembocadura del Tajo. Para penetrar en este estuario los barcos necesitaban viento del Oeste para desplazarse al Este, y luego del Sur para, cambiando de rumbo, subir hacia el Norte.

Si a partir de allí alguien se dirige de nuevo a pie hacia la costa de los tartesios, realizará el trayecto en apenas cuatro días; si uno dirige sus pasos hacia Nuestro Mar y al puerto de Malaca, tendrá por delante una ruta de cinco soles[53].

Luego se alza la mole del cabo Ceprésico[54]. Por debajo se extiende más lejos la isla llamada Acale[55] por sus habitantes. Cuesta aceptar la leyenda que corre sobre esta isla por lo sorprendente del hecho, pero, son tantos los testimonios, que bastan para confirmarlo. Dicen que en los aledaños de esta isla el abismo marino no presenta nunca el mismo cariz que el resto de la mar; de hecho, por doquier las olas poseen un resplandor semejante a la transparencia del cristal y, por las profundidades de la marmórea mar, es verdad que las olas tienen un reflejo azulado. En cambio, allá, la superficie del mar está mezclada con un fango repugnante, según recuerdan los antiguos, y siempre se halla apelmazada como en torbellinos turbios de inmundicias[56].

Los cempsos y los sefes dominan las colinas escarpadas de las tierras de Ofiusa; cerca de éstos, el ágil lucio y la raza de los draganos asentaron sus hogares bajo el riguro-

[53] La ruta terrestre actual desde el estuario de Lisboa hasta la costa de los tartesios, es decir, la desembocadura del Guadiana (Ayamonte), comprende unos 325 Km. (bajando por Setúbal-Marateca-Beja-Ayamonte); distancia que en cuatro días da unos 81,5 Km. por día: era, por tanto, excesiva para la Antigüedad.

[54] El cabo Espichel.

[55] La península de Troya, que pudo ser una antigua isla y que separa el estuario del río Sado y el puerto de Setúbal del mar.

[56] Descripción de la laguna del puerto de Setúbal, formada por la desembocadura del sío Sado, anegada de arena y fango en su parte central todavía hoy.

samente nevado septentrión[57]. Por otro lado se halla la isla de Petanio[58], hacia la parte de los sefes, y un ancho puerto[59]. Después, junto a los cempsos se encuentran los pueblos de los cinetes[60]. A continuación, el cabo Cinético[61], en el que mengua la luz sideral y que se yergue a lo alto como el más remoto de la opulenta Europa[62], se orienta hacia las aguas saladas del océano, plagadas de monstruos[63].

El río Ana[64] corre allá por medio de los cinetas y surca sus vegas. Se abre nuevamente un golfo y el territorio se extiende curvándose hacia el mediodía[65]. Desde este río consignado se desgajan de repente dos ramales y su caudal,

[57] Los cempsos, ubicados vagamente entre los tartesios y los Pirineos, y situados también en la isla de Cartare (cf. vv. 255 ss.); y los sefes (ya mencionados en el v. 156), pueblos ambos indoeuropeos, celtas, que ocuparon las riberas del Duero, Tajo y Guadiana. Los lucios, o lusos, corresponderían, tras la romanización, a los lusitanos.

[58] Mejor que la isla Perceveira, junto a Sines, el bajo de arena, en la barra del Tajo, llamado Cachopo do Sul o Alpeidâo, que recoge el topónimo de Petanio; isla que pertenecía a los sefes.

[59] Es, otra vez, el puerto de Setúbal, en el estuario del Sado; no puede tratarse del de Sines, porque, al ser de pescadores, resulta en exceso pequeño.

[60] O cinetas, pueblo que ocupaba el extremo sudoeste de Iberia. De origen y filiación desconocidos, ocupaban el estuario del Sado, el valle del Guadiana y el cabo San Vicente (cf. *infra)*.

[61] El cabo San Vicente, un macizo escarpado, de 53,8 m. de altura, que para los mapas antiguos (Eratóstenes, Estrabón) era el punto más occidental de Europa, lo que no coincidía con la realidad. Por lo general nebuloso, resultaba un peligro doblarlo en la Antigüedad.

[62] Sobre Europa, cf. *Des.* 18 ss.

[63] Acaba aquí la descripción de parte de las circunscripciones romanas de la Tarraconense y la Lusitania.

[64] Llamado por los árabes Guadiana *(wad-*, «río»), sirve hoy de frontera entre España y Portugal; es navegable hasta Mértola.

[65] El golfo de Huelva, que abarca 70 millas en arco, desde el cabo de Santa María hasta la punta de Chipiona.

como en lenta formación, rechaza las aguas espesas del golfo ya dicho (en efecto, aquí las profundidades son de puro y denso lodo). En esta zona se levanta a lo alto la cumbre de dos islas, la menor carece de nombre y a la otra una costumbre insistente la llamó Agónida[66].

A continuación se halla el impresionante peñón Sagrado[67], erizado de peñascos y consagrado a Saturno; hierve la mar agitada y la costa despliega un frente rocoso. Aquí sus habitantes poseen cabrillas hirsutas y abundantes machos cabríos, que siempre andan vagando por un territorio cubierto de maleza; y producen unas cerdas muy alargadas y recias para su utilización en las tiendas de los campamentos y las velas y capotes de los marinos[68]. Desde aquí hasta el río se ha dicho que hay un trayecto de un solo sol[69]; también aquí se halla el límite del pueblo de los cinetes.

El país tartesio confina con éstos y el río Tarteso[70] baña la comarca. Acto seguido se extiende el macizo consagrado al Céfiro, por lo que la cumbre de este peñón ha sido llamada Cefíride[71]. Pero en lo referente a sus altos picachos, se

[66] Islas que habría que buscar en la desembocadura del Guadiana.

[67] Después de reseñar el cabo Cinético (cf. vv. 201 ss.), la descripción de este otro promontorio como escarpado y de costa rocosa sólo cuadra con la punta de Sagres, que además recoge el topónimo latino de Sagrado o Consagrado. Se abre luego al sudeste la ensenada de Sagres, en parte también rocosa. Saturno recibe aquí nuevamente culto marino (cf. vv. 165 ss.).

[68] Avieno cita aquí de memoria el verso de Virgilio *(Geórgicas* III 313) que dice: «... para uso de los campamentos y vestido de los pobres marinos». La región descrita es el Algarve.

[69] Dato itinerario sobre la distancia entre el cabo o peñón Sagrado (cf. n. 67) y el Guadiana, que no cuadra, pues entre ambos hay unos 166 Km.

[70] El Guadalquivir, descrito más adelante (vv. 284 ss.).

[71] El Céfiro, o Zéfiro, divinización del viento del Oeste, beneficioso para la navegación, recibió culto (habitual entre los griegos; cf. Dionisio,

yerguen en la cima de su cresta; una gran mole se encarama en los aires y una bruma, como remansada por encima, esconde permanentemente su cabezo nebuloso.

Toda la comarca que sigue es de terreno cubierto por completo de hierba; a sus habitantes se les ofrece una bóveda celeste nublada en su parte más alta, el aire espeso, una luminosidad diurna muy densa y un rocío copioso como el de por la noche. Ninguna brisa, según es costumbre, logra entrar; ni un soplo de viento despeja la capa alta de la atmósfera: una perezosa calígine se echa sobre las tierras y el suelo se humedece ampliamente[72]. Si alguien rebasa con su nave el peñón del Céfiro y penetra en los torbellinos de Nuestro Mar, se ve impulsado de inmediato por los soplos del favonio[73].

A continuación, de nuevo un promontorio y un opulento santuario consagrado a la Diosa Infernal[74], el fondo de una gruta recóndita y una entrada disimulada. En las cercanías hay una gran laguna, llamada Etrefea[75]; más aún, se dice que estuvo antaño por estos parajes la ciudad de Herbo; que,

Per. 364) con la dedicatoria de este cabo y esta costa, enclaves de referencia marina recordados luego (v. 564).

[72] Esta comarca —descrita aquí en sentido muy amplio— abarca todo el arco del golfo de Cádiz, desde Faro y la sierra del monte Figo (San Miguel) hasta *Sancti Petri*.

[73] Nombre latino del viento del Oeste, que corresponde al griego céfiro. Viento tibio, que soplaba en primavera, favorable para la navegación.

[74] Prosérpina, diosa de los Infiernos, asimilada a la griega Perséfone. Raptada por Plutón (Hades) vivía con él unos meses en el mundo subterráneo —durante la estación de la siembra, en invierno—. El promontorio y el santuario son difíciles de identificar.

[75] Imposible de identificar, pues son numerosas las lagunas y marismas en torno al Guadiana.

consumida por los avatares de las guerras, al fin sólo dejó en este territorio su recuerdo y su nombre[76].

Entretanto, acto seguido, corre el río Ebro[77] y su Caudal fecunda los terruños. La mayor parte de los autores refieren que los iberos se llaman así justo por este río, pero no por aquel río[78] que baña a los revoltosos vascones. Pues a toda la zona de este pueblo que se encuentra junto a tal río, en dirección occidente, se la denomina Iberia. Sin embargo el área oriental abarca a tartesios y cilbicenos[79].

Después se halla la isla de Cartare[80] y es una tradición con bastante fundamento el que la dominaron primero los cempsos; rechazados luego por la guerra con sus vecinos, se desperdigaron en busca de distintos asentamientos. Se yergue luego la mole del monte Casio y a partir de su nombre la lengua griega llamó primero casítero al estaño[81]. Después sigue la prominencia de un santuario y, en lontananza, la fortaleza de Geronte, que lleva un antiguo nombre griego,

[76] Ciudad desaparecida ya en época de Avieno.

[77] El Tinto–Odiel. La homonimia con el Ebro en sí, con los iberos e Iberia, es una confusión, producida por etimología popular, a partir de la relación Érebo-(H)ibero (Río del Erebo), y por acumulación de datos sintetizados en estos pocos versos.

[78] El auténtico Ebro, que nace en Fontibre (Reinosa, Cantabria).

[79] Acerca de los tartesios cf. vv. 269 ss., para los cilbicenos, v. 303.

[80] Isla que puede ubicarse en la desembocadura de los ríos Odiel-Tinto: la actual isla de Saltés (Huelva), de 8 millas de perímetro, cubierta de bosque, cultivada en parte y regada por numerosos esteros; el topónimo podría haberse desplazado a Carteya, en la desembocadura del río Piedras.

[81] Puede referirse al litoral formado por la cadena de mogotes «Arenas Gordas», ya citada por Plinio *(Hist. Nat.* III 3: *Hareni montes);* de apariencia rojiza y parcialmente escarpada a pico sobre el mar, se extiende entre la Torre del Loro (playa de Mazagón) hasta Torre Carbonero.

pues hemos oído decir que en tiempos pasados a partir de ella se dió nombre a Gerión[82].

Aquí se encuentran las amplias costas del golfo tartesio[83] y desde el río Ana, ya nombrado, hasta estos territorios las naves tienen un día de trayecto[84]. Aquí se halla la ciudadela de Gadir, ya que en la lengua de los cartagineses se llamaba *Gadir* a un lugar vallado. Esta misma ciudad fue denominada primero Tarteso[85], ciudad importante y rica en tiempos remotos; ahora pobre; ahora, empequeñecida; ahora, arrumbada; ahora, en fin, un simple campo de ruinas. Nosotros en estos parajes, excepto las ceremonias en honor de Hércules, no vimos nada digno de admiración[86]. En cambio, tuvo tal poderío, incluso tal prestigio en épocas pasadas, si damos crédito a la historia, que un rey altanero, y el más poderoso de todos los que a la sazón tenía el pueblo

[82] El nombre de Gerión, o Geronte, no se refiere a un rey real, que hubiera existido alguna vez como tal, sino mítico, de tipo histórico-cultural. El promontorio de este templo, dedicado quizá a Saturno/Crono (según Estrabón, II 5, 3).

[83] «Amplias» porque no sólo abarca la desembocadura del Guadalquivir y el arco formado por Sanlúcar de Barrameda y Chipiona, sino también la bahía de Cádiz, a la que se refiere más adelante (vv. 304-306), desde Rota a *Sancti Petri*.

[84] La singladura entre la desembocadura del Guadiana y Cádiz era perfectamente factible.

[85] La fundación, extensión y poderío del imperio talasocrático de la ciudad, habitantes y río de Tarteso, todavía hoy es una cuestión sin resolver —empezando por el nombre, que lo designaba todo—. Para la localización de la ciudad habría que pensar en Sevilla o en su zona, que heredó la importancia comercial del Guadalquivir, antes que situarla en Jerez de la Frontera o Cádiz.

[86] La relevancia y atractivo de Tarteso/Gades bastaban para explicar la visita personal de Avieno a estos lugares, al margen de que pudo haber sido procónsul de la Bética o del norte de África, y haber conocido en consecuencia estos parajes (cf. Introd. Gral.).

maurusio, muy estimado por el emperador Octaviano, Juba, entregado siempre al estudio de las letras y alejado por el mar que tenía en medio, se consideraba muy distinguido con el honor del duunvirato en su ciudad[87].

Pero el río Tarteso[88], fluyendo desde el lago Ligustino[89], a campo traviesa, envuelve una isla[90] de pleno con el curso de sus aguas. No corre adelante por un cauce único, ni es uno solo en surcar el territorio que se le ofrece al paso, pues, de hecho, por la zona en que rompe la luz del alba, se echa a las campiñas por tres cauces; en dos ocasiones, y también por dos tramos, baña el sector meridional de la ciudad[91].

Por su parte, el monte Argentario se recorta sobre la laguna; así llamado en la Antigüedad a causa de su belleza, pues sus laderas brillan por la abundancia de estaño y, visto de lejos, irradia más luminosidad aún a los aires, cuando el sol hiere con fuego las alturas de sus cumbres. Este mismo río, además, arrastra en sus aguas raeduras de estaño pesado y transporta este preciado mineral a la vera de las murallas[92]. A partir de aquí una extensa región se aleja de la lla-

[87] Juba II (50 a. C. – 23 d. C.), rey por concesión de Augusto (en el 25 a. C.) de Numidia —los maurusios o mauritanos— (cf. *Des.* 280), reino situado en la provincia romana de Mauritania, África noroccidental.

[88] El Guadalquivir, que, con el concurso de otros ríos menores, arroyos y caños, va formando innumerables marismas y lagunas, en las que hay algunas salinas y arrozales.

[89] Las marismas del Guadalquivir, ya desde Coria del Río.

[90] La actual Isla Mayor, hacia la desembocadura del Guadalquivir (de 20 millas de longitud por 2 a 6 de anchura). No se refiere aquí a la isla de los cempsos, Cartare, que citó antes (v. 255).

[91] Tarteso.

[92] En la línea costera, hacia la desembocadura del Guadalquivir/Tarteso, no se divisa con tiempo despejado ningún monte; es de orillas planas que forman horizonte. Tan sólo bajando hacia Cádiz se aprecian alturas (Sierra de Ronda, etc.); tampoco este río arrastra estaño.

nura de aguas saladas, tierra adentro; la raza de los etmaneos la habita. Y después, por otro lado, hasta los labrantíos de los cempsos, se extienden los ileates sobre tierras fértiles; si bien las zonas marítimas las controlan los cilbicenos[93].

A la ciudadela de Geronte y al cabo del santuario, como hemos explicado antes, los separa la salada mar por medio; y entre altos acantilados se recorta una ensenada. Junto al segundo macizo desemboca un río caudaloso. Luego se yergue el monte de los tartesios, cubierto de bosques[94].

Enseguida se encuentra la isla Eritía, de extensas campiñas y, en tiempos pasados, bajo jurisdicción púnica; de hecho, fueron colonos de la antigua Cartago los primeros en asentarse en ella. Un estrecho separa Eritía de la ciudadela del continente en tan sólo cinco estadios[95].

Por donde se da el ocaso del día, hay una isla consagrada a Venus del Mar, y en la misma un templo de Venus, una ermita en roca viva y un oráculo[96].

Cuando se viene desde aquel monte, que te había dicho resultaba temible por sus bosques, se halla un litoral de are-

[93] Los etmaneos ocuparon la llanura situada a la izquierda del río Tarteso/Betis, entre su desembocadura y Sevilla. Los ileates hacia el noroeste, a la orilla derecha del mismo río, entre los cempsos (que se hallaban a su vez hacia el Ana, cf. vv. 195 y 255) y los cinetes (cf. v. 201), llegando hasta Córdoba. Los cilbicenos o selbisenos (cf. v. 422), relacionados con el río Cilbo (cf. v. 320), en la zona costera al sur de los tartesios, aproximadamente en la actual provincia de Cádiz.

[94] Nueva descripción de Cádiz, más pormenorizada (cf. vv. 261-264). Una amplia bahía, que formaba parte del golfo tartésico (cf. v. 265), separaba la ciudadela o fortaleza de Geronte (Castillo de Sta. Catalina, junto a la que desemboca «un río caudaloso», el Guadalete) del cabo del templo (Cádiz mismo).

[95] La isla de León o Gaditana, de 10 millas de longitud por 4,4 de anchura máxima; en su zona meridional se halla la ciudad de San Fernando.

[96] La islita de San Sebastián, antes separada y hoy unida a Cádiz.

nales en suave pendiente, en los que los ríos Besilo y Cilbo derraman sus aguas[97].

Después, hacia poniente, alza sus riscos soberbios el peñón Sagrado[98]. A esta zona, en tiempos pasados, Grecia la denominó Herma. La palabra Herma se refiere a un parapeto terrero, encarado de frente, y el lugar en sí fortifica el estrecho por ambas bandas[99]. Otros, al contrario, lo llaman ruta de Hércules; pues, de hecho, se dice que Hércules allanó los mares, a fin de que quedara abierto un camino fácil para el rebaño que había apresado[100]. Más aún, la mayoría de los autores afirman que aquella Herma estuvo primitivamente bajo jurisdicción de tierra libia. Y no se debe desdeñar la información de Dionisio, quien atestigua y enseña que Tarteso es el límite de Libia[101].

[97] El Besilo es el Barbate, que desemboca en la ensenada de igual nombre. El Cilbo sería el Salado, que desemboca por Conil de la Frontera; en sus orillas se hallaban los cilbicenos (cf. v. 303). El orden de enumeración está invertido.

[98] Mejor que el cabo de Trafalgar, que es bajo, correspondería a los Altos de Meca, una sierra de 170 m., al noroeste del cabo.

[99] La línea costera desde el cabo Trafalgar y Altos de Meca hasta Tarifa es de orillas bajas, llenas de bancos submarinos y arrecifes, que alternan con alguna cala y ensenada; en un segundo plano aparecen alturas considerables. Igualmente, la costa africana, hacia el cabo Espartel.

[100] La geografía primitiva, de época mítica, guardaba recuerdo de un estadio geológico en que Europa y Asia-África habían estado unidas y sólo un gran lago central las delimitaba: el mar Interno o Interior (cf. mapa de Hecateo).

[101] Dionisio *(Des.* vv. 10 y 176 ss.) y Avieno en su traducción funden Tarteso y Gades/Gadir en una sola ciudad, como ya se ha visto, y la citan como referencia más lejana hacia el Oeste, la zona del céfiro, enclavada en medio de las Columnas que por Occidente delimitaban Europa y África (cf. *Des.* 22, 100, 265).

En territorio de Europa se levanta el promontorio que, ya lo señalé, sus habitantes llaman Sagrado[102]. Entre ambos lugares fluye una ligera lengua de agua, la cual antaño se llamó Herma o Camino de Hércules. Euctemón, habitante de la ciudad de Anfípolis, afirma que se extiende en una longitud no superior a las ciento ocho millas y que ambas posiciones distan tres millas[103].

Aquí están emplazadas las Columnas de Hércules, que hemos leído son consideradas como el extremo de uno y otro continente. Se trata en realidad de dos peñones parejos que sobresalen, Ábila y Calpe. Calpe se encuentra en territorio hispano, Ábila en el de los maurusios, pues la raza púnica llama Ábila a aquello que constituye un monte alto en lengua bárbara, esto es, en la latina, como afirma el autor Plauto; y, por otra parte, Calpe se denomina en Grecia a aquello que tiene un aspecto ahuecado, con la pinta de un picacho redondeado[104].

Afirma también el ateniense Euctemón que no existen allí peñas, ni se alzan cumbres en ninguna de las dos partes; recuerda que entre las campiñas de tierra libia y la costa de Europa se hallan dos islas[105]; dice que se las llama Columnas de Hércules; refiere que están separadas treinta estadios; que por doquier están cubiertas de bosques impresionantes y que son siempre inhóspitas para los marinos. Asevera, en efecto, que hay en ellas templos y altares a Hércules, que los bajeles extranjeros se dirigen allí para ofrecer sacrificios a este dios y se van apresuradamente, pues se tiene por impío demorarse en estas islas. Informa que la mar se mantiene tanto en los alrededores como en las cercanías con poquísima profundidad en una amplia área; que los navíos no pueden arribar cargados a estos parajes a causa del poco calado de las aguas y por el espeso fango de la costa. Pero que si alguien tiene el firme propósito de aproximarse allá por el templo en sí, entonces nos informa de que ese tal pone proa hacia la isla de la Luna, librar de carga a la nave y, aun así, aligerada la lancha, apenas logra desplazarse sobre las saladas aguas.

En cambio, el tramo de oleaje agitado que se extiende entre las Columnas, afirma Damasto que no llega a los siete estadios. Escílax de Carianda asegura que la corriente que hay entre las Columnas tiene la misma estensión que las aguas del Bósforo[106].

Más allá de tales Columnas, por la parte de Europa, los habitantes de Cartago tuvieron antiguamente caseríos y ciudades, aunque tenían la siguiente costumbre: la de construir naves de fondo muy llano, de modo que el esquife, más an-

[102] Los Altos de Meca/cabo de Trafalgar, que acaba de citar.

[103] Este autor trabajó sobre mediciones (cf. v. 47), pero las distancias que ofrece aquí no son exactas: 108 millas (= 159 Km.) para la longitud del Estrecho; 3 millas (= 4,5 Km.) para la anchura. La distancia real entre el cabo de Trafalgar y Gibraltar es de unos 75 Km.; entre el cabo Espartel y Ceuta, algo más de 60 Km.; de anchura, entre Gibraltar y Ceuta, hay unos 25 Km.; entre el cabo de Trafalgar y el cabo Espartel, 45 Km.

[104] Referencia geográfica muy utilizada en la Antigüedad (cf. vv. 85 ss., Índice de *Des.*, *s. v.* «Columnas», y *Fen.* 1024, 1622), para significar el occidente más remoto con respecto a Europa y África, cuyas fronteras a veces se confundían o fusionaban en un solo continente.

[105] Los datos que aporta aquí Euctemón son inexactos. El peñón de Gibraltar pudo considerarse isla porque un istmo, apenas visible en parte con la pleamar, lo une al continente; la ensenada de Getares y la bahía de Algeciras habrían servido de puertos (sobre las características de estas aguas, cf. vv. 125 ss.).

[106] La anchura del Estrecho en su embocadura oriental, entre Punta Europa (Gibraltar) y Punta Sta. Catalina (Ceuta), es de 23,5 Km., por lo que no es correcta la estimación de Damasto (7 estadios; cf. v. 46).

cho, pudiese deslizarse por la superficie de una mar de muy poco calado[107].

Sin embargo Himilcón cuenta que desde estas Columnas hasta la zona occidental existe un abismo marino ilimitado, que la mar se extiende a lo ancho, que se despliega un salado mar. Nadie se aventuró en estas aguas, nadie metió sus carenas en aquel llano marino, bien porque falten en alta mar auras que las impulsen, bien porque ningún soplo del cielo empuje la popa, o incluso porque la calina revista el aire con una especie de velo, bien porque la niebla oculte permanentemente el abismo marino y se mantenga un muy espeso nublado durante el día[108].

Se trata de aquel Océano que brama en lontananza alrededor del orbe inmenso, ése es el mar más grande. Este abismo marino rodea las costas, éste es el que surte al salado mar Interno, éste es el progenitor de Nuestro Mar; de hecho, arquea desde fuera las aguas de numerosos golfos y la energía de sus profundidades se desliza dentro de nuestro universo. Pero nosotros te hablaremos de los cuatro más grandes[109].

[107] Los fenicios, o cartagineses, habían fundado a lo largo de la costa sudoeste de la Península numerosas ciudades, factorías y emplazamientos: Gades, Malaca/Menace y Cartagena fueron quizá las más conocidas.

[108] Dificultades tomadas otra vez de Himilcón, que entorpecían y desaconsejaban la navegación de altura, a mar abierta, y la de cabotaje, ya consignadas antes (cf. vv. 117-129): encalmadas, bajíos, vegetación marina, cetáceos, brumas y nublados; descripción que completa a continuación (vv. 406-415).

[109] Amplificación (que abarca los vv. 390-405) sobre el Océano y sus golfos o mares mayores, traducida de Dionisio (cf. *Per.* 41-55) y que Avieno ya había vertido al latín en su *Descripción* (73-92).

Así, la primera irrupción del océano en tierra firme es el fluctuante mar Hesperio y el salado mar Atlántico[110]; a continuación, el oleaje Hircano: el mar Caspio[111]; el salado mar de los indios: el dorso del mar Pérsico[112], y el abismo marino Arábigo[113], ya bajo el cálido noto. A éste una antigua usanza lo llamó antaño Océano y otra costumbre lo denominó mar Atlántico[114]. El abismo de este mar abarca una amplia extensión y se alarga enormemente en confines imprecisos. Por lo general, además, este salado mar se extiende tan poco profundo, que apenas llega a cubrir las arenas del fondo. Por otra parte, una urchilla copiosa rebosa sobre el abismo marino y el oleaje es aquí neutralizado por esta ova; las bestias nadan violentamente por medio de todo el ponto y un pánico intenso mora en estas aguas a causa de los monstruos. El cartaginés Himilcón refirió en tiempos pasados que él lo había contemplado y comprobado personalmente en la superficie del océano. Nosotros te hemos transferido esta información, transmitida durante mucho tiempo por los anales confidenciales de los púnicos[115]. Pero ya es hora de que mi pluma vuelva al objetivo anterior.

[110] El mar Hesperio era el mar de occidente o poniente, el mar que quedaba navegando hacia el oeste, desde Grecia (cf. *Des.* 739, y *Fen.* 180). El Atlántico era el que bañaba, en sentido extenso, la zona de la cadena montañosa Atlas, también situada al oeste del mundo conocido.

[111] El mar Caspio se llamaba asimismo Hircano, por uno de sus pueblos ribereños: los hircanos (cf. *Des.* 83-86).

[112] El actual golfo Pérsico (cf. *Des.* 89-90).

[113] Hoy el mar Rojo (cf. *Des.* 90-92).

[114] Este océano o mar era el que, en principio, bañaba las costas de occidente, colindantes con la cordillera del Atlas. Ambos recibieron nombre de Atlas (cf. *Des.* 20-21 y 395), el hijo de Jápeto —o Urano—, y Asia.

[115] De nuevo los problemas por las aguas del Atlántico, ya apuntados (vv. 117-129 y 380 ss.).

Por lo tanto, frente a la Columna Libístide, tal y como había dicho, se alza otra en territorio de Europa[116]. Aquí el río Criso penetra en el hondo abismo marino[117]. Por el lado de allá y el de acá, habitan cuatro pueblos, pues en estos parajes se encuentran los arrogantes libifenicios; se hallan aquí los masienos; están también los reinos selbisenos, de campos feraces, y los ricos tartesios, que se extienden hasta el golfo Caláctico[118].

Además, próximos a éstos aparecen luego el macizo Barbecio[119] y el río Malaca, junto con la ciudad del mismo nombre, que en el siglo pasado se llamó Menace[120]. Allá, bajo dominio de los tartesios, hay una isla frente a la ciudad, consagrada desde antiguo por sus habitantes a Noctiluca[121]. En esta isla hay asimismo una laguna y un puerto seguro. La ciudadela de Menace se halla por encima. Hacia donde esta

[116] La Columna Libístide es Ábila y su correspondiente en Europa es Calpe (cf. vv. 87, 344-345).

[117] Criso, que en griego significaba «Áureo», o bien arrastraba oro o canalizaba su comercio; se llamaba también Barbésula. Es el actual Guadiaro, el único río importante que desemboca entre la Línea y Estepona.

[118] Los libifenicios habrían sido colonos fenicios procedentes del norte de África; los masienos se habrían extendido desde el río Criso hasta Cartagena; los selbisenos son los cilbicenos, ya citados (cf. v. 303; también el río Cilbo, v. 320); asimismo, los tartesios (cf. vv. 113 ss.). El golfo Caláctico es el golfo de Huelva (cf. v. 206).

[119] La Punta de Calaburras, cerca de Fuengirola, la que más se destaca desde punta Europa (Gibraltar).

[120] La ciudad de Malaca corresponde a la actual Málaga, por topónimo y emplazamiento. Menace es otra ciudad distinta, que debió hallarse en Vélez-Málaga.

[121] Noctiluca, que significa «la que brilla por la noche», es la luna. La isla, a ella consagrada, se hallaba frente a la ciudad de Málaga y quizá está hoy fundida con ella; o bien se trata de los islotes situados frente a la punta de San Cristóbal, en Almuñécar.

región se aparta de las olas, se yergue el monte Siluro[122] con su alta cumbre.

A continuación sobresale una peña enorme[123], que se adentra en la profundidad de la mar. Una pineda, en otros tiempos frondosa, le dio nombre en griego; y el litoral se abaja hasta el santuario de Venus y el cabo de Venus[124]. Asimismo en esta costa se alzaron antaño numerosas ciudades y abundantes grupos de fenicios controlaron antes estos lugares. En cambio, ahora, este territorio, ya solitario, despliega simples arenales inhóspitos y las campiñas, privadas de labriegos, se echan a perder y son un erial[125]. A partir del cabo recóndito de Venus puede contemplarse Herma[126] en lontananza, en territorio libio, que antes he citado. La costa se extiende aquí de nuevo, desprovista ahora de pobladores, en realidad, puros terrenos abandonados. Antiguamente también aquí se alzaron a la vista muchísimas ciudades y numerosos pueblos frecuentaron estos lugares. Después, el puerto Namnacio se arquea desde la profunda llanura marina, próximo a la ciudadela de los masienos y al fondo de

[122] Sierra Nevada, que destaca sobre todas las numerosas sierras que se levantan en el interior, a más de 15 Km. de la costa, a partir de Málaga.

[123] La Punta del Sabinal, donde comienza el golfo de Almería; cubierta de sabinos, cuadra con la descripción helenizada de la pineda.

[124] El cabo de Gata, donde acaba el golfo de Almería, que en general es de costa rasa y llana.

[125] Avieno imprime cierto aire melancólico a estas descripciones, que no son sólo retóricas.

[126] La isla de Alborán, de unos 20 m. de elevación y forma triangular; visible con tiempo claro, está situada a 40,5 Km. del Castillo de Guardias Viejas y a 43,5 Km. del cabo Tres Forcas (Ras Tetla Madari, en Marruecos).

esta ensenada se alza con sus altas murallas la ciudad Masiena[127].

Luego sobresale el promontorio de Trete[128] y, al lado, se halla la insignificante isla Estróngile[129]. Acto seguido, en los aledaños de esta isla, una laguna de enorme amplitud ensancha sus riberas[130]. Allá el río Teodoro[131] (y no te sorprendas de oír en un paraje sin civilizar y bárbaro un nombre en la lengua de Grecia) desemboca lentamente. Los fenicios fueron los primeros en habitar estos lugares.

De nuevo se extienden desde aquí arenales por la costa y tres islas[132] circundan en toda su amplitud esta costa. Aquí en tiempos pasados estuvo la frontera de los tartesios[133], aquí existió la ciudad de Herna[134]. El pueblo de los gimne-

[127] El tramo de costa entre cabo de Gata y cabo Tiñoso no ofrecía ninguna referencia notable a la navegación antigua. El puerto Namnacio, nombre de tradición manuscrita dudoso, es Cartagena.

[128] El cabo de Palos.

[129] O bien La Hormiga, un islote de 13 m. de elevación, a dos millas del cabo de Palos, o, mejor, la isla Grosa.

[130] El Mar Menor, de unos 150 Km.^{2}, orillado de arena casi totalmente.

[131] El Segura, que desemboca cerca de Guardamar, forma una barra que ofrece refugio fácil a las embarcaciones. Llamado en ibérico *Tader* o *Taber,* fue helenizado en *Theódōros:* «Don del dios», quizá con relación al oro.

[132] Se trata del tramo costero entre el cabo de Palos y el cabo de la Nao, llamado hoy Costa Blanca, que se resume en «arenales» y tres islas: la de Tabarca (antes La Plana), el islote de Benidorm y el Peñón de Calpe (o monte Ifach).

[133] La frontera de los tartesios (cf. vv. 265 ss.) con los iberos debió de hallarse entre el río Segura y el Júcar, una franja con centro marino en el cabo de la Nao, ocupada por los gimnetes algún tiempo.

[134] Ciudad sólo conocida por su nombre, ubicable hacia la frontera entre tartesios e iberos.

tes se había aposentado en estos parajes[135]. Ahora, en cambio, abandonado y desploblado desde hace tiempo, el río Alebo corre rumoroso sólo para sí[136].

Tras todo esto, en medio del oleaje se halla la isla Gimnesia[137], que traspasó este antiguo nombre a la población que la habitaba, hasta el cauce del río Cano[138], que los regaba; y a partir de allí se extienden las islas Pitiusas, y las lejanas siluetas de las islas Baleares[139].

Enfrente, los iberos[140] extendieron su poder hasta el macizo de Pirena[141], situados espaciosamente a la vera del mar Interno. La primera de sus ciudades en levantarse es Ilerda[142]. Después, la costa se extiende en yermos arenales.

[135] Su nombre, del griego *gymnós:* «desnudo», parece referirse al hecho de que iban «armados a la ligera» —mejor que literalmente «desnudos»—, porque eran famosos como honderos. Se los sitúa entre la zona de Elche y el Vinalopó y la de Sueca y el Júcar, en una época ya muy alejada de la de Avieno.

[136] El Vinalopó, que pasa por Elche, o el Aledo.

[137] Ibiza, donde los fenicios tuvieron una colonia, también llamada por los griegos *Gimnesia,* «Desnuda», como sus habitantes, según se ha visto (cf. *Des.* 620).

[138] El Júcar, que desemboca junto a Cullera. Sería el mismo río que pasaba cerca de la ciudad de Sicana (cf. v. 480).

[139] Pitiusas, «abundantes en pinos», llamaban los griegos a las Baleares (nombre fenicio), aparte de Gimnesias. Avieno recoge con claridad la diferencia entre Pitiusas y Baleares.

[140] Según estos datos, pueblo de procedencia desconocida, que ocupaba desde el río Segura hasta el Orano (cf. v. 612), de lengua y arqueología relativamente bien identificadas.

[141] Se refiere más a los montes Pirineos en general (cf. v. 565, y *Des.* 421), que al cabo o promontorio de Pirena (cf. v. 533); hubo también una ciudad llamada Pirene (cf. v. 562).

[142] Los vv. 472-475 dan una información muy general, como una cuña informativa, sobre los iberos: el territorio que ocupaban, desde las tierras frente a las Baleares hasta los Pirineos, con su capital Ilerda, la Léri-

También aquí estuvo habitada en otro tiempo la ciudad de Hemeroscopio[143], hoy ya tan sólo un campo deshabitado bañado por lánguidas aguas. Se levanta luego la ciudad de Sicana[144]; así la llaman los iberos por el río cercano. Y no lejos de la separación de este río, el río Tirio rodea la ciudadela de Tiris[145]. Y por la parte en que la tierra se adentra lejos del mar, la región ofrece una extensa superficie cubierta de maleza a lo largo y ancho. Allá los beribraces[146], pueblo salvaje y feroz, vagaban en medio de abundantes rebaños de ganado; y, alimentándose a duras penas de leche y queso graso, sobrevivían al modo de las fieras.

A continuación, el cabo de Crabrasia[147] se destaca a lo alto y el litoral se prolonga desnudo hasta los límites de la despoblada Querroneso[148]. Por estas costas se extiende la marisma de Nácaras[149]; tal es, pues el nombre que la costumbre dio a esta marisma; y en medio de la laguna sobresale una pequeña isla, fecunda en olivos y por ello consagrada a Minerva. En los aledaños hubo muchísimas

da actual. Aunque se salte el orden lógico de exposición, es más complicado admitir que hubiera habido otra Ilerda hacia la zona de Jávea.

[143] Ciudad que debió de hallarse en un alto, quizá en el monte Montgó (de 753 m., visible a 75 Km. desde cualquier punto del horizonte), hacia Denia, en cuya cima todavía hoy un castillo es una marca clara desde el mar.

[144] Podría ser Sueca, aunque no hay base arqueológica.

[145] El río Tirio es el Turia (o Guadalaviar), y Tiris hay que relacionarlo con el topónimo de la actual Turis, cerca de Valencia.

[146] Pueblo primitivo, al parecer celta, ganadero y montañés, que se mitificó en un patriarca, Bébrix, rey de los bébrices o beribraces, y padre de Pirene; ocupaba la zona de los Pirineos orientales.

[147] Es el cerro de Sagunto o el cabo de Oropesa (Murviedro), marca o referencia marina óptima para hallar Valencia navegando por el nordeste.

[148] Peñíscola, de 64 m. de alto, que delimita dos ensenadas.

[149] Podría tratarse de la Albufera de Valencia, donde se halla la isla de El Palmar.

ciudades: en efecto, aquí estuvieron Hilactes, Histra, Sarna[150] y la insigne Tiricas[151]; nombre antiguo el de esta ciudadela y enormemente famosas fueron las riquezas de sus habitantes por las costas del mundo, pues, además de la fertilidad de sus campos, merced a la cual la tierra cría ganados, viñas y los dones de la rubia Ceres, se transportan mercancías foráneas por el río Ebro.

Al lado, un monte puntiagudo[152] alza su soberbio cabezo y el río Óleo[153], surcando las campiñas cercanas, se desliza por entre los dos picos de unas peñas. Enseguida, de hecho, el Selo[154] (tal es el nombre antiguo de este monte) se remonta hasta las nubes excelsas. A su vera se hallaba, en épocas pasadas, la ciudad de Lebedoncia[155], ahora tan sólo un simple campo despoblado, lleno de madrigueras y cubiles de fieras.

Después de todo esto se despliegan unos arenales durante muchísimo trecho, por los que antiguamente estuvo la

[150] Ciudades o asentamientos, de los que sólo se conserva el nombre, sin rastro arqueológico; debieron de hallarse en la franja costera entre Sagunto y el Delta del Ebro.

[151] Tortosa, el centro comercial más importante de la zona del delta del Ebro, navegable río arriba.

[152] Puede identificarse con la sierra del Montsià, cuya falda oriental llega hasta el mar, entre Les Cases d'Alcanar y Sant Carles de la Ràpita.

[153] Por el nombre tendría que haber sido un río relacionado con el transporte o comercio del aceite. El topónimo parece conservarse en el riachuelo de Llastre, que forma una punta al desembocar tal, que obliga a la navegación a darle resguardo; además se halla la estación itineraria de *Oleastrum (Itinerario de Antonino* 399, 2), situable en L'Hospitalet de l'Infant. De no ser así, habría que identificar el río Óleo con el Ebro.

[154] La sierra de Llaveria, con la cumbre de la Mola de Llaveria, de 914 m.

[155] Ciudad sin huella arqueológica, situada cerca de la sierra de Llaveria, en la zona acotada por L'Hospitalet, Mont-Roig del Camp, Montbrió del Camp, Vinyols y Cambrils.

ciudadela de Salauris[156] y en los que, también en otros tiempos, existió la primitiva Calípolis[157], aquella famosa Calípolis, que por la elevada y enhiesta altura de sus murallas y los remates de sus techos se alzaba a los aires; la que, con la amplia extensión de sus hogares, abarcaba por los lados una bahía siempre rica en peces. Luego, la ciudadela de Tárraco[158] y el deleitoso emplazamiento de las ricas Barcilonas[159], pues allá un puerto despliega brazos seguros y la tierra está siempre irrigada por aguas dulces.

Después se extienden los rudos indigetes[160]; pueblo este inculto, pueblo intrépido en la caza y habitante en guaridas. Luego, el cabo Celebándico[161] alarga la mole de su silueta hasta entrar en la salada Tetis. Que aquí estuvo la ciudad de Cipsela[162] es ya tan sólo un recuerdo, pues el escabroso

[156] Los arenales son las playas de Rifà y Cambrils; Salauris, la ciudad, puerto y cabo de Salou.

[157] Tal y como se describe, amurallada y en torno a una bahía con el calificativo griego de *Kallípolis,* «Ciudad Hermosa», sólo cuadra con Tarragona (cf. *infra).*

[158] Tarragona ofrecía a la navegación una topografía y marca marina óptimas.

[159] Descripción de Barcelona que corresponde a la época de Avieno y no al s. VI a. C: una ciudad próspera, *Barcino*, situada en un llano enmarcado por dos ríos, el Llobregat y el Besòs, con la sierra de Collserola (Tibidabo) al fondo.

[160] O indicetas: ocuparon más o menos la actual provincia de Gerona. Su capital *Indikḗ* o *Indica,* debió hallarse en Empúries o alrededores.

[161] En el tramo costero entre Barcelona y el golfo de Roses se destacan desde el mar varias marcas: la montaña del Montseny (referencia para enfilar Barcelona viniendo del este); el cabo de Tossa de Mar y su ensenada; el promontorio rojizo del cabo de Sant Sebastià (marina de Palafrugell), y el cabo de Begur o cabo Celebándico, el punto más oriental de este tramo costero.

[162] Ciudad y puerto de los indigetes. Su ubicación probable no sería en Sant Feliu de Guíxols, sino en el arco de costa entre el cabo de Begur y la Punta Salinas, tierra adentro.

suelo no conserva ningún vestigio de la ciudad primitiva. Allá se abre un puerto en un golfo enorme y el mar se mete anchamente en la tierra arqueada[163].

Tras esto, se alarga la costa indicética, hasta el extremo de la sobresaliente Pirena[164]. Después de aquel litoral, que dijimos se extendía un trecho en ligera pendiente, se destaca el monte Malodes[165], donde entre las olas sobresalen dos escollos[166] y sus dos cimas se alzan a lo alto de las nubes; en medio de ellos, por otra parte, se halla un puerto holgado y la llanura marina no está sometida a ningún viento; pues las cumbres de los peñones, con sus escolleras por delante, ciñen a lo largo y ancho todos los flancos y entre los roquedales el abismo marino se resguarda tranquilo, reposa la mar, el piélago permanece inmóvil en su encierro.

Luego sigue la marisma de Tono[167], a los pies de unos montes, y se alza el macizo del peñón Tononita[168], a través

[163] Este «golfo inmenso» es el de Roses, de 18 Km. de abra, que ofrece buen abrigo, en general, a la navegación.

[164] La costa indicética, o de los indigetes, se habría extendido, según esto, a partir del cabo Norfeo hacia el norte, hacia la punta Falcó. El cabo o promontorio de Pirena (cf. v. 472) es de identificación difícil: lo más probable es que se trate del cabo de Creus, con preferencia ante el cabo Béar, al lado de Port-Vendres.

[165] El macizo del Montgrí, a unas 3 millas de la costa y el cerro de la torre Montgó.

[166] Las islas Medas, conjunto de islotes, arrecifes y dos islas principales: la Meda Grande, de 76 m. de altura, y la Meda Chica.

[167] La costa, baja y aplacerada, y tierra adentro del golfo de Roses, que en época prehistórica fue zona marismeña, de la que emergían colinas y tómbolos, como Castelló d'Empúries (a 69 m. de altura), bien divisable desde el mar.

[168] El peñón o macizo Tononita es la Sierra de Roses, estribo último de los Pirineos que se hunde en el mar, formando un gran promontorio que abarca desde Roses a El Port de la Selva.

de los cuales el rumoroso río Anisto[169] hace correr el caudal espumeante de sus aguas y corta el mar salado con su oleaje. Esto es lo que hay junto a las olas y las saladas aguas.

En cambio, todo el territorio que se aleja del profundo abismo marino, lo poseyeron los ceretes y, antes, los duros ausoceretes[170], que ahora, bajo el mismo nombre, son uno de los pueblos iberos.

Luego, en fin, el pueblo sordo[171] habitaba en parajes intrincados y se extendían hasta llegar al mar Interno, por donde se hallan las cumbres de Pirena, rebosantes de pinos; vivían en medio de guaridas de fieras, dominando en un amplio sector no sólo campiñas sino también el abismo marino. En los confines del territorio sordiceno se dice que en otro tiempo hubo una ciudad[172], en las laderas de Pirena, de hogares prósperos y que aquí los habitantes de Masilia[173] iban y venían frecuentemente haciendo negocios. Pero hasta Pirene, desde las Columnas de Hércules, desde el abismo

---

[169] El Muga, que desemboca a 4,5 Km. al sur de Roses.

[170] Los ceretes, ceretanos, o cerretanos era un pueblo ibérico que ocupó parte de los Pirineos meridionales, correspondiente hoy a la Cerdanya, donde la toponimia conserva su presencia (Puigcerdà, Ceret, etc.), y la Garrotxa (Besalú-Olot). Los ausoceretes fueron la fusión de los ceretes con los ausetanos, cuya capital fue Ausa (Vic).

[171] O sordiceno: pueblo ibérico, vecino de los ceretes, que ocupó las laderas septentrionales de los Pirineos y el Rosellón (riberas de los ríos Tet y Agly), hasta la costa. Una parte se estableció, después, en Lérida: Los surdaones o sordones. El nombre se mantiene en Sorède, ciudad del interior, próxima a Cotlliure y Port-Vendres.

[172] Ciudad de tipo fronterizo; habría que situarla en Roses o sus alrededores, mejor que en Port-Vendres.

[173] Marsella (cf. v. 704).

marino Atlántico y el límite de la costa del Céfiro, una nave rápida tiene una carrera de siete días[174].

Tras el macizo del Pirineo se extienden los arenales del litoral cinético[175], a los que surca a lo largo y ancho el río Roscino[176]. Esta región pertenece, como hemos dicho, al territorio sordiceno. Aquí se extienden una laguna y un pantano de gran amplitud sin duda, al que sus habitantes llaman Sordice[177].

Aparte las aguas rumorosas de este enorme abismo marino (pues, a causa del amplio perímetro de sus extensas riberas, es frecuente que se agite bajo los vientos que lo baten), desde esta misma laguna brota el río Sordo[178] y, de nuevo, desde las desembocaduras de este río [***][179] Luego, la costa se curva por el profundo mar y el terreno forma hondonadas a causa del desgaste que sufre; comienza bruscamente un oleaje de más cuidado y se despliega la enorme mole de un abismo marino, en el que se encuentran tres islas de gran envergadura y la mar se derrama por entre sus recias roquedas[180].

---

[174] Entre la desembocadura del Guadalquivir (Tarteso-costa del Céfiro; cf. vv. 225 ss.) y Roses/cabo de Creus (Pirene) hay unos 1.300 Km., equivalentes a 7.000 estadios; en siete días da unos 186 Km. por día.

[175] La franja costera llena de marismas, lagunas y estanques, que se extiende desde Cotlliure hasta el golfo de Fos, muy cerca ya de Marsella.

[176] El Têt, conocido en la Antigüedad como Tetis y Roscino, que desemboca a la altura de Canet-en-Roussillon.

[177] La marisma o estanque de Leucate, llamada también Salses.

[178] Actual Agly, que desemboca al sur de la laguna o marisma de Leucate o Salses.

[179] En este verso y medio, perdidos en la transmisión manuscrita, se citaba probablemente el cabo o promontorio de Leucate, del griego *Leukḕ aktḗ*, «Promontorio blanco», equivalente al latín *Candidum* (cf. vv. 601-2).

[180] Posiblemente la marisma de Lapalme. Las tres islas no son hoy identificables.

Y no lejos de esta ensenada, se abre un segundo golfo de terreno quebrado y abarca con sus aguas profundas cuatro islas (a todas ellas según una antigua costumbre se las llamó Piplas[181]). El pueblo de los elesices[182] dominaba primitivamente estos lugares y la ciudad de Naro[183] era la cabeza más importante de este reino fiero. Aquí el río Atago[184] irrumpe en el salado llano del mar. Y despues, cerca de aquí, la laguna de Hélice[185]. Luego, una tradición antigua nos ha transmitido que aquí estuvo Besara[186]. Ahora, en cambio, el río Heledo[187] y, asimismo ahora, el río Orobo[188] serpean atravesando campiñas desoladas y montones de ruinas, señales de un florecimiento primitivo. Y no lejos de estos ríos, el Tirio[189] desemboca turbulento en la profunda mar [***] Rumoroso el caudal [***][190] Jamás se levantan

[181] El conjunto de marismas, dominadas por Narbona *(infra),* de Bages y Sigean, de Ayrolle, Gruissan, etc., que aún contienen numerosas islas: Ste. Lucie, Aute, Planasse, St. Martín, etc.; éstas debieron ser las llamadas Piplas.

[182] Pueblo con capital en Narbona; fueron ligures que colaboraron como mercenarios con los cartagineses.

[183] Nombre que, latinizado en *Narbo,* pasará a transformarse en Narbona; una de las principales ciudades romanas de esta zona.

[184] El Aude, que desemboca por el grau de Vendres.

[185] El *étang* de Vendres. El nombre de Hélice está relacionado con el pueblo de los elesices.

[186] La ciudad de Béziers.

[187] Río de difícil identificación, quizá el Lirou, afluente del Orb por Béziers.

[188] El Orb, que pasa junto a Béziers.

[189] El Hérault, el río más importante de esta comarca, desemboca por Agde.

[190] Estos dos versos y medio (596-598) se han perdido en la transmisión manuscrita. La *editio princeps* escribe *Cinorus,* que podría interpretarse como un hidrónimo; seguimos sin embargo la lección de HOLDER: «sonoro, rumoroso».

las volutas de las olas y la serenidad de Alcíona[191] se tiende permanentemente sobre el abismo marino.

La cima de esta roqueda se prolonga enfilada hacia aquella prominencia llamada Cándido[192], como ya dije. Cerca se halla la isla Blasco[193] y su territorio se alza del salado mar ofreciendo una figura redondeada. En tierra firme y entre las cumbres de los macizos que se elevan, se despliegan a continuación las lomas de un suelo arenoso y se prolongan unas costas desprovistas de habitantes. Después, el monte Setio[194] yergue esbelto su macizo, también cubierto de pinos. La cadena del Setio, alargando sus estribaciones, alcanza al Tauro[195], pues los indígenas llaman Tauro a un pantano cercano al río Orano[196], cuyo cauce delimita el territorio ibero de los fieros ligies[197]. Aquí se encuentra la ciudad de Poligio[198], de caserío bastante escaso y con pocos habitantes.

[191] O Alcíone: personaje mitológico, hija de Eolo, rey de los vientos, y casado con Ceis (APOLODORO, *Biblioteca* I 7, 4).

[192] El promontorio o cabo de Agde, emplazado frente por frente del cabo Blanco o Cándido (Leucate; cf. vv. 576-7).

[193] La isla de Brescou, junto a Agde.

[194] El montículo en que se asienta la ciudad actual de Sète, que mantiene el nombre.

[195] La marisma de Thau.

[196] Río fronterizo entre iberos y ligies/ligures, difícil de localizar; pudo haber sido el actual Lez (el romano Ledo), que pasa por el centro de Montpellier.

[197] O ligures, pueblo primitivo de ubicación y extensión territorial imprecisas (sobre el mar Ligur, cf. *Des.* 113).

[198] Ciudad imposible de identificar con exactitud, quizá Bouzigues, a orillas de la marisma de Thau y junto a Sète.

Luego, la aldea de Mansa[199], la ciudadela de Naustalo[200] y la ciudad [***] y en su planicie marina desemboca el río Clasio[201].

En cambio, la región ciménica[202] se aparta lejos de las aguas saladas, abarcando una gran extensión de terreno y cubierta de bosques; de frente se halla el que le da nombre, un monte de lomas elevadas. El Ródano[203] al fluir erosiona la raíz de sus estribaciones y sus aguas se deslizan errantes por entre el macizo rocoso de este imponente monte. Los ligures[204] se diseminaron a lo lejos, desde la mole y pedriza de este macizo rocoso del Setio, hasta el oleaje del mar Interno.

Pero este paraje casi reclama que te exponga explicaciones más amplias acerca del curso del Ródano. Tú procura soportar, querido Probo[205], la lentitud interminable de mi pluma; pues te hablaré, en efecto, sobre el nacimiento de este río, sobre el deslizarse de sus turbulentas aguas errantes, qué pueblos baña con sus aguas, qué provecho queda

---

[199] Quizá Mèze, a orillas también de Thau, aunque situada antes que Poligio/Bouzigues.

[200] Asimismo, imposible de localizar; se ha asociado a Miguelonne, cerca de Palavas-les-Flots.

[201] Se han perdido los vv. 617-620, en los que se debía describir el estanque de Mauguio. El río Clasio es, quizá, el actual Vidourle o el Colazon.

[202] La cordillera de Cévennes, al noroeste de Alès, balizando la parte occidental del valle del Ródano.

[203] El río más importante en esta zona y, junto con el Tarteso (cf. vv. 283 ss.), de las *Costas,* por lo que se le dedica una descripción muy amplia (vv. 625-688; cf. también *Des.* 311).

[204] Llamados antes ligies (cf. v. 613, n. 197).

[205] *Excursus* afectuoso dirigido a Probo (como ya hizo al comienzo de la obra, cf. vv. 1, 24 y 51), antes de comenzar con la descripción del Ródano.

para la población ribereña y las diferentes bocas de sus desembocaduras.

Los Alpes[206] yerguen su cresta nevada a las auras por el punto del nacimiento del sol y sus pendientes rocosas hienden los labrantíos de la tierra gala y por efecto de las tempestades los vientos siempre son de ventisca. Ese río se derrama brotando desde la boca de una gruta abierta, con ímpetu feroz surca las campiñas y es navegable justo desde el nacimiento de sus aguas y su primera fuente[207]. En cuanto al lado por el que se yergue este macizo, que hizo nacer el río, sus lugareños lo llaman Columna del Sol[208], pues su cumbre se alza hacia las nubes tan alto que el sol del mediodía no puede verse desde la parte contraria del macizo, cuando se aproxima a los confines septentrionales para volver a llevar la luz del día. Pues tú sabes que la opinión de los epicúreos[209] fue la siguiente: que el sol no es abatido por el ocaso, que no penetra en ningún abismo marino, que no se esconde nunca, sino que recorre el universo, que sigue una trayectoria oblicua por el cielo, reanima las tierras, sustenta con el pábulo de su luz todas las hondonadas, en tanto que a unas regiones concretas les es negada la antorcha resplandeciente de Febo; [*Resi* ***][210] Cuando el sol ha cumplido la trayectoria del mediodía, cuando ha declinado su luz por la zona del Atlántico, para llevar su fuego a los re-

---

[206] Cadena montañosa que limita por el este el valle del Ródano (cf. *Des.* 428).

[207] El Ródano, el río más caudaloso de Francia.

[208] Se llamaban así las cimas más altas de un macizo; aquí se refiere al pico del Glacier du Rhône (cf. *supra),* aunque no sea el más alto.

[209] Noción cosmológica primitiva, no científica, según la cual la tierra es el centro del universo y el sol gira a su alrededor.

[210] Nueva pérdida de texto original, que incluye los vv. 658-661; por ello *Resi* carece de sentido.

motos hiperbóreos[211] y desplazarse al orto aquemenio[212], gira siguiendo una trayectoria curva hacia sectores determinados del espacio y rebasa la meta; y cuando niega su fulgor a nuestra mirada, la noche obscura cae rápida desde el cielo y unas tinieblas sombrías cubren al punto nuestro mundo. Entonces, por el contrario, la luz nítida del día alumbra a aquellos que viven congelados en el septentrión, situado más arriba. A la inversa, cuando la sombra de la noche alcanza de nuevo a las Osas, nuestra especie entera vive un día espléndido.

Serpea el río desde su origen atravesando los tilagios, los daliternos, los sembrados de los clahilcos[213] y la campiña leménica[214] (palabras muy ásperas y todas chocantes al oírlas por primera vez, pero, sin embargo, no se te deben silenciar, dada tu aplicación y nuestro interés); se expande, después, en diez meandros mediante el zigzagueo de sus aguas turbulentas; a continuación, se mete en una laguna profunda, según afirma la mayor parte de los autores; un enorme pantano, que una antigua usanza de Grecia denominó Áccion[215], distribuye sus aguas rápidas por la llanura de esta laguna, y volviendo de nuevo a brotar y estrechándose a modo de los ríos, fluye acto seguido hacia las agitadas

[211] Pueblo fabuloso que en griego significaba «los que están más allá del Bóreas», esto es, situado en el Norte más lejano, en pleno Polo Norte, en un país utópico (cf. los montes Rifeos, *Des.* 451), de clima paradójicamente ideal, de tierra fértil, productora de dos cosechas anuales, etc.

[212] Es decir, al Este, simbolizado por Aquémenes, el rey persa (cf. la «luz aquemenia», *Des.* 474).

[213] Pueblos sólo conocidos por estos nombres; pertenecen a un estadio anterior a la campaña de Aníbal (Segunda Guerra Púnica, 218-201 a. C.), probablemente precelta.

[214] O teménica: la campiña que rodea el lago Léman.

[215] La zona pantanosa, hoy desecada, que se extiende entre Tarascón, Bellegarde y Arlés.

aguas del Atlántico, orientándose hacia Nuestro Mar y hacia occidente, y surca extensos arenales mediante cinco desembocaduras[216].

Allá se levanta la ciudad de Arelato[217], llamada Teline en tiempos pasados, mientras la habitaban los griegos. Muchos motivos nos han impulsado a relatar largo y tendido curiosidades sobre el Ródano, pero nunca nuestro ánimo se doblegará hasta asegurar que este río delimita Europa y Libia, bien que el anciano Fileo[218] diga que esto era lo que creían sus habitantes. Despreciemos y burlémonos de esta ignorancia bárbara; y tildémosla con un calificativo apropiado. Una nave emplea en la travesía dos días con sus noches[219].

A partir de aquí se halla la raza de los nearcos[220], la ciudad de Bergine[221], los terribles salies[222], la primitiva ciudadela de Mastrabala[223], marismas, un promontorio que alza

[216] El Ródano desembocaba por varias bocas, aunque sólo tres eran las principales, y formaba un gran delta pantanoso, lleno de marismas.

[217] La ciudad de Arlés, posible nombre celta; Teline sería precelta, de substrato ligur.

[218] Avieno parece no haber entendido bien la información de Fileo (al que ya citó al principio de esta obra, cf. v. 43): no se trata de que el Ródano separe Europa de Libia (= África), sino que Fileo se refería a la población libia, de la tribu ligur de los líbicos (con capital en la antigua *Iulia Libyca,* hoy Llívia, que conserva el nombre), pueblo que ocupó el territorio entre el Pirineo y el Ródano.

[219] Es decir, entre Pirene (= Port Vendres) y Ródano-Marsella hay unos 240 Km. (según navegación de cabotaje), lo que da una media de 60 Km. por día o noche. Si se identifica Pirene con Roses-Cabo de Creus, hay unos 290 Km., que dan una media de 72,5 Km. por jornada.

[220] Pueblo conocido sólo de nombre; quizá fueron también ligures.

[221] Ciudad que podría identificarse con la actual Berre, en el Étang de Berre.

[222] Pueblo precelta, de substrato ligur.

[223] Ciudad de la marisma de Berre, quizá Malestrou.

sus lomas, llamado Cecilistrio[224] por sus habitantes. Y, en fin, la propia ciudad de Masilia[225], cuyo emplazamiento es como sigue: de frente se extiende una ribera; un camino[226] apenas viable se abre entre las olas; el torbellino marino baña sus costados; una bahía arrulla a la ciudad y un oleaje extenso acaricia la ciudadela y su extendido caserío. La ciudad es casi una isla y la mano del hombre hizo que toda la llanura marina inundara la tierra, y el esfuerzo tenaz de sus fundadores, con su talento, logró vencer ya en el pasado el contorno de estos parajes y el perfil natural de sus tierras. Si te agrada substituir estos nombres primitivos por estos otros recientes [***][227].

[224] El cabo Couronne o la Chaîne d'Estaque.

[225] Colonia fundada por los griegos focenses antes del s. VI a. C., la más importante de toda la costa francesa: sirvió de base para la fundación de otras (cf. *Des*. 113).

[226] Podría tratarse del istmo que se extiende entre el puerto llamado La Joliette —por el norte— y el Puerto Viejo —por el sur—.

[227] Terminan así las *Costas marinas*, sin que se sepa cuántos versos se han perdido.

ÍNDICE DE NOMBRES PROPIOS

ÍNDICE GENERAL